

JAVIER CASINO

CALABOZO

PARA DOS



Lectulandia

Javier Fraude es un cantante que ha pasado la noche en el calabozo de una cárcel de Valencia junto con su novia actual, Utopía.

Javier: 41 años que lleva toda su vida sufriendo una premonición de su abuela, quien, cuando era niño, le dijo que ninguna mujer le amaría nunca. Obsesionado con esa idea, Javier crecerá y verá cómo todas las relaciones que mantiene acaban rompiéndose.

Utopía: Una joven que hará de la vida de Javier un infierno y un paraíso a partes iguales por sus constantes celos, muestras de indiferencia, engaños, besos, risas, discusiones y sexo. ¿Cuál es la razón por la que ambos han acabado allí?

Un relato divertido, ágil y directo que nos habla del amor de una forma distinta.

Lectulandia

Javier Casino

Calabozo para dos

ePub r1.0

jdriky 11.06.14

Título original: *Calabozo para dos*

Javier Casino, 2013

Editor digital: jdricky

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Al cielo, por aquello de que puede que haya algo más,
y al suelo, por no dejarme caer más abajo

Señoría. Mi argumento para la defensa es que «El hombre es un animal racional».

Definiciones según el diccionario de la RAE:

racional.

(Del lat. rationālis)

adj. Perteneciente o relativo a la razón.

adj. Conforme a ella.

adj. Dotado de razón. U. t. c. s.

razón.

(Del lat. ratio, -ōnis)

f. Facultad de discurrir.

f. Acto de discurrir el entendimiento.

discurrir.

(Del lat. discurrere)

tr. Inventar algo.

tr. Dicho de un poeta o de un artista: hallar, imaginar, crear su obra.

tr. Fingir hechos falsos.

tr. Levantar embustes.

Nada más que decir, señoría.

Capítulo I

UN CALABOZO PARA DOS ENAMORADOS

La conocí y le juré que moriría por ella; lo que nunca prometí es cumplir una cadena perpetua a su lado.

Llegar a tu casa después de una noche encerrado en los calabozos de una comisaría se parece mucho a lo que se siente cuando una mujer trata de convencerte, mientras yace boca arriba en tu cama con la respiración entrecortada, de que ha sido el mejor polvo de su vida. No es que se pase mal arrestado: simplemente es una pérdida de tiempo tremenda. Y eso que cuando aquellos agentes de la ley y el orden me dijeron con sus voces de robot radiofónicas que quedaba detenido, pensé, por ser positivo, que algo aprendería de todo aquello. Lamentablemente, he de reconocer que veinticuatro horas encerrado en un calabozo no enseñan nada que no hayas podido aprender en la escuela. Es más: pasé más miedo en mis años de colegio que durante mi noche entre rejas; y sin miedo hay cosas que no se pueden aprender. No me han faltado momentos para tenerlo estando ahí atrapado, pero no lo he tenido. Seguramente se deba a mi nivel de conciencia espiritual. Cualquier otra persona que no haya llegado a mi estadio —el cual desconozco si es elevado o se arrastra cual gusano— no lo habría soportado; en cambio, yo estoy en un punto de mi vida en el que, bien sea porque tengo algún tumor interno alojado en el cerebro que me presiona mi capacidad lógica, o bien porque simplemente soy idiota, me siento absolutamente incapaz de tomarme las cosas en serio, incluidas las serias. En definitiva, que no solo no he aprendido nada nuevo con la experiencia carcelaria, sino que encima me ha quedado demostrado una vez más que lo que yo sé no me sirve para nada, porque los demás no se lo saben.

Ahora me encuentro en mi casa, protegido de la vigilancia directa del sistema que vela por nosotros, refugiado de las miradas y enjuiciamientos de todos los que creen en el significado de la palabra *normal*. Queda pendiente un segundo juicio. Por lo visto, el que se ha celebrado esta mañana en mi honor y en el de mi pareja no ha sido más que otra pantomima para que los que trabajan en la justicia justifiquen su salario. Dicen que la justicia va lenta. ¡Claro que tiene que ir lenta! Ocupándose de casos como el mío, es comprensible que se demore todo y que, para variar, como dice un chiste de Mafalda, lo urgente no deje paso para lo importante.

Ha sido una noche diferente al resto de mis noches. No es la privación de libertad a la que me he visto sometido lo que la ha hecho especial. A fin de cuentas, he viajado de noche en avión y tampoco puedes ir a ningún sitio durante el vuelo. Estás tan atrapado como puedas estarlo en cualquier calabozo y, salvo que te permiten emborracharte y que las butacas son algo más cómodas, no veo mucha diferencia... Bueno, si acaso, que los calabozos no tienen enchufes —o sea, que ni puedes

electrocutarte ni recargar el móvil—. Que para entrar a la «suite» te quitan todo salvo la ropa y el dinero que lleves en papel. Digo yo que si no hay enchufes será para eso, para evitar que te achicharres como lo haría un pájaro despistado contra los cables eléctricos que acompañan cualquier carretera. La ley de los hombres no permite que te hagas daño tú solo: si hay que hacértelo, debe dejarse en manos de funcionarios adiestrados al efecto. Sí, ha sido una noche diferente, pero no tiene nada que ver en ello el escenario donde ha trascendido. Lo que la ha hecho distinta ha sido la sensación de ser injusticiado por otros hombres por algo que ni siquiera saben cómo condenarlo para ser justos.

Nunca he cometido un crimen. Al menos, ninguno que esté penado por la ley. Ni siquiera ahora. Me han detenido, simple y llanamente, por una mentira. Una mentira fabricada por una mujer bella en estado de *shock* y a la que salpiqué con una pistola de agua, como tantas otras veces. Por pueril que parezca la razón, las pistolitas llevaron a otra cosa, y la otra cosa a algo más gordo; y así, indefectiblemente, nos vimos envueltos en una sucesión de desafortunados acontecimientos que terminaron, en contra de todo nuestro pronóstico e intención, en el calabozo.

Una mentira improvisada por los nervios y la desesperación de una de esas mujeres de las que no puedes despegarte a pesar de que todo augure un desastroso final. Una de esas con las que nunca estarás seguro de nada, entre otras cosas, de si está en tu vida porque te ama o de si tú estás en la suya porque colecciona experiencias y tú das el prototipo de probeta. Una de esas criaturas que sabes que están contigo, pero que no es de nadie, ni siquiera de su propia razón, y a la que los agentes de la Policía local no han cuestionado demasiado a la hora de creerse su declaración.

La cosa es así: a las mujeres bellas se las toma muy en serio cuando tienen un contratiempo, y a las feas se las suele follar con la luz apagada o fantaseando con el cuerpo de otra mujer mientras bajas la mirada hacia sus pechos.

Y no hay nada que hacer en una celda, salvo esperar a que alguien venga a rescatarte. Pero por lo visto, cuando hay un lío entre una mujer y un hombre, te mantienen encerrado toda la noche. Da igual a qué hora te pongan las esposas: pasarás la noche entre rejas. Quizá intenten que te des cuenta de lo mal que se duerme lejos de la cama de la dama que te ha denunciado, no lo sé. Tal vez sea solo cuestión de burocracia. La burocracia tiene su ritmo, sus tiempos, y modificarlos puede provocar el caos. Imaginen que se diera el caso de que, por un papel traspapelado, dejaras de existir dentro del calabozo y fuera nadie te echara de menos. ¡Desaparecerías! Nadie te reclamaría, y tampoco se sabría cómo llegaste hasta allí, con lo que, muy posiblemente, te irías pudriendo dentro de la celda hasta que la queja de alguno de los limpiadores sobre el olor acumulado en tu ropa durante meses llegara al comité de empresa de los funcionarios. Y, aun así, no sé si investigarían tu

procedencia, o simplemente te irían cambiando de atuendo para cumplir con lo que la ley de prevención de riesgos laborales diga respecto a los olores fuertes.

Lo peor de todo cuanto me ha pasado es que haya sucedido a raíz de una falacia. Ella dijo que le pegué. No es cierto: soy incapaz de pegar a nadie. Nunca he tenido claro si esto obedece a mi cobardía, a mi humanidad —una humanidad bastante cuestionable y escurridiza, por otra parte—, o a la mezcla de ambas cosas... El caso es que ella enseñó su bracito de Barbie con un inoportuno moratón —fruto de una caída de los dos al suelo— a los agentes de la local, y sin más preguntas los funcionarios armados me sacaron de la casa y me gritaron que me callara.

¿Por qué me gritó aquel policía? ¿Qué hay de la presunción de inocencia que tan meticulosa e hipócritamente se maneja en los medios de comunicación? ¿Es que la mayoría de los delincuentes son sordos? ¡Pero si fui yo quien los llamé! ¡Fui yo quien llamó a la policía! Fui yo quien tuvo que llamar a las fuerzas del orden para que aquello no llegara a convertirse en una tragedia sin marcha atrás. ¿No les daba eso una pista del asunto? Yo solo quería irme de allí. De su casa. Del aborto de hogar que no había superado el periodo de prueba para saber si nuestra unión era eterna. Pero ella no me dejaba: se interponía entre la puerta y mi fuga. «¿Y dónde está la dificultad?», se preguntarán. Si quieres irte de un sitio, apartas a la chica, coges la puerta y te largas. Pero no es tan fácil cuando quieres evitar moratones inoportunos y además pretendes llevar contigo todas tus maletas, tu portátil con tus mejores palabras y tu cámara de fotos de tres mil euros.

Tengo una cámara que es la hostia, sí. A pesar de no ser fotógrafo. Ni siquiera se me da bien la fotografía. Pero si quieres fotografiar a mujeres desnudas, no puedes ir con una cámara compacta. No cuela. No es cierto eso de que las tías que están buenas son tontas. ¡De tontas no tienen ni un pelo! Y esta que me impedía la salida con su cuerpazo de modelo estaba buena de narices.

Gracias a Dios que a los pocos minutos llegó al lugar de los hechos una pareja de polis nacionales con dos dedos de frente: no tardaron en preguntarme por el moratón y los arañazos de mi cara. Les dije que la mayoría me los había hecho yo. Ya había sucedido otras veces. La gente suele dejar de discutir contigo cuando comienzas a autolesionarte: los invade una mezcla de miedo y compasión y cejan en su empeño por hacerte daño. Por eso cogí la práctica de darme golpes en la cara cuando ella y yo nos enzarzábamos en una de nuestras broncas espectaculares. En otras discusiones había funcionado. Hacía que ella se calmara. Era como si de repente despertara de su trance y se diera cuenta de que todo estaba fuera de lugar; y como a mí el dolor no me resulta molesto, pues nunca me pareció una mala praxis. Lógicamente me preguntaron si ella me había pegado. Yo no sabía qué responder para no comprometerla y dije que «lo normal en estos casos». Y ante semejante gilipollez de respuesta, la arrestaron a ella también. Lo llaman violencia doméstica, aunque resulte

paradójico, porque he de reconocer que ninguno de los dos estamos domesticados.

Cuando mi chica vio cómo me colocaban las esposas, salió de su letargo emocional y rompió a llorar y a gritar, cambiando su testimonio de manera radical y confesando habérselo inventado todo. Pero era ya demasiado tarde. Lo llaman actuar de oficio: la policía puede decidir cuál es la verdad *a priori*, ya luego el juez terminará de cagarla.

Hemos estado casi veinticuatro horas encerrados —los dos— en jaulas diferentes, aunque comunicadas por el mismo pasillo. No podíamos compartir espacio, nos dijeron. Ella se ha pasado la noche llamándome entre sollozos y diciendo que lo sentía. Así durante todo el encierro, y yo contestándole que estaba todo bien. No sé por qué tengo la manía de decir que está todo bien cuando está todo mal. Tendré que mirármelo. La gente no suele tomarte demasiado en serio cuando dices cosas de este tipo. Es como si tu ausencia de problemas —mejor dicho, tu incapacidad para verlos — te convirtiera en un irresponsable. Ojo, no estoy diciendo que no lo sea. De hecho mi abogada, Rebeca, me advirtió de que terminaría entre rejas por culpa de esta mujer. Ahora bien, que desoigas un consejo tampoco te convierte en un vivalavirgen, creo yo. No sé, quizás sea un poco despreocupado, pero desde luego le he concedido la oportunidad a la letrada de que me suelte la famosa frase de «¿Te acuerdas cuando no me hiciste caso con lo de tu novia?», cada vez que no esté de acuerdo con alguna de mis decisiones. Y lo hará, me lo dirá. Poca gente es capaz de aguantar no quedar por encima de otra; y ella menos. No es mala tía. Al contrario: la considero una gran amiga y persona, aunque eso no es incompatible con que se le llene la boca reprochándome algo que ya predijo.

Cómo he llegado a esta situación no lo tengo claro. En qué punto de mi vida di el paso que me derivó hasta haber sido encerrado entre barrotes y custodiado por seres de mi misma especie es un enigma que habré de resolver, pero no me apetece hacerlo todavía. No le veo la utilidad a saber de qué te mueres cuando ya no hay remedio —salvo que seas el doctor House—. Acabo de cumplir los cuarenta y uno, como quien dice, por lo que quizá todo se deba a que esté pasando la crisis esa de los cuarenta. Lo que necesitaría tener claro es si dura solo un año o toda la década; más que nada para relajarme y afrontar una nueva etapa de mi vida, o para apretar los dientes y capear el temporal durante los nueve años que me quedan hasta los cincuenta... Aunque, pensándolo bien, toda mi vida ha sido una crisis; y creo que me falta muy poquito para aceptarlo. Dicen que aceptar tu realidad es el primer paso para que todo siga igual, pero que estés más tranquilo. O tal vez no tenga nada que ver con la edad ni con la crisis esa de la que tanto hablan, y se deba simplemente a que mi suerte ha decidido cambiar. Siempre me he considerado un hombre con suerte..., aunque la última vez que hablé con mi madre me hizo reflexionar. «Sin trabajo, sin dinero, sin una pareja que te dé estabilidad, sin planes de futuro... ¿Dónde está tu suerte?», me

preguntó. Yo le contesté que en todo lo demás, pero para mi madre —como para la mayoría de la gente— no hay nada más. Y claro, que mi pareja «emocionalmente inestable» estuviera buena de cojones, que cuando no discutíamos folláramos como se folla en las mejores películas porno y que, a mi edad, estuviera enamorado con la misma pasión y curiosidad con la que lo estuve a los quince años, para ella eso no es ninguna suerte, sino más bien una desgracia. La desgracia que, por lo visto, ha terminado enfilándome al calabozo.

Todo esto de los calabozos no ha sido ni mucho menos como lo pintan por la tele. Sí, tiene su punto de sórdido que las mantas y el colchón que te dan apestan a historias desafortunadas y orina, y que si quieres ir al baño tendrás que esperar a que el policía de turno te tome en serio, pero poco más. Los compañeros de celda van a lo suyo: tus problemas son tuyos y los suyos te los regalarían encantados, pero no se puede. Lo que la vida nos da es solo de cada uno. Bueno, hasta cierto punto. Con algunas mujeres no ocurre exactamente así. A menudo la vida te da mujeres que son más de otros que tuyas —incluso más de ellas mismas que tuyas—; pero, en fin, de ti depende elegir eso o conformarte con matar a tu padre y salir con tu madre.

En la celda que me adjudicaron a mí me tocó estar tumbado entre tres rumanos y un «ciudadano» español puesto hasta las cejas de heroína. Uno de los rumanos, que hablaba un poco el castellano, me da que hasta llegó a empatizar con mi dolor. Dolor espiritual, exacto. A fin de cuentas, mi chica estaba en mi misma situación y, por mucho que no nos entendiéramos, jamás le desearía a la mujer que amo esta experiencia.

Por eso no volveré a verla nunca más. No sé manejarla; la arrastro hacia mi decadente manera de entenderlo todo sin darme cuenta. Digamos que tras lo sucedido me he propuesto romper con ella como se rompen las cosas de verdad: dejándolas tiradas en el suelo y limpiándote las suelas de las botas para no arrastrar contigo ningún resto mientras abandonas el lugar que deseas perder de vista. Sin duda alguna, es lo mejor para ella también, aunque todavía no lo sepa, ni quiera saberlo.

Veremos qué dice el juez: si me ayuda con su veredicto a cumplir mi propósito de fuga o me enreda durante años con más juicios y pactos y mierdas en esta relación destructiva. Sinceramente, no tengo miedo a la justicia; no puedo tenerlo. No la he conocido en cuarenta y un años, así que he llegado a la conclusión de que no existe; como esos hijos que menciona Aute en su *Al alba*.

Al amor que nos tenemos esta mujer y yo, a eso sí le tengo miedo. Porque no es un amor de los que matan, sino de los de cadena perpetua.

Capítulo II

UNA ABUELA CON «MALA FOLLÁ» Y LO QUE COMIENZA A SER UNA VIDA A LA DERIVA

«¿Pero usted cree que estoy loco o simplemente soy un genio?»,
le pregunté al psicólogo.
«En cuanto me dé un plátano, bajaré de la lámpara
y le responderé con gusto a su pregunta»,
me contestó el licenciado.

Gracias a Dios no tengo hijos. No me ha apetecido tenerlos en todos estos años. Cuatro décadas, y jamás he echado en falta a un niño o a una niña que dependieran económica o emocionalmente de mí. Ni siquiera las «niñas» mayores de dieciocho me atraen si han de depender de mí de alguna de estas maneras. Ahora es distinto. Desde que conocí a la que ha compartido mi única noche como presunto delincuente se ha apoderado de mí un instinto reproductor que no puedo controlar. Ni siquiera la primera vez que nos acostamos usamos condón, y nunca comenzamos a hacerlo. Me he entregado a su merced en cada polvo. Si me decía que dentro, yo me corría dentro; si me decía que fuera, yo lo hacía fuera. Y jamás me ha preocupado el que pudiera dejarla embarazada, a pesar de que algo en mi cabeza me golpeaba y me gritaba que ni se me ocurriese; que puede que sí, que surgiera de nuestro amor un ser perfecto, pero que ya lo convertiríamos en una imperfección crónica con nuestros cuidados y cariños desordenados. Pese a todo, y aun habiendo pasado todo lo que ha pasado, no puedo dejar de pensar que de nuestra fusión hubiera nacido un ser divino, con lo que no puedo asegurar al cien por cien —tal y como asegurarían la mayoría de los que nos conocen— que haya sido una suerte no haber tenido un hijo con ella.

Muchos hombres piensan como lo hacía yo respecto a lo de continuar su especie: lo de «nada de niños» se repite constantemente. Y creo firmemente que eso obedece a que no se han tropezado con la auténtica madre de sus hijos. Con la mujer que les corresponde como pareja perpetua en este universo desconcertante. Con la dama que removería su testosterona hasta el punto de resetearlos a su estado más primitivo, más instintivo, más evolutivo, y hacerles desear su progenie. Luego están los otros: los que, aunque no se hayan librado de reproducirse, hubieran preferido evitarlo y por ello se sienten obligados de alguna manera a esforzarse en aparentar que el sentido de su vida son sus retoños. Bueno, aparentarlo y convencernos a los demás, porque si no convences a los demás de tu éxito, de poco te sirve tenerlo, salvo que seas budista o algo de eso. Este tipo de padres suele darte razones tremendamente existenciales de por qué han optado por la continuidad de su estirpe mientras sus mujeres juegan en el parque con los angelitos portadores de sus genes hipócritas y ellos toman una cerveza tras otra, a la una de la tarde de un domingo cualquiera, en uno de esos bares donde

sirven los botellines con cierto regusto a pescado.

Dejando divagaciones a un lado sobre mi paternidad y mis reflexiones al respecto —que no dejan de ser útiles para comprender lo que me ha llevado a amar tan desproporcionadamente a esta hembra—, y por hablarles algo más de mí que les aclare el porqué de mi arresto, les diré que soy de esa clase de personas a las que les pasan muchas cosas... Bueno, quizá tampoco me pasen más que al resto, sino que al tener una buena memoria e imaginación, mi colección de momentos esté más completa que la de los demás. La imaginación la desarrollé gracias a las continuas desilusiones a las que me enfrenté durante mi infancia. Algo así como lo que le sucedería al personaje de una película serie B de Walt Disney: si el mundo no es como esperabas, dibújalo tú a tu manera, sé tu propio Dios, ¿me entienden? Y supongo que, por conservar todavía algo de niño, y también por evitar morirme de aburrimiento, nunca dejé de utilizarla. Me aburro mucho cuando estoy solo. Siempre he admirado a los que pueden permanecer quietos y consigo mismos sin morir de asco. Yo soy incapaz de eso. Necesito ruido exterior, distracciones continuas. Quedarme a solas con mis pensamientos me hace infeliz y autodestructivo, y cualquier psicólogo te dirá que el comportamiento autodestructivo no es sano: es mucho mejor destruir a los demás antes que hacerse daño a uno mismo.

No es que haya visitado a ningún psicólogo. Bueno, sí, pero nunca solo. Es decir, he ido a terapia de pareja, sin ir más lejos con la dama en la que hasta el momento no he dejado de pensar. Ella me convenció para hacerlo porque vi en su intención que sí buscaba realmente que lo nuestro funcionara de una manera más, digamos..., convencional, menos violenta; menos disfuncional de como venía desarrollándose. Por eso fui, y lo hice, por supuesto, con la narcisista esperanza de que me dieran la razón, de que me eximieran de la responsabilidad de todo lo que no funcionaba. A ver si los curanderos de la psique podían poner algo de paz en nuestra relación diciendo que toda la culpa era de ella. Pero por lo visto ese no era un buen punto de partida para mejorar nuestra comunicación, me dijo la psicóloga. Debería habérmelo callado. Semejante muestra de sinceridad no jugó en mi favor a lo largo de la terapia.

Queda claro, por nuestra situación actual, que mucha paz no han sembrado entre nosotros las teorías sobre la pareja ideal. Yo ya advertí a la psicóloga que lo de la pistolita de agua no era buena idea.

El caso es que nunca he ido solo a una terapia de estas: lo de ir y hablar con un desconocido de mis demonios es una tarea pendiente. Me encantaría tener una charla a solas con alguno de estos conductores de cerebros. Siempre me he imaginado que mi psicólogo sería mujer, que tendría unas bellas piernas que esconderían medio muslo bajo su falda blanca y que constantemente sonreiría ante mis ocurrencias. Que se moriría en secreto por llevarme a cenar y conocer al verdadero paciente; no al que se tumba delante de ella, sino al que tiene que sobrevivir diariamente lejos de su

consuelo. Pero resulta complicado elegir a la psicóloga en cuestión, porque no vienen fotos en las guías; sería como un disparo a ciegas. Supongo que llamas a un teléfono al azar y una voz sensual —todas las voces de mujer al teléfono me parecen sensuales— te arroja y te da una cita. Luego al llegar allí, esa voz sensual se revelará en forma de mujer y puede que sí, o puede que no, se parezca a la psicóloga de tus sueños. Demasiada tensión para mí. Prefiero esperar a que alguien me recomiende una psicóloga que esté cañón, y mientras eso sucede, escribo en mi *blog* de Internet —«el granero de javier fraude» lo he titulado— todas las ocurrencias que se me vienen a la cabeza y actúo en locales pequeños cantando canciones que compongo desde lo más racional de mí mismo. Y lo hago, claro está, con la esperanza de que esa vena artística sea la válvula que impedirá que el vapor acumulado en mi cráneo por la locomotora que recorre los raíles de mi vida termine por derretirme el cerebro.

Mi vida no es ni ha sido fácil, aunque no por falta de cartas. Desde mi punto de vista, me ha complicado la existencia mi maldita impaciencia; lanzarme a jugar las bazas que me tocaban sin pensar las posibles consecuencias de las jugadas. Sin planificar. Siempre improvisando. Pero no me puedo quejar, porque todo podía haberme ido mucho peor de no haber nacido en una familia que se puede permitir sacarme de mis errores una y otra vez. Muchos errores, sí, y ya desde pequeño. A menudo pienso que si hoy fuera niño, si hubiera tenido que pasar mi infancia en los tiempos que corren ahora, ya sería pasto de los reformatorios y los juzgados de menores. Gracias a Dios que en los años de mi niñez y adolescencia todo aquello recibía el nombre de «gamberradas y travesuras propias de la edad». No es que robara, o destruyera mobiliario público, no. Lo que sucedía es que sentía un incontrolable impulso por castigar a los demás niños. Por ajusticiarlos. Por alimentar mi instinto sádico y cruel. Sin mancharme las manos, claro está; ya les he dicho que soy incapaz de pegar a nadie. Por eso, en lugar de ser yo quien hiciera el trabajo sucio, siempre me rodeaba de matones a los que sabía manipular o sobornar eficazmente para que cumplieran mis inhumanas hazañas. En realidad, la mayoría de mis víctimas no me había hecho absolutamente nada..., tal vez un insulto en el recreo, o una burla que yo transformaba en grave afrenta para dar salida, sin adquirir a cambio sentimiento de culpa alguno, a toda mi maldad interna.

Ya ven, quizá hoy esté pagando todo aquello; algo del *karma*, creo que lo llaman. Si has hecho algo bueno, te vendrá bueno; si has hecho algo malo, te caerá la del pulpo. Me pregunto cuánta mala gente tuvo que haber por Alemania durante los años precedentes al 39 según semejante teoría... No, no me cuadra eso del karma; es otro de tantos placebos para los que temen ver la realidad cruda de la vida. Para los que buscan analgésicos ante la adversidad cruel de algunos momentos. Ante las injustificadas broncas de tu jefe. Ante los imprevisibles cuernos de tu pareja. Ante el puñetazo del tío que se ofendió cuando le llamaste sinvergüenza por quitarte el

aparcamiento que llevabas esperando desde hacía quince minutos.

Mi gran suerte reside en que todas mis salvajadas adolescentes han quedado camufladas por mi apariencia frágil y benévola. Así es, un aura de delicadeza y beneficencia me rodea, haciendo que todo mi lado oscuro pase desapercibido ante la mirada de cualquiera. Mis ojos, por ejemplo, han sido siempre mis mejores aliados para enmascarar mis verdaderas intenciones, mis auténticas pasiones sádicas y castigadoras. Para que se hagan una idea de la bondad que rezuma mi rostro, les diré que durante toda mi vida el mundo me ha tratado bien y ha preferido creerme a mí en el caso de tener que elegir entre mi versión sobre algún hecho o la de otra persona. Hasta los que me consideran un manipulador maquiavélico sucumben ante esa energía que se desprende de mis gestos y mi fisonomía sin ningún esfuerzo por mi parte. Es como si nadie me creyera capaz, en el fondo, de hacer nada por maldad. Nadie, excepto las mujeres a las que he amado de verdad. Paradójico, ¿no? Cuando pongo todo mi empeño en intentar hacer el bien, no me creen. Bueno, las mujeres y el poli local que no me dejó explicar mi teoría sobre lo que pasó en aquel primer piso y al que le debo todo el tiempo desperdiciado entre muros de hormigón, ronquidos y luces fluorescentes —a mi juicio— insuficientes.

Y esto que les cuento de la expresión de mi jeta —que para muchas personas sería un don estupendo, una bendición en su día a día, y que, dicho sea de paso, posiblemente me ayude mucho de cara al juicio pendiente—, para mí se ha convertido en una maldición que me impide saber quién soy realmente, el porqué de mis gestos y mis acciones, y si soy bueno o malo. ¿Es la cara el espejo del alma? ¿No muestran todos los espejos una realidad invertida? ¿No es el lado izquierdo de la vida el lado derecho de nuestro reflejo? ¿Soy entonces lo contrario a lo que refleja mi imagen?

Joder, cuando veo las fotos de mi infancia, sí que reconozco, tras esa mirada que los demás no consiguen traspasar, un atisbo de nihilismo emocional, de vacío ante las sensaciones del corazón. Poniéndome en la piel de mi psicóloga ficticia, ella podría decir sobre mí que soy un psicópata. Una persona incapaz de empatizar con los demás. Lo que me pregunto es por qué he llegado a desarrollar de manera autodidacta esa capacidad para transmitir todo lo contrario, es decir, para aparentar ser un hombre sensible, correcto y perfectamente integrado en esta sociedad de hombres buenos...

Vendrá de la niñez. Como casi todo. A menudo pienso que todo partió de una, aparentemente intrascendente, conversación con mi abuela.

Siendo muy pequeño, me hice una herida jugando a mi juego preferido: la Segunda Guerra Mundial. Y mi abuela, mientras me curaba la escandalosa hemorragia de mi rodilla, me hizo saber que muy posiblemente ya no conseguiría nunca una mujer que me quisiera. Digo yo que la idea de estar solo, de pensar que no encontraría el amor en lo que durara mi vida, me hizo desarrollar todo este elenco de

habilidades para simular ser un tío diez. Naturalmente, fingí no dar mayor importancia a las palabras de mi abuela en aquel momento. Eso también forma parte de mi colección de juegos manipuladores: fingir indiferencia. Si los demás no saben lo que te importa, jamás podrán controlarte. Puedo resultar un tanto paranoico con esto de pensar en que los demás quieran controlarme, pero créanme, según mi experiencia, la gente siempre termina utilizando tus debilidades para su provecho, con lo que cuantas menos pistas tengan sobre ti, mejor.

Cuando mi abuela acabó su tarea de enfermería y mi rodilla dejó de gotear mercromina y sangre, le pedí que me hiciera un bocadillo de mantequilla con Cola Cao para coger fuerzas y volver a jugar al *barrio* —como llamábamos a aquella calle llena de coches mal aparcados, olor a basura y piedras aburridas de ser pateadas por zapatillas remendadas, donde matábamos el tiempo a base de jugar al fútbol, juegos de chapas, o incluso admirando algún recorte de revista porno manchado de semen ajeno con el que algún tipo había limpiado su polla después del homenaje a la dama—. Más tarde, cuando llegué a los dieciséis años, seguía sin entender del todo la profecía de mi abuela. Las chicas me besaban, yo les tocaba por debajo de sus camisetas de colores y todo parecía funcionar correctamente. A mí no me gustaban los besos y ellas decían no disfrutar demasiado con mis dedos, ásperos de arrastrarme una y otra vez por la tierra. Justo así me hice la herida que me curó mi abuela: arrastrándome por la tierra.

Fue el día que cumplía los diecisiete —justo antes de soplar las velas que manchaban de cera la superficie de mi tarta de chocolate, y nada más acabar de dejarlo con Carla, una niña regordeta y contestona que, tras regalarme unos juegos magnéticos, me dijo que era imposible quererme siendo como era— que le pregunté a la madre de mi madre por el significado de aquella frase que me soltó en el pasado y que me auguraba un futuro sin el calor y el afecto que proporciona la compañía femenina. Pero la señora había muerto el año anterior y, pese a que mi madre me decía que se podía hablar con los muertos, yo no obtuve respuesta del cadáver de mi santa abuela en aquel momento tan solemne. Tal vez estaba enfadada porque no acudí a su entierro, tal vez porque no pasaba ni un rato a su lado mientras estuvo entre los vivos, o tal vez porque un día le solté que, para tener una vida como la que ella había tenido, hubiera preferido ser puta. No sé por qué fue, pero desde luego no respondió a mis palabras. ¡Cuidado!, que para mí las putas eran unas damas con unas vidas apasionantes, mujeres que sabían que eran necesarias para el sostenimiento de este sistema cínicamente basado en la monogamia, mujeres leales que te garantizaban guardar cualquier secreto. La comparación fue solo por fastidiar.

Sé que sueno a putero, pero no es oro todo lo que reluce. De hecho, la primera vez que estuve con una puta no llegué a follar..., bueno, ni la segunda, ni la tercera... Nos desnudamos cada uno por su lado; me pidió que me lavara mi miembro en el

bidé; luego fuimos a la cama y se tumbó. Y ahí acabó todo. Una mujer que se me entrega sin desearme es la garantía perfecta de que a mí no se me empine. Esa es mi cruz. Ella me dijo que eso no podía ser, que eso no era bueno para ella: sus jefes podrían acusarla de no calentar lo suficiente a los clientes si se enteraran. Yo tuve que explicarle que no era bueno ni para ella ni para mí: afuera me esperaba un grupo de chavales impacientes por conocer mi experiencia. Así que me aproveché de la puta: ella estaba obligada a guardar mis secretos y, como una excepción, yo guardé el suyo. Por aquel entonces no era muy bueno guardando secretos; tampoco es que lo sea ahora, pero al menos ya no tengo cargo de conciencia por revelarlos.

Volviendo al asunto de mi abuela, más adelante un taxista me explicó que eso de hablar con los muertos solo sirve a los que no tienen amigos en vida. Y como yo no tenía ni un solo amigo en el que confiar por aquel entonces, comprendí que si no podía hablar con mi abuela debía ser por alguna de las anteriores razones que les he mencionado.

Un par de meses después de aquel cumpleaños estuve con la primera mujer que consideró oportuno formalizar nuestra relación para poder jugar con mis dedos y su piel de una manera más profunda, segura y comprometida. Se llamaba Patricia, y no destacaba por su risa. Tenía una especie de niebla perpetua en su ánimo. Era guapa como una sombra de luna llena, y fría y distante como muchas canciones que hablan de amores calientes. Acariciarla era un poco como chupar una polla de plástico. (Este símil lo utilizo únicamente porque me lo han contado algunas mujeres; yo nunca chuparía nada de plástico. Mi padre me ha dado varios sabios consejos en la vida, y en uno de ellos me advirtió muy mucho de los problemas que causa chupar cosas fabricadas por los humanos... «Tú —me decía— chupa solo cosas creadas por Dios.».) Un día que Patricia parecía más lejos que de costumbre, y con cierto miedo por mi parte de que se alejara tanto que tuviera que pasarme la noche sin dormir buscándola, le pregunté si me quería. Me miró como si mi abuela le hubiera advertido que algún día yo le haría esta pregunta, y me contestó que no, que no era nada personal, simplemente no sentía amor por mí. Solo estaba enamorada de su padre: su padre era su gran amor. Me costaba entender que sintiera amor por su padre. ¿Soñaba con que los dedos de su padre corretearan por su piel? ¿Prefería el aliento de un hombre de casi cincuenta años a los jadeos de un joven que no llegaba a la veintena? Hoy lo entiendo mejor; por lo visto, tampoco sería una idea tan disparatada. Es lo que tiene leer cosas sobre la evolución y todo eso: aprendes el lado animal de las relaciones. Bueno, el caso es que su negativa hizo que me estremeciera ante algo que surgió de mi estómago y me recorrió el pecho hasta la nuca. Mira que si mi abuela fuese a tener razón después de todo...

Por eso fui aquella noche al cementerio donde estaba enterrada la madre de mi tío Andrés y me perdí entre la oscuridad y tanta tumba. Allí era imposible localizar la

lápida de la mujer. Estaba repleto de cruces. ¡Qué poca originalidad! Recuerdo que pensaba que cómo era posible que a ninguno de los familiares de aquellos difuntos se les hubiera ocurrido poner en lugar de la trillada imagen de Cristo una escultura de Mazingher Z, Spiderman, o incluso de Javier Gurruchaga... Y de pronto, tuve una revelación. Quizá mi abuela tuviera razones para no dirigirme la palabra, pero aunque solo fuera por educación, un fiambre desconocido tendría que hacerlo. Me detuve ante la tumba de una persona que no había vivido más de treinta años, y le formulé la pregunta: «¿Por qué mi abuela tras curarme la herida de mi accidente me dijo que ninguna mujer me querría?». Hubo un silencio más profundo que el silencio de muchas tras echar un polvo conmigo —la mayoría de la gente dice que esto no es bueno, aunque pueda parecerlo— y, no sé si fue el agitar de los cipreses de alrededor con el viento o la imaginación que nunca he logrado tener del todo bajo control, escuché:

—Tu abuela te odiaba por ser hombre. Tu abuela odiaba a todos los hombres. Tu abuela ahora odia a todos los machos muertos enterrados en este cementerio.

—Ya —dije—, ¿pero y qué tiene eso que ver para que me auspiciara semejante cosa?

—Nada. Es lo que tiene la gente con «mala follá»: no necesitan ninguna razón para intentar joderte. Les resbala tu suerte. Si consiguen traumatizarte, guay; y si no, pues nada, se consuelan pensando que tu vida será una mierda por sí sola de todas formas.

Me alejé de allí mientras el muerto seguía hablándome. Este se pasaba con las palabras. Yo solo quería una respuesta, no un análisis de la relación abuela-nieto. Tropecé entonces de casualidad con la tumba de la señora madre de mi tía Juliana —hermana de mi tío Andrés y de mi madre— y le conté lo que me había dicho aquel tipo de la tumba que murió joven. Simplemente por contarlo, no esperaba respuesta. Pero de pronto se escuchó la voz resquebrajada y resentida de mi abuela, que me dijo:

—Ese es idiota, y tú más por hacerle caso.

—Vale, abuela, pero ¿qué quisiste decir?

—¿Cuándo? —me preguntó extrañada.

—Cuando tuve aquel accidente y me dijiste que nadie me querría.

—No me acuerdo, hijo... Por cierto, ¿sigue existiendo la monarquía en España?

—Pero por algo lo dirías. Haz memoria...

—Pues por lo que se dicen todas las cosas, por hablar...

—Pues acertaste: nadie me quiere.

—¿Ves como tenía razón?

—¡¡Pero si acabas de decir que no lo dijiste por nada!!

—Ya sé, ya sé, pero tenía razón...

—Sí, abuela, sigue la monarquía en España... ¿Cómo iba a cambiar todo eso en

tan poco tiempo? —dije resignado.

—Todos los cambios se producen en muy poco tiempo. La espera es larga, pero el momento del cambio apenas dura un orgasmo.

—¡Abuela! —le dije—. ¡Qué sabrás tú de orgasmos!

—Uy, hijo, ¿acaso crees que en mi generación éramos tontas? Los tontos sois vosotros, que solo pensáis en follar ¡y os olvidáis de lo más importante!

Me extrañó una reflexión así de mi abuela y le pregunté:

—¿Qué es lo más importante, abuela?

—Poder mirar a los ojos secretamente a la persona que te has follado.

Corrió una brisa más fría que las que había notado hasta ese momento y sentí que se había perdido la comunicación. Comencé a buscar el camino a la salida del cementerio mientras repensaba sus últimas palabras. Se me había olvidado preguntarle por qué había tardado tanto tiempo en hablarme, pero me dio pereza regresar. Imagínense que su respuesta me hubiera hecho sentir culpable: ¡todos sabemos que hay que evitar la culpabilidad a toda costa! Además, no es bueno volver a retomar una conversación que ha ido bien con alguien que te guarda rencor; seguro que en la segunda parte se tuerce la cosa y terminas mal parado.

Conforme dejaba atrás los muros del campo santo comencé a escuchar las voces de otros muertos. ¡Aquello era una algarabía! Se morían —bueno, se desvivían; supongo que será más apropiado decirlo así— por conversar con un vivo.

Por lo visto en lugares así se echa mucho de menos un periódico del día.

Capítulo III

CUANDO CONOCES AL QUE MAÑANA SE FOLLARÁ A TU MUJER

Ni todas las mujeres son iguales ni todos los hombres quieren solo sexo.
Por cierto, ¿sabes que me han contado que todas las brasileñas
son buenas amantes y los cubanos la tienen grande?

Tras la detención y después de pasar un rato encerrado en los calabozos de la comisaría, me llevaron a otros más grandes en el centro de la ciudad que, por lo visto, estaban habilitados para pasar la noche. Apenas entré en mi nueva celda, apagaron las luces generales. Había un tipo en alguna parte de aquel oscuro y siniestro lugar que gritaba algo ininteligible repetidamente: no sé si pedía que lo sacaran, si estaba gritando su inocencia, o si simplemente lo hacía por joder el sueño a los que ya llevaban allí todo el día intentando dormir para sobrellevar la espera. Debían de ser ya horas para estar dormido, y a mí me estaba entrando sueño de tanto estar solo conmigo mismo. Uno de los rumanos con los que compartía celda, el más simpático de todos, debió de notar que no conseguía dejar de pensar en mi pareja y me dijo, con ese acento del Este que parece convertir los consejos en órdenes, que me dejara de novias españolas, que las rumanas son mujeres con las que se puede contar en lo bueno y en lo malo. Supongo que allí todavía les funciona lo del matrimonio.

El tío no tenía cara de delincuente. Tal vez no lo fuera. Otra vez la gran duda sobre las apariencias. Estuvimos hablando un rato. Cuando no sabía cómo decirme algo en español, hablaba en su idioma y hacía un gesto exagerado con los brazos y las manos. Yo me reía y asentía, pero no me enteraba de nada, obviamente. Primero, porque tenía la cabeza en mi chica y, segundo, porque nunca se me ha dado bien el juego ese de las películas. Ese es el que alguien hace gestos hasta que averiguas el título de una de ellas.

Recuerdo una vez que para simular la peli de *El imperio contraataca*, mi pareja en el juego hizo como si disparara una ametralladora, se salió de la habitación y volvió a entrar repitiendo la acción. Una chavala pelirroja, que por aquel entonces me regalaba su cariño en pequeñas dosis, acertó a la primera. Yo hubiera dicho cualquier título sobre la mafia, o alguna de guerra, pero *El imperio contraataca* no se me hubiera ocurrido ni en cien años. A los dos meses descubrí que tanto mi compañero como la chica que me dosificaba su amor llevaban tiempo haciéndoselo juntos a mi espalda; eso era lo que les daba tanta conexión, por lo visto.

Con las luces apagadas, cualquier sala dedicada a privarte de libertad se convierte en un rincón todavía más deprimente; en la que me tuvieron a mí no iba a pasar algo distinto. Para colmo de males, allí no sabías la hora que era en ningún momento. Me pregunto por qué ese trato. Vale que cuiden de que no llevemos instrumentos que nos

permitan liarla y complicarles el trabajo, pero al menos podían colgar relojes en la pared para poder saber cuánto queda de aburrimiento. De verdad que si te tratan así antes del juicio, no quiero saber qué derechos tendrás cuando te declaren culpable.

A fin de conseguir dormirme, probaba a pensar en las olas del mar muriendo en la orilla de la playa. Lo leí en un libro de autoayuda que cogí de la mesita de noche de una mujer con la que estuve casado. Eso por lo visto relaja; yo más bien pienso que es un muermazo. Pero los muermazos adormecen, que supongo que será el objetivo último del ejercicio de las olas. Era curioso: me ponía a pensar en eso y no era capaz de quedarme solo en la imagen de la orilla. Empezaba a poner chiringuitos, gente paseando..., como si hubiera pasado todos mis veranos en Ibiza y esa fuera la única imagen que tengo de una playa. Y no es el caso. No soy playero, pero, pese a que no me gustan las playas, desde siempre he sentido la necesidad de vivir en una ciudad con mar. ¿Obedecerá este deseo a que en lugar del mono yo vengo del delfín? Tardé en conseguirlo. Hasta recién casado no me trasladé aquí, a Valencia, con la que pasó a ser mi mujer en aquel entonces, Alicia; y mira tú por dónde, lo que menos he visitado de la ciudad ha sido la playa. Entre unas cosas y otras, apenas he tenido tiempo de frecuentar el paseo marítimo. Al principio sí, iba más a menudo cuando ella, Alicia, me lo pedía. Ella y yo nos divorciamos a los cinco años de llegar a esta ciudad. A ella le encantaba la playa, bañarse, tomar el sol; a mí me gusta el asfalto, los rincones oscuros y las calles solitarias, pero llenas de comercios que nunca terminan de cerrar y siempre están de liquidación —ya sé que esto jode mucho a los comerciantes, pero a mí es lo que me gusta—. Diferencias estas que se amontonaban a las razones más que suficientes para terminar con nuestro matrimonio. Alicia y yo ya no vivíamos juntos hacia el final de nuestros días esposados: ella tenía un trabajo muy importante en Madrid, y yo no tenía trabajo. Ni lo tengo. Tampoco lo buscaba. Ni lo busco. Tengo la esperanza de que pase algo que me permita seguir respirando sin tener que pagar un precio demasiado alto por ello. Mientras tanto, voy sacando un poco de pasta moviendo mis canciones por locales pequeños, en los que no hay escenario y la gente se incomoda de tener que guardar silencio mientras tú cantas. La mayoría de la gente va a esos sitios para conversar con sus amigos; luego se encuentran con artistas de poca monta como yo, y les jodes la charla. Y aun así, aplauden. No sé qué aplauden, porque dudo mucho que se hayan enterado de algo. Se pasan el espectáculo susurrando sus cosas. Suerte que tú estás amplificado: al menos puedes escucharte y no desafinar. Por supuesto, casi todos nuestros amigos y conocidos, que eran muchos por aquellas fechas, pensaban que yo era una especie de vividor sinvergüenza que se aprovechaba de su mujer económicamente. Hoy la cosa ha cambiado: prácticamente no me quedan amigos.

Aún no sé en qué parte del convenio de nuestro divorcio los amigos se los quedaba ella. Mi abogada, Rebeca, no estuvo al loro de eso. Supongo que, como me

dice a menudo, tampoco yo presté demasiada atención a mi separación, y ella no es adivina. «Yo no puedo estar en todo», me repite cada vez que le voy con algún problema, y yo le digo que eso no es lo que le estoy pidiendo. Yo no quiero que esté en todo: tan solo que esté en lo mío. A ver, tampoco niego que no fuera un vividor mantenido, pero sí niego lo de no tener vergüenza; de hecho, tengo demasiada vergüenza. Parece mentira que, con todo lo que he viajado y con la cantidad de situaciones difíciles a las que me he tenido que enfrentar, sea tan vergonzoso, pero ya ven: la vergüenza nunca se me ha caído. Seguro que el día que visite a la psicóloga me aclarará qué es lo que me pasa realmente con esto de la timidez.

La ciudad en la que vivía mi caída en el viaje del amor, Alicia, no tiene mar —aclaro esto por si alguien no sitúa Madrid convenientemente—; por eso cada vez que venía a visitarme me pedía que fuéramos a verlo. Yo me ponía mi parca de marinero holandés, mi gorro y mi bufanda —cuando era invierno—, y me iba con ella de la mano. Normalmente prefiero pasear sobre la arena: hay mucha menos gente. Por el paseo alicatado, y sobre todo los fines de semana, no hay quien dé un paso sin tropezar con alguien patinando, en bicicleta o, simplemente, con la cuerda de un globo que flota atado al dedo de un niño que va pendiente de todo menos del globito. En la orilla no ocurre eso. A la gente le resulta incómoda la arena: se suele pegar a los zapatos como algunas mujeres se pegan a algunos hombres, de lo que se podría deducir que algunos hombres son como zapatos —zapatos viejos y malolientes que lo único bueno que pueden ofrecer es que no te harán rozaduras—. Un día, mientras mi mujer por aquel entonces y yo caminábamos por la orilla, una ola, de esas que no se enteran que se les ha acabado el mar, nos cubrió los pies hasta los tobillos. Ninguno de los dos íbamos descalzos. Mis zapatos tendrían un año de uso y me habrían costado unos cien euros, porque no los compré en rebajas —nunca compro en rebajas; como ya dije, no soporto la multitud—, y los de mi mujer tendrían unas dos horas de uso y le habrían costado unos ciento veinte euros... en rebajas. Nos miramos intentando culpar el uno al otro por no haber visto la maldita ola y evitado el naufragio tanto económico como físico cuando a nuestra espalda se oyó una voz masculina que pronunció el nombre de mi esposa. Ella pareció alegrarse mucho de ver a aquel tipo. Yo no lo conocía de nada, y tuvieron que pasar más de cinco minutos para que por fin mi mujer me incluyera en la conversación:

—Este es mi marido.

Eso, indudablemente, ya lo sabía yo. Lo que no tenía tan claro era por qué le confesaba mi identidad a aquel hombre y, sin embargo, no me aclaraba a mí la suya.

El tipo se dirigió a mí:

—Encantado. —Y siguió hablando con ella mientras yo, apoyándome en Alicia, levantaba una de mis piernas y examinaba los estragos del mar en mi zapato izquierdo.

—Hace tiempo que no vienes por el despacho —le dijo él.

—Ya no soy la responsable de la sección. Ahora llevo el departamento de *marketing*.

—Pero seguimos en el mismo edificio —añadió el hombre sin nombre, el cual llevaba unas deportivas inmaculadas que parecían repeler los granos de arena.

—¿Cuánto te han costado esas zapatillas? —interrumpí.

—Oh, pues no sé..., me las compra mi *personal assistant* —me contestó con una sonrisa campechana y un acento inglés desproporcionadamente exagerado.

Claro, él podía ser campechano conmigo porque sabía quién era yo. ¿Cómo demonios iba yo a comportarme con él de la misma manera si no tenía ni pajolera idea de su identidad?

—¿Tienes *personal assistant*? —preguntó mi esposa, como si todo el aire de su cuerpo se hubiera condensado en su pecho y se hubiera vaciado de su vientre y culo.

—Sí, me lo recomendó Marcelo, el marido de Julia.

Sabía ya más cosas del tal Marcelo sin estar allí con nosotros que del tipo que tenía delante.

—Me encantaría tener uno —dijo mi mujer.

—¿Qué es un *personal assistant*? ¿Un asistente de los de toda la vida, pero que está importado de Gran Bretaña? —pregunté a los eruditos, recalcando cada sílaba del término con una buena dosis de acento castellano manchego.

—Bueno, algo así. Es un secretario personal..., te hace todo lo que necesitas de tu vida diaria. Si tienes que elegir un *spa* o comprar unas flores, él lo hace por ti —intentó explicarme el caballero tuneado—. Si necesitas, qué sé yo...

—¿Pero por qué lo hace por ti? —interrumpí otra vez mientras volvía a sacudirme la suela de mi zapatilla izquierda con mi mano derecha.

—Pues porque tú estás demasiado ocupado para poder realizar esas tareas —me contestó el hombre sin nombre.

—¿Follando? —pregunté sin ninguna pretensión de hacerme el gracioso, pero con todas las ganas de incordiar a Alicia.

—Perdónale —medio balbuceó mi mujer sin ocultar una mirada visceralmente asesina hacia mí—, es que es así de ingenioso. Solo que todavía no es capaz de controlar cuándo hay confianza para serlo...

En eso mi esposa tenía razón. Mi esposa era una mujer asombrosa, en realidad: inteligente, atractiva, guapa... Pero tenía sus defectillos; entre otros, que era incapaz de mirarse a sí misma. Bueno, tal vez se mirara, tal vez viera sus defectos, pero nunca hacía mención a ellos. Solo hablaba de los míos; jamás de los suyos. Quizá fuera cierto y yo no controlara cuándo hay confianza para ser ingenioso, pero no me negarán que ella no tenía ni puta idea de cuándo la había para presentar a alguien.

—No, en serio —dije ya, consciente de que esto sí le iba a molestar, y mucho, a

mi mujer—. Eso del asistente significa que alguien vive la mitad divertida de la vida que te toca a ti porque tú estás demasiado ocupado trabajando y ocupándote de la mitad aburrida, y encima le pagas por ello. ¿Lo he entendido bien?

Entonces, el tipo aquel de zapatillas superchulas me puso una mano en el hombro —una mano que acababa en un reloj con un montón de colores y botones tan llamativos como sus zapatillas— y me dijo mientras entonaba una muy ensayada carcajada:

—Me gusta este tío. ¿Cuánto tiempo lleváis casados?

—Más del que le gustaría a ella —le respondí.

Y ahí tuve que despedirme del desconocido, porque mi mujer abortó cualquier intento de comunicación entre nosotros con un violento tirón del brazo; se despidió con un «El lunes me paso a verte y almorzamos juntos», y estuvo sin hablarme al menos durante media hora.

Yo, como ya he dicho, no soporto el silencio. Me aburre. O habla alguien o hablo yo. Así que el resto del paseo me dediqué a hacerle preguntas; por preguntar nada más. Me daba un poco igual que me las contestara en ese momento o por *mail* días después: las preguntas quedaban ahí. El que pregunta ha cumplido con su función. Yo ya no debía nada a nadie.

«¿Es tu jefe?», «Parece que te echa de menos... ¿Crees que le molas?», «Mira ese tío de allí haciendo surf. ¿Qué encanto puede encontrar alguien en pegarse una y otra vez revolcones con las olas subido a una tabla en forma de calzador?», «¿Vas a quedar con él?», «A mí no me importa..., pero si está casado, ¿crees que a su mujer le importará?», «¿Está casado?», «Al final no me he enterado de lo que cuestan las zapatillas... ¿Te importaría preguntárselo el lunes a su *personal assistant*? Porque él no lo sabrá, claro», «¿Las zapatillas las paga la asistenta esa de lo que cobra o van aparte?», «Vive en esta ciudad y trabaja en la misma que tú. ¿No es curioso?», «¿O es que está de paso?», «¿Te imaginas que todo esto lo hubiera planeado para verte?», «¿No sería romántico?».

Y como casi siempre que se menciona alguna palabra relacionada con el romanticismo, mi mujer cedió en su duelo de palabras:

—¿Te parece romántico que otro hombre tenga detalles conmigo?

—Hombre, si eso lo ves en una película de Meg Ryan, te lo parecería fijo.

—Tú eres tonto perdido. A veces me pregunto por qué sigues a mi lado.

Ahí es donde mi esposa también solía cojear: muy inteligente, sí, pero bastante ineficaz a la hora de plantear los interrogantes que te lleven a respuestas útiles. Plantearse por qué una persona sigue a tu lado, además de poco práctico, resulta bastante absurdo, porque nadie puede seguir a tu lado si tú decides no estar. Así que intenté explicárselo por decimocuarta vez en lo que llevábamos de año:

—La pregunta que te has de hacer es por qué sigues conmigo. No deberías

preocuparte de por qué estoy yo aquí, sino por qué lo estás tú... Mis razones no las podrás cambiar..., las tuyas sí.

—Mi respuesta es clara: yo estoy a tu lado porque te quiero. ¿Y la tuya?

—Porque me quieres —contesté.

Ahí se paró en seco mientras una gaviota se nos acercaba, digo yo que con la intención de escuchar nuestra conversación. Pasa un poco como con las palomas. Si te fijas bien, su postura de la cabeza deja muy claro que están aguzando el oído para ver si se hacen con algún chisme que llevar luego a los escritores. La mayoría de las novelas de la historia parecen creaciones surgidas de las imaginaciones de sus autores, pero yo creo que más bien han nacido de los chismorreos de las palomas y las gaviotas que vuelan de ventana en ventana narrando lo que han visto por ahí. Sí, ya sé que suena un poco disparatado; por supuesto, esto no se lo contaré a la psicóloga, porque sé que no da una buena imagen de mí. Si algo aprendí de mi padre, además de muchas más cosas, es que más importante que ser es parecer, y más importante que parecer es tener mucha pasta. Cuando estás entre los que la tienen, te toca las narices ser, parecer y todo lo demás.

—O sea, que tu razón para estar conmigo —concluyó mi mujer con una expresión que no supe identificar muy bien si era de esperanza o de cabreo— es mi razón para estar contigo.

—¿Se puede querer más a una persona? —repliqué—. Que tus razones sean las tuyas... ¿No te parece de una entrega absoluta?

Y se marchó pidiéndome que la dejara un rato tranquila, que ya nos veríamos en casa. Yo sé que en el fondo se iba con la esperanza de tropezar con el hombre aquel de las zapatillas deportivas mágicas; si lo consiguió o no, es algo que nunca me contó. Lamentablemente, Alicia y yo aprendimos a tener secretos al segundo día de conocernos.

Yo me la había cascado... Masturbado, vaya. Me había masturbado a las 18.00 de aquel martes porque ella me aseguró que no vendría hasta las 22.00; pero llegó a las 18.10 y me pidió que hiciéramos el amor. A mí me dio palo confesarle que necesitaba unos minutos de recuperación, ya que supondría tener que explicarle lo que había hecho. Supongo que me faltó esa confianza porque llevábamos poco tiempo juntos y hubiera podido parecer que me la cascaba como un mono todo el día..., que en el fondo era un poco así, pero no quería que lo pareciera. El caso es que no pude disuadirme de la idea de mentirle, y se me ocurrió inventarme que me acababan de llamar por teléfono para decirme que había muerto alguien importante en mi vida que conocía del instituto y que estaba un poco consternado. He de reconocer que me sorprendió su reacción. Simplemente se limitó a preguntarme:

—¿Amigo o amiga?

—Amigo... —respondí.

Me abrazó con mucho cariño y añadió:

—Eso me demuestra que eres mucho más de lo que pretendes aparentar.

—Yo no pretendo nada —dije mirándola a los ojos.

—Sí, sí lo haces... No quieres demostrar lo sensible que eres —me susurró al oído.

—No, en serio... Me muestro tal y como soy —le contesté a un centímetro de su boca.

Y nos pusimos a follar. Eran las 18.15. Y el universo había vuelto a demostrar que la mentira, a diferencia de la verdad, abre la puerta de muchos dormitorios.

Capítulo IV

LA FUERZA DE LA GRAVEDAD, LA REVELACIÓN DE TU VIDA Y UNA AZAFATA SUSCEPTIBLE Y AGRADECIDA

«La infidelidad solo existe en nuestras mentes. No es fisiológica ni natural. Es algo cultural que ha inventado la religión para debilitar al hombre».
Luego, ella le contestó que estaba totalmente de acuerdo con eso y él empezó a sentir celos por primera vez.

Hay tres cosas que no han dejado de pasarme por la cabeza durante el tiempo que me han tenido encerrado.

Una: la comida. No es que haya pasado hambre, pero me desagradaba enormemente no poder elegir el menú. Me he pasado más de doce horas a base de galletas y mermelada baratas. Era eso o judías. ¡Por Dios, no estaba pidiendo un arroz con bogavante, pero judías blancas para comer y para cenar me parece muy poco práctico! Un montón de tíos encerrados en el mismo habitáculo, y no se les ocurre otra cosa que darnos alimentos flatulentos. Así que yo pedí el favor de que me sustituyeran cualquier comida por el menú del desayuno; esta elección, evidentemente, no me libraba de los gases de mis vecinos, pero al menos me evitaba tener que aguantármelos. Detesto ser maleducado; supongo que por la vergüenza. Me hicieron caso sin ponerme problemas, pero una de las veces el zumo que me trajeron se hallaba en mal estado. No es que estuviera pasado de fecha. Para nada. Pero el envase estaba hinchado; parecía que iba a reventar si lo perforabas con la pajita de plástico. Mi madre me explicó hace tiempo que si las latas de conserva están abombadas, es que lo de dentro está malo, y yo lo extrapolo a cualquier cosa envasada e inflada. Incluidos los pechos de algunas mujeres enfundados en sujetadores fraudulentos. Esto traté de explicárselo al agente que nos custodiaba en ese momento —lo de los envases, no lo de los pechos—, y él simplemente se limitó a mirar el zumo, fruncir el ceño y decirme que mejor no me lo tomara. Conclusión —la suya— que no me sirvió de mucho, porque se parecía bastante a la mía.

Otra cosa que no conseguía quitarme de la cabeza era el último libro que me había leído antes de que me encerraran: *Siddhartha*, de Herman Hesse. Más bien debería decir que me lo releí porque ya lo tuve de lectura de cabecera cuando era joven, y he de reconocer que en aquellos días no saqué ninguna enseñanza en particular; como si hubiera leído una novela de vaqueros cualquiera. Sin embargo ahora, desde la nueva perspectiva que me brinda mi edad y mis circunstancias, se ha convertido casi en mi religión: acepta lo que te pasa. Esa es un poco la base. No eres ni mejor ni peor, simplemente tienes tu película y no pintas nada ni en el guion ni en la dirección. Límitate a verlas venir y sortear los obstáculos sobre la marcha; y

cuando algo te duela, haz el Om ese de los budistas y espera a que se te pase. Recién detenido, en los calabozos de la comisaría, cuando todavía no me habían trasladado a los habilitados para pernoctar, pasé un par de horas haciendo el Om ese, y algo me entretuve; lo justito para evitar el aburrimiento. Pero lo hice en silencio: no quería que pensarán que estoy tarado y se me complicara la cosa con la ley y el orden. Cuando estás en manos de la autoridad, has de limitarte a obedecer si quieres evitarte problemas. No argumentes; no pienses; no creas que podrás convencer de algo a alguien que lleva un arma. Hay que tratarlos igual que en las películas de psicópatas el policía de turno trata en la escena final al asesino en serie, con la salvedad de que no se te ocurra aprovechar cualquier despiste para hacerte el héroe. Seguramente solo te servirá para ir a peor.

Y la otra cosa, la tercera que no se me iba de la mente era, cómo no, ella. Entre otras cosas porque no paraba de gritar mi nombre y de preguntarme si estaba dormido. Yo, obviamente, le contestaba que «Ya no» —en parte por introducir algo de humor en aquel momento—; pero no captaba la ironía de mi mensaje, porque a los pocos minutos volvía a sobresaltarme su voz afilada colándose entre los barrotes pronunciando mi nombre desgastado.

Soy consciente de que con todo lo que les voy contando sobre mí puedo parecer un pasota. Un tipo de esos que no da un palo al agua, ¿verdad? Un tranquilón sin ambiciones. Alguien a merced del viento y la inercia. Un resignado a los pasos que las condiciones del asfalto sugieran. Pero no es cierto. Tampoco es que no haga nada de nada; me refiero en mi vida diaria. Es decir, ni he sido ni soy un vago que se toca los cojones todo el día. Desde que abandoné los estudios me dediqué a trabajar en lo que saliera. Y así lo he hecho, desde en un almacén de hierros en una ciudad de inviernos crudos hasta en la oficina de un sindicato, donde trabajar consistía en estar horas y horas en algún lugar donde se te viera. No tenías que hacer nada. Simplemente levantarte de vez en cuando para consultar alguna ley a algún compañero o lamentarte de lo malas que son las empresas con sus trabajadores.

Pero llegó un día en el que me cansé de no poder realizar mi sueño. Siempre he querido componer canciones, escribir libros, hacer teatro, películas..., en definitiva, sacar todo el arte que llevo dentro, y encontraba en el trabajo la excusa perfecta para no intentarlo. Así que sin más decidí romper con todo lo laboral y con la ayuda de algunos ahorrillos y la de Alicia, por aquel entonces, me concedí la oportunidad. La revelación que me empujó a hacerlo me sobrevino de forma imprevista..., supongo que por eso fue una revelación, ¿no?

Viajaba yo por asuntos de trabajo desde Palma de Mallorca hacia mi ciudad en un avión de esos que ralentizan el tiempo. (Quizá los conozcan: son los aviones con los que grandes artistas perdieron la vida hace muchos años. Gardel, por ejemplo. Sí, Gardel creo que la perdió en un bimotor de hélices de esos). Acabábamos de despegar

y la isla se mantenía estática debajo de nosotros. Llevábamos una media hora suspendidos en el aire y ¡la isla seguía ahí abajo! Parecía como si la fuerza de la gravedad coincidiera con la fuerza de los motores del avión y se hubiera establecido un equilibrio. La tierra tiraba de nosotros hacia ella y el avión tiraba en sentido opuesto, hacia el cielo, con la misma intensidad. Creo que fue gracias a la azafata, a la que se le saltó un botón de la blusa descompensando ambas atracciones, que comenzamos a avanzar. Aquel minúsculo gesto del azar hizo que, por lo que fuera, la potencia del avión superara a la gravedad y comenzáramos a ver ya cómo la isla se quedaba atrás. De pronto, la cara de la azafata cambió de expresión y me miró. Me hizo un gesto como de enfado. Yo me asusté un poco. No viajo tranquilo en avión. Tengo miedo a estrellarme. La gente suele confundir mi miedo a estrellarme con miedo a morir. No tiene nada que ver. No me importa morir en un accidente de tráfico, ni por una enfermedad; ni siquiera por una escopeta que equivocó la dirección del disparo. Lo que me aterra de estrellarme con un avión es el tiempo que pasa desde que te lo ves venir. Pánico. La azafata aguzó el gesto de reprensión, y yo miré hacia la ventanilla tal y como lo haría alguien que cayera en la cuenta de que se la había dejado abierta. No sé por qué lo hice. Las ventanillas no se pueden bajar en los aviones. Es por no sé qué de la diferencia de presión..., bueno, y porque están selladas. Aunque yo creo que los pilotos cuando viajan por el trópico deben bajar las suyas y sacar los codos como si fueran en un descapotable. Yo lo haría. Tiene que ser una sensación de libertad tremenda. Cuando el avión alcanzó la altura en la que puedes desabrocharte el cinturón que te ata a un asiento, sujeto por unas tuercas a un amasijo de metales con forma de supositorio que no está sujeto a nada, la mujer vino directamente a mí y me dijo que no se podía llevar los auriculares puestos en el despegue. Que podía haber provocado un accidente. Yo me sonrojé. Mi vergüenza no superada. Me disculpé y le pedí que presentara mis disculpas al piloto. Ella se tomó esto último como una burla y me dijo que le entregara mis auriculares.

—¿Son los auriculares o el mp3 lo que podía haber provocado el accidente? —le pregunté.

—¡¡El mp3, claro!! —me respondió muy indignada; para mí que excesivamente indignada. Se supone que estaba ahí para atenderme como a un huésped, no para ser mi policía particular. Aunque, bien mirado, por aquella dama me hubiera dejado cachear hasta convertirme en plastilina.

—Bueno, no se ponga así. Tome el aparato, pero los auriculares me los quedo.

Y fui a entregarle solo el mp3 cuando dijo:

—Los auriculares también.

—¿Cómo? No lo entiendo. Usted dijo...

—Le advierto, caballero, que de seguir con esta actitud tendré que avisar al comandante y tal vez abortemos el viaje y regresemos a Mallorca.

Miré por la ventanilla. Gracias a Dios no tenía compañía en el asiento de al lado: mi vergüenza hubiese sido aún mayor. Miré también de reojo a una señora que había en la fila de atrás y que parecía no perder detalle de mi anécdota con la azafata, pero ella no se percató de que yo la miraba.

—Señorita, puede usted hacer lo que quiera. Yo soy su cliente, no su secuestrado. Le he entregado mi mp3. Usted misma dijo que los auriculares no eran peligrosos. No sé qué le pasa, pero me está tratando como a un delincuente.

—Ha desobedecido la orden que se da por megafonía antes del despegue.

—Yo no he escuchado ninguna orden. ¿No ve que llevaba los auriculares puestos?

No le gustó mi gracia. Desapareció en la cabina del piloto y media hora más tarde volvíamos a aterrizar en el aeropuerto de Mallorca. La gente me miraba fatal. Aquella bruja debía de haber derramado unas lagrimitas al comandante de la nave, y como el tío no había salido a verme y contrastar la información, de nada me servía tener la cara esa que les he comentado que me hace triunfar en cualquier disputa.

Aterrizados y todavía sentados en el avión, entró una pareja de la Guardia Civil; una mujer y un hombre. Yo, si fuera guardia civil, les pediría a todas mis compañeras que se acostaran conmigo. Pienso que así eliminaríamos el componente sexual y nos dedicaríamos más al oficio. El sexo no consumado, el sexo en potencia, distrae mucho. Mi padre nunca me ha creído, pero yo no hice buena carrera en los estudios por culpa del sexo..., de la ausencia de sexo, claro está.

De los dos guardias civiles, se dirigió a mí el hombre —pueden imaginarse a quién hubiera preferido yo, pero es lo que me tocó.

—Caballero, ¿sería tan amable de bajarse con nosotros del avión?

—¿Pero y si despegan en mi ausencia? Entre nosotros, agente, la azafata no termina de llevarse bien conmigo y me preocupa que me dejen en tierra —le contesté yo mirando a su compañera.

—Caballero, haga usted el favor de acompañarnos.

—No entiendo por qué... ¿Qué he hecho?

—Ha puesto usted en riesgo a toda la tripulación del avión por su conducta irresponsable —me explicó como si lo estuviera leyendo.

—Yo solo reprimí a la azafata porque la pillé esnifando cocaína en los baños. ¿Es eso un delito?

—¿Cómo? —dijo la compañera del guardia civil.

—¡Está claro que esa mujer pretende deshacerse de mí para que no pueda dar parte de su forma de hacer el trabajo inventándose todo lo de los auriculares! —exclamé todo lo indignado que yo sé mentir.

Al poco rato íbamos en un coche patrulla la azafata y yo. Empiezo a darme cuenta de que nunca voy a las comisarías si no es acompañado por bellas mujeres. Bueno,

esto tampoco se lo puedo consultar a la psicóloga; parece más algo de física cuántica, ¿no? La azafata no me miraba a la cara. Tenía sus ojos fijados en la ventanilla del coche verde militar; parecía como si visitara Palma por primera vez. A fin de evitar el silencio y aprovechando que íbamos vigilados, le dije:

—Sin sentido del humor no se vive demasiado. ¿Qué diablos le pasa conmigo?

—Usted representa a todos los hijos de puta prepotentes con los que he de lidiar día a día porque piensan que ser azafata supone estar a su merced durante el vuelo — me contestó.

—¿Y cuándo se dio cuenta de eso? ¿Antes o después de cruzar conmigo la primera palabra?

—No hace falta hablar con la gentuza como usted para descubrirlos. Basta ver cómo me miraba la blusa.

Ahí empecé a entenderlo todo un poquito: se había sentido acosada por mi mirada. A algunas mujeres les pasa; precisamente con las que suelo terminar echando un polvo. Se sienten desnudadas. Me consideran un hombre con un porcentaje aceptable de depravación. No voy a decir que se equivoquen..., bueno, sí. Posiblemente se equivoquen en el porcentaje. Una cosa es lo que haría y otra lo que puedo hacer sin ser sometido a las leyes del país.

—Señorita, yo le miré la blusa porque le saltó un botón en el despegue —dije con una voz muy conciliadora que aprendí a imitar de un excompañero del sindicato aquel para el que trabajé.

—Ah, ¿fue durante el despegue? —me preguntó como si le acabara de resolver por qué tuvo que ser la mujer la que cogiera la manzana prohibida del paraíso y no el hombre, o un mono después de cascársela.

Ahí hubiera quedado como un auténtico héroe si me hubiera molestado en recoger el botón y ahora entregárselo. Pero no he nacido para ser héroe. No sé reconocer las situaciones propicias para convertirte en uno.

—¿Qué va a pasar ahora? —le pregunté con algo de preocupación—. Quiero volver a mi casa ya..., llevo casi una semana aquí.

—¿De verdad que no me estaba mirando el escote?

—Se lo juro —le aseguré mientras evitaba mirarle las piernas con todas mis fuerzas.

—¿Y por qué se puso los auriculares en el despegue?

—No estaban enchufados. Simplemente me los pongo a modo de tapones. No se lo dije porque me pareció que usted la había tomado conmigo y me apetecía provocarla un poco, para ver si por esas me dejaba tranquilo...

—Disculpe. Supongo que fue la atracción lo que me puso a la defensiva.

—¿Qué atracción? ¿La gravedad? —pregunté lleno de ignorancia.

—Hacia usted.

—¿Que usted se sintió atraída hacia mí? —Si me hubieran certificado ante notario aquellas palabras, tampoco me las hubiera creído.

—Mira —me susurró al oído—, te diré lo que vamos a hacer. Vamos a empezar a besarnos aquí. Cuando se den cuenta, nos preguntarán qué está pasando. Diremos que somos amantes y que habíamos discutido antes de subir al avión. Seguro que nos dejan ir. Son muy comprensivos con todo esto —me dijo.

—Pero eso puede perjudicarla en su trabajo.

Me encanta tener en cuenta a los demás. Es un rasgo de mi personalidad que gusta mucho a la tercera edad. Todos los abuelos están encantados con mi forma de tratarlos: los escucho, me río con todas sus anécdotas, y si no fuera porque mi naturaleza me lo impide, a todas las abuelas les haría un favor para que pasaran el rato. Esto último sí que tengo que hablarlo con la psicóloga, por cierto.

—Bueno, tú admites haberte puesto los auriculares por descuido y que luego te acaloraste más de la cuenta porque yo te había contado que te había puesto los cuernos. Se van a solidarizar contigo. Hazme caso.

Así lo hicimos. Y así resultó. Tras unos meros trámites en las oficinas de la ley, una amonestación formal y una reprimenda extraoficial en la que aquel teniente se desquitó de todo lo que no podía decir a su esposa a la cara, nos dejaron marchar. Llegada la noche, aquella azafata hija de dioses hermosos y bellos me llevó a su habitación de hotel. Le dije que yo podía pagarme una, pero por lo visto se sentía en deuda conmigo. Cuando comenzó a desabrocharme la camisa, le dije que estaba casado y que quería a mi mujer. Me miró extrañada y me preguntó:

—¿Me estás rechazando?

—No —le dije—. Simplemente lo comento por si te apiadas de mí y me dejas escapar. No quiero cargar con el adulterio en mi conciencia.

Podía ser la primera vez que fuera infiel a mi mujer y, posiblemente, no sería la última. Se le coge gusto y perfeccionas la técnica.

—Lo vamos a hacer a tu manera. Puedes pensar que me he ido, tumbarte en la cama y ponerte cómodo. Yo ya me voy..., ¿lo ves? —empezó a susurrarme al oído mientras me despojaba de mi ropa—. ¿Ves cómo me voy?... Mañana lo recogeremos todo y la habitación quedará como si nunca se hubiera usado. Tal y como quedan todas las habitaciones de hotel que no se usan...

—Ya, pero...

Cerré la puerta de la habitación en mi cabeza y me puse a imaginar cómo sus pasos descalzos se alejaban por el pasillo. «Sin duda alguna he superado otra tentación de las que el padre Damián me advertía de niño», me repetía para mis adentros. O eso fue lo que mi averiada conciencia grabó en mi memoria mientras ella recorría con su boca toda la mía.

Al día siguiente iniciaba mi nueva vida de artista con ánimo de lucro, pero sin

lucro alguno.

Capítulo V

LA EUROPA DEL ESTE, LA MÚSICA Y UN FUNCIONARIO DEL PP

¿Cuándo un político de derechas y uno de izquierdas se parecen?
Cuando llegan al poder.

Uno no puede saber dentro del calabozo cuándo la noche ha llegado a su punto de inflexión. Te haces una idea porque todos los ruidos van disipándose cada vez en intervalos más largos, hasta que un nuevo chasquido de cualquier viga que recupera su tamaño real estremeciéndose con el cambio de temperatura te sobresalta, como si cobraras consciencia de que vives dentro de una burbuja y que más allá acechan innumerables posibles peligros. Cuando toda esa solemne quietud se estaba apoderando de la pintura de las paredes en la oscuridad de aquel recinto de perdedores; cuando esa oscuridad solo se rompía en pequeños fragmentos por los diminutos resplandores de las luces de emergencia, demasiado cansadas ya de tanto permanecer alerta; cuando las llamadas de auxilio de mi chica se iban convirtiendo en pequeños quejidos difícilmente distinguibles de un susurro de los que mis manos sabían arrebatarse a la hora de la siesta, volvieron a encender las luces del pasillo principal.

Los funcionarios de aquellas indecentes instalaciones, desde su invisibilidad, comenzaron a pronunciar nombres y a sacar a la gente de dos en dos de sus celdas, llevándoselos más allá de donde mi limitado campo de visión alcanzaba. Todos los de mi celda, menos el que dormía la mona, miramos hacia la puerta con la esperanza de que a los que nombraban no los retornaran más a sus recintos precintados..., y con la esperanza nos quedamos, porque al poco rato iban regresando los primeros que se fueron. Lo cierto es que no volvían muy descontentos; más bien lo hacían igual que fueron. Esto para mí daba a entender que sabían a lo que iban. Cuando sabes lo que va a venir, la cara no te cambia demasiado. Quizá se torne un poco más a «tonto». Si nada te sorprende, tus rasgos comienzan a caerse, a escurrirse hacia el suelo. En mi opinión, por eso envejecemos así, porque cuantos más años tenemos, menos cosas nos sorprenden; y esa debe ser también la razón de por qué los que leen las cartas del tarot y todo eso tienen esa cara, estoy convencido. Para quienes conocen el futuro todo debe resultar muy aburrido. «Te traigo un regalo», te diría tu pareja. «Sí — contestarías—, otro conjunto de ropa interior que usaré mientras tú estás trabajando». Así no hay cara que muestre entusiasmo, claro.

Enseguida llamaron a dos de los rumanos que estaban conmigo. Estos sí que reflejaron algo de alegría en su cara. Quizás no estaba todo perdido, pensé. Quizá sí que nos pudieran sacar de allí a esas horas. No me hubiera importado tener que pagarme un taxi. De hecho, llevaba mil euros en el bolsillo derecho. Ya sé que no es

muy común estar encerrado con tanta pasta, pero tal y como le expliqué al agente que me desnudó para encerrarme, no tenía previsto que la policía me arrestara cuando la mañana antes de la discusión saqué el dinero del cajero. Su consejo fue que no lo comentara en la celda. ¿Qué consejo era ese? ¿Me vio cara de gilipollas o qué? «Hola, estoy detenido y llevo mil euros aquí en este bolsillo. No creo que suponga un estorbo para que comparta celda aquí con vosotros, ¿verdad?».

Vale, tal vez sí me vio cara de gilipollas. Seguramente primero vio a mi chica, luego me vio entrar a mí, y luego pensó: «Este capullo cuarentón no debería estar tirándose a semejante belleza». Y luego, lo de siempre, me bautizó en el pensamiento con un: «¡Será gilipollas...!».

¿Por qué insultamos a los que tienen más suerte que nosotros con las mujeres? Casi todos sabemos que salir con una mujer mucho más joven que tú y cien veces más hermosa que el resto de las mujeres no te debería convertir en objeto de envidia, sino de compasión. Tarde o temprano esa relación te acarreará serios problemas de celos. Todos los tíos desnudarán a tu pareja con la mirada y, más pronto que tarde, te dará un ataque de celos. Y los celos lo joden todo. Esto te lo grita el instinto a voces. Como casi todo. De hecho, no sé por qué se molesta el instinto en advertirnos nada; debería estar aburrido ya de que luchemos contra él. Pero ¿qué es lo que hacemos? Racionalizamos el consejo de nuestra esencia. Y lo hacemos para engañarnos contándonos que, si la chica nos ha elegido a nosotros por encima del resto de cretinos, es porque nos ama, y que así seguirá siendo. Craso error. Puede que nos ame, pero las probabilidades de duración de una pareja son inversamente proporcionales a la belleza de la dama. Los bombardeos constantes de proposiciones indecentes a los que se verá sometida la chica en cuestión aumentan considerablemente el porcentaje de posibilidades de que te abandone. Vamos, dicho de otro modo: tanto va el cántaro a la fuente... que al final se la folla otro. Y a pesar de que todos los hombres sabemos esto por instinto, a pesar de que la aplicación práctica del conocimiento de esa sabiduría nos evitaría problemas, al racionalizarlo se va todo al carajo. ¿Racionales?... Gilipollescos, diría yo.

El rumano que quedaba en la celda conmigo trataba de comunicarme entre continuos malentendidos que tocaba el violín, a modo de iniciar una conversación para aderezar la espera hasta el regreso de sus compañeros, supongo. ¡Y luego dicen que no utilicemos tópicos! ¿Por qué todos estos tipos del Este son buenos músicos? ¿Es por el frío? ¿Por el vodka? ¿Secuelas de la disciplina del comunismo?

Ya les he comentado que también soy músico. No recuerdo exactamente a qué edad mi madre decidió que debía estudiar en el conservatorio. Fue así, de repente. Un día, mientras yo estaba ocupado siendo niño, me preguntó —lo cual fue un detalle— si me gustaría aprender a tocar algún instrumento musical. «El piano», respondí casi poseído por un impulso del que todavía desconozco su origen. Un mes después

tomaba mi primera clase de guitarra en el Instituto Musical de una ciudad en la que los amantes jóvenes echan polvos recubiertos de frío en los coches empañados y los adultos encienden sus calefacciones para ver la tele.

Mi profesora se llamaba Andrea, y era de una belleza fría y serena que con el paso de los años se convirtió en cálida y agitada —no solo los hombres mejoran con el tiempo, como el vino—. Lástima que cuando me fui a la universidad dejé de tener contacto con ella; si no, les aseguro que hubiera abierto la botella y me la hubiera bebido.

Recuerdo perfectamente mi primera clase con el instrumento. Nos metieron a unos cuantos desconocidos menores de edad en un aula con varias puertas, todas cerradas. A pesar de ello, yo estaba tranquilo. La ventaja de ver una puerta, aunque esté cerrada, es que sabes que existe un lugar por donde se puede escapar. Los pupitres eran unas mesas enormes, altas y estables, casi como las que utilizan los arquitectos para sus diseños, pero en estas no se podía nivelar la altura. Y de los libros que utilizábamos me viene a la memoria que había uno azul pequeño tamaño cuartilla, fino, y uno naranja más grande que las dimensiones de un folio, grueso y flexible. La profesora, sin fingir un solo gesto de compasión ante nuestros dedos amoratados y a la búsqueda del callo en sus yemas, nos explicó el nombre de cada nota de las cuerdas de la guitarra al aire, es decir, sin colocar ningún dedo sobre el mástil: MI, SI, SOL, RE, LA, MI. Eso fue como lo de montar en bicicleta: nunca se me olvidarán esas notas... Como nunca olvidaré el rostro de aquella joven maestra que me catapultó a un mundo secreto y perdido entre la infancia y la adolescencia, que me llevó de su mano de la inocencia al sabor de la depravación escondida y vergonzante sin siquiera ella imaginarlo: Andrea. La temible y seria Andrea.

La gente se ríe porque no se creen que un niño de once o doce años pudiera sentir ya una atracción sucia y enfermiza hacia una mujer algo mayor que él —veinte años de diferencia—, pero les aseguro que además de aprender a tocar ese instrumento, tan gitano y tan sensual, yo aprendí a desear que una mujer con poder hiciera de mí lo que quisiera. Por supuesto, esas fantasías me acompañaban solo a mí durante el trayecto desde mi colegio de EGB hasta el conservatorio, excepto si mi madre venía a acompañarme, claro. Un hombre, aunque sea niño, no puede pensar en sexo si su madre está a su lado —salvo que piense en sexo con su madre, pero eso es demasiado freudiano para mí.

Eran tiempos en los que se podía fumar en cualquier sitio, cuando el Estado aconsejaba, pero todavía no coartaba. Eran los tiempos en los que ella me arrojaba el humo a la cara —o eso pensaba yo—, incitándome a violarla con mi interpretación de un Tárrega para niños o un Aguado insistente en su nota pedal. Eran tiempos en los que la vida no estaba perseguida..., perdón, quise decir protegida, por los que dicen saber qué nos conviene.

Cuando avancé curso en el conservatorio la cosa cambió, y las clases ya no eran compartidas entre varios alumnos. A partir de ese momento, antes de entrar a demostrar nuestras habilidades musicales, esperábamos en una antesala en la que se echaba de menos una cuerda afinada y un buen radiador que permitiera que nuestros dedos fueran más decididos a la hora de elegir el traste que apretar. Íbamos entrando de uno en uno. Una chica. Un chico. No por ese orden necesariamente. Y cuando me tocaba a mí, estaba más pendiente de memorizar la excusa que había preparado de por qué no me sabía la lección que de la lección en sí misma. La razón de que Andrea, aquella diosa de la enseñanza, aquella maestra de música y vida, me condonara mi deuda con el deber una y otra vez es algo que aún hoy no me explico. Pero que esa actitud benevolente fomentó mi amor sucio y proscrito hacia ella hasta el punto de condicionar mi personalidad, convirtiéndola en mi ama imaginaria y a mí en su esclavo, eso es algo que tengo más que asumido.

De tener que resumir, diría que la idea de mi madre —nunca supe lo que opinaba mi padre al respecto— de apuntarme al conservatorio ha supeditado el resto de mi vida. Es curioso. Algo que ella hizo para que mi ocio tuviera cierto grado de intelectualidad se convirtió en el denominador común de cada paso que he dado. No soy un gran músico, pero desde luego sí que soy un gran asimilador de las siete notas musicales. Podría decir que entre un beso y una buena canción me quedaría con la canción, pero sería mentir. Se pueden hacer las dos cosas a la vez y yo, entre todo, casi todo y nada, me quedo con todo. Y no vayan a pensar que es algo tan obvio: hay gente que prefiere el «casi todo» porque no se atreven a llegar al límite, y los hay que prefieren «nada» porque es bastante más cómodo nacer perdedor que convertirse en uno de ellos.

Y ya ven. Así es como la guitarra pasó a formar parte de mis canales de comunicación. Al principio, naturalmente, no le encontraba mucha utilidad, hasta que un día que caminaba con mi madre por una calle de la ciudad en busca de algún abrigo que pudiera perfilar por fin mi personalidad polifacética contemplamos a un mendigo que tocaba una flauta dulce.

—Mira..., yo al menos siempre tendré ese recurso —le dije a mi madre—. Siempre podré ganarme algo de dinero tocando la guitarra por las calles.

Desde aquel día, mi madre nunca ha dejado de dar limosna a nadie que estuviera tocando un instrumento a cambio de unas monedas.

De aquel conservatorio guardo un montón de olores, colores y luces, aunque, curiosamente, también se aferra a mi memoria el recuerdo de una chica con la que jamás llegué a tener nada, pero cuya imagen habitará siempre en el museo de damas hermosas que han alegrado mi existencia. La llamaban, o se llamaba, Milochi. Era bella como una actriz de teleserie de humor americana. No muy alta, pelo ondulado y corto, y lo que la hacía más atractiva a mis hormonas: me prestaba atención. Hablaba

pronunciando cada consonante, cada vocal, como si su boca fuera un instrumento musical creado directamente por Dios. Sus frases se construían sobre la marcha, como si recitara sus pensamientos conforme llegaban a su inteligente inteligencia.

Hoy me he dado cuenta de que una de las cualidades que más valoro en una mujer es la voz. Su voz y cómo pronuncie la «s». Una voz entre grave y dulce y una «s» bien pronunciada me vuelven loco. Debe de tener que ver con la serpiente y el origen de la humanidad, supongo.

Recuerdo que comencé a escribir notas en una minilibreta cuadrículada que había comprado en un quiosco y que era una novedad en el mundo de los cuadernos. Otros compraban cromos o coleccionaban canicas; yo, además de todo eso, me compraba minilibretas y le regalaba todos los absurdos escritos que vomitaba sobre las diminutas páginas perfectamente divididas en cuadrículas —ahora daría cualquier cosa por tener alguno de ellos para poder reírme del asunto—, hasta que un día, simplemente, me preguntó:

—¿Por qué me das estos escritos?

—No lo sé —es todo lo que acerté a decir.

—Eres un chico raro —sentenció. Y se fue a coger el autobús.

Coger el autobús en aquellos días y en aquella ciudad hoy me resulta completamente incomprensible, dado que es una ciudad pequeña, pero entonces tenía su sentido. Al ser yo pequeño, la ciudad me parecía grande. Jugar a no sujetarse durante todo el viaje a pesar de los continuos volantazos del conductor. Convertir la cabina del vehículo en un pequeño recinto en el que compartir las risas y los pueriles pensamientos para los que estabas programado. Disfrutar del mismo escaparate de su luna trasera con los ojos y los labios que deseabas besar, pero aún no lo sabías. Agarrarte a la mano sudorosa de la muchacha cuando un frenazo innecesario e imprevisto te iba a obligar a perder el juego de equilibrio en aquellos camiones transportadores de almas. ¿Quién necesitaba parques de atracciones? Sin duda alguna el ayuntamiento de aquella ciudad lo tenía claro. Ya que no había dinero para ferias que entretuvieran a nuestros infantes, ¡pues que se subieran al autobús! Si existiera un genio de la lámpara y esa lámpara estuviera en mi poder, mi único deseo sería que me metieran en uno de ellos con todas las mujeres a las que he deseado en esta vida e hiciéramos la ruta más desierta y con más curvas y baches que exista sobre el planeta. Solo para conocerlas de verdad, solo para jugar al equilibrio, para sentirnos obligados a depender los unos de los otros para no caer. Hemos sido tan inexpertos... Tantas ganas y tantos miedos...

No tengo nostalgia, pero solo porque el futuro no me lo permite. Demasiados caminos que recorrer para tan poca gasolina en el auto. ¡Como para malgastarla en revivir en lugar de vivir! Nos perdemos tanto por no ser omnipresentes. Estamos mal hechos, sin duda alguna. Si yo fuera Dios, habría añadido algunas cualidades más a

los humanos —la de volar desde luego no; eso dificultaría mucho los proyectos de los suicidas y terminarían sufriendo más.

La chica de la que les hablaba, Milochi, se perdió de mi vida un tiempo después. Desapareció como casi todas las cosas que pierdo de vista: sin dejar ni un solo punto de retorno; destruyendo cualquier miga de pan que pudiera servirnos para continuar la historia donde la dejamos. La última vez que la vi fue después de llamar a un timbre para vender lotería de Navidad de mi viaje de fin de curso de octavo. Incluso ahí se comportó de manera generosamente particular: llamó a su madre y le pidió que me comprara un boleto. ¡¿Cómo una mujer de trece años podía demostrar con sus ojos y sus palabras tener la madurez de la mujer que te amaría para siempre a pesar de en lo que te conviertas?! No, no la echo de menos, pero me gustaría tanto volver a verla... Me dijeron que un novio suyo muy querido se mató en un accidente de moto años después de perderle el rastro. Lo sentí por ella: no se merecía algo así. Supongo que su rostro cambiaría después de la tragedia, que se volvería más bello, porque las mujeres inteligentes se embellecen ante la adversidad. Es fácil detectar mujeres inteligentes a partir de los cuarenta: son bellas, muy bellas. A menudo deseo que su novio esté enterrado en el mismo cementerio que mi abuela. Tal vez así vuelva a encontrármela algún día.

Cuando el rumano terminó de explicarme algo que no comprendí sobre la afinación del violín —o de eso me pareció a mí que hablaba—, y después de haber visto pasar en sentido de ida y vuelta a muchos de los detenidos, también a mí terminaron por llamarme y me sacaron un rato de la ratonera. Para ficharme. Sí, como en las pelis americanas: foto, huellas y discursos moralistas de los zombis funcionarios de turno que, ¡cómo no!, buscaban distraer su frustración de no ser dioses atreviéndose a juzgarme antes de que lo hagan los que tampoco saben hacerlo, pero que han estudiado para eso por lo menos. Que por qué le había pegado, me decía un tío ridículo con bata blanca. (Supongo que llevaría bata para diferenciarse del resto de delincuentes, porque con una cara como la suya y de paisano, yo no me atrevería a ir al baño del calabozo. Seguro que si hubiera un guarda nuevo, lo encerraría hasta asegurarse de que no era otro paria como nosotros). Le contesté que yo no le había pegado a nadie, y entonces, como por una especie de lógica de tío con serios problemas mentales —se los presupongo—, me respondió que esto me pasaba por votar a los socialistas.

A ver, lo primero: yo no voto. No es porque esté en contra de la democracia ni de nuestro sistema político, sino por esa vergüenza de la que les hablé. Temo equivocarme de urna, o tener que preguntar dónde se cogen estas u otras papeletas.

Temo demostrar incultura ciudadana. Sé que se estarán preguntando que a quién votaría de poder hacerlo, y es curioso, porque la mayoría de la gente que me conoce da por hecho que soy un tipo de derechas. Yo lo comparto todo, estoy a favor de la libertad más absoluta; también estoy a favor del matrimonio gay, y de la adopción por cualquier pareja capaz de ofrecer un hogar. En contra de los toros, las religiones con rituales y el machismo y feminismo, y siento una repulsa orgánica hacia cualquier tipo de discriminación y, por supuesto, ante el racismo. En definitiva, estoy a favor de la libertad, la igualdad y la fraternidad..., y nací el día de la Revolución Francesa, solo que ciento ochenta y un años después. ¿A que mola? Lo único que tengo de derechas es que soy diestro, supongo, pero ojo, tampoco soy zurdo de ideales: no me gusta la idea de que lo de los demás sea mío porque sí. Una cosa es que yo comparta lo que tengo por decisión propia, y otra muy distinta que me obliguen a hacerlo. Un amigo mío muy peculiar que vive en Alemania me dijo una vez que yo soy liberal, pero que en España no existe un partido político como tal. Yo se lo conté a mi madre esa misma noche para que viera que soy algo, pero ella se limitó a decir que dejara de hablar de sexo y me pusiera a estudiar una oposición al Ministerio de Justicia. A pesar de ello quiero mucho a esa mujer: sé que ella desea lo mejor de lo mejor para mí. Y eso, aunque no deja de ser un tipo de fascismo cometido por todas las madres, no está tan mal, se puede llevar porque así ha sido desde siempre.

La política me interesa porque me divierte. El único año que pasé en la universidad curioseé por los distintos grupos de juventudes políticas de la ciudad. Incluso presenté mi propuesta de partido político con su programa electoral a un fanzine anarquista del que me echaron tras leerla por considerarme poco serio y de ideas frívolas. Yo proponía que el partido se llamara DERECHA QUE ESCORA A LA IZQUIERDA CON TENDENCIAS AL NORTE POR Y PARA LOS CIUDADANOS DE A PIE, BICICLETA Y 4X4. Era un nombre bastante descriptivo, lo que evitaba gastos innecesarios en panfletos que explicaran un poco nuestra ideología. El programa, recuerdo vagamente, adaptado a nuestros días sería algo así:

Sobre la sanidad y ante los problemas que la Seguridad Social tiene con las listas de espera propondríamos que en vez de Seguridad Social se pasara a llamar Agencia Tributaria y, por supuesto, que la Agencia Tributaria se llamara Seguridad Social. Desde mi punto de vista, creo que de esta manera se resolvería de un plumazo la masificación de una y la animadversión que sentimos todos a cooperar con la otra. Igualmente se eliminaría la figura del médico de cabecera para poner en su lugar un dispensador de zumos, agua y aspirinas o gelocátiles. Las bajas por enfermedad pasarían a denominarse *Certificados de apestados*, porque a la gente eso de apestado sé que nos echaría para atrás a la hora de cargar con el sambenito y se reducirían ostensiblemente sus solicitudes.

Respecto a la política económica, nuestra intención pasaría por abogar porque a

los ricos se les llame «esforzados y arriesgados trabajadores», y a los pobres, «colectivo de gente que se creyó el anuncio de Ikea de que no es más rico quien más tiene, sino el que menos necesita». Y pondríamos ese anuncio cada dos minutos en la televisión pública. Y, cómo no, pediríamos a Cuatro, el canal socialista por excelencia, que dejara de hacer programas sobre las casas de los ricos y las fiestas en Ibiza porque eso genera envidias, y la envidia, mal rollo.

En cuanto a educación, cambiaríamos las materias que conocemos hasta la fecha por la lectura y memorización del libro *El secreto*. ¡Y hala, todo el mundo a ser feliz solo por desearlo!

En política laboral: absoluta libertad. Libre despido y libre decisión del trabajador si quiere seguir yendo a trabajar. Aunque no le paguen. Sabemos que los empresarios pagarían con gusto porque algunos de sus trabajadores se quedaran en casa.

Nos quedaría la política exterior, en la que nos limitaríamos a hacer publicidad de que en España se vive muy bien, y cuando vinieran los turistas, se les cobraría un impuesto de la hostia a la hora de querer volver a su país. De no acceder al chantaje, digo..., al impuesto, se les pondría a trabajar en el campo, que nos hace falta mano de obra, hasta que cubrieran su pago.

Sí, pensado así en frío, algo frívola sí que fue mi idea. Pero bueno, yo pasé un buen rato creándola, que a fin de cuentas es de lo que se trata en política, ¿no?

Después de que el imbécil ese que se dedicaba a la toma de huellas terminara su exposición mediocre sobre ciencias políticas, me preguntó si era o no socialista. Yo me limité a decirle que me daba en la nariz que éramos del mismo palo. Por curarme en salud. Acostumbro a dar la razón a los que tienen acceso a las llaves del recinto en el que esté. El tipejo, emocionado como si de un naufrago en una isla desierta, en la que acababa de encontrar una pelota a la que pintarle ojos, nariz y boca —como en la peli esa tan larga—, se tratase, me preguntó que si era del PP. Yo le dije que por supuesto, y que estaba preocupado porque el carné se lo habían quedado en la comisaría. Aparte de confirmar que era lerdo hasta para captar ironías, no me sirvió de mucho más mi mentira: tuve que volver a mi celda terminado mi fichaje. Una falacia desperdiciada. Yo había pensado que el gilipollas tendría alguna influencia y daría por hecho que un tipo con esas ideas políticas tan nobles tenía que estar allí por error, que alguien de esa alcurnia no podía compartir una noche entre todos aquellos delincuentes, pero nada. Si lo sé, le digo que soy el que se folla a su madre cuando su padre está de putas; al menos así me hubiera desquitado de la rabia de tropezar con un idiota de esa calaña.

Cuando me devolvieron a entre los barrotes, el heroinómano se estaba

incorporando. Lo primero que hizo fue preguntar la hora. Por lo visto, a todos nos preocupa el tiempo. Yo intentaba no mirarle a los ojos porque con esta gente que va pasada, ya sea de alcohol o de cualquier droga, ocurre igual que con los niños: si les mantienes la mirada, sienten complicidad y comienzan a darte la turra. A pesar de ello, hizo un intento más por interactuar conmigo y comenzó a emitir una especie de balbuceo castellanizado. Esperé un poquito a que la saliva le regresara a la boca, a ver si esto aportaba algo de claridad a sus fonemas, y entonces descubrí que no había dicho nada interesante y que por su expresión no lo había hecho en los últimos dos años, aproximadamente. Se quedó callado, contemplándome como si a través de mí pudiera ver todo el origen del universo, y volvió a acostarse.

Simplemente fue surrealista; como muchas de las conversaciones que mantenía con mi exmujer. Un grado de comunicación cercano al cero. Pero si él es así, ¿quién soy yo para cambiarlo? Ser uno mismo no es nada sencillo. Sé que con esto no digo nada nuevo. Todos pretendemos serlo, aunque algunos van más allá. Algunos pretenden también que tú seas ellos mismos. Ahí es de donde suelen venir los enfados, los reproches y los rencores que terminan debilitando cualquier relación. Alicia y yo sabíamos mucho de esto. Nos esforzamos tanto porque cada uno fuera como el otro deseaba que terminamos siendo una mezcla entre lo que cada uno esperaba del otro y un poco de confusión. En definitiva: NADA. Así acabamos.

Capítulo VI

LOS ANIMALES DOMÉSTICOS. UN GATO DE ANGORA Y UNOS CUERNOS CONFESADOS

Primero me compré un gato.
Luego, un pajarillo que se comió mi gato.
Luego, una tortuga que se comió también el gato.
Luego, un camaleón que también mató mi gato.
No hay forma. Yo adoro a los animales,
pero tengo muy mala suerte con ellos.

Sí, terminamos. Fue un fin de semana que llegó otra vez a nuestra casa en la playa después de su dura semana de trabajo. Me contó que se había comprado un gato. Yo miré la maleta de cuero blanco que llevaba con la esperanza de que el gato hubiera hecho el viaje en avión dentro de ella y hubiera consumido sus siete vidas en la hora y pico que dura el vuelo entre las dos ciudades —según el avión que te toque, claro—. Quiero aclarar que no soy alérgico a los felinos. Soy alérgico a los animales domésticos. Es mi obsesión por la libertad. Y para mí tener animales en una casa es lo más parecido a la esclavitud que he visto por este mundo «inteligente y civilizado» que llamamos Occidente.

Esto, claro está, me ha provocado largas disputas con cantidad de gente. Dicen que no lo entiendo, que si digo esas aberraciones es porque no me gustan los animales. Yo les suelo aclarar que los animales esclavizados no, y ahí me suelen lanzar el primer insulto. ¿Por qué me insultan? Yo solo digo que a un perro le pones un plato de pienso y unas chuletas de cordero a la plancha y el perro se mea encima del pienso mientras saborea el sabroso manjar ovejuno, y, sin embargo, les damos esas bolitas con olor a granja para protegerlos en salud. Además, suelen insultarme comparando mi inteligencia con la de sus mascotas. Que ahí suelo hacerles la observación de que confunden inteligencia con obediencia. Me divierte contemplar cómo el ser humano, en el colmo de su prepotencia, tilda de inteligentes a los animales capaces de ser amaestrados, cuando a mí me parece que los inteligentes son los indomables, los que guardan su verdadera esencia o carácter hasta el final. ¿Qué ser se considera inteligente por repetir las cosas como un mono? Sí, bueno, el ser humano, pero me refería al resto de los seres.

Recuerdo una conversación que tuve hace tiempo con la dama que ha estado encerrada unas celdas más allá esta inolvidable noche: ella tiene tres gatas —una con mucho pelo— y dos perras.

—Si le doy pienso en lugar de chuletas es porque así la perra vivirá más años, estúpido —me soltó jactándose de su conocimiento sobre mascotas.

—¿Qué te hace pensar que durar es vivir? Prefiero diez años dándome el gusto que catorce jodido...

—Pero yo quiero que esté conmigo todo el tiempo posible.

—Luego no le das pienso por ella, sino por ti.

A partir de ahí, sus lágrimas por haberla hecho sentir culpable y mi autorretractación para consolarla perfectamente argumentada de por qué soy un hijo de puta insensible que no sabe valorar a los animales. El que luego hubiese polvo de reconciliación o no entre nosotros dependía de lo bien elaborada que estuviera mi actuación de fingido arrepentimiento.

Volviendo a lo de mi exmujer y su gato. Tras decirle lo de que si el gato había viajado en la maleta, estalló:

—¡No seas imbécil, el gato no va en la maleta! Se ha quedado en casa.

—¿Has dejado un gato recién comprado solo en tu casa?

—Nuestra casa, aunque te pese... seguimos casados.

—No me pesa, me preocupa.

—¿Te preocupa que sigamos casados?

—Me preocupa la casa y el gato..., por ese orden. No tiene sentido preocuparse por lo del matrimonio..., ya está hecho.

Lanzó la maleta sobre nuestra cama como si de una experta en lanzamiento de martillo se tratara y comenzó a sacar todos los modelos que había traído para pasar el sábado y el domingo conmigo mientras resoplaba de esa manera a la que me tenía tan acostumbrado. *Resoplido reprochante*, lo llamaba yo para mis adentros. Siempre me he preguntado si lo de que llevara tantas opciones para vestirse obedecía a que ella tenía varias personalidades o a que nunca tuvo claro cuál de las muchas que tengo yo decidiría sacar a pasear ese fin de semana. Y claro, ella no iba a desentonar a mi lado: si éramos un matrimonio, ante todo había que parecerlo.

—Es de angora —continuó la conversación sobre el gato, dando por hecho que debía de interesarme.

—Como los jerséis —dije mientras observaba que mi barriga comenzaba a parecerse a la barriga de los que siempre llamé *barrigudos* un poco en tono de burla.

—Sí, como los jerséis.

—Esos bichos son gordos, ¿no? —pregunté por dar conversación.

—Solo si comen mucho... No sé por qué comparto estas cosas contigo. No tienes ninguna sensibilidad con los animales.

Y como casi siempre, a pesar de todas las buenas cualidades que les he comentado que tenía, se equivocaba. De verdad, los animales me gustan. Por eso no soporto que los tengan atrapados en los apartamentos o los pisos de sesenta metros cuadrados. Mi amor hacia ellos me queda de cuando fui un chico de campo. Vale que haya cambiado las praderas y las montañas por el asfalto y los edificios, pero hasta los dieciocho años yo me pasaba la vida en los alrededores salvajes e incivilizados que rodeaban mi ciudad. ¡Joder! ¡Anda que no he vivido yo experiencias casi de

ciencia ficción en aquellos parajes campestres! Allí podías encontrar cualquier cosa: desde un neumático usado a más de tres kilómetros de cualquier camino transitado por un vehículo hasta un manillar de bici con manguitos del último modelo de manguitos para manillares que habían sacado a la venta los de BH. Y como todo aquello era tan inexplicable para unos críos como nosotros y había que darle una explicación racional —que para eso éramos humanos—, decidimos, los que por aquel entonces éramos la pandilla, hoy casi todos muertos o casados, que aquellos objetos eran transportados hasta allí por gitanos asesinos y adoradores de Satanás que se ocultaban en las cuevas de aquellos pinares. Todos aquellos objetos no eran sino cebos que usaban para copiar tus huellas dactilares y poder robar después en las viviendas impunemente usando réplicas de aquellas, que hacían con plastilina que conseguían de los cuartos de los niños de las casas donde entraban. Más tarde, los que seguimos vivos aprendimos la lección y dejamos esos pensamientos racistas, claro está: los gitanos son tan ladrones como cualquier otro mortal.

El miedo vestía aquellas colinas de cierto silencio incómodo del que todavía no me he desprendido tantos años después. Suelo recordar mucho esa sensación cuando entro por primera vez en el dormitorio de una mujer que acabo de conocer —que, por cierto, hace mucho de esto; soy propenso a relaciones largas y profundas.

Una vez encontramos en aquellos parajes un par de gatos pequeñitos que maullaban poseídos por el hambre. Esa fue al menos la conclusión a la que llegó Almazán, el más de campo de los que allí estábamos. Una especie de Mowgli rural, sí, como el de *El libro de la selva*, pero sin ninguna astucia o habilidad conocida. Decidimos adoptar a aquellas crías y dar la vida por su salud y bienestar. Adecuamos una cueva que existía entre unos cerros de arcilla con cartones y hierbajos y colocamos a los animalitos dentro; luego era cuestión de ir hasta nuestras respectivas casas a hacer acopio de víveres para que los felinos tuvieran algo que llevarse a la boca. Pasó ese día y nunca más volvimos a saber de ellos. No con vida, al menos. A la mañana siguiente solo había en aquel hogar improvisado vísceras y cartones manchados de sangre. Estuvimos durante algún tiempo pensando que fueron los gitanos los que lo hicieron, que de algún modo marcaban así su territorio, pero al cabo de siete años —uno antes de que Almazán muriera por sobredosis de heroína—, este nos confesó que lo había hecho él. Que odiaba los gatos. Que su madre tenía un montón de gatos a los que trataba mucho mejor que a él. Que a ellos no les pegaba palizas, decía. Por supuesto que aquellas pobres víctimas gatunas no tenían la culpa de que la madre de Almazán no fuera una buena madre; pero tampoco los judíos tenían la culpa de que Hitler no hubiera sido aceptado en la escuela de arte, y todos hemos terminado aceptando que las cosas pasan porque pasan.

Cuando mi esposa guardó toda su ropa en el armario y colocó debidamente la maleta vacía en el lugar que teníamos en casa para tal efecto, me preguntó:

—¿Sabes cómo se llama el gato?

Obviamente no lo sabía. Tampoco sabía cómo se llamaba el tipo aquel que vimos en la playa. Tampoco sabía si mi mujer y él se lo habían montado en su apartamento o en nuestro piso. Tampoco sabía por qué mi mujer no me lo había presentado... Había tantas cosas que no sabía a esas alturas que, aunque hubiera pretendido conocer las respuestas, ya no habría tiempo material para formular todas las preguntas; hubiera muerto antes de viejo. Por eso, como les he dicho, solo pregunto por preguntar, por evitar silencios; no espero ninguna contestación en realidad. Bueno, también pregunto un poco con la intención de que no me tomen por arrogante, porque se suele confundir la falta de interés con la arrogancia.

—¿Le has puesto nombre? —le pregunté.

—¡Claro que le he puesto nombre! Es lo que se suele hacer con los animales de compañía, ¿sabes?

—Que se suela hacer no quiere decir que sea lo correcto. Eso es lo que pasa con algunos paradigmas...

—No empieces, por favor. Conviertes cualquier conversación trivial en un debate existencial.

—Bueno, eso te gustaba de mí al principio.

—Ya, pero es agotador... Simplemente te estoy preguntando si sabes qué nombre le he puesto al gato.

—Pues obviamente saberlo no. Puedo decir un nombre al azar y probar suerte, a ver si coincide con el que se te ha ocurrido a ti, pero saberlo no, porque...

—¿Quieres una cerveza? Yo me voy a tomar una —me interrumpió.

Mi esposa sabía de sobra que, igual que a los bebés se les pone un chupete para que dejen de llorar, a mí se me ha de poner una cerveza si pretendes que deje de dar el peñazo. Vale, podía resultar pesado, pero no me negarán lo triste que es que realmente una cualidad que dijo atraerle de mí al principio termine desuniendo. He leído muchos libros a ese respecto. Realmente me interesan mucho las relaciones de pareja. Tal vez desde que mi abuela me auguró aquello de que ninguna mujer me querría puse más interés en descifrar qué lleva a dos personas a presumir de querer unirse eternamente. No estoy en contra de celebrar las bodas, no me refiero a eso; cualquier motivo para una juerga me parece más que lícito. Me refiero a la promesa de amor eterno. ¿Qué nos lleva a hacerlo cuando todas las estadísticas juegan en contra?

—Javier, ¿me has sido infiel alguna vez? —me preguntó destapando la primera cerveza.

—Todavía no hemos empezado ni la primera cerveza, cariño. Es pronto para hacer ese tipo de preguntas.

—Te lo estoy diciendo en serio. Ahora pasas mucho tiempo aquí solo. Y tú

necesitas calor de mujer.

Calor de mujer. Eso sonaba a canción de Sergio Dalma. No soy tan tonto como para no saber que ese tipo de preguntas obedecen siempre a una de estas dos opciones:

O ella sí lo ha sido y pretende que quedemos en tablas...

O ella lo quiere ser y necesita que tú le des tu bendición confesándole tu falta.

Hay escuelas de pensadores que introducen una tercera opción: la de que a esta gente que lo pregunta le gusta el sufrimiento y de vez en cuando disfrutan torturándose con la incertidumbre de si contestarás que sí lo has sido, pero para mí esa opción estaba fuera de lugar con mi exmujer. No le gustaba sufrir. De hecho, no veía ninguna película que tratara sobre un drama: solo comedia romántica y de final feliz garantizado; de lo contrario, no le interesaban.

—Cariño —le respondí—. Si te hubiera sido infiel no te lo diría. Seguramente te enfadarías conmigo y me lo pondrías muy difícil durante el divorcio. Puede que más que durante el matrimonio.

Vale que entonces le estuviera siendo infiel con la chica que hoy me ha llevado hasta el calabozo, pero aquella relación no interfería nada con nuestro matrimonio. Alicia vivía en otra ciudad y, tal como me había dicho, yo necesitaba calor de mujer. Era como rellenar espacios, ¿no? Ella misma se daba cuenta.

—¿No me lo dirías? —siguió.

—¿Para qué?

Solo tiene sentido contarle si tu intención es acabar para siempre con la confianza que esa persona tiene en ti. Confesar algo semejante para luego pretender seguir como si nada me parece absurdo. ¿De verdad alguien piensa que no aparecerá el rencor? Sinceramente, nunca he entendido a los que confiesan una infidelidad para obtener un perdón. Descargan su mala conciencia sobre ti para aliviar su sufrimiento y de paso te garantizan una perturbada y frágil estabilidad emocional de por vida, y por esto último ya no piden perdón. Han pasado a ser los buenos. «Vale, chico —parecen decir—, me he follado a otro hombre o a otra mujer, pero fue en contra de mi voluntad. Yo solo quería un beso y te lo estoy contando para que sepas que a partir de ahora tendremos que usar condón, lo hicimos a pelo y creo que tenía algo contagioso debajo de los pantalones. Por cierto, ¿quieres una cerveza?». «No —piensas tú—. Prefiero que te fulmine un rayo pero que no te mate, solo que te deje un continuo escozor en la parte esa que no te deja pensar en tu pareja como desearías que pensarán en ti».

No juzgo a los infieles. Yo mismo lo he sido, como les he dicho. Condono a los charlatanes, a los que van con el estandarte de la verdad a cualquier precio —casi nunca el suyo.

—O sea, que has podido serme infiel y yo estar aquí tan tranquila —continuó ella,

y tranquila no estaba, porque había bebido como seis veces seguidas del botellín en apenas cinco segundos.

—También tú has podido serlo. Todos somos adúlteros en potencia.

—¿Y no querrías saberlo?

—Supongo que me lo dirías. No eres capaz de callarte las cosas.

—Pues sí.

—Que ya lo sé que me lo dirías. Te conozco demasiado. No eres capaz de callarte las cosas.

—¡Que sí, que te he sido infiel!

Nunca se está preparado para escuchar eso. Puedes estar harto de tu pareja; incluso desear su muerte para no tener que decirle que ya no la quieres. Pero cuando te dice que ha entregado su cuerpo a otro, algo se te rompe dentro.

Acabé la cerveza de un trago, y la dejé con la mayor indiferencia que fui capaz de aparentar. Miraba a la botella como si se hubiera solidarizado conmigo. Seguro que saben de qué hablo. Ante las noticias que hubieras preferido no tener, la vista busca siempre un refugio lejos de la persona que te las da; tal vez para disimular la vulnerabilidad, tal vez para que el objeto sobre el que descansas tus ojos te diga que tú vales más que eso, que no te preocupes; o tal vez porque sabes que no mirar de frente a la adversidad no sirve para nada, pero los demás no te ven la cara de gilipollas que se te queda.

—El tío de las zapatillas, ¿no? Ha sido con el tío de las zapatillas.

—¿Qué zapati...? ¡Ah sí!, con él. Pero ¿y tú? ¿Me has sido infiel tú?

La odiaba. En ese momento necesitaba causarle dolor; tenía que conseguirlo, por muy difícil que resulte causar dolor a tu verdugo. Pero si le confesaba mi adulterio, ella, a pesar de su infidelidad, seguiría quedando como la noble que defiende la verdad a pesar de las consecuencias y yo, solo como un canalla cobarde que no se atrevió a confesar su doble vida. Así que tuve que hacerlo de la única manera que puedes herir al que es más fuerte que tú:

—Yo no. Yo creía en lo nuestro.

Eso le dije. Mentí, sí, pero lo hice tan bien que hasta yo mismo me creí mi mentira.

Ya sé que no tenía razón para enfadarme, ni para hacerla sentir culpable. Ya sé que el hecho de que yo también le hubiera sido infiel me impedía guardarle rencor. No diremos que me merecía que me hubiera puesto los cuernos, pero sí que el universo restablecía con ello su equilibrio. La cosa quedaba en tablas. Aun así, créanme, por mucho que supiera todo esto nada me iba a eximir del escozor de ese momento. Una puñalada no duele si la das, pero te puede llegar hasta a matar si la recibes.

Y lo peor de todo: nunca supe cómo se llamaba el gato.

Capítulo VII

CUANDO DIOS NO HABLA CLARO Y CONFUNDES LAS SEÑALES CON RAZONES EN LUGAR DE PRUEBAS

«¿Y dices que después de romper con ella te mandó un vídeo por Internet haciéndoselo con otros tíos? Dios... ¿Y qué hiciste?». «Una paja».

Duele cuando te confiesan que tus manos llegan tarde otra vez. Que el cuerpo al que pertenecían cambió al horario de verano mientras en tus dedos todavía se podía celebrar la Navidad. Pero es cierto que unas veces duele más y otras menos, y que no depende del momento, sino de la persona que te lo provoca. Con nadie he sufrido más a este respecto que con la señorita que me ha llevado a estar preso durante unas horas. Quizá la relación de la que más he aprendido. Quizá en la que he puesto más corazón. Quizá la que me ha condenado a que cuando salga de aquí y gire una esquina cualquiera de esta ciudad, mi corazón dé signos de infarto por no saber si deseo o no tropezarme con ella al otro lado de la calle.

No quiero ni pronunciar su nombre; desconozco si es por miedo a escucharlo. Dicen que nombrar a alguien es darle fuerza, energía, revivirlo si es que ya no está entre nosotros. Será por eso, o por crear cierto misterio en mi historia de todo y de nada, pero supongo que si voy a hablar de ella es justo decirlo. Ella se llama —por citar y homenajear a Joaquín Sabina en una de sus canciones—, diremos que se llama Utopía; aunque los tíos que han creído conocerla, y son muchos, la conocen con el nombre de este... Bueno, da igual el nombre. La llamaremos Utopía.

Antes de convertirnos en amantes, Utopía era solo una admiradora de mis conciertos antimultitudinarios y con ánimo de lucro por mi parte, pero con poco ánimo de lucrarme por parte del respetable. Joven ella, unos veintipocos; yo estaba a punto de cumplir los cuarenta. Utopía era y es de una belleza espectacular. Su rostro, inteligente —al igual que el 99 por ciento de su todo—, transmite una seguridad en la que cualquier hombre desearía refugiarse el resto de las noches de su vida. Su cabello negro y sus ojos color aceituna y tierra húmeda decoran la parte que sus hombros perfectos de mujer bella sostienen. Su boca es, aún sin probarla, jugosa como una rodaja de melón en una tarde de julio en mitad de la meseta. Sus caderas y la forma tan juvenil de enseñar el tanga al principio de su culo la rocían de esa mezcla de ingenuidad y frivolidad que enferma de manera definitiva a cualquier ser humano capaz de sentir algo por una mujer. Su espalda es un sobre cerrado y perfumado y cuando la ves alejarse, cuando se va, se convierte en algo casi místico, porque se lleva tras de sí todo lo que ya no podrás darle, o mejor dicho, todo lo que te dejarías

robar, hasta la próxima vez que la vuelvas a ver. Y eso tampoco es fácil saberlo. ¿Cuándo la volverás a ver? En cada despedida se abre un universo de posibilidades de que se replantee su siguiente paso y la pierdas para siempre. Recuerdo que todos mis conocidos me han aconsejado encarecidamente que la deje, que está acabando con mi razón y mis kilos de más, y sí, me he quedado en los huesos, pero el precio lo he pagado con gusto. ¿Acaso los que suben al Everest no son conscientes de los riesgos? Nos diferencia que a ellos les hacemos documentales y hasta les concedemos homenajes, y que a los tipos como yo, capaces de enfrentarse a criaturas de esta especie, lo único que nos dan son palmaditas en la espalda y la frase de «No te quejes, que lo tuyo te has llevado». Ya me gustaría a mí que se lo dijeran a uno que ha perdido los dedos de las manos por hipotermia en una escalada; que le digan: «Sí, sí, pero lo tuyo te has llevado». Pero bueno, así somos, ¿verdad? Solo tiramos por tierra lo que, deseándolo todos, no todos nos atrevemos a alcanzar. Sí, me refiero a que el Everest está ahí, pero no a todos nos apetece subir montañas. Por eso, cuando nos cuentan que alguien lo ha logrado, lo admiramos, porque sabemos que no es ni mejor ni peor que nosotros, simplemente se divierte así. Sin embargo, no me digan que algún tío en su sano juicio no querría acostarse con una muchacha de las que hablo. Pero lástima, son ellas las que te eligen. Ahí tú no pintas nada. Puedes decir: «Voy a escalar a esa muchacha», pero nada te garantiza ni siquiera que puedas poner el primer pie en su cadera.

A colmo de virtudes, la conocí siendo la camarera de un local donde yo actuaba una noche. Y todos sabemos que para un borracho la camarera es como para un enfermo su enfermera. No es que acostumbre a actuar borracho, pero sí que acostumbro a terminar mi actuación en ese estado. Me gusta beber durante el espectáculo un vodka con tónica, un poco como relajante mental y otro poco por superstición. Lo he hecho desde que empecé a dedicarme a esto de la música y luego me ha dado miedo cambiar cualquier procedimiento. No es que mi método me haya catapultado a la fama, pero al menos me ha servido para acabar los espectáculos; y si algo no hace mal, tampoco hay por qué dejar de hacerlo, pienso.

Al término de la actuación se me acercó para saludarme y felicitarme.

—Me ha encantado tu espectáculo, se nota que tienes mucha vida interior. Has sufrido mucho con las mujeres, ¿no?

Evidentemente siempre he sufrido por ellas. Aun cuando todo va bien, tengo cierta tendencia a sentirme responsable de que siga bien, y ahí comienza la presión que suele acompañar a las crisis de las parejas que he tenido.

—No, bueno, sufrir..., hay mucho de la imaginación... Quiero decir que no, que muchas de las cosas que canto... no son o han sido exactamente así.

Mi primera mentira: siempre escribo las canciones desde lo que siento y he experimentado. Acababa de conocer a una mujer aparentemente perfecta y lo primero

que hice fue mentirle. Obviamente, en mi defensa tengo que decir que ese tipo de mentiras me salen de forma natural y muy de dentro, con lo que algo debo creérmelas, así que algo de verdad terminan siendo.

—¿Pero tienen algo de cierto, no? De vivido... —me preguntó con una voz entre grave y dulce que, tal y como les he comentado, es la combinación perfecta en la voz de una mujer para que me erecte.

—Sí, bueno... ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Utopía, pero preferiría que me llamaras tú.

Jamás me había entrado una mujer hasta ese momento. Creía que todo eso solo pasaba en algunas películas españolas y en la serie de *Sexo en Nueva York*. Pero no, me estaba pasando a mí. Yo llevaba mi alianza de casado en mi mano derecha. Pensaba que eso me inmunizaba ante cualquier situación embarazosa; algo así como un amuleto que me permitía coquetear con otras mujeres manteniéndolas a raya, como si yo pusiera las reglas. Así que le dije juguetonamente:

—Has tenido suerte de que no te subiera al escenario.

Es cierto que a veces subo a gente del público en mis espectáculos. Me divierte ponerlos en situaciones comprometidas; es un sadismo consentido por la sociedad. Supongo que reminiscencias de lo que les hablaba de mi infancia.

—¿Por qué? —me preguntó con un embriagador y juvenil interés.

—Según vea al público, saco a alguien al escenario y le provocho hasta que se quede en ropa interior..., y muchas de las mujeres no van conjuntadas, y eso no está bien... —Quedaban apenas dos segundos para que mi broma se me atragantara entre la boca y el estómago.

—No llevo ropa interior —me contestó.

A partir de ahí, lo normal. Yo me escapo como puedo, presa del nerviosismo de tener que enfrentarme a una situación emocional en la que yo no tengo el control. Nos damos nuestras direcciones de correo apresuradamente porque se supone que voy a perder el único autobús que pasa por mi casa a esas horas. Ella me dice que me acerca en su coche y yo le cuento que nunca subo a coches con desconocidas, por si no tienen hechas las revisiones oportunas y el coche se queda tirado en mitad del camino en algún descampado desangelado. Ella argumenta que eso sería el menor de los problemas y yo, con una voz entre rota, afeminada y hacia dentro, le digo que me encantaría seguir hablando con ella, pero que de verdad que ese autobús es de una compañía de un primo mío que si se entera de que no lo he cogido puede preocuparse y avisar a mis padres de que me ha pasado algo, y que es una tontería perturbar la tranquilidad de mi familia por algo que podemos posponer para más adelante. Ella finge creerse mi absurda invención. Al día siguiente, un mensaje de ella. Al minuto, un mensaje mío. Y a la semana, quedamos a tomar café en uno de los locales que me aceptaban como artista ocasional.

Resultó que la muchacha en cuestión había tenido una vida de lo más ajetreada. Yo, *Cristina F* se convierte en una historia de adolescentes alocadas al lado de todo lo que ella había tenido que soportar. No es que ella se drogara, o lo hubiera hecho; para nada. Simplemente su entorno familiar no había sido el que cualquier niño hubiera necesitado.

Por respeto a ella no contaré nada sobre su pasado. Desde luego, saber que aquella criatura angelical estaba estigmatizada por todo aquel dolor la convertía a mis ojos en esa clase de mujeres de espíritu libre —mujeres kamikaze, como las califica Woody Allen en *Maridos y mujeres*—; señoritas que no se conforman con autodestruirse, sino que te arrastrarán con ellas al fondo del precipicio. Quedarás hipnotizado por su seducción y dejarás de lado cualquier voz de la razón y la cordura que te aconseje escapar de sus sábanas cuanto antes. Por supuesto, y como buen músico, mi capacidad para elegir entre el camino del equilibrio y el de las espinas y rosas está viciado, marcado, trucado cual dados de tahúr, por lo que, a la tercera de las citas, me enamoré perdidamente de ella y me olvidé de la promesa de amor eterno que le había hecho a mi esposa de aquellos días.

¿Cómo llevaba lo de tener una amante? Pues es distinto a cometer una infidelidad, claro, es algo que no se puede explicar. Sin más, un día lo haces, pero es imposible planificarlo. Si lo piensas un segundo, desistes del intento de llevar doble vida. Demasiado complejo para dibujarlo sobre un papel, pero muy fácil de improvisar. Uno no se da cuenta —hasta que le pasa— de que la dimensión del engaño es directamente proporcional a la cantidad de confianza que tu pareja deposita en ti. Si para tu media naranja eres de fiar, dispones de todo el tiempo del mundo para poder follarte a cualquier otra u otro. «Que me voy al cine solo porque hay una peli de las que no te gustan que quiero ver... Aprovecha y queda a tomar algo con Penélope, que hace tiempo que no la ves...». «Que me voy a la montaña a reflexionar un poco en silencio, necesito encontrarme...». «Que si me voy, que he quedado con una cantante que quiere que le haga unas canciones...». Si hay confianza, todo eso es posible; si no la hay..., es imposible ser infiel y no ser descubierto, por lo que de momento no tengo claro si hay que confiar del todo o no en tu pareja si pretendes una relación sin adulterios, digan lo que digan los libros de autoayuda.

Solíamos vernos en su casa. Vivía sola. Poco a poco fui montando mi segundo hogar a partir de lo que desconocía de mí mismo. Nuestras películas de DVD, nada que ver con las que tenía con mi esposa. Mis discos, mis libros..., mis programas de televisión... totalmente distintos de los que hasta ahora me gustaban... ¡Ah! Y mi sexo. Sé que debería decir «nuestro sexo», pero, sinceramente, no creo que yo le aportara nada nuevo. Sin embargo, ella a mí me concedió la oportunidad de abrir la puerta a mis depravados instintos tantos años asfixiados por mi educación religiosa y la limitada imaginación de la mayoría de las mujeres que había conocido hasta ese

momento. Ese monstruo que durante tantos años había logrado mantener dormido se vio liberado ante su cuerpo y su mente. Fue como si a Freddy Krueger le hubieran internado en un orfanato con derecho de pernada.

Mi mujer no mostraba demasiado malestar por algunos retrasos míos al hogar, y la falta de sexo que se instaló en nuestro matrimonio pareció hasta venirle bien. Tal vez ella también estaba recibiendo su dosis por otros gallineros. Al final éramos una asociación sin ánimo de lucro, pero que iba acrecentando sus beneficios —como casi todas las asociaciones sin ánimo de lucro, supongo—, y mientras no nos hiciéramos daño, tampoco estábamos traicionando los votos del matrimonio, digo yo. Vale, puede que lo de la fidelidad, pero ¿dónde acaba la fidelidad? ¿Tiene que ver algo la fidelidad con la monogamia? Yo no hablé nada de monogamia delante del altar. ¡Claro que me casé por la iglesia! ¿Para qué si no iba a casarme? ¿Por beneficiarme en la declaración de la renta? ¿Por los permisos para matrimonios que contempla el Estatuto de los Trabajadores? Bueno, sí, por esto último vale la pena casarse, es cierto. Pero ninguna razón es comparable con sellar tu confirmación de que eres humano y te equivocas al jurar amor eterno ante Dios. Eso no tiene precio. ¡Realmente le estás pegando un corte de mangas en toda regla al Creador! Lo invitas a tu fiesta para pedirle que bendiga tu pacto de amor, convocas a un montón de testigos a que lo presencien, no reparas en gastos; todo es poco para fijar en el calendario una fecha más eterna que lo que jamás sentirás por tu pareja. Y al tiempo. Si el miedo no te vence y la mentira no la llevas bien, te das cuenta de que todo eso que has construido no te sirve para nada más que para renunciar una y otra vez a todo lo que podría enseñarte algo nuevo. Si eso no merece la pena, no sé qué puede merecerlo. ¡Y cuidado, que yo creo en Dios! Me considero un tipo tocado por el dedo de Dios. Bien es cierto que no es una divinidad al uso: es un provocador y cómplice de mi alma. Y tenemos a pachas una vida, la mía, que digamos es el tablero. Los dados solo los tira él y siempre hay varias casillas a elegir para tu movimiento, pero no todas te llevan a la meta. ¿Que si la meta es el cielo? Ni puta idea. De momento estoy concentrado en este tablero; si gano la partida, ya veremos. Esto, aunque parezca irreverente, no tiene ninguna intención de ofender a mi Hacedor. Quien me trata bien —y hasta la fecha Él me ha tratado de maravilla— merece todo mi respeto y admiración. Recuerdo que mi amada Utopía, al igual que mi madre, no llevaba bien esto. Siempre me cuestionaba un poco molesta:

—¿Por qué dices que Dios te trata bien? Estás en paro. Eres infiel. Apenas tienes dinero. Tu sueño de ser músico se va desvaneciendo con los años. Tu familia no te entiende, y dudo que te acepte de verdad... ¿Dónde te está tratando bien Dios?

—En tu cama —le respondía siempre, abrazándola... Y entonces Dios volvía a bendecirme con su dedo. Bueno, con los de ella... Bueno, con sus dedos, su boca, su... su todo.

Sí, supongo que el hecho de haber pasado la noche sobre la maloliente y pegajosa esterilla, bajo aquella manta áspera y acartonada y a merced de hombres que no conozco, debería darme una pista de que moví ficha a la casilla equivocada, pero ¿saben?, el juego tiene sus trucos. Me da la impresión de que solo es una señal más de que me aproximo a algo grande.

Sin duda alguna, todo lo vivido con Utopía tiene que ser por algo. No solo va a ser mi época inolvidable. Claro que se pueden tener varias, pero esta borrará casi seguro todas las demás. Haberla conocido estoy convencido de que me obliga a tener que aprender una lección importante para concretar mi destino, a sacar una conclusión clave para el sentido de mi vida.

Ha habido mucho dolor. Muchos contrastes. Y los contrastes son más adictivos que cualquier rutinaria felicidad o desgracia. Supongo que lo que ha sufrido esa chica en la vida tenía que salir por alguna parte y, como todo lo que cae es porque ha estado arriba, cuando no estábamos por los suelos, cuando volábamos, llegábamos hasta lo más alto. Nuestra vida pasaba del amor más incondicional a la amenaza de follarse al portero de una discoteca en plena discusión si no claudicaba a sus exigencias. O a un tío de su gimnasio, daba igual. ¿Y cómo creen que yo me sentía? En mi poder estaba la decisión de irme o no. Seguramente la psicóloga ficticia con la que me gustaría hablar algún día me diría que una persona que te hace eso no te quiere. Y seguramente a esa observación yo le contestaría que yo no estoy con las personas porque me quieran, sino porque las quiero yo. Pero ahora la sociedad ha creado el consejo comodín. Las palabras parche que solucionan cualquier conflicto en el amor: «Quiérete más y apártate de esa persona que no te ama». ¡Cojones!, ¿es que es incompatible quererse mucho y estar con alguien que no te quiere nada? No es que yo me quiera poco, ni mucho. Es que no soporto el dolor. No puedo truncar mi amor de golpe. Por eso, ante la amenaza de entregarse a otro hombre, yo me quedaba desconcertado. Paralizado. Sin opción alguna a la venganza. Como si me hubieran robado todos los movimientos que me quedaban por hacer en el tablero de mi partida. De repente te planteas si los polvos que te estaban regalando eran por compasión o por necesidad. ¿De verdad alguien que te desea puede entregarse a otra persona sexualmente? Nos bombardean constantemente con que las mujeres disfrutan del sexo tanto como nosotros, que su sexo es más emocional que físico, pero a la hora de las discusiones son ellas las que negocian con él, y negociar con algo implica poco valor sentimental por ese algo. Jamás tras una discusión me ha costado tener una erección. Incluso soy propenso a tenerlas, porque sigo deseando a esa persona. Pero ¿cuánto tiempo pasa después de un encontronazo hasta que ellas sienten deseos de volver a follar contigo? ¿Y realmente las joyas pueden provocarles deseos de follar? ¿Funcionan los diamantes como la kryptonita con Supermán, pero al revés? ¿Son la poción mágica de Astérix? Si controlas algo no puedes disfrutarlo tanto como si se

apodera de tu voluntad. Un cigarrillo solo se disfruta de verdad —digan lo que digan los libros para dejar de fumar— cuando eres adicto al tabaco.

La primera vez que me amenazó con hacérselo con otro hombre fue, como era de esperar, tras una estúpida discusión. Nuestras broncas eran siempre tan apasionadas como nuestros polvos. Lo que sucede es que el adjetivo *apasionado* calificando el sustantivo *discusiones* no da ni de lejos el mismo buen rollo que si acompaña a *polvos*. Se suele decir que una discusión ha sido apasionada cuando se acaba en la cama haciendo el amor, pero si no hay polvo final, lo de apasionada se sustituye por violenta.

Acabábamos de disfrutar de un estupendo fin de semana cuando surgió el conflicto. Soy muy dado al humor y constantemente se me olvida que no hay chiste gracioso si el público no se ríe. Podríamos hablar de que soy más o menos ingenioso, pero lo que es gracioso, gracioso no soy. Y sin risa no hay humor. Es algo parecido a la pregunta de si un árbol hace ruido al caer si no hay nadie para escucharlo. Pues igual. ¿Es un chiste gracioso si nadie se ríe con él? La cuestión es que tras llegar a casa para derrumbarnos en el sofá, empezó con preguntitas sobre esta o aquella amiga mía. Ser infiel a Utopía es una ídem. ¿Se puede ser infiel a tu pareja si es única? No, ¿verdad? Pues ese era el asunto: ella es tan única en su especie que jamás hubiera surgido la opción de que apareciera algo mejor. Ni mejor ni peor. Lo que es único no ofrece alternativas de cambio. ¿No te gusta tu perro? Pues te compras otro. Pero la alternativa a un perro que no te gusta nunca será un gato. Y a su lado no había más perros... Quiero decir que a su lado el resto de mujeres no existen. Podré conocer a otras, claro, pero jamás —y digo jamás con mucha intensidad— a otra de la especie de Utopía. Con todo, para ella mi explicación carecía de fundamento, y las preguntitas inquisidoras acabaron conmigo haciendo las maletas y con ella tirándome las cosas por la ventana. Entre ellas mi cartera. Tuve que interrumpir lo de hacer mi maleta para bajar corriendo a por mi cartera. A la que subí, ya no pude entrar: había dejado la llave puesta por dentro. Yo me encontraba en la calle, como tantas veces, solo con lo puesto y mi cartera, así que no me quedaba otra cosa que hacer que vagabundear por las aceras hasta que me perdonara y me dejara entrar. No podía ir a mi piso; me había trasladado al de ella por aquello de que era mejor para que sus animales pasaran su existencia. Al menos esa era una de las razones que daba que a mí me parecía más creíble. Cuando me detuve en un puente para ver pasar los trenes por debajo, recibí un *sms* de ella en el que me decía que tenía mi maleta en el patio y que se iba a zumbear al portero de la discoteca. Me recorrió el escalofrío pertinente desde los pies hasta la coronilla y pensé en cuántos segundos de consciencia me separarían entre que me aplastara el cuerpo uno de esos trenes y mi muerte.

Pensar en todo esto ahora que sé que nos hemos perdido para siempre no me beneficia demasiado. No debería pensar en lo que será mi vida sin ella. Supongo que

ahora me vendrán un montón de gatillazos en otras camas. Cuando una dama se desnude y me ofrezca algo más que un café, ¿qué demonios haré? Mejor no pensarlo en este momento. Podría ablandarme y reconsiderar mi decisión de irme para siempre.

Capítulo VIII

EL EGO NO ES BUEN ASESOR DURANTE UN DIVORCIO

«En mi divorcio mi pareja se quedó mi casa, a mis hijos, a mis amigos, mi coche, mi dinero, incluso a mis padres y mis hermanos». «¿Y cuál fue la causa de vuestro divorcio?». «Decía, sin fundamento, que yo era un egoísta».

Todos los Santos es una fecha en la que los vivos felicitan a los muertos, pero para mí será siempre el día en que mi exmujer me confesó que me estaba siendo infiel. Ese 1 de noviembre, tras cargarme la cornamenta pertinente, hicimos lo de siempre, paseo por la playa, aunque como novedad esta vez era ella la que preguntaba compulsivamente:

—¿Vas a dejarme? ¿No te parece que estás dramatizando? Yo te quiero, estoy dispuesta a luchar por lo nuestro, ¿tú no?

No soy un luchador. Considero que hay demasiados barcos para perder el tiempo en reparar el tuyo si hace aguas porque la madera se ha cansado de ser impermeable. Sin embargo, la idea de ganar tiempo con ella para poder elaborar una venganza que restableciera el daño a mi ego no se me iba de la cabeza. Había visto una peli una vez en la que el infiel se ve sorprendido ante la reacción de su pareja. Mientras él cree que lo va a echar de su vida y va a poder reemprender una nueva con su amante, ella le cuestiona y le pregunta: «¿Realmente vas a romper todo esto sin intentar superar el bache?». Pero en este caso mi ex hacía los dos papeles, el de la infiel y el de la que quería seguir luchando, no había posibilidad de castigo: si me iba, la dejaba con su amante, y si me quedaba, le concedía lo que me estaba pidiendo. Yo sabía que en nuestro matrimonio estaba ya todo el pescado vendido, que si me quedaba algo de dignidad debía alejarme de aquella adúltera reconocida; así que, sin más, le dije:

—Alicia, ¿y si no sé perdonarte? ¿Y si me limito a torturarte y, por ende, a hacerlo conmigo mismo hasta que te reviente por dentro y te convierta en alguien infeliz?

—Ya soy infeliz, Javier. Y en gran parte te lo debo a ti.

¡Joder, cómo me fastidia cuando alguien que debería ser sumiso te sale con una verdad irrefutable! Cuando sucede eso se acabaron tus posibilidades de seguir siendo el verdugo.

—Entonces, Alicia, si no eres feliz y a mí me da igual serlo, lo mejor será que nos separemos.

—¿Más? —dijo ella en un tono muy jocoso.

Y comenzamos a reírnos. Y seguimos haciéndolo hasta que, entrados en trámites

de divorcio, se enteró por fin en el Facebook de que yo había simultaneado la relación apasionada con Utopía con nuestro rutinario matrimonio, y la risa se convirtió en llanto y rechinar de dientes.

Recomiendo el matrimonio tanto como el divorcio. El primero obedece a que no conoces ni de lejos a la persona a la que le estás poniendo el anillo; el segundo, a que conoces al milímetro a la persona que peleará hasta por los calzoncillos que te regaló. Sin embargo, a pesar de que de esto se deduce que las razones para el divorcio suelen ser más sinceras que las de la boda, sigue costándonos más replantearnos el final que el principio de nuestro compromiso de por vida. Y no es solo una cuestión meramente económica la que te impide apartarte para siempre del camino que te unió a tu pareja. También existe la causa emocional. Esos calzoncillos no los bajarán otras manos de mujer. O esas bragas no las arrancará a bocados ningún hijo de puta que pueda llegar a follar mejor que tú. No me queda duda de que existirán los divorcios amistosos, como tampoco tengo dudas de que existen los marcianos, pero a ninguno de ellos los he visto con mis propios ojos.

Nuestro divorcio empezó de maravilla. Hablábamos del reparto de bienes y en todo momento decíamos aquello de «Si para ti es importante quedártelo, a mí me agradaría mucho que te lo quedaras». Luego fue cuando Utopía decidió hacer público nuestro amor en la maravillosa Internet y tuvo los santos cojones de matizar el día en que nos acostamos por primera vez. Eso significaba, ni más ni menos, que mi, en trámites, exesposa, que no tiene un pelo de tonta, ató cabos y dedujo que yo había estado compartiendo mi miembro con otra mujer mientras el tío de las zapatillas se la zumbaba a ella y los dos fingíamos amarnos en exclusiva. A las pocas horas recibí la llamada de una abogada con voz de más de cincuenta años y un modo de hablar de buitre que sabe que la has cagado y se regocija de tu imbecilidad crónica, de tu extraordinaria habilidad para ser un desastre continuo. Un hijo del desorden. Un apadrinado de la elección incorrecta que evitará que el próximo paso sea seguro.

—¿Javier Fraude?

—Puede..., pero no estoy seguro.

—Hola, mi nombre es Maika Bela y soy la abogada de Alicia, su mujer.

¿Había dicho «Maquiavela» o mi subconsciente ya se había anticipado a dotar a esa voz de un superpoder utilizado para destruir todo aquello que contuviera algo de virilidad?

—¿Sigue mi mujer viva? Porque estoy intentando hablar con ella y no me coge el teléfono. Estoy preocupado. —Mentira, por supuesto, pero tenía que empezar, y rápido, la actuación de hombre leal, desvalido y que simplemente no supo llevar una situación sentimental.

—Sigue viva, sí, pero no está bien. Se ha enterado a través de su Facebook de que usted tenía una amante mientras estuvieron juntos.

—Oiga, la cosa no es así... Es ella la que me ha sido infiel.

—¿Quiere que trate este asunto con usted directamente o prefiere darme el teléfono de su abogado para que lo resolvamos de una manera más igualada?

Podría pensar cualquiera que me estaba haciendo un favor advirtiéndome de que estaba en insuficiencia respecto al conocimiento de la ley, pero yo sabía que no se trataba de eso. Lo que realmente estaba haciendo era amenazarme. Enseñarme sus dientes de abogada, rugiendo con ese estilo distraído con el que ladran los perros que terminan clavándote las mandíbulas en la pantorrilla.

—Abogada. Tengo abogada, no abogado —le contesté guardando una calma aparente.

—Ah, ¿es mujer? —dijo ella volviendo a dar otro bocado.

—¿Le sorprende? Las mujeres también pueden llegar a tener puestos de responsabilidad —le dije mientras me mordía el labio inferior. ¿Qué estaba haciendo? ¿Enrabiatar al perro que te tiene cogida la pierna? ¿Por qué tenía esos lapsus? Es de manual que el único camino válido para salir airoso de aquel brete era conseguir su piedad. Darle pena.

Tarde.

—Sé perfectamente que las mujeres estamos capacitadas para eso. De hecho, yo soy la socia fundadora de un bufete que da trabajo a más de treinta abogados, pero ya ve, algunas mujeres todavía cometen errores casándose con hombres que no valen la pena.

Touché. Lo tenía todo a su favor. Era mujer, defendía a una mujer, era vieja, abogada y encima tenía ingenio para la réplica sarcástica.

—Bueno, déjeme su teléfono y mi abogada se pondrá en contacto con usted.

—¿También se tira a su abogada?

No supe hacerme el ofendido. Una vez más, mi maldito ego tuvo que jugármela.

—También. Entre una y otra. Mis pelotas fabrican demasiado esperma —le contesté, quedándome tan ancho.

Silencio.

—Disculpe, no le he entendido bien. ¿Podría repetirme lo que ha dicho?

—He dicho que también me tiro a mi abogada. Llevo años tirándome a todo lo que lleva faldas y se mueve. Mis pelotas fabrican demasiado esperma. He de soltarlo o podrían reventar —añadí jactándome de mi ira y mi furia.

—Gracias, es que no le había dado a grabar. Muy bien, señor Fraude, espero la llamada de su abogada.

JODIDO. ¡ESTABA COMPLETAMENTE JODIDO! Me temblaban las piernas de pensar cómo se iba a poner Rebeca.

Rebeca no solo era mi abogada, también era mi amiga, como ya les comenté, y, para colmo de funciones, mi conciencia represora. Tengo varias conciencias. La

mayoría de ellas sufrían hasta hoy de amnesia o tartamudeaban, con lo que me ha resultado muy difícil seguirles el hilo de sus explicaciones, pero a Rebeca la sigo perfectamente. Es clara, concisa, y no parca en palabras; mejor dicho, en insultos. Ahora tenía que explicarle todo esto. Tenía que elaborar un plan que me hiciera parecer que la trampa que me había puesto Maquiavela era insalvable. Difícil, sí, pero ya les he dicho que tengo cierta capacidad para inventar cosas. Podrían pensar que utilizando mi mirada —la que me permite hacer en los culos de la gente «sopicas»—, Rebeca sería plastilina para mis argumentos. Pues no. Tiene una especie de inmunidad a mi poder. No se cree nada de lo que le cuento. Quizá he sobreutilizado mi virus apiadatorio demasiado con ella y sus anticuerpos han hecho su papel. Así que me puse a rezar a mi Dios para que me potenciara la imaginación.

—¿Rebeca? Soy Javier.

—Hola, Javier —me dijo, como siempre, como cantando. Es una mujer extremadamente feliz, tanto como inquisidora a la hora de mis meteduras de pata.

—Oye, mira, me ha llamado la abogada de Alicia.

—¿No estabas llevando tu divorcio con ella directamente? ¿Qué ha pasado?

Aquí es donde Rebeca empezaba su castigo por mi crimen. Seguro que ya sabía lo del mensaje de Utopía en mi Facebook, pero esperaba que mi corazón envejeciera unos años por la tensión de saber si había sido descubierto. Esperaba que me humillara públicamente reconociendo mi terrible don de joderla allá donde se podía haber hecho bien.

—Bueno..., es que... han pasado algunas cosillas...

—¿Cómo?! —dijo utilizando un tono teatral de «lo sé desde hace tiempo y me hago la sorprendida para demostrarte que aunque me haga la tonta yo no lo soy porque el único gilipollas que hay en esta conversación eres tú»—. ¿Han pasado cosillas?

Silencio con cierto balbuceo por mi parte.

—¿O has vuelto a hacer de las tuyas y lo que era algo sencillo se va a convertir en otro camino tortuoso hacia el infierno? —añadió.

—¿Lo dices por lo del Facebook? —dije, como restándole importancia a la anécdota que me iba a arruinar completamente.

—¿Cómo has consentido que esa niña pusiera semejante comentario sabiendo que tu Facebook lo puede ver todo el mundo?!

—Bueno, ya me conoces, no me gusta interferir en las acciones de la gente. Creo que todos tenemos derecho a hacer lo que tengamos que hacer. En todo caso, ella es libre de poner lo que quiera, ¿no? Yo sería, por ejemplo, libre de haberlo borrado..., por ejemplo, ¿me entiendes, Rebeca?

—Claro que te entiendo, Javier. Lo que vienes a decir es que yo soy libre de llamarte imbécil y tú libre de asumirlo, ¿a que sí?

—Yo no lo hubiera dicho mejor —dije en un intento de ser simpático y que mi aceptación de culpabilidad la debilitara un poco. Trascurrió un silencio largo. Supongo que toda mi culpabilidad pasó lentamente a modo de documental de La 2 por mi cabeza. Luego dije—: ¿Rebeca?

—¿Qué te he dicho yo del Facebook, Javier?

—Uf, me has dicho muchas cosas, Rebeca...

—¿Alguna que no sea cierta, Javier?

—Rebeca, ¿por qué no dejamos de usar el vocativo? Me pones nervioso.

Rebeca siempre me advirtió de lo indiscreto del Facebook, de que mi ambición de ególatra egotista me acarrearía problemas serios, de que mis comentarios sobre mi vida no le importaban a nadie más que a mí, y de que cualquiera podría usar toda mi información para hacerme daño.

—¿Te pones nervioso tú? Es curioso, te ponen nervioso las cosas que no tienen importancia. —Volvió al ataque.

—Bueno, ya vale. Entiendo lo que me quieres decir. Verás, hay algo más que debo decirte.

—¿Más? Pues espero que sea mejor.

No tuve pelotas para continuar. Le dije que me estaba entrando otra llamada y que ya la llamaría luego... Pero tardé tres días en hacerlo. Mi imaginación estaba de su parte y no colaboraba para encontrar una explicación a mi error con Maquiavela.

Capítulo IX

NO HAY QUIEN AYUDE A QUIEN NO SE QUIERE DEJAR AYUDAR Y OTRAS FOBIAS

Según la RAE:

fobia.- Aversión obsesiva a alguien o a algo. Temor irracional compulsivo.

Según el autor:

fobia.- Disfraz emocional que usan algunas personas para hacerse las interesantes.

No sé exactamente a qué hora sería; ni siquiera tengo claro que las horas trascurren en los calabozos al mismo ritmo que en el exterior. Debía de ser de madrugada avanzada. Me desperté sobresaltado y enredado sobre la mugrienta manta que me habían dado para protegerme del frío, aunque no de las infecciones. Utopía me estaba gritando para que la sacara del calabozo. Estaba complicado, pero había que intentarlo, me dije. Sería un logro más que contar cuando saliera de ese tugurio. Así que llamé a un agente para pedirle que la llevaran al médico. Gracias a Dios —ya ves, hasta lo peor puede tener su lado positivo— ella debe tomar una medicación diariamente y por todo lo ocurrido no había podido tomarla. El agente accedió un poco a regañadientes y, sin darme cuenta, acababa de dar el pistoletazo de salida para la próxima función surrealista de mi pareja.

Intentaron llevársela y la cosa se les complicó. Debía haberlo supuesto. Le acababa de poner en bandeja su momento de gloria: cinco nacionales pendientes de sus caderas. Cinco tíos intentando no quedar cegados y esclavizados ante su belleza. Un paraíso Disney para ella. Yo lo tenía muy claro. Hasta que no llegara una mujer heterosexual a aquella cuadrilla, la cosa no se acabaría de resolver. Los hombres caemos rendidos a sus encantos. Termina haciendo de nosotros lo que quiere. Con las mujeres heteras, es otra cosa. Sobre todo si son feas. O gordas. O las dos cosas. La envidia les hace inmunes a su hechizo. Ella no paraba de llamarme a gritos para que le ayudara, y yo no dejaba de repetirle, entre sorna y dolor, que en cuanto encontrara la llave de la celda lo haría —maldita esta tendencia mía al humor—. Por fin se escuchó al fondo la voz de otra mujer, y ahí se acabó su poder dominatorio. Fin a su hechizo. En aquel momento pensé que debía tratarse de una policía fea o gorda. O las dos cosas a la vez. Entonces volví a ver pasar otra vez hacia su celda a mi amor descerebradamente descerebrador. Esposada. En volandas. Sujetada por cinco hombres. Me jodió que la ley les otorgue el derecho de tocarla. Les grité que por favor intentaran dialogar con ella, y entonces fue cuando se me acercó una mujer de uniforme que comprendí que era la causante de haber frustrado la puesta en escena de mi chica.

—¿A usted qué le importa?

—Es mi pareja.

—Pues a ver si tiene más ojo con sus parejas.

—El ojo es lo que me ha perdido. Bueno, los ojos, los oídos y mis manos.

—Vaya, un gracioso. Tal para cual.

No era fea, la verdad. Simplemente llevaba coleta y el uniforme le quedaba algo ancho, cosa que desmerecía su atractivo. Tampoco es que yo encuentre demasiadas mujeres feas. De hecho, suelo encontrar belleza en todas ellas. Sabía de sobra que tenía que hacer algo para ganármela y tal vez así conseguir que tratara mejor a mi ángel destructor.

—Usted tendrá también su tal o su cual..., piense en ello —le dije conciliadoramente.

—Mira, capullo, sé de qué palo vais. Os gustan las experiencias fuertes. Luego saldréis de aquí, nos habréis hecho perder el tiempo y el dinero a todos y os pondréis a follar como locos riéndoos de la experiencia.

Lo primero que pensé es en cuánto utilizamos el vocativo a la hora de hablar. Lo de capullo no me ofendió —como ya dije, he aprendido a aceptarme—, pero lo del dinero no me pareció apropiado. Si se refería a las judías y las galletas, tampoco creo que fuera eso el causante de la crisis que vive el país.

—No, no..., no pienso volver con ella. Esto se ha terminado.

—Seguro —dijo como si la expresión de mi cara contradijera todas mis palabras—. Mire, la cosa pinta mal para usted. Si no se aleja de ella, acabará en la cárcel y con el culo usado en todas sus posibilidades.

—Esto mismo ya me lo advirtió hace unos meses un compañero suyo, y ya ve que no ha sido así.

—¿Y estas rejas que nos separan? ¿Qué cree que es esto, un *resort*?

Las rejas de los calabozos, por cierto, no son como las de las películas. Son unas barras rectangulares que no te permiten ver hacia los lados, solo puedes ver lo que pasa justo delante de ti. No puedes sacar ni una mano. Es bastante agobiante porque tu visión se reduce al más absoluto presente: lo único que ves es lo que sucede delante de ti. El futuro está completamente censurado. Lo que sucede a ambos lados de tu visión es un enigma. Algo así como lo que les ponen a los burros para que solo caminen hacia delante.

—Por favor, trátela bien. No sabe lo que hace.

—Como casi nadie —me contestó como si también ella fuera un alma a la deriva.

Al cabo de un rato todo había vuelto casi al silencio. El tío que gritaba ya no gritaba. No recuerdo cuándo dejó de hacerlo; ni siquiera sabía si lo habían sacado de allí. De Utopía solo se escuchaba un leve sollozar. El heroinómano roncaba como su puta madre y no me dejaba concentrarme en mi acto de contrición. Comenzaron los remordimientos. Sí, a esas alturas caí en la cuenta de que yo era en mayor medida el

causante de todo. Yo debía ser el racional de la pareja, el adulto de cuarenta años, la mitad cabal de nuestra pareja de manicomio. De alguna manera yo la había encerrado. Podía haberlo evitado, era la crónica de una muerte anunciada. ¡Mierda! ¿Tenía mi conciencia que aprovechar esta tragedia para recibir clases de ética y moral?

Está claro que debo comenzar una nueva vida. Debo evitar a toda costa miraditas al pasado, a los buenos momentos que he disfrutado junto a ella. También será bueno que de momento eluda cualquier relación que me pueda surgir; no haría más que compararlas, y eso no facilitaría que el olvido haga su trabajo. Aunque me conozco demasiado. Me va a resultar un pelín difícil. Está claro que se lo debo a mi abuela. Mi maldita obsesión por estar enamorado y que se enamoren de mí es cosa suya. Aquellas palabras. Fíjate si se le podía haber ocurrido decirme algo tipo «Hijo, llegarás muy lejos en el mundo de las finanzas». ¡Ahora estaría forrado! ¡Seguro! La diferencia entre un trauma y el éxito, a mi entender, está en el origen de ambos. Los dos surgen de la actitud que adoptes ante el universo cuando eres un niño. Se podrá cambiar, sí, posiblemente se podrá cambiar, siempre y cuando seas capaz de borrar todo lo que se te ha quedado grabado en esos primeros años. No me considero un tipo especialmente cargado de traumas; casi los reduciría a tres: las cucarachas, el agua en cantidades grandes y no encontrar el amor.

El de las cucarachas se debe —o al menos eso pienso yo— a que de pequeño me puse un pantalón al levantarme de la cama y sentí algo frío a la altura de la rodilla, algo así como si llevara un trozo de plástico por dentro, una etiqueta que no había sido retirada. Dado que mi hermano mayor dormía conmigo, nuestra habitación siempre estaba por las noches con la persiana bajada, completamente a oscuras. Yo protestaba mucho sobre el asunto porque nunca me ha gustado la oscuridad. No es que me dé miedo en sí, ya sé que no hay fantasmas. Me preocupan los golpes; tropezar con algo que no he visto venir. O que haya escondido tras esa nada de luto un psicópata armado. Pero a pesar de haber protestado aportando mil argumentaciones distintas, mi hermano mayor siempre finalizaba mis elaborados razonamientos alegando que él había llegado antes y eso le concedía ciertos privilegios. Ahora que lo pienso mejor, él consideraba que tenía el mando porque había dormido más noches que yo en aquella habitación, y eso no era cierto: a ese piso nos trasladamos cuando yo ya tenía dos años. ¡Mierda! He de llamarle para aclararle que teníamos el mismo grado de usufructo respecto a las persianas. Nadie me devolverá nada, pero me jactaré de haber desenmascarado a un dictador manipulador. ¿No lo han hecho con las estatuas de Franco? ¿No le han dado un escarmiento al viejo ese quitando sus bustos de las calles? Tiene que estar jodido el calvo dictador. Me lo imagino hablando con mi abuela entre tumbas. Mi abuela no está enterrada en el Valle de los Caídos, claro, pero al paso que vamos a este señor —

por llamarlo de alguna manera— terminarán desenterrándolo y volviendo a taparlo en cualquier cementerio bajo el nombre de Paco el Innombrable. Luego supongo que iremos a por las estatuas y calles dedicadas a todos los conquistadores de nuestra «descubierta». América, y finalmente eliminaremos las pirámides de Egipto por la explotación a la que fueron sometidos los esclavos. Lo de la memoria histórica tiene su intrínquilis. A ver, comprendo perfectamente la intención de nuestros políticos, y supongo que la cosa pasará por querer eliminar cualquier indicio de la Guerra Civil, incluidas las calles dedicadas a Santiago Carrillo, por poner algún ejemplo.

Estas cosas de mezclar la política con los sentimientos no me parecen buenas. Hace unos días, Rebeca, firme defensora de la memoria histórica, hacía una analogía entre los que querían saber dónde estaban enterrados los cuerpos de sus abuelos muertos en la guerra y los padres de una niña asesinada hacía unos meses por unos jóvenes cuyo cuerpo no aparecía. Para ella era exactamente lo mismo, y a mí es ahí donde me duele: lo fácilmente que los defensores de ideologías convierten la vida en bandos y deslegitiman a las personas físicas y reales. Hacemos circos que solo dan popularidad a quien la pretende e ideas a las que aferrarse a los que necesitan las ideas de otros para pensar por sí mismos. Supongo que por comentarios como este es por lo que me consideran de derechas, aunque para mí, el mismo delito sería hacerle una estatua al viejo como quitársela. Sencillamente porque no haría una estatua ni de mí mismo. Todas son himnos a la vanidad de gente que vete tú a saber qué escondería de puertas adentro.

Me imagino a mi abuela y al viejo enterrados juntos.

—Hizo bien dejando preparadito todo para la monarquía antes de morirse —diría mi abuela.

—Me caía bien Carlitos: era alto, tenía buen porte... ¿Cómo le habrá ido? —le contestaría el fachilla fascista.

—Mi nieto me comentó hace poco que sigue ahí.

—Espero que haya sabido mantener a raya a todos esos infieles hijos de puta.

—¿Se refiere a los moros?

—No, qué va, me refiero a los españoles. Se me desmandaban, señora mía; estaban poseídos por el síndrome de la libertad y el ateísmo. Y mira que yo sabía dosificarles la libertad, pero ellos, nada: si no había tetas en la tele, no había libertad.

—Pero es que dosificar la libertad precisamente es no darla.

—HOSTIA, ME TUVIERON QUE ENTERRAR AL LADO DE OTRA QUE PIENSA. ¿ES QUE YA NO QUEDAN TONTOS?

«¡A rabiar!», le contestaría yo.

Volviendo a lo de las cucarachas —van a tener razón los que me conocen y dicen que tiendo a divagar—, yo introduje mi mano derecha por la pernera izquierda de mi pantalón y aplasté con mis dedos infantiles lo que parecía una especie de cilindro. De

repente una voz en mi cabeza me advirtió que lo mejor sería quitarme los vaqueros rápidamente. Lo hice. Y hete aquí que entre mis dedos había un viscoso jugo amarillento y entre la tela, los restos aplastados de un insecto del submundo moviendo todavía sus antenas. Tardé unos minutos en recuperar el habla. Mi madre me estaba preparando el desayuno. Tras unos saltos espasmódicos por mi parte y cuatro lavadas de manos con una desmesurada dosis de jabón, conseguí relajarme y tomarme mi leche con Cola Cao y galletas en aquella taza de cristal color marrón que era lo último en diseño por aquellos tiempos. No le conté a nadie lo ocurrido. No por vergüenza. Sabía cuál era mi tarea: resolver ese momento de crisis cuanto antes para que no se enquistara en ese lugar del cerebro donde se amontonan los traumas. Está claro que no lo conseguí. Que se me enterró hasta la médula. Durante un tiempo largo, meses, revisaba toda la ropa antes de ponérmela; luego, poco a poco se fue pasando, pero aún hoy, si veo un bicho de estos, comienzo a saltar y a mover el cuello y los brazos espasmódicamente como si de una danza cubana de esas de la santería se tratase. Tenía que habérselo contado a mi madre; quizá así no se me hubiera quedado el sedimento del miedo...

Todo esto tiene sus consecuencias en el presente a la hora de estar con una mujer y tropezar con un insecto de esta calaña, porque cuando eso sucede, la situación me convierte en un esperpento ante la mirada de cualquier fémina. Cuando he estado en la casa de alguna y nos ha visitado una de estas repugnantes criaturas, ellas han dado por hecho que la faena de aplastarla me correspondía a mí. Y yo lo doy por hecho también, fruto de mi educación algo machista, así que primero hago mi danza alucinatoria reflejo del ataque de pánico y luego, tras buscar unos guantes o cualquier cosa que pueda cubrirme toda la piel que llevo al descubierto, intento dar muerte al inquilino caradura.

Una vez, Utopía me pidió que no matara a uno de estos escarabajos basureros. Que lo echara a la calle. Yo, que como ya he dicho era incapaz de contradecir a la que hubiera querido como madre de mis hijos, la miré lleno de pánico, compasión y ganas de aplastarla a ella también por ponerme más difícil todavía la situación. Le pregunté si tenía alguna estrategia al respecto. Estos animalicos corren más que el viento cuando corre mucho.

—Llevas guantes. Cógela y tirla por la ventana. No puede hacerte nada.

—Puede volver. Estos bichos son superinteligentes.

—Sí, por eso se acercan a las casas de los humanos, porque saben que aquí están a salvo.

Me jodía tanto eso de Utopía..., me jodía y me fascinaba a un tiempo. Ya había vuelto a ponerme contra la espada y la pared.

—Utopía, es que no puedo cogerla ni con guantes. Me dan pavor.

—Hazlo por mí.

—¿Y qué ganas tú con todo esto? —pregunté en un último intento desesperado por convencerla de que abandonara la nueva prueba a la que me estaba sometiendo.

—No se trata de lo que gane yo, sino de lo que vas a ganar tú.

Evidentemente, cuando una mujer le dice estas palabras a un hombre, el macho de la especie solo piensa en que tras la hazaña vendrá un polvo de esos donde se cumplirá otra de sus fantasías pendientes. Cogí al bicho como si se tratara de una pelusa de polvo —creo que hasta lo miré a la cara, si es que ahí hay una cara— y le deseé una vida próspera en sus nuevas circunstancias. Cuando cerré la puerta del balcón me quité los guantes, me desabroché la camisa y me bajé los pantalones.

—¿Qué haces? ¿Te vas a duchar? —me preguntó con una sonrisa que ya servía casi como un orgasmo.

—Voy a tomar lo que he ganado.

—¿Por haber salvado a la cucaracha quieres follarme? En todo caso, la agradecida es ella. Pregúntale, a lo mejor quiere echarte un polvo.

—Pero tú dijiste que lo hiciera y que iba a ganar algo.

—Has vencido a tu miedo, ¿te parece poco?

—Vamos a ver...

—Te has demostrado que no tienes ninguna fobia con estos insectos y lo has conseguido gracias a que yo te he enfrentado a él. En todo caso, tú eres quien está en deuda conmigo.

—Ok, pues fóllame como quieras. Soy tuyo.

—No, tú sabes de sobra que yo las deudas me las cobro de otra manera.

Y nos fuimos a una tienda de esas de ropa donde las dependientas parecen buena gente hasta que les preguntas algo. Y compramos. ¡Claro que compramos! Solíamos ir mucho de compras. Acostumbrábamos a meternos en los probadores de las tiendas con un montón de ropa. Ella me hacía su desfile de modelo privado mientras yo sujetaba un montón de prendas y sorbía de la pajita de un granizado con sabor a polvos de la fruta que ese día hubiera elegido su caprichoso gusto. De vez en cuando me pedía que le fuera a buscar esta o aquella prenda o talla, y yo iba con la alegría del muchacho que va a por tiza obligado por su profesor en una clase de viernes por la tarde. Se probaba zapatos, se ponía camisas, pantalones, vestidos, y entre una y otra se desvestía completamente; todo un ritual para quedarse desnuda para mí. Con cada nuevo modelo cruzábamos una mirada cómplice que no se volvería a repetir nunca más, como sucedería con aquella combinación de ropa. La mayoría de las veces solo podíamos comprar una o dos prendas, pero cuando llegábamos a casa me dejaba echar un polvo a cada una de las mujeres que había exhibido para mí en aquellos probadores.

En definitiva, salvar a la cucaracha me costó cincuenta euros, una erección desperdiciada y la revelación de que uno de mis mayores traumas no era sino una

actitud mía ante un determinado estímulo. Y sin ir a la psicóloga. Cualquiera diría que esto último es positivo; pero cuando se tiene un ego como el mío solo valoras tu humillación, con lo que el trauma se queda ahí. Digamos que a mi improvisada terapeuta le faltó un refuerzo positivo a mi valerosa cruzada. Si hubiéramos hecho el amor, ¿quién sabe?, quizá se hubiera borrado para siempre mi fobia a las cucas.

Mi otra fobia es a las piscinas, los pantanos y el mar. Puedo bañarme, eso sí. Allí donde hago pie no me preocupa demasiado meterme; pero cuando la profundidad comienza a hundirme y el agua llega a la altura de mi pecho, me empieza a fallar la respiración, me entra eso que llaman ansiedad y tengo que retroceder. El origen de este miedo también lo tengo localizado. Por referencias, no por recuerdos. Yo era demasiado pequeño para que mi memoria pueda reproducirlo, pero como dicen que durante los tres primeros años aprendemos una burrada, y esto me pasó a los dos años de vida, pues yo ato cabos y deduzco que fue de eso. Mi madre me iba a dar un baño. Por aquella época me bañaban en un barreño verde, de poco diámetro pero mucha altura. El baño estaba preparado. Yo atisbaba la profundidad del recipiente desde fuera con la curiosidad, supongo, con la que todos los bebés lo miran todo. Mi madre, por supuesto, estaba a mi lado; me imagino que cayéndosele la baba. Yo era un bebé riquísimo: rubito, pelo rizado, rellenito, pero en su justa medida. Bueno, el caso es que llamaron a la puerta y ya se pueden imaginar. Mi madre pensó: «Total por un momento...». A la que regresó, yo estaba cabeza abajo, hundido en el barreño, pataleando y contemplando cual Cousteau las profundidades marinas. Dicen que no me pasó nada, que el tiempo fue mínimo, pero claro, no hay más testigos que mi madre, y a las madres, ya se sabe, nunca se les debe creer lo que dicen porque todas sus palabras están condicionadas a protegerse para que no desconfíes de ellas y puedas contar con su ayuda para tu supervivencia. De cualquier forma, para mí que me faltó algo de oxígeno en el cerebro, y a partir de ahí todo lo que hago tiene un mensaje subliminal que dice: «Dios nos asista, porque tendrá terribles consecuencias».

Y ustedes dirán: «Bueno, mientras no te quieras dedicar al submarinismo...». Pero claro, no tienen en cuenta que esto me impide lucirme en playas y piscinas ante el sexo femenino. Todo mi porte y elegancia fingidos en seco se van a la mierda en cuanto piso la orilla del mar o el primer peldaño de la escalera de la piscina. ¿El lado bueno? En fin, he conseguido que todas me respeten mucho en este asunto. Suelen protegerme. Cuidarme mientras estoy dentro del líquido elemento. Pero cuando me sugieren echar un polvo dentro del mar, la cosa se vuelve algo tensa: tengo que elegir entre mi erección o mi miedo, y el resultado suele depender de la dama en cuestión. Con Utopía, por ejemplo, también he superado un montón esto. No he llegado a correrme; ella tampoco. La risa no ayuda mucho a la hora de acometer orgasmos. A cada ola acercándose, yo hincho los carrillos para coger aire, por si las moscas; por si

la ola supera mi altura. Y claro, muy erótico no resulta. Meterla la he metido, y tres o cuatro sacudidas también nos habremos dado, luego yo creo que eso cuenta como polvo, ¿no?

De mi tercera fobia, la del amor, no diré nada. De esta espero que la psicóloga me resuelva algo el día que decida ir a una. Tengo que aprender a dormir solo. Tengo que aprender a desayunar, comer y cenar solo. A ver la tele solo. A hacer la compra solo. A limpiar solo... Joder, no sé si quiero aprender. A fin de cuentas, con pareja el esfuerzo para realizar muchas de estas tareas se reduce a la mitad.

Capítulo X

DE CUANDO TODO PARECE QUE SE VA A ARREGLAR Y LO QUE SUCEDE ES UN PUNTO DE INFLEXIÓN

«No soy celoso, soy posesivo».
«¿Y qué diferencia hay?».
«Que suena mejor, ¿no te parece?».

Al poco rato del intento de sacar a Utopía de los calabozos, la mujer de uniforme ancho y coleta se acercó de nuevo a mi celda. Mira tú por dónde la vida me concedía otra oportunidad de ganármela. Yo y mi suerte.

—¿Javier Fraude?

—Soy yo.

—Salga.

—¿Todo va bien?

—¿Dónde?

Era dura la mujer, ¿es que los uniformes agrían el carácter? ¿Conocen a alguien con uniforme que sea campechano? Ni siquiera los conductores de autobús lo son. Claro que habrá excepciones como en toda regla, pero yo no he tropezado con ninguna. Y es curioso: los conoces fuera de su vida laboral y pueden ser encantadores. Tiene que ser cosa de la ropa. Quizá los cuellos ajustados, quizá los gorros o los colores grises, negros, pardos, verdes oscuros y azules pálidos. Molaría un uniforme de colores chillones. ¿Cómo sería entonces, por ejemplo, un arresto?

El policía diría:

—Acompáñeme, queda usted arrestado.

—No me costará seguirle. Ni aunque atravesemos un túnel, agente.

—¿Se está usted cachondeando de mí?

—En todo caso el que se cachondea es su sastre, ¿no le parece?

Y claro, te llevarías un porrazo de esos que vemos en las tomas que los videoaficionados hacen de las manifestaciones pacíficas..., aunque quizá aquí fuera con razón. No porque sea un agente del orden, sino porque no está bien burlarse de la ropa de los demás. Yo mismo no soy ningún galán vistiendo, y si alguien se riera de mí a la cara no me sentaría bien. No está bien utilizar para la risa la torpeza de los demás. ¡Claro que yo la utilizo, pero no a la cara, por favor! Eso es de mal gusto y mucho riesgo para tu integridad.

Me llevó hasta una habitación en la que había una mujer que estaba cañón al otro lado de una mesa. Yo iba sujetándome los pantalones con una mano y con la otra tocando constantemente los mil euros de mi bolsillo para ver si seguían ahí. (Qué

obsesión, ¿verdad? Pensar que las cosas saltan de los bolsillos. ¡Si estaban ahí hacía dos segundos! ¿Dónde habrían podido ir? Malditas inseguridades...). Me pidieron que me sentara en una de esas sillas que parecen surgidas del trazo de un niño de seis años, y me senté; no porque quisiera, sino porque la segunda vez que me lo pidieron dieron a entender con el tono que no se trataba de una sugerencia para mi comodidad, sino de una orden para su seguridad. La mujer del otro lado de la mesa comenzó a hablarme sin levantar la mirada de un impreso.

—¿Quiere hacer una llamada?

—Ya llamaron ustedes a mi abogada, ¿no?

—Sí, pero eso es otra cosa. Ahora me refiero a alguien al que le quiera comunicar que está aquí.

—¿Por si hubiera quedado con alguien y me estuviera esperando, se refiere?

—Por lo que le dé la gana. ¿Quiere o no quiere hacer una llamada? —Aquí ya me miró a los ojos. Demasiado, para mi gusto. Noté algo de impaciencia en esa mirada.

—Disculpe, déjeme pensarlo un segundo.

Silencio.

—Su abogada llegará ahora —volvió a hablarme la mujer.

—¡No joda! —No pude evitar un escalofrío. Rebeca me iba a freír a reproches. Que si te lo dije, que si me dan ganas de dejarte aquí una semana, que si esto era lo que buscabas... Seguro que no me preguntaría si me habían tratado bien, o si necesitaba algo, o si quería que avisara a alguien.

—Ha pedido usted una abogada, ¿no? ¿O es que lo quería de oficio?

—Sí, sí... Es solo que me da un poco de respeto. Me impone respeto mi abogada.

Me pareció que le resultó simpática mi reacción. Se le ablandó algo la expresión de iceberg.

—No se preocupe, es un mero trámite. Pasará la noche aquí. No tiene por qué prestar declaración; puede esperar a hacerlo delante del juez. Mañana estará en la calle. ¿Quiere agua?

—No, gracias, ¿tiene algo con alcohol?

—No. No tenemos alcohol en las comisarías.

—Ya, la policía lo toma fuera. ¿En los bares, quizá?

—¿Qué insinúa?

No le gustó mi comentario. Se le notó por su torcedura de boca. A mí me pareció ingenioso. De todas formas, comprendo que mi ingenio no siempre encuentra el público adecuado; tengo que conseguir aguantarme las ganas de ser ingenioso. Solo consigo meterme en problemas.

—Era un chiste malo, disculpe.

—Muy malo.

—Hombre, muy malo tampoco. Eso en la tele hubiera tenido su chispa, ¿no le

parece?

—Es usted un poco idiota, ¿no?

—Vaya, veo que ha hablado con mi abogada.

Y volvió a lo suyo. No parecía entretenerle mi conversación, y fui consciente de que necesitaba algo más personal; más referente a ella. Eso siempre hace surgir el diálogo.

—¡Qué! ¿Mucho asesino esta noche?

—Solo uno.

—Y ¿qué? ¿Lo han trincado?

—Comparte celda con usted.

—¡Ja! Muy bueno.

—¿El qué?

—El chiste, lo del asesino de mi celda.

Por lo visto no era un chiste. Se me quedó mirando como con cierta resignación a lo que ella debió de suponer que era mi estupidez crónica. Solo se me ocurrió decir:

—Lo dice en serio, ¿no? Pues tenemos un problema. Yo he quedado el domingo con uno de ellos para tomar un café. Me ha caído simpático. —Y era cierto que lo había hecho, entre momento de aburrimiento y momento de aburrimiento; también era cierto que no tenía muy claro si terminaría yendo. Todo dependía de mi noche del sábado. Pero aun así, y por hacerme un poco el mártir delante de la oficinista, seguí dándole importancia al hecho.

—Pues no vaya.

—¿Y si se cabrea?

—No me lo diga: es usted de los tontos que van haciendo amigos entre lo mejorcito de la especie. ¿Le ha dicho dónde vive?

—No, pero he quedado en un bar que suelo frecuentar.

—Pues cambie de bar.

—Quería hablar con él de su país. Quiero hacer un viaje a Rumanía.

—No es ningún rumano. Es español.

—Joder, vaya con los tópicos, ya había prejuzgado a esta gente. ¡Ya me parecía que era demasiado simpático para matar a alguien!

Silencio.

—¿Entonces es el drogadicto?

—¿Acaso hay otro español en su celda?

—Ah, pues con ese no he quedado. No me gustan las drogas.

No debió resultar convincente mi afirmación, porque levantó la mirada con esa mezcla de «por qué no te callas si no vas a decir nada inteligente, nada que sea verdad ni nada que sea útil» y «por qué no estudiaría medicina, tal y como me decían mis padres». Ahí, en ese momento tan tenso, entró Rebeca. Como siempre, la tierra

tembló bajo sus pies. Con su cargamento de más de energía. Amedrentándome con sus gestos.

—Vale, ya estás aquí. El siguiente paso, la cárcel por unos años.

—Joder, Rebeca, que no. Estoy bien...

—Yo no te he preguntado cómo estás. Ya me imagino que estarás pasándotelo chupi. Cuánto material para tus conciertos y tus canciones, ¿eh?

Por supuesto que di por entendida la ironía, pero no me iba a defender. No hubiera sido práctico.

—Oye, escucha. ¿No hay posibilidad de que saquen a Utopía de aquí? Tiene que ir al hospital a por la medicación —le propuse para ver si con ayuda de ella podía conseguir que se la llevaran al hospital de una maldita vez.

—¿También soy su abogada?

—No, bueno, ella tiene el suyo, pero es de oficio. No sé si esta gente se toma en serio a sus clientes.

—Yo también ejerzo de abogada de oficio. Y me tomo muy en serio a mis clientes.

—Ya, bueno...

—Vale —y dejó de hablarme a mí para dirigirse a la policía cañón—. No va a declarar aquí, ¿vale? Te firmo el papeleo y me largo a casa, que ya es hora.

Se puso a firmar unos papeles como el que lee la propaganda que le meten en el buzón. Hacía ruiditos con la boca. Estaba todo bien, porque continuó sin más.

—Bueno, Javier —me dijo—, te veré mañana en el juicio.

—Espera, mujer, espera —y le consulté a la de la mesa—: ¿Puedo hablar un momento con ella?

—¿Pero no le daba miedo?

¡Mira qué simpática resultó ser la funcionaria! La cara de Rebeca empeoró por momentos: al principio estaba seria; luego, frunció el ceño. Porque soy un tipo con suerte, que si no hubiera terminado con una bofetada.

—¿Miedo? Je, je. Miedo no, hombre..., yo dije que la respetaba mucho... —intenté aclarar, desviando el verdadero mensaje de mi mensaje.

—No quiero pensar cómo interpretará los orgasmos de las mujeres —va y me soltó la tía borde del despacho.

Parecía que Rebeca disfrutaba de aquella situación. Se terminaron hermanando, por aquello de la simpatía de sexos. No me hubiera resultado muy difícil dividir las, pero había de condensar todas mis fuerzas en que Rebeca me sacara de allí.

—Rebeca, ¿no puedes sacarme de aquí ahora?

—Creí que era lo que buscabas: entrar aquí.

—Ya llevo muchas horas encerrado y me aburro.

Apelar a la compasión. Rebeca conoce mi obsesión por evitar aburrirme, mi

agonía cuando estoy solo. A pesar de tener compañeros en la celda, el asunto del idioma me convertía en un náufrago solitario, y, en cierta manera, no entenderte con la persona que tienes delante es más desesperante todavía que estar solo.

—Me voy, Javier —me dijo medio cantando.

—Espera, espera... ¿Qué tal tu novio?

—Libre.

—A tu lado, imposible.

¡Zas! Y la volví a cagar.

Las dos mujeres me miraron fijamente. La policía creo que sonrió, no alcanzaba a verla del todo. Y Rebeca creo que también, pero fue más bien una mueca que anunciaba el advenimiento de la tempestad. La había puesto en evidencia delante de público. Esa osadía la iba a pagar muy cara.

—Adiós, Javier..., mucha suerte en el juicio.

Y se fue. Me quedé allí contemplando cómo se alejaba con su culo. Tiene un culo bonito. Y la espalda. No había reparado hasta ese momento demasiado en ello. Y el pelo. La verdad es que está buena. Jode un poco el conjunto su carácter tan incisivo. Me pasa con todas las mujeres: ya pueden estar buenas que si su personalidad no me dice nada, no hay caso. Por eso soy de los que presumen de follar almas en lugar de cuerpos. La gente suele tomarme por hipócrita. Siempre utilizan el mismo argumento; siempre me salen con lo de que si no prefiero una tía buena a una normal. Y siempre les digo lo mismo: prefiero mujeres seductoras. Los cuerpos no son los que transmiten la seducción; eso es algo que obedece al alma, si es que tenemos una. Obviamente, después de todo lo ocurrido con Rebeca en la comisaría, ya he perdido cualquier posibilidad de hacérmelo con ella. Si me tenía por un irresponsable, ahora me tendrá por uno al cuadrado. Cuando me conoció sentí que había química entre nosotros, pero ha resultado ser más cuestión de fisión que de fusión. Aun así, me quiere. Yo lo sé. Me trata así porque se preocupa por mí.

—Se ve que no se soportan —me dijo la policía con sus ojos de gata despertándose del embelesamiento en el que había quedado atrapado fruto de la carne.

—Oh, no..., es un juego. —Silencio—. Yo creo que hay química entre nosotros.

—¿Me está tirando los tejos? —me respondió la policía.

Mi comentario sobre la química era para Rebeca, pero si la otra había cogido la vela estaba claro que era porque algo había sentido aquella mujer por mí, así que le seguí el juego.

—Perdona, me ha resultado muy difícil resistirme. Eres muy bella.

—¡Uy, bella! ¿Qué eres?, ¿italiano?

—Bueno, si lo eres, qué quieres que te diga. Para eso están las palabras.

—¿Quieres un café?

—Si lo voy a tomar solo, no.

—Te puedo traer un cortado.

—No, me refiero a...

—Ya sé a qué te refieres. No eres el único ingenioso. Espérame aquí, yo me tomaré otro.

Se marchó de la habitación. Me iba a tomar un café con ella en una comisaría. La cosa se estaba arreglando. «Joda a quien le joda, soy un tipo con suerte», pensé otra vez ajeno al futuro. Dios cuida de mí a través de las mujeres. Los ángeles tienen sexo. Son ellas. Vale que las hay muy brujas, pero es solo porque están desorientadas. Se apodera de ellas el miedo a equivocarse de hombre, a estar perdiendo el tiempo invirtiendo toda su alma en esa relación y que el hombre sucumba ante otro ángel caído. Pensaba en todo esto cuando entró en la sala el comisario... o el inspector, la verdad es que no tengo ni idea de cómo funciona la jerarquía en esto de la policía. Le saludé cortésmente y me respondió de la misma manera. Me sentía bien. Era un crack; había conseguido que me trataran bien hasta en el calabozo. Una vez más sentía haber salido airoso de otra de mis meteduras de pata. El tipo se puso a remover papeles. Buscaba algo que resultó ser un mechero. Se encendió un cigarro. No me ofreció ninguno. La verdad es que llevaba sin fumar muchos años, pero me molesta que la gente no invite cuando está disfrutando de algo. Si conseguía intimar también con este, si me lo ganaba, tal vez no me hicieran volver a la celda y podía pasar la noche allí con ellos de cháchara.

—Qué, ¿turno de noche?

—Sí.

—No soy un delincuente, ¿eh?, estoy aquí por error.

—Eso lo decidirá el juez.

—No, no, el juez dictará sentencia, pero si no reconoce mi inocencia, no estará dictando justicia. Yo no he hecho nada.

—Vale.

Tenía unas facciones duras, pero algo me decía que su corazón no era tan duro como su expresión, así que no me amedrenté por su sequedad: tengo la llave para arrancar cualquier conversación a estos tipos.

—Es muy guapa su compañera, la que se sienta aquí.

—Sí, lo es.

—Ha ido a por unos cafés. Uno para ella y otro para mí. Es amable.

Ahí me di cuenta de que iba por mal camino. A los tíos así no les gusta hablar de la amabilidad de las mujeres, solo de sus culos y sus pechos.

—A lo mejor tengo suerte y consigo invitarla a cenar. ¿Es facilona? —le pregunté en la jerga de estas bestias.

—¿Quiere un cigarro?

—No fumo, lo dejé. La verdad es que nunca he sido fumador por convicción. Empecé a fumar para que mi mujer lo dejara.

—Fúmeselo. Como si fuera su última voluntad.

Me reí forzosamente: ni entendía el chiste ni le veía la gracia.

—¿Han vuelto a instaurar la pena de muerte? —Este sí que era gracioso—. Y me enganché... —añadí continuando la conversación del tabaco y mi exmujer.

Enseguida me di cuenta de que le importaba un pimiento lo que le estaba contando de mi vida con Alicia. Y eso que la historia era buena, y real: al final me enganché al tabaco intentando liberarla a ella de la adicción. Le dije que por cada cigarro que se fumara ella me fumaría otro yo, y como era de suponer, terminé por fumar mucho más que ella. Ahí fue cuando se asustó y terminó por pedirme que lo dejáramos los dos. Y lo dejamos. Para mí fue un triunfo. Fue como obtener los frutos deseados tras ir a la huelga. Bueno, en realidad fue un chantaje emocional como una casa, pero funcionó. Lo triste es que la última vez que la vi, el día de la firma del divorcio, en un descuido suyo pude darme cuenta de que su bolso volvía a cargar con paquetes de tabaco. Me dolió. No demasiado, porque yo llevaba un pedal de alcohol en el cuerpo de no te menees. ¿La razón? No me podía enfrentar a la situación de romper con ella civilmente sobrio, así que hice por evitarlo.

Ya ven: todos mis sacrificios para que ella diera con su adicción al traste. Una vez más se demostró que todo esfuerzo que hagamos por los demás solo lo resistiremos mientras los demás sigan a nuestro lado, con lo que al final solo vale lo que hacemos por y para nosotros mismos. Supongo que, en cierto modo, saber que la había estado engañando le supuso un trauma. De hecho, días después de que su abogada me llamara por primera vez, pasó algo que hizo que recibiera una llamada de Rebeca. Quería contarme algo importante sobre Alicia, pero no pudo hacerlo en ese momento. No porque ella no lo intentara, sino porque me importaba un pimiento en aquel entonces cualquier cosa sobre mi ex y no le dejé. Ya valía de intentar hacerme sentir culpable. Había engañado a mi esposa, sí, pero lo único que nos diferenciaba era que ella me lo contó para intentar arreglar lo nuestro y yo no se lo conté porque me falta valor para ver cómo sufren otras personas por mí. El caso es que yo estaba en mi casa con Utopía. Acabábamos de ver una película, *Closer* —un enredo fascinante entre parejas; me apasionan las películas que hablan de las relaciones de pareja—, cuando sonó mi teléfono.

—¿Javier?

—¿Rebeca?

—¿Dónde estás?

Me daba gracia, casi siempre que llamaba ella me preguntaba lo mismo: ¿dónde estás? Al principio pensaba que era porque estaba cerca de mi casa y pretendía tomarse un café conmigo, pero luego llegué a la conclusión de que no, porque nunca

era el caso, así que deduje que simplemente lo preguntaba para saciar esa necesidad de tenerlo todo bajo control. No sé si ella es consciente de esto. Desde luego, yo ahora no estoy en disposición de revelárselo. Nadie quiere psicoanálisis de un tío que parece más cerca de la demencia que de la cordura. Bueno, nadie... A mí me encanta que me analice gente así. Tienen una perspectiva de las cosas realmente objetiva. Son como espejos de tus verdaderas intenciones. De tu verdadero yo.

—En casa. ¿Pasa algo? —le respondí.

—¿Tú hablaste con la abogada de Alicia, verdad?

¡Zas! Sabía la que se avecinaba. Ya se había enterado de mi traspie con la fulana aquella. En ese momento me empezaron a temblar las piernas y me senté al borde de la cama. Utopía me miraba con curiosidad. No era fácil verme cara de consternación. Casi nada me inmuta. Normal que se extrañara.

—Sí —balbuceé. Me di cuenta de que balbuceaba mucho cuando hablaba con Rebeca, así que templé mi voz con un carraspeo y añadí—: Ya te lo conté.

—¿Qué me contaste, Javier?

Ya estaba otra vez utilizando el inquisidor vocativo.

—Que me parecía una tía agresiva. Una perra rabiosa andrógina.

—Y para calmarla decidiste contarle ¿qué, Javier? ¿Qué se te ocurrió?

Ya no aguantaba más. Si sabía la respuesta, ¿por qué jugaba al gato y al ratón?

—Rebeca, ¿qué pasa?

—Qué va a pasar, querrás decir. Le dijiste que te acostabas conmigo y encima lo repetiste para que lo grabara.

Eso no era cierto. Lo repetí, sí, pero no para que lo grabara. No soy tan gilipollas. Lo repetí para demostrar que nadie va a dominarme con el miedo. Lo repetí para dejar claro que no soy una persona que se achante ante las provocaciones. Lo repetí para anotarme un tanto. Un tanto hacia mi descalabro, ya... Bueno, tal vez sí sea tan gilipollas.

—¿Ocasiona eso algún inconveniente?

Mi pregunta era retórica. De sobras sabía que ocasionaba más de un inconveniente. Pero si yo mostraba calma, si conseguía aparentar que la cosa me parecía trivial, tal vez lo fuera. Tengo esa teoría. Si no te enfrentas al problema, el problema puede desaparecer, o no; y si te enfrentas, ocurre exactamente lo mismo, pero habrás desperdiciado energías que podrías usar para coger el coche, irte a la playa y disfrutar de los cuerpos bronceados que la naturaleza oscurece para tu deleite personal.

—Por lo pronto, ya no puedo representarte. Eso me convierte en parte del problema. Y tu mujer...

La interrumpí bruscamente. Lo que le pasara a mi mujer ya no era asunto mío. Para mí Alicia me había fallado. Había roto por una tontería nuestro pacto de no

agresión durante el divorcio. ¡Si ahora se sentía sola, que se lo contara a la *personal assistant* esa del tío de las zapatillas! Pero que Rebeca no me representara..., eso no me lo esperaba. Acababa de quedarme sin la estrella de mis once jugadores. Barruntaba un resultado muy a la contra.

—Algo podrías hacer...

—Con lo de Alicia está difícil...

—Digo con lo tuyo.

—Claro, recomendarte a una compañera. Pero déjame que te cuente lo de Alicia...

Utopía mientras tanto había comenzado a jugar con mi «cosita». Ya llevaba mucho tiempo quieta. Además, estaba hablando con otra mujer y eso a ella no le hacía mucha gracia. Tenía que aparecer en la foto como fuera, y esa fue la manera que se le ocurrió.

—Rebeca, no me creo que no puedas hacer nada. Es mentira, entre tú y yo no hay nada. Uy... —se me escapó un «uy» al roce de los labios de Utopía contra mi cosita.

—Javier, lo importante es lo de Alicia. ¿Qué pasa? ¿Por qué has dicho uy?

—Tengo que dejarte, Rebeca, se me está quemando la comida...

—Son las seis y media de la tarde. ¿Estás haciendo ahora la comida?

—Es que le ha entrado hambre a Utopía y...

—Ah, que estás con ella... Vale, vale. Cuida de que no te ponga algo más en el Facebook.

Utopía escuchó su consejo. Detuvo su quehacer y me fulminó con la mirada. Yo colgué casi sin despedirme. Sabía que ahora tendría que lidiar con ella. No eran celos. Al menos, no de verdad. Se hacía la celosa para torturarme. Sabía que cuando las cosas se ponían mal entre nosotros, yo terminaba llevándomela de compras para calmarla. No me importaba. De alguna forma tenía que cobrarme aquellas sesiones de sexo. Yo no era digno de ellas. Los tipos como yo jamás accedemos a preciosidades como Utopía si no es pagando un precio. Está claro que con ella el precio ha resultado ser demasiado alto, y no me estoy refiriendo a asuntos de dinero. Traté de explicarle que Rebeca no tenía nada en contra de ella, que simplemente hacía su trabajo. Y que tenía toda la razón en que haber puesto aquello en el Facebook me había complicado totalmente mi divorcio. Luego se puso a llorar. Yo le repetí que Rebeca tenía parte de razón y que haber puesto aquello en el Facebook me había supuesto un pequeño contratiempo en mi divorcio. Y así, mientras se vestía y me amenazaba otra vez con irse a follar al portero de la discoteca que frecuentábamos, yo le repetía insistentemente, suplicando, que Rebeca era una tía que no tenía ni idea de nada y que lo mejor que podía haber hecho era ponerme aquello en el Facebook. Pero no funcionó. Cogió la puerta y se fue como siempre se iba: dejándome su imagen de ángel exterminador tatuada en mi retina. Cerré los ojos y contemplé en la oscuridad el

rostro de mi sobrenatural amada lleno de lágrimas, aquellos ojos perforadores que habían atravesado hasta su esencia todo mi espíritu llenándolo de orificios que nunca cicatrizarán. Se me puso dura. Encendí el ordenador y me puse a ver unas fotos que le hice cuando empezamos a salir. Estaba desnuda. Tal y como yo me veía cada vez que me clavaba su mirada. A los pocos minutos recibí un *sms* comunicándome que en ese momento el portero de la discoteca estaba desabrochándole el sujetador. Esta vez el escalofrío que me recorrió fue más leve. Las cosas duelen menos cuando las esperabas.

Por fin la policía buenorra regresó al lugar donde aquel energúmeno con placa y arma me estaba amenazando de muerte sutilmente con un café muy caliente de máquina que dejó encima de la mesa. Yo me sentí aliviado. Estaba claro que aunque el supuesto comisario me tenía ganas, delante de aquella mujer tendría que contenerse.

—Aquí tiene.

—¿Ahora vas a tratarme de usted? —le dije con mi sonrisa más seductora a lo Hollywood.

Había notado que, a su vuelta, aquella morena se comportaba de manera más fría. No me contestó a mi ridícula broma. Se dirigió sin más a la mesa de al lado donde el fumador asalta-normas-cívicas estaba acabando su cigarro. Tras la última calada ella le estampó un beso en la boca, como si quisiera absorber todo el humo que al tipo pudiera quedarle en los pulmones. Ahí, justo en ese momento, a mí me entró uno de mis escalofríos, casi un calambre, que recorrió la zona que va desde mi escroto hasta la nuca. Ahí justo, el tío que acababa de ser besado comenzó a mirarme. Ahí deseé otra vez estar en mi celda con mis compañeros. Ahí el armario ese que fumaba y tenía forma humana se levantó e inició su avance hacia mí con un movimiento que reflejaba su actitud, una actitud pesada y cansada de soportar la vida. Ahí la habitación comenzó a estrecharse como en las trampas de las películas de Indiana Jones. Y ahí me dijo, con voz delatadora y desalentadoramente violenta:

—¿Le estabas tirando los tejos a mi chica?

«Sabes salir de estas, Javier», me repetía una voz que truena siempre más fuerte que la de mi conciencia en los momentos de peligro evidente. Es la voz de la cobardía. Esta tiene más decibelios que el equipo de sonido de un coche tuneado. Pero la presión no me deja pensar con claridad. Debía elegir las palabras exactas como si de mi último cartucho se tratara para acabar el enfrentamiento con alguien que parecía querer asesinarme. Tenía que decir algo que quitara hierro a toda aquella situación y aportara la dosis justa de humor que me permitiera salir indemne de

aquello.

—Ninguna mujer tiene dueño.

No se me ocurrió otra cosa. Es una frase de *Martín (Hache)*, una película de Aristarain. Una frase que desde luego te convierte en un hombre moderno, independiente e inteligente... Es decir, en la clase de hombre que recibirá una hostia segura de tropezar con otro que practique los valores de un neandertal dependiente e idiota que crea que estás intentando levantarlo a su pareja. Estaba claro que hubiera sido bastante más oportuna cualquier frase de la saga de Harry Potter.

—Mira lo que dice este tío, chiqui. Que ninguna mujer tiene dueño. ¿Estás compitiendo conmigo?

Estaba en desigualdad. En inferioridad de condiciones. Yo era un preso y él, el guardián del calabozo. Si hubiéramos tenido ese conflicto en la calle, está claro que yo no estaría tan acojonado. Corro mucho. Hubiera salido corriendo y ya está. El tío fumaba. Seguramente no tendría más fondo que yo. Pero en aquel momento lo de correr estaba chungo, porque tenía su nariz a un centímetro de mi cara y su palma —aproximadamente de unos veinticinco centímetros abierta de meñique a pulgar— se estaba aproximando a la velocidad del sonido al lado derecho de mi jeta.

Silencio y oscuridad.

Me levanté del suelo sin tener claro cuánto tiempo había pasado desde que me alcanzó su bofetada y me caí. Vi el chispazo. Ese que dicen que te da cuando te pegan un puñetazo. El tío me había dado con la palma abierta y seguro que sabía que derribar a alguien así es más humillante que hacerlo de un puñetazo. Volvía a estar sentado en su silla. Tuve claro que lo mejor era que me quedara un rato más tumbado allí. Joder. Y la tía no había hecho nada en todo aquel tiempo. ¡Nada! Allí permanecía, impasible, sentada en su mesa con la misma frialdad con la que muchas putas te dicen que eres un hombre muy guapo.

—¿Por qué me ha pegado? —le pregunté intentando hacerme el digno pacifista y levantándome despacio.

—¿Quieres más? Tenemos un cuarto para estos casos.

—No es cierto. La policía no pega. Vivimos en un Estado de derecho —le rebatí, como si apelar a la ley pudiera garantizar que esta se cumpliría.

Comenzó a sangrarme una herida que traía en el labio de mi discusión con Utopía. Sangraba escandalosamente. Miré la sangre que caía sobre mi mano derecha y le dije:

—Puedo denunciarle por esto.

—Esa herida ya la traías, gilipollas.

—Me llevaron al ambulatorio antes de encerrarme. Hay un parte de las heridas que tenía.

—Te he dado donde ya te dieron, no soy tonto. Ahora cállate. Llévalo con los

otros, Sara.

Sara. La convidada de piedra se llamaba Sara y caminaba en silencio por los pasillos a mi lado. Parecía una *geisha* al lado de este cretino. Para mí lo había perdido todo. Me gustan las mujeres con autoridad y esta había demostrado tener muy poca. Además, no hizo nada por detener la violencia indiscriminada. Las mujeres que no tienen ese instinto no son buenas. Cuando la niña mala me abrió la puerta de mi celda, sentí un impulso de decirle lo que pensaba, dejarle claro que era muy poca mujer, pero ¿para qué? Seguramente ya lo sabría. A estas alturas de nuestras vidas nos quedan pocas cosas por saber de nosotros mismos. Más bien jugamos a ocultarlas ante los desconocidos para evitar que nos coman terreno. Por eso hablamos tan poco de nuestra mierda con los de fuera: la gente prefiere a los de siempre porque no hay que fingir. Ellos ya te lo han comido todo y solo puedes resignarte.

—¿Qué haces con un imbécil como ese? —le dije al final saltándome a la torera mi autocontrol. No sé si hice bien o mal, pero desde luego me quedé a gusto.

—Prefiero a un imbécil fuerte que a un imbécil cobarde.

Me vino a la cabeza una idea suicida pero audaz. Pensé en que debería salir corriendo, meterme otra vez en la oficina del tarugo ese y soltarle un sopapo bien dado. La voz de mi cobardía me gritaba que me dejara de tonterías. Que aceptara la humillación. Que la racionalizara. «¡Ese tío tiene el poder y no le puedes vencer en estas circunstancias!», me repetía casi desgañitándose.

«Vale —le dije yo—, pero vivo en un país libre. Este tío ha abusado de su poder, la ley me dará la razón».

«Puede que sí o puede que no —me contestaba mi voz—. Desde luego si quieres venganza, que sea por los cauces legales; de lo contrario te estarás convirtiendo en un ser despreciable como él».

Ya lo dije: no creo en la justicia. Ya de pequeño unos matones me robaron en el colegio mi balón de fútbol y el profesor no hizo nada para restablecer a su dueño la propiedad usurpada. Hasta que no recopilé un ejército de mercenarios a los que pagué con lo poco que tenía ahorrado en mi hucha, no equilibré la balanza del ultraje recibido. Aquellos tipos pagaron su afrenta recorriendo desnudos los pasillos del colegio desde los lavabos hasta el despacho del director. Nunca más se atrevieron a meterse conmigo.

Aprendí entonces que el equilibrio no se restablece nunca hasta que uno no pone cartas en el asunto, y ahora esta idea me carcomía el corazón y la cabeza. Tomé aire. Lo solté. Volví a cogerlo. Eché a correr. Gritaba y gritaba como un bárbaro para desoír el dictado de mi falta de valor. Estaba casi llegando a la oficina. Faltaba poco. La chica me perseguía y me gritaba casi como súplica que me detuviera. Pero yo sabía que no lo hacía por mí, sino para evitar que le diera su merecido al gilipollas que se acostaba con ella. Entré en la estancia. Allí había más gente que la última vez.

Tres policías y el capullo que me pegó. Tres más que en mi última visita. Mala proporción. Apenas levanté mi puño, empecé a recibir golpes y patadas. Lo veía todo entre sombras y claros. Sabía que estaba en el suelo porque no me resultaba difícil mantener el equilibrio. Ya no solo veía chispazos. De vez en cuando veía la cara de la mujer que, inmutable, contemplaba la salvajada a la que me estaban sometiendo. ¿O me había sometido yo? Daba igual, el resultado era el mismo. Noté que las patadas las empezaba a recibir en el costado y la cabeza. Había cierta desincronización en el ritmo por parte de los maltratadores. Falta de creatividad, a mi entender. Creo que hasta se dieron alguna patada entre ellos porque los cegaba la ira. Recuerdo que podía pensar con claridad a pesar del dolor, y no entendía —sigo sin entenderlo— cómo podían sentir los otros tres rabia hacia mí. Pelotas. Se hacían los ofendidos solo por agradar a su jefe. Estaba recibiendo una paliza de pelotas, nunca mejor dicho. Y de repente, sentí que se me rompió algo por dentro. Como si hubieran abierto una botella de cerveza y me la estuvieran derramando por dentro de mis costillas. ¿Cómo supieron cuándo parar? Bueno, eran policías; sin duda alguna sabrán de golpes. Una vez vi en una película que no es tan fácil matar a un tío a golpes. No creo que quisieran matarme, aunque la última patada que sentí en la nuca me relajó demasiado. Tanto que un sueño agradable se apoderó de mí y ya no recuerdo nada más de aquello hasta que volví a abrir los ojos.

Debió pasar bastante tiempo. Todo había parado. Estaba otra vez en mi celda, luego deduje que había debido perder el conocimiento. No me atrevía a moverme. Estaba bien así. Parecía que mi cuerpo estaba descansado. Me daba miedo intentar moverme por si descubría que tenía algo roto, paralizado. Tenía que motivarme. En peores condiciones he acabado en el gimnasio alguna vez. «Solo son agujetas», me decía a mí mismo. Mi tendencia a restar importancia a los hechos comenzaba a apoderarse de mi lógica. Quería decir a mis compañeros de celda algo para romper el hielo. Me estaban mirando y sé que se estaban compadeciendo de mí. Tenía que decir algo. No soporto la compasión.

—¿Todo bien, muchachos? —Sentí que con esa frase volvía a resurgir de entre mis restos. ¡Bendito humor! Que no me abandone nunca.

Los rumanos empezaron a aplaudirme. Uno de ellos se acercó a mi lado.

—Eres un valiente. Gilipollas... —pronunció con dificultad—. Pero un valiente —me dijo.

El drogadicto gritaba:

—¡Viva la República! Rojos como tú es lo que necesitamos.

No iba a quitarle la ilusión. Rojo. Sí, daba el color; sobre todo después de la paliza. Se levantó como si buscara un asa donde asirse en el aire y me hizo un guiño como si me fuera a desvelar el secreto para salir de allí para siempre. Entonces se sacó un mechero del culo. Así, sin pensarlo. Luego, con los mismos dedos que había

utilizado para su prospección, rebuscó en su bolsillo mugriento hasta sacar un cigarro que me colocó en mi boca sujetándome la mandíbula con su mano desvirgadora de traseros.

—Te lo has ganado, monstruo —me dijo, y me lo encendió.

No olía mal. El tabaco es lo que tiene: peor que el tabaco no puede oler nada. Di una calada y no pude reprimir la tos, pero me sentó bien. Me hizo sentir que había acabado algo importante. Me había jurado no volver a fumar, pero también me juré no volver al lado de Utopía la primera vez que me atropelló con el coche y no había cumplido mi palabra. Sí, ya sé que he dicho que nunca hemos llegado a los malos tratos, pero es que para mí eso no cuenta. Algunos lo llaman el síndrome del maltratado; yo lo llamo empatizar con la persona que ha perdido la cabeza. Ella no estaba en sí. Yo me iba de su casa por decimoctava vez para siempre con mi viejo aunque robusto Volkswagen y, de repente, un coche rojo me intentó sacar de la carretera. Era ella. No me asusté demasiado. Pisé el acelerador pensando que la potencia de mi motor no se dejaría alcanzar, pero había demasiado tráfico y me invadió el sentido común —me pasa poco, pero si sé que voy a hacer daño a terceros, me lo planteo—, así que aparqué en un solar. Ella paró unos metros más atrás y comenzó a acelerar con el embrague apretado haciendo rugir su motor de gasolina. Yo pensé que solo quería acojonarme, pero su coche empezó a avanzar hacia el mío dando toda la impresión de que su objetivo era colisionarlos. Los dos perderíamos si lo hacía, pero eso a ella le daba igual. Le da igual perder si te arrastra a ti en su mala jugada. Mujeres kamikaze, peores que la heroína. Salí disparado y no tuve mayor ocurrencia que plantarme entre los dos vehículos. Podía haberme partido las piernas perfectamente, pero se detuvo a un metro de la mutilación y me gritó que me quitara. Yo confiaba en su sentido común. Mal hecho. Aceleró despacio y comenzó a estrujarme las rodillas entre los parachoques de su Coupé y mi Volkswagen. Yo empecé a gritar cuando por fin sentí un calambre que me recorrió desde las rodillas hasta la rabadilla. Ella se detuvo, salió llorando e implorándome perdón. Yo cojeaba en estado de *shock* hacia un banco para sentarme y comprender toda aquella situación. Tropezó y cayó al suelo como un saco de cemento. Iba hasta las cejas de tranquilizantes. No la recogí. La dejé ahí llorando. Fui hasta mi coche y enfilé rumbo a mi casa. Todos los días me arrepiento de no haberla recogido de aquella acera solitaria y habérmela llevado a casa. Ningún ser humano se merece ser abandonado en ese estado.

Sé que no está bien visto hablar de las buenas propiedades del tabaco; al menos no en los tiempos que corren. Pero no podemos dejar de ser sinceros solo porque la verdad sea insana —eso ya lo practican las religiones y dictaduras varias—, así que me veo obligado a decir que el tabaco te acerca más a tus voces interiores. Por eso, mientras consumía la nicotina que me había ofrecido mi drogado compañero de

celda, empecé a escuchar la voz en *off* de mi cobardía. Me decía que estaba decepcionada. No se esperaba semejante imprudencia por mi parte. «¡Querer pegar a un policía en la comisaría! ¡Qué falta de criterio!», me decía. Intentaba meterme miedo por lo que había hecho. Me hablaba de todas las represalias que se tomarían contra mí. De lo jodido y cuesta arriba que se iba a poner el juicio de por la mañana. Luego, por primera vez en mi vida, escuché con claridad la voz de mi conciencia. Me susurró que estaba orgullosa de mí. «No me criaron para que me pisotearan», me decía, acariciándome las heridas.

«Sé que no he hecho sino complicarme la vida, pero es cierto que mi espíritu parece haberse quedado en calma», le dije.

«Claro —me respondió—, porque has hecho lo que deseabas hacer. Eso siempre conforta».

Me gusta cómo me habló mi conciencia. Tenía que haberle prestado atención más a menudo. No la recordaba tan cómplice y tan sabia.

«Es que soy tu nueva conciencia», me dijo.

«¡Coño! ¿Qué ha pasado con la otra?».

«Ha pedido el traslado por estrés», me contestó riéndose.

«Pues que sepa que no le guardo rencor. La entiendo».

Comencé a rezar a la Virgen. Nunca he sabido a cuál hay que rezar según te pase qué, por eso utilizo el genérico. Virgen. «¿Qué demonios está pasando? —le pregunté—. ¿Va a abandonarme ahora la suerte?». Y escuché una voz de mujer que me respondió: «No sufras, hijo mío, acabamos de mandar un ángel en tu ayuda». Luego escuché algo que no pude identificar bien si era una risa o un llanto. No pude contener más las lágrimas y comencé a llorar. Gracias a Dios sé hacerlo en silencio. Me dolía todo el cuerpo, pero más aún la rabia que no había podido sacar. Cerré los ojos y me concentré en escuchar el delicado llanto de Utopía.

Ha sido la única persona que ha conectado conmigo, y supongo que será la única que lo hará siempre. Lástima que no sepamos manejarlo. Me queda tanto por aprender de mí...

Capítulo XI

LOS HIJOS DE LA OTRA REALIDAD, EL PRIMER ORGASMO Y UNA INNATA TENDENCIA AL HUMOR

¡Claro que me acuerdo de mi primera vez!
Necesitaba aprobar gimnasia o mis padres
me castigarían todo el verano sin ir a la piscina.
Ahora soy socorrista titulado.

Yo no había pegado a ningún policía, salvo que se considere pegar a golpear con los abdominales, el cuello y la cabeza los empujones y los puños de los demás; por eso no creía que lo pudieran utilizar para el juicio en mi contra. Seguro que ellos tampoco querían problemas. Nadie busca las complicaciones cuando tiene un trabajo seguro. La gente que busca seguridad en lo laboral la busca en todo. Es posible que hasta me amenazaran para que no contara nada, pensaba en mis adentros para consolarme — esto lo aprendí en una serie de televisión cuando era pequeño; la serie se llamaba *Los problemas crecen*, y me dejó claro en uno de los episodios que al matón del colegio también le preocupan los golpes—. Solo debemos tener miedo cuando nos enfrentamos a alguien que ha perdido la cordura: a un suicida, a un kamikaze... A una Utopía... Ahí sí que llevas las de perder. Hagas lo que hagas, ella siempre hará más.

De alguna forma, y sin tener muy claro el porqué, me siento profundamente atraído por estas personalidades. Los sin-razón. Los hijos de la locura y la desazón emocional. Los parias de la lógica y la racionalización. Los sin-límite. Tal vez esté más cerca de ellos de lo que pienso. No es que los busque; más bien son ellos los que me encuentran. La atracción es mutua; sin embargo, a mí me falta superar la vergüenza para ser el que da el primer paso y entablar una relación.

Ha sido así siempre. No recuerdo muy bien por qué, pero de pequeño mi familia iba siempre en Navidad a lo que se llamaba sanatorio psiquiátrico de la ciudad donde nació. No sé si íbamos a ver a algún inquilino de aquella fortaleza inexpugnable a las normas sociales, o es que mis padres conocían a alguna de las monjas que trabajaban allí ayudando a sobrellevar el castigo con el que nuestro mundo civilizado premiaba a los que el destino había lavado su tique de ida en la lavadora junto a sus vaqueros. Recuerdo que en aquel lugar —supongo que anticipándose a los Reyes Magos— había una mesa inmensa llena de juguetes de infinitos colores, aunque el único color que destacaba de todo aquello en mi memoria es el rojo. Aquel coche teledirigido que nunca llegué a tener; Werner Mach 1, creo que se llamaba. Era mi sueño. Todos los años lo pedía para Reyes, y todos los años me dejaban juegos educativos y golosinas. Más adelante las golosinas se convirtieron en chicles sin azúcar y los juegos educativos en ropa; y más adelante, en dinero. Dinero para la universidad, decían.

Que al final no pude ir a la universidad todo lo que mis padres hubieran querido. No por falta de notas ni por falta de dinero; si hasta me matriculé, pero no podía ir. Cada vez que me acercaba a la facultad mi cabeza me daba mil razones diferentes para no entrar. No es que mi testa me ofreciera alternativas, ni siquiera eso. Simplemente me daba argumentos para alejarme de lo que hoy sigo sin tolerar: que me enseñen algo que yo no quiero aprender.

Me matriculé en Económicas. Todo un acierto (ironía): un tipo como yo, que se pasó el bachillerato escribiendo poesía y caminando por las montañas que circundaban mi instituto, intentando convencerse de querer aprenderlo todo sobre el mundo de las finanzas. Ni siquiera sé manejarme con el dinero. Soy demasiado tímido para pedirlo y demasiado confiado para retenerlo. No es que vaya dándolo por ahí, pero no tengo criterio para establecer el verdadero valor de las cosas. Podrían venderme una barra de pan por diez euros y yo los pagaría. Supongo que eso me acerca, como dije, más a ser un inquilino de un sanatorio psiquiátrico que de una facultad llena de camisas a rayas, pelos engominados y ambiciones de dominar el mundo.

Una de esas Navidades, cuando caminaba por los pasillos alicatados de gris y verde pálido enfermedad de aquel manicomio de varias plantas, subiendo unas escaleras que desafiaban a mi curiosidad, tropecé con un muchacho de pelo rapado y babi de rayas —¡mira, como las camisas de los que estudiaban en mi facultad!—. ¿Se acuerdan de aquellos babis? Se abrochaban por detrás, como las camisas de fuerza, y tenían el cuello redondeado. Eran baberos que te hacían dependiente de otras manos para poder abrochártelo. Yo en párvulos tuve uno de esos; con mi nombre bordado a modo de insignia en mi pecho derecho. La mayoría de las veces pasaba las primeras horas de clase con la espalda desabrochada. Mi timidez, mi eterna compañera de viaje, me impedía pedir ayuda para que metieran los botones en sus ojales respectivos.

Hoy en día seguro que la profesora estaría al tanto de esas cosas, pero en aquellos tiempos lo único que sucedía es que me quedaba sin recreo por desaliñado y recibías cuatro empujones de la profesora mientras te aseaba y te dejaba envasado dentro de aquella camisa de fuerza talla S... Que tú te planteabas, aun siendo tan pequeño, si te odiaba por tener colita; si aquella institutriz surgida de la pluma del marqués de Sade se había enterado de que hacía unas semanas, detrás de la fachada principal del edificio, en ese lugar del patio donde jamás daba el sol, donde su eterna orientación al norte bendecía los rincones gotelados de la pared desconchada con brotes de musgo y manchas de humedad color óxido, un grupo de niñas con mocos colgando y trenzas indias te habían bajado los pantalones para satisfacer su curiosidad sexual. Aunque para mí que más que interés por la anatomía había algo de morbo en todo aquello, porque a raíz del incidente no dejaron de faltarme notas de amor pueril en mi pequeña

cartera de plástico duro y con aquel dibujo del tren a Kansas City.

Es curioso: hoy me muero de ganas porque un grupo de mujeres, todas a la vez, sientan curiosidad por mi anatomía, cuando en aquel entonces lo único que sentí fueron las lágrimas calientes que se deslizaban por mis mejillas sucias de Nocilla y de polvo de patio de recreo, y muchas cosquillas por los bajos. Y mientras todo eso ocurría, yo no dejaba de suplicarles que por favor me dejaran en paz. Ya ven, no basta con que las cosas buenas te sucedan para disfrutarlas: tienen que suceder en el momento oportuno. Se podría decir que me violaron, y nadie hizo nada al respecto. Es lo malo de haber sido un solitario en el jardín de infancia. Fui un paria de los que caminaban de un lado a otro de las vallas que limitaban las posibilidades de fuga, y eso te deja indefenso a cualquier maldad que se les pueda ocurrir a tus compañeros. No es que fuera un cobarde, es que siempre estuve en minoría numérica, con lo que aceptaba mi destino.

El niño pelado y con babi con el que tropecé en las escaleras del sanatorio me acorraló despacio en un rincón de uno de los rellanos y comenzó a preguntarme si era una chica... Pero no se estaba metiendo conmigo, era normal su confusión. Yo llevaba el pelo largo a lo paje —así me peinaba mi madre, y así dejé de hacerlo en cuanto tuve capacidad para rebelarme contra ella y sus ideas de la estética—, y el chico me acercaba el dedo como queriendo tocarme la cara —casi como si fuera a meterlo en una tarta de merengue—, y no dejaba de repetir: «¿Chica? ¿Chica?». Yo le contestaba que no, que era un chico con el pelo largo. Yo tenía algo de miedo, pero a la vez me admiraba la mirada del muchacho y su voz.

Para mí lo más increíble de la gente que pierde la razón es su voz. Suelen ser voces con una pronunciación especial, voces únicas y sensuales que contienen algo importante que decir, pero no hallan el camino para concretarlo. La mayoría no hablan, hacen discursos. Y eso me embelesa. He llegado a desviar rutas de mis paseos habituales para tropezar con locos que sabía que estarían en alguna esquina advirtiéndonos del fin del mundo o de que todos llevamos un chip en la polla que manipulan desde Nueva York.

Por aquel entonces yo tendría seis años y poca experiencia en interactuar con algo que no fuera un juguete educativo, así que hice lo único que se me ocurrió para salir de aquel casi secuestro: llorar. Llorar para transmitir a mi opresor que aquella situación me resultaba incómoda. Hoy sé que la mayoría de las personas respondemos antes a las respuestas emocionales físicas que a las palabras; obviamente, en tales circunstancias fue simplemente instinto. El muchacho comenzó a llorar también y me cogió del hombro como si de un compañero de borrachera se tratase. Estuvimos llorando como cinco minutos hasta que por las escaleras bajó una monja vestida de azul, como la canción, pero esta no llevaba camisita ni canesú. Habló con ternura al pelado y lo separó, invitándole a que fuera al comedor a degustar el flan de huevo que

ese día tocaba de postre. El muchacho cortó sus lágrimas como si estuviera programado para hacerlo a esa hora y se fue despidiéndose. «Adiós, chica, adiós...», me decía el desinformado mientras subía las escaleras al comedor, mirándome. Parecía que las tuviera perfectamente dibujadas en su memoria espacial. De haberlo hecho yo, seguramente habría terminado rodando escalera abajo. La monja me sujetó por los hombros para calmarme. Yo dejé de llorar y me abracé a ella como si la conociera de toda la vida; como si fuera la madre que en ese momento necesitaba, no mi madre la de siempre. Ella me hubiera dicho que qué hacía enredando, que eso me pasaba por escaparme de sus faldas. La monja, sin embargo, no. Ella se limitó a decirme que Jesús nos hacía diferentes, pero que eso no era malo. Que ese chico solo quería jugar conmigo. Luego, vio que mi llanto se reprodujo y se convirtió en algo más histérico —me imagino que ya no lloraba por lo del niño, sino por cualquier cosa del pasado, por lo de las niñas y el patio sombrío, o por los golpes de algún matón, o por no recibir mi coche teledirigido en ninguna de mis Navidades pasadas—. El calor que me proporcionaba aquella comprensión en forma de monja desató mi dolor acumulado de una manera compulsiva. Cuando ella vio que mi respiración se entrecortaba, que me ahogaba en mi propio llanto, vamos, que hacía pucheros, como se dice coloquialmente, me arreó una bofetada que me devolvió otra vez a la realidad. Nada como el dolor presente para olvidar el dolor pasado.

—No seas llorica —me dijo en voz alta y resquebrajada, pero sin gritar.

—Pero monja... —le dije—. ¿A qué viene este bofetón? Usted estaba haciéndolo bien.

—Pero tú no, así que he tenido que cambiar de táctica.

Está claro que este diálogo me lo he debido de inventar con el tiempo. Con esa edad dudo que le dijera eso. La mente humana tiene estas cosas. Termina distorsionando los recuerdos para que no nos atrapen para siempre y podamos seguir avanzando. Tampoco tengo muy claro si hay que avanzar o simplemente no quedarse quieto, que digan lo que digan no es lo mismo.

Cuando dejamos el mausoleo al desorden mental y llegamos a casa, fui corriendo al sofá donde mi abuela medio dormitaba y tejía mecánicamente un jersey de lana con un mamífero cornudo en el pecho. (¡Hay que ver qué habilidad tienen algunos para hacer algo mientras su mirada está ausente o dedicada a otros quehaceres!).

—Abuela —le dije saltando a su vera y apoyando mi cabeza bien peinada en su hombro izquierdo—. Me han pegado.

—Hijo, no des esos empujones, que me puedo clavar la aguja en un ojo.

—Me ha pegado una monja y todavía no sé por qué... —continuó.

—Las monjas no pegan, niño.

—Eso no es cierto. Tú misma me has contado que las monjas te pegaban cuando eras pequeña.

—¿Te estabas tocando la colita?

—No, abuela, no estaba haciendo pis.

—Se puede tocar uno la colita y no hacer pis.

Entonces no le encontré mucho sentido a esa frase. Descubrí que mi pene servía para algo más que para mear casi a los trece años. Bueno, yo no, me lo descubrió una amiga que tenía a la que llamaremos Fátima, por aquello de no revelar nombres. No fue mi primera vez..., me refiero a la primera vez que hice el amor..., pero sí mi primer orgasmo. Recuerdo que estábamos jugando en el parque a unas cartas que había sobre la selección española de fútbol y el mundial que se celebró por estos lares, y mientras ella barajaba con esas manos agrietadas y reseca por falta de hidratación, le conté lo que las niñas me habían hecho cuando estaba en párvulos.

—Podrían haberte provocado un *tucardio* —me dijo mirándome a los ojos fijamente como si me estuviera contando una de fantasmas.

—¿Qué es eso de un *tucardio*?

No lo había escuchado en mi vida. Claro que con trece años que debía tener yo te falta mucho vocabulario que escuchar, pero siempre, sea cual sea la edad que tengamos, consideramos que si una palabra nos suena nueva puede que la persona que nos la está diciendo se la esté inventando.

—Es una especie de grano que si no se detecta a tiempo puede hacer que no te crezca la pichina.

Ahora, desde el juicio que me ha dado la experiencia, veo que esta muchacha era increíblemente inteligente para su edad. Ya tan niña sabía que si quieres captar la atención absoluta de un hombre solo tienes que mencionar las palabras *pene* y *tamaño* y, por alguna razón del cerebro reptiliano, nuestra capacidad de atención se incrementa en más de un doscientos por ciento.

—Yo no me he visto nada.

—Porque tú no puedes acceder a verlo todo. Déjame ver a mí.

—¿Qué? ¿Pretendes que me baje los pantalones y mis calzoncillos para que me mires ahí?

—Oye, rico, que lo hago por ti. A mí ni me va ni me viene. —Psicología inversa llaman hoy en día a esto. Obviamente, entonces no sabía ni lo que era la psicología.

Nos fuimos detrás de unos rosales que había debajo de un barranco y, mientras miraba hacia el cielo, me deslicé todo hacia abajo. Ella comenzó a manosearme y, como era de esperar, mi querido pito se sintió halagado ante el tacto tosco y rugoso de aquellas manos inexpertas. Pasados quince segundos, tuve mi primer orgasmo y ella su primer pringue —me gusta pensar que fue su primero—, del que tuvo que limpiarse con unas hojas secas de castaño borde.

—Perdona, no sé lo que me ha pasado —le contesté aliviado, pero con una carga de vergüenza sobre mis hombros que todavía hoy me pesa.

—Que te he reventado el *tucardio*.

—¿Sí? ¿Entonces me crecerá?

—Eso espero. Mi madre dice que estas cosas deben ser grandes para que los niños nazcan sin problemas.

Gracias a esa anécdota pasé de ser un don nadie ninguneado a ganarme el respeto y la admiración de todos mis compañeros de clase. Fue un día mientras dábamos el aparato reproductor masculino. La profesora dejó paso al turno de preguntas. Todos sentíamos vergüenza de manifestar nuestras inseguridades en público, así que yo sentí que era un buen momento para lavar mi imagen y ganarme el respeto de aquellos adolescentes hostiles. No sé cómo lo logré; supongo que en la lucha entre mi ego y mi timidez ganó el primero. Levanté mi mano y le pedí a la profesora que nos informara acerca del *tucardio*. La profesora me tomó por el gracioso de turno y tras mandarme al despacho del director evitó, el resto del año, preguntarme sobre nada para no darme la oportunidad de soltar mi gracia y provocar la consiguiente revolución del resto de alumnos. El director, pese a imponerme un castigo de mil pares de narices, no pudo contener una sonrisilla cuando le conté el porqué de mi confusión, y desde aquel día comenzó a saludarme por los pasillos por mi nombre y primer apellido. Mis padres me dejaron claro que nunca se sentirían cómodos hablando de sexo conmigo, con lo que me ahorré desde ese momento muchas charlas innecesarias. Y lo más importante: hice reír a un público difícil, mis compañeros de clase. Los humoristas, pese a que pueda parecer lo contrario, siempre se ganan el respeto de la gente; creo que es porque todos temen su capacidad para ridiculizar cualquier situación, a cualquier persona. Así que comencé a pensar que quizá tenía cierto ingenio para el humor.

Y no me equivoqué. Muchas mujeres se ríen de mí.

Capítulo XII

RENDIRSE PARA LOGRAR TU PAZ Y UNOS CUERNOS GRATUITOS

¡POR FAVOR! No te enfrentes al poder si no hay nada en lo que lo vayas a mejorar.

Una de las cosas que más me ha jodido de estar detenido ha sido tener que depender de otros para cumplir con mis necesidades más básicas. Llegada la hora en la que tenía que ir al baño, y haciendo alarde de una de las condiciones del ser humano por excelencia, la de anticiparse y ponerse en lo peor, empecé a pensar que pasarían de venir a sacarme para poder hacerlo. Que se reirían pensando que terminaría meándome encima. Así que decidí que era un buen momento para utilizar la psicología inversa —aquí sí, aquí ya sabía manejarme con ella—. Aunque no era fácil aplicarla. No se me ocurría cómo. No tenía mucho sentido decirles que no quería ir al baño. No creo que me hubieran obligado. No, indudablemente no era buena idea. No tenía más remedio que esperar a que a otro inquilino de aquella cuadra le entraran ganas. Había observado que cuando lo pedían más de uno a la vez, se movilizaban.

De repente, sin más grité el nombre de Utopía. No supe por qué; ni siquiera la tenía en mente en ese momento. No me contestó. Volví a pronunciarlo con un poco más de volumen. Debía de haberse quedado dormida. Lo dije con cierto miedo a molestar a los demás por tercera vez y entonces alguien, con una voz entre rota y cansada, me pidió amablemente con un grito que incluía la expresión «tonto del culo» que me callara.

La gente quiere silencio si no vas a hablar de sus asuntos. Cuando no les resulta útil lo que tienes que decirles o simplemente no soportan tu timbre de voz, no quieren escucharte. Me pregunto: «¿Para qué? ¿Para qué allí preferían el silencio a cualquier voz?». Sobraba el tiempo para dormir, ¿qué más daba que te interrumpieran el sueño? No tenías otra cosa que hacer que volver a conciliarlo. Es como cuando haces viajes largos en avión: solo hay que beber mucho y dormir todo lo que puedas, o de lo contrario el viaje se te hará insoportable... A no ser que viajes con buena compañía. Y que a tu buena compañía no le importe soportarte borracho. Que yo no tengo mal beber. Sí que es un poquitín escandaloso, pero a mí me da que es divertido. Una vez me filmé mientras me bebía una botella de vino con una chica. Sí es cierto que la expresión de la cara se te va desencajando, y que cuando ves el vídeo muchas de las cosas que dices dejan de ser interesantes. El truco consiste en ver el vídeo mientras te tomas otra botella de vino, claro. Mucha gente ha dejado de salir de fiesta conmigo. Dicen que llega un punto en el que me pongo muy pesado, y no por exaltación de la amistad ni nada de eso. Por lo visto me invade una sensación única, algo así como que convergen en mí todos los hilos del universo y me doy cuenta de lo afortunados

que somos por estar vivos y poder contar los unos con los otros. Pero ya ven la paradoja: ahí ellos dejan de contar conmigo.

Un tanto molesto y ridículo por el insulto del tío al que le jodí el sueño, por fin vi pasar a un policía delante de mi celda.

—Disculpe, tengo que ir al baño.

—Ya lo llevaremos.

—Llevo rato aguantándome. Aquí dentro deberían poner un meadero.

Se detuvo. Nada como la provocación para captar al público.

—Luego lo escribes y lo dejas en el buzón de sugerencias del McDonald's que hay en la esquina.

Era un tío ingenioso. Tanto como su barriga y su alopecia coronaria.

—No, en serio, tengo problemas de vejiga y no me conviene aguantar demasiado. —Este tipo de mentiras me vienen así, sin más. Pero mola, ¿no? Es como si mi subconsciente cuidara de mí.

—Hace un rato que has salido, haber aprovechado entonces.

—Estaba ocupado recibiendo golpes.

Se me acercó como si fuera a hacerme una gran confidencia.

—Mira, lo tienes bastante jodido. La has liado parda. Te van a denunciar por agresión a la autoridad.

—¿A mí? ¿A quién he agredido yo?

—Uno de los policías probablemente tenga un esguince en la mano.

—Porque no sabe pegar. ¿Qué culpa tengo yo?

—Por lo que sea, pero me da que tú no te vas de rositas de aquí.

—Por la mañana tengo un juicio.

—Sí, pero ya veremos si no vas directito a la cárcel hasta que salga el otro.

¿Se estaba preocupando por mí? ¿O me estaba intimidando para que se me fueran las ganas de ir a mear? Porque desde luego provocó el efecto contrario.

«Bueno —me dije—, has de mostrar tranquilidad. Que no note que me acaba de entrar el pánico».

—Al margen de todo esto..., déjeme mear.

—Ahora vendremos a por ti.

Me di cuenta de que necesitaba hablar con Rebeca. No podían hacerme eso. ¡Denunciarme ellos a mí! Obviamente le tendría que contar que me dieron la paliza porque sí y no porque intenté ligar con la niña del comisario, y desde luego no le podía contar que volví a por más. No sé si está bien engañar a tu abogada o no. Tampoco sería engañarla. Yo volví a por el imbécil que me dio la bofetada porque quería aclarar el malentendido con él; otra cosa fue la forma que escogí para hacerlo, pero sí que quería aclararlo.

—¡Jefe! —le dije al poli mientras repartía galletas a un preso de la celda de

enfrente.

—¿Qué pasa ahora?

—Tengo que hablar con el comisario. Le interesará lo que voy a contarle.

—Vale.

—Lo digo en serio. —Tenía que hacer que resultara muy creíble que tenía un as en la manga.

Se fue. Si conseguía hablar con el gilipollas tipo duro, seguro que llegaba a un acuerdo. El rumano me miraba con cara de pena. Creo que sabía que iba a intentar algo. Me sonrió con complicidad y me dijo:

—¿Vas a por otra?

—No, no... ¡Quieren denunciarme! —le gritaba como si fuera sordo en lugar de extranjero. «Tengo que conseguir que no lo hagan». Incluso me perjudicaría de cara al juicio con Utopía. La creerían a ella. Me considerarían violento. Por fin, a los pocos minutos vinieron a abrirme.

—Sal.

Les acompañé al que ya comenzaba a ser como mi despacho. La poli buenorra aunque hija de puta apoyaba su culo enfundado en sus vaqueros azules en una de las mesas, y el tonto del culo que me había causado todos los problemas estaba sentado en su silla con un cigarro encendido, para variar. A la vista tenían sus dos armas reglamentarias. Tragué saliva. Como siempre, no llevaba nada preparado. La prueba irrefutable de que la improvisación es la mejor aliada de una batalla la obtuve jugando al ajedrez. Siempre que tengo un plan trazado de antemano, mi oponente hace una jugada que no espero y se me desmenuza todo. Nunca he ganado una partida de ajedrez. Tampoco me gusta demasiado el jueguecito, con lo que me da igual perder que ganar, pero es cierto que no haber ganado nunca no dice mucho a favor de mi inteligencia.

—Quisiera aclarar lo que ha pasado —dije.

Apelé a que el imbécil este no fuera violento por puro sadismo, sino que simplemente fuera un enfermo de celos.

—¿Y qué ha pasado? —preguntó el Otelo.

—Eso es. No ha pasado nada. Creo que ganamos los dos fingiendo que no ha pasado nada de nada.

—Has roto la mano a un policía —dijo la mujer.

¿Ahora iban a jugar a lo de poli bueno y poli malo?

—Es solo un esguince. Podrá coger la baja —respondí como si fuera algo sin importancia.

—¿Crees que a los policías nos gusta coger la baja? ¿Que no nos gusta trabajar? —replicó haciéndose la indignada y buscando recrearse con mi incomodidad.

Ese era otro de esos momentos en los que uno no debe decir lo que piensa. Uno

de esos momentos para no hacer caso a las voces de tu cabeza, porque obviamente te han bendecido con el comentario ingenioso y descalificador. Y tú sabes que no es momento de ingenios, sino de aportar frases que resuelvan tu problema, pero aun así se apodera de ti lo que eres en realidad y la cagas diciendo:

—La expresión «eres más vago que la chaqueta de un guardia» ¿no le dice nada?
—Y ya lo has dicho. ¿Contento? Acabas de mandar todo a la mierda.

Otra vez se levantó el tarugo ese. Mientras lo veía acercarse, le pedía a mi cabeza encarecidamente que aportara una solución ya mismo.

—No me pegue más. Ya no me dolería. Acabemos con esto —solté de carrerilla.

Y se detuvo. Sin duda alguna iba por buen camino.

—Yo no soy mal tío. Simplemente tengo cierta tendencia a meterme en líos, pero no quiero el mal para nadie. Si pudiéramos resolver esto como personas civilizadas...
Silencio.

—No me denuncien, hombre. No volverán a verme por aquí. Ni siquiera estoy porque haya hecho algo.

Mis palabras parecieron llegar al nicotinizado corazón del tipo. Ella terminó por sentarse. Eso en lenguaje corporal quería decir que estaba dejando de estar a la defensiva..., bueno, al menos eso pensé yo.

—No se puede ir de listo por la vida, chaval.

¿Por qué me llamaba chaval? Debíamos tener más o menos la misma edad. Pero me agradó que lo hiciera. Eso implicaba que me consideraba inmaduro. A partir de ahí me regalaría un poco de sabiduría de segunda y eso significaría que estaría empezando a empatizar conmigo. A los hombres nos cuesta empatizar, pero cuando lo hacemos somos tiernos como el pan de molde.

—Tu amiga y tú ¿os habéis pegado o no?

Se refería a Utopía. Bien. La cosa iba mejor de lo que esperaba.

—Ella tiene problemas. No nos pegamos, es que pierde el control.

—¿Y tú la calmas a base de hostias? —me preguntó la mala mujer que copulaba con el sargento de hierro.

—Para nada. Yo aguanto el temporal. Los golpes que recibió son consecuencia de evitar los suyos. No es mala tía. Al contrario.

—¿Y por qué aguantas? —me preguntó él.

Sabía que si lo explicaba pasaría lo de siempre. Mi manera de amar no la entiende el ser humano de a pie. La sociedad nos ha enseñado a querer lo que nos hace papel, lo que nos es de provecho en el mundo material. No basta con que tu pareja te llene el alma: tiene que llenarte también una cuenta corriente a final de mes, o el estómago, o tus *hobbies*, o que tenga respuestas a tus preguntas. Pero si tu amor es simplemente un instinto que te hace quererla aun cuando no te aporte nada más que calma dos días al mes simplemente por estar a su lado, entonces eres un descerebrado encoñado. No

se entiende que un momento, un instante, sean suficientes para resistir cien días de dolor. Sobrevivir: esa es la bandera de Occidente. Tengamos un término medio y estaremos tranquilos. La virtud está en el término medio, decía Aristóteles; seamos personas prudentes. Pero la virtud, también decía el pensador, es buscar la perfección, la verdad, querer saber, y desde mi punto de vista, el hambre y el equilibrio son incompatibles. Pretender aprender lleva a tropezar, y tropezar te hace perder el equilibrio.

—Aguanto porque la quiero —contesté después de todo mi razonamiento filosófico interior—. Porque querer implica tener esperanza en que la persona de enfrente usará el amor que recibe para desterrar cualquier intento de hacerte daño.

Y les dejé con la boca abierta.

—No dudo que tu chica llegue a aprender eso algún día. De momento, te toca sufrir. Se ha zumbado a un compañero en los baños hace un cuarto de hora.

Y ahí fui yo el que pasó a parecer un pez muerto.

—No me lo creo —balbuceé.

Miré a la cara de la chica. Las caras de las mujeres nunca mienten en estos casos, las vence la piedad ante el desamor. ¡Mierda! ¡Era verdad! Utopía se había follado a un tío en pleno presidio. ¡Y encima un madero!

—Mira —continuó diciéndome el tipo mientras se encendía otro cigarro—. No vamos a denunciarte. Lógicamente tú tampoco dirás nada. Diremos que te has liado a mamporros con la gentuza de tu celda. Bastante escarmiento tienes ya con tu princesa.

Escarmiento no, escarnio. Esta lo había hecho para provocar. Como siempre.

—¿Puedo hablar con ella?

—Espera a que se suba las bragas, ¿no te parece?

¡Joder, joder, joder! No, no podía ser cierto. ¿Por qué habría de hacerlo? Sí, vale, ¡por joder, por llamar mi atención! Pero no era ni el momento ni el lugar. Aunque, bien pensado, me venía bien para que esta gente dejara de tocarme los cojones, así que me dije que de alguna forma debería estarle agradecido. Además, mis intenciones de no volver con ella se vieron reforzadas. Habíamos roto. Una amiga me advirtió —una de las tantas ocasiones en las que Utopía me torturaba compartiendo conmigo sus intenciones de follarse al portero de la discoteca— que no me preocupara tanto, que había follado antes de conocerme, que lo haría conociéndome y que cuando rompiéramos, seguiría haciéndolo. Y tenía razón. ¿Por qué me escocía tanto entonces?

Es mi talón de Aquiles en cualquier relación: el hecho de que otras manos toquen la piel que considero mía me destruye completamente. Y no tengo ningún sentido de la propiedad. Me molesta la prepotencia del ladrón, pero no el hurto en sí mismo. Nunca me ha dolido que me robaran los juguetes, ni que me quitaran el bocadillo los

matones, ni aquel balón —la venganza fue por puro ego, por ganarme su respeto, pero me importaba tres pimientos el balón—; incluso me robaron el coche una vez y me dio igual. Vale que me jodiera bastante hacer cola en la comisaría por culpa de esos hijos de puta, pero nada más. Ahora bien, si alguien se lía con mi pareja, siento que un terremoto se abre paso a través de mi esqueleto y me derrumbo como la casa de los dos primeros cerditos.

—No, no puedes hablar con ella. No quiero más líos esta noche. Os quedan unas horas para que os lleven a los juzgados y las vamos a pasar tranquilos, ¿de acuerdo? —dijo por fin de manera racional el comisario.

—Bueno, sí, mejor así —respondí resignado.

De vuelta a mi celda me acompañaba la poli otra vez. La historia era la misma de antes; en cambio, las sensaciones habían cambiado. Esta vez la sentía cómplice de mi suerte.

—Me ha gustado lo que has dicho ahí dentro del amor. ¿Piensas de verdad así? —me preguntó en voz melosa.

—Es lo que siento. Para bien o para mal.

—Toma.

Me deslizó un papel en el bolsillo donde llevaba los mil euros. Casi se me bajan los pantalones. Sacó un momento el fajo de billetes, y con su mirada extrañada de ver tanto dinero me dijo algo así como «mira que eres un tipo raro». Entré en la celda. El rumano despierto me sonreía al ver que volvía en el mismo estado en que me marché.

—¿Bien? —me preguntó.

—Bien, sí, gracias.

Cogí el papel que me había dado evitando a toda costa que se viera el fajo de billetes. Me había apuntado su nombre y su teléfono. «Llámame», decía encima de los datos. Me senté en mi esterilla mal llamada colchón por los agentes. Me hubiera fumado bien a gusto otro cigarro, pero el drogadicto dormía y no me apetecía despertarlo —vete a saber si se acordaría de mí—. Yo estaba feliz. Ya no me dolía que Utopía se lo hubiera hecho con el madero. A fin de cuentas, yo también me estaba llevando lo mío de estas instalaciones. Me pregunté si esta tía sería el ángel que me había prometido la Virgen, o si sería Utopía, que se había sacrificado haciéndoselo con el madero en contra de su voluntad en pro de mi beneficio. Miré al techo. (No sé por qué lo hago. Lo hacemos todos, ¿no? Nos han dicho que Dios y la Virgen están ahí arriba. ¿Los que viven en el hemisferio sur mirarán hacia el suelo?).

«Gracias —dije para mis adentros—. Sea quien sea el ángel de las dos, lo está haciendo bien».

—¡Siempre dependiendo de las mujeres!

—¿Abuela?

Era la voz de mi abuela.

—No harás nunca nada útil mientras te encoñes tan pronto.

—Abuela, creí que solo podías hablar desde la tumba.

—Ahí solo está el cuerpo podrido.

—¿Eres tú mi ángel de la guarda?

—Ni ganas. ¡Encima de que me dijiste que valía más la pena ser puta que vivir como vivía yo, y voy a cuidar de ti!

—Bueno, abuela, la sangre tira...

—La sangre circula, hijo, solo circula. Sirve más para desatar que para unir.

—Bueno, también sirve para hacer transfusiones.

—No sé si estarán buenas esas infusiones...

—Parece que tu tendencia a la sordera no era física, sino espiritual.

—... Para morcillas y embutidos, sí. Una vez probé una morcilla hecha de sangre humana...

—¡No jodas!

—Fue en la guerra, hijo. Aprovechábamos todo.

—¿Y estaba buena?

—Igual que las que se hacen con la sangre de los cerdos.

—Abuela, ¿de verdad que no te acuerdas por qué me auguraste que ninguna mujer me querría?

—¿Cuándo te he dicho yo eso?

—Cuando me curabas la herida, abuela, que siempre tengo que recordártelo.

—¿Y está siendo así?

—Sí, abuela, está siendo así. Por eso te lo pregunto.

—No, si tu abuela nunca se equivoca.

—¿Pero por qué lo dijiste?

—¿Y qué más da? Lo que importa es que no terminas de aceptarlo y que al final no has ido a mear.

Tenía razón. ¿Qué importa de dónde surgen los interrogantes? Lo que importan son las respuestas. Hacerse preguntas no es útil; encontrar respuestas sí. Y esto último, en contra de lo que pueda parecer, no depende de lo primero. Cerré los ojos. Me propuse dormir como fuera. Podía aguantar sin ir al baño. Soy bueno en eso. Quedaban pocas horas para que nos llevaran a los juzgados, había dicho mi verdugo y mi redentor adicto al tabaco. El silencio era ahora denso. Nadie roncaba. Ya sabía por qué no me había contestado Utopía cuando la llamé: debía de tener la boca ocupada. «Descansa, amigo —me dije en voz baja—. Debes estar descansado para mañana. Debes cuidarte. Eres lo único que te queda, en realidad».

Y decidí que mi ángel era ella. Utopía. «Sí —me dije asentando mi certeza a la vez que cerraba mis ojos—. Es ella».

—¿¡Javier!?

Era su voz que volvía a la carga; era mi ángel, que volvía para sacarme de todo aquello... O eso era lo que yo decidí creer mientras me parecía escuchar otra vez aquella risa, o llanto, que no conseguía identificar.

Capítulo XIII

EL SENTIMIENTO DE CULPA Y UNA CONFESIÓN INOPORTUNA EN UN LUGAR POCO APROPIADO

«¡Qué fea es la culpa que nadie la quiere!». (Escuchado a mi madre).

—¿¡Javier!?

No contesté.

—¿¡Javier!?

No quería contestar. Qué poco me ha dejado disfrutar de la felicidad que me llega por otros cauces que no sean los suyos. Ha tenido siempre una especie de radar para detectar cuándo soy feliz por cualquier razón ajena a ella. Aunque no estuviéramos cerca, la niña siempre ha sentido cuándo yo era feliz porque sí, y entonces ha tenido que hacer algo para amargarme. Por eso sabía que iba a contarme lo de su polvo traidor, iba a soltarme que se lo había hecho con un gendarme, pero que ya se arrepentía. El golpe y la disculpa. Y cuando se disculpan, ya tienes tú la pelota en tu campo. No perdonar es inhumano, dicen. No cargues con el rencor. Es un sentimiento negativo. Libérate de él a través del perdón. En definitiva, déjate joder, pero no jodas.

—¿Qué pasa, Utopía? Descansa... —Decidí utilizar la técnica de ser buen tío. Igual que cuando mi exesposa me confesó haberme sido infiel. No es que las perdone, pero finjo resignarme, que sé que esto escuece bastante a las conciencias agitadas.

—Javier, tengo que contarte algo.

—Ya me lo contarás fuera, este no es el foro adecuado.

En el fondo sabía de sobra que no me lo iba a contar fuera de esas paredes porque no iba a volver a verla. Lo tenía más que decidido. Tengo claro que a partir de ahora —raro que no haya empezado ya— me bombardeará con *mails* y *sms*, y que hasta me mandará fotos follándose a otros llegado el caso. Sé que hará cualquier cosa para que mi sufrimiento me acompañe toda la vida. No sé por qué razón se empeña en que sufra, en que me enfrente al dolor. Pero ¿por qué habría de hacerlo si yo corro más rápido? No es la única persona que me lo dice. Desde pequeño me han dicho que eludo el dolor con el humor y que eso tarde o temprano me hará daño. Que esta actitud mía no me deja madurar. Pero yo lo tengo claro: si eludir el sufrimiento a través del humor ha de hacer que algún día toda esa miseria me tienda una emboscada en cualquier esquina, en cualquier cama..., lo único que sucederá es que el chiste que se me ocurra llegado el momento sea de mayor ingenio. Será mi macrochiste. El chistazo.

Mi exmujer, Alicia, tampoco aceptaba la culpa, pero utilizaba otros métodos para despistarla.

Del día de mi divorcio no recuerdo mucho —ya les dije que estaba bastante borracho—, pero me viene la imagen de que entramos uno detrás del otro al despacho del juez. Mientras esperábamos, Alicia me preguntó que cómo estaba. Yo agradecí la pregunta. Después de una separación tan hostil, parecía que los nubarrones se disipaban. No le dije que estaba borracho porque eso saltaba a la vista, pero tampoco le dije que estaba bien. Enamorado. Viviendo una segunda juventud en el sexo. No, no se lo dije, porque me convenía hacerme el tristón. Había conseguido un reparto más o menos equitativo de nuestros bienes en común. La abogada que sustituyó a Rebeca manejó bien los hilos. Mi ex se quedaba con todo y yo no era demandado por malos tratos. Por lo visto, esto es lo que intentó contarme Rebeca el día que no la dejé hablar porque Utopía había comenzado a jugar con mi cosita: me había amenazado con denunciarme por maltrato psicológico. Ya ven, esto se usa mucho ahora. Algunas mujeres lo utilizan sin darse cuenta del grave perjuicio que ocasionan a las que de verdad sufren malos tratos. De sobra sé que esto no fue idea de Alicia —ella no era de caer tan bajo—; esto se le ocurrió a su abogada. A Maquiavela. Seguro. Pero desde luego Alicia consintió ante tan deshonesto propósito, con lo que, a mi parecer, algo de culpabilidad debería asumir, así que aproveché la euforia de mi estado y le dije:

—No me ha parecido bien que te hayas inventado que te maltrataba.

—Venga, venga, que te has quedado con lo que más quieres.

Se refería a mi portátil y mi cámara. La cámara de tres mil euros por la que ahora estoy aquí, entre rejas. Debería plantearme seriamente si esa cámara atrae los malos comportamientos en las mujeres que dicen amarme. Un consejo: si están casados, no se compren cosas que duren mucho. Gasten su dinero en ropa, viajes, *spas*, gimnasios, tratamientos de belleza..., es lo que hacía mi exmujer. Todo en lo que se gastaba nuestro dinero era de usar y tirar, de vida útil limitada y, lógicamente, nunca pudo contabilizarse en nuestro divorcio. Sé que suena a comentario malicioso de marido resentido, pero deben creerme cuando les digo que todo ello superaba con creces el coste de mi cámara y mi ordenador.

—Pero admite que has jugado sucio —le rebatí yo en un intento más porque encajara, aunque fuera como homenaje a todas las veces que no lo hizo, su parte de culpa, o de responsabilidad, como dicen ahora los psicólogos, en el asunto.

—¿Y tú qué?

Ya estábamos otra vez enzarzados en nuestra espiral de reproches y balones fuera. Ella no iba a encajar nada. Otra vez jugando a las mismas discusiones, como cuando padecíamos la vida amargamente casados. Cada uno miraba con lupa al otro, nunca hacia nosotros mismos. Sin embargo, en mi caso tenía disculpa, creo yo. Ella era tan guapa... ¿Para qué iba a perder el tiempo mirándome el ombligo? Ni siquiera se sintió culpable cuando me dio con toda la puerta del despacho del juez en la boca. Vale que yo iba borracho y mis reflejos no estaban más que al treinta por ciento de su

capacidad, pero yo sé que la entornó justo a mi paso. Que fue su última acción para desquitarse de lo que, según ella, yo le había hecho. Mis papeles de divorcio quedaron un tanto adornados por mis huellas digitales y mi sangre. Como deberían quedar todos, pienso yo. Un divorcio debería sellarse con sangre para no volver nunca más a incurrir en el delito de matrimonio. Al juez no le hizo mucha gracia aquello, pero como siempre, la expresión de hombre vencido que acompaña mis rasgos le hizo contener su furia.

La psicóloga a la que fuimos Utopía y yo para, según ella, construir una relación fuerte y estable también me decía que asumir la responsabilidad y pasar el luto por cualquier adversidad era necesario para seguir creciendo. Tengo cuarenta y un años y mido uno setenta y ocho. Para mí es más que suficiente. No quiero crecer más. Lo llaman el síndrome de Peter Pan, pero yo me identifico más con el doctor House. Crecer me parece envejecer. Y no me gusta envejecer. Las erecciones van a menos y el tiempo de recuperación entre ellas es más largo. Supongo que por eso me gustan las mujeres jóvenes. Un amigo me dijo una vez que eres tan joven como la persona a la que abrazas. Recuerdo que a la psicóloga le contesté que lo de madurar estaba sobrevalorado. Son solo etiquetas que se ha inventado Occidente para tenernos clasificados en los archivos. Yo quiero ser un crío toda la vida. Solo así me escapo del aburrimiento ese que les comenté. De mí mismo. ¿De verdad la vida tiene algún sentido? ¿De verdad ganar dinero para tener tus vacaciones de verano, tus salidas de fin de semana, tu pantalla plana, tu nevera..., de verdad eso es dar sentido a tu vida? La vida de por sí es un aburrimiento. Ya sé que los zen que ahora están tan de moda dicen que hay que disfrutar tan solo viendo crecer la hierba, pero, sinceramente, hierba hay mucha y da poca conversación. Cabezas como la mía está la mía, y me interesa sobre todas las cosas porque es la que está sujeta a mi cuello precisamente. Mi cabeza es toda mi asignatura pendiente. He de darle todos los estímulos que me demanda para que no se dé cuenta de que todo esto de vivir no sirve para nada. ¡Ojo! No estoy deprimido, ni tiendo al suicidio. Simplemente, vivo el presente. Al límite. Y no puedo hacer nada al respecto. La esperanza no me consuela, el futuro no me sirve de motor, el pasado ni lo tengo en cuenta. Lo pasado, pasado. Solo me queda el más inmediato de los momentos. Por eso intento constantemente que me pasen cosas: para que no haya tiempos muertos, para sentirme vivo a cada segundo. Y pensar así, para casi todos, es ser un inmaduro. Ya inventaron de manera muy inteligente el cuento de la cigarra, pero a mi modo de ver tiene sus fisuras, como todos los cuentos. Solo narran una de las posibilidades. ¿Quién dice que la cigarra no entró en el hormiguero y encandiló con sus canciones y su voz a la hormiga reina? ¿Quién dice que no terminó pasando el invierno abrigadita entre los muslos desnudos del insecto más proletario?

—Me he acostado con un policía hace un momento en los baños.

Y terminó diciéndomelo.

—Eh, tío, tu chica se ha follado a un madero. ¿No te pesa más la cabeza ahora?
—escuché por el pasillo. Algún insomne acababa de encontrar su distracción.

—Eh, capullo, métete en tus asuntos —le dije.

—Niña, estoy en la celda 17. Vente por aquí y pasamos un buen rato —gritó otro imbécil.

Risas. Bromas. Utopía debía disfrutar de lo lindo. Otra vez se estaba convirtiendo en el centro de atención.

—Eh, tío —otra voz del pasillo—. ¿No vas a decirle nada?

¡Claro que me hubiera gustado decirle de todo! Me gustaría haberle preguntado qué la había llevado en realidad a hacerlo. Me gustaría haberle explicado que todo este modo de proceder no sirve más que para destruir nuestra amistad. Ya no solo el amor, la amistad. Lo único que podría mantenernos para siempre cerca.

—Pues eso que os habéis llevado —le dije sin pensarlo. No era una mala frase. Me dejaba de tío indiferente. Pero no pude conformarme con la indiferencia: tuve que echar mano de las tiritas para el ego—. Yo no tardaré en follarme a alguien también cuando salga de aquí.

Y ya la había jodido. Otra vez. Utopía volvió a gritar y a golpear los barrotes pidiendo perdón y diciendo que se mataría en cuanto saliera de allí, que su vida sin mí carecía de sentido. Tenía que haberlo supuesto. Una vez más mi soberbia me había sobrepasado y lo había desequilibrado todo. En ese momento se me acercó un policía.

—¿Por qué no la dejas en paz?

Estaba claro que era el que se la había zumbado. Nadie entraría en un asunto de pareja si no ha participado de la comida. Además cumplía con los requisitos físicos de lo que es follable para ella. En realidad soy yo el que no cumple ninguno de los requisitos, ni físicos ni mentales, que ella valora en un hombre, pero así son las cosas, ¿verdad? Me eligió a mí entre toda esa pandilla de espejos, lycra y gimnasios.

—¿Eres tú el que se lo ha hecho con ella?

—Eso a ti no te importa.

—Habrás usado condón.

—Se ha hecho recientemente las pruebas del sida, me ha dicho que está limpia.

—¡Claro, y a mí me dijo que cuidaría de mí y mira dónde estoy!

La cara del tío cambió de golpe. La verdad es que no sé si Utopía tiene sida o no; tampoco sé si lo tengo yo. Nunca me he hecho las pruebas. No por miedo..., bueno, algo de miedo hay, pero a la Seguridad Social. Cada vez que voy allí lo paso fatal.

Los enfermos, los celadores, las enfermeras, los médicos... Todos padecen lo que yo llamo *mecanicosis*. Están programados únicamente para hacer lo que tienen que hacer. El paciente trata de conseguir cariño y una cita por encima de los derechos de cualquiera que vaya antes en la lista de espera. Los celadores utilizan sus recursos para no ser capturados por dichos pacientes y masacrados con consultas sobre dónde está esto o dónde está aquello. Las enfermeras, programadas para ajusticiarte mientras te realizan la cura entre sus conversaciones triviales personales que exhiben sin ningún tipo de pudor, para hacerte sentir un imbécil que podría haber evitado el accidente. Y los médicos de familia... Un médico de cabecera solo sirve para darte las drogas, decirte lo que ya sabías y remitirte para que el especialista te diga que has desarrollado una enfermedad crónica o mortal que, de haberla cogido a tiempo, no se te hubiera desarrollado. ¿Soy el único que se da cuenta de que es un mero trámite burocrático?

—¿Tiene sida?

—Ella no lo sé, yo sí. Y no lo tuve hasta que la conocí.

«¡Jódete, mamón! —pensé lleno de regocijo—. Aprende a respetar lo de los demás. Ya sé que seguramente ella te puso a cien, pero seguro que tú la trataste demasiado bien antes de que lo hiciera; de lo contrario, no se te hubiera insinuado. ¿Querías contar algo a tus amigotes? Pues ya tienes tema».

El tipo no se iba. Se mantuvo allí, mirándome, como si esperara que desmintiera todo lo que le acababa de contar. Pero no podía. Si lo hacía, me partiría la boca y se me volvería a complicar todo. Que algo había de hacer estaba claro, porque ese sujeto se iba a desmayar allí mismo.

—Tranquilo. Hoy la enfermedad se puede llevar...

—Voy a darle una paliza que se va a cagar.

La había vuelto a joder. Otro movimiento de mis fichas que no concluyó con la jugada que yo esperaba del contrario. Así que detuve al policía gritándole «eh, madero», antes de que llegara a la celda de Utopía. Y como era de esperar, regresó; seguía albergando la esperanza de que todo fuera una invención mía. La esperanza siempre puede más que la venganza, solo que cuando desaparece la primera, cualquier cosa vale con tal de no aceptar que no podemos controlar nada de este universo.

—Mira —le dije en mi mejor tono conciliador—, ella no lo sabe. No sabe que tiene el sida. Yo nunca se lo dije porque de por sí su vida es una mierda. —Esta era una buena salida.

—A ver si lo entiendo. Dices que ella te lo ha contagiado. Tú lo sabes, ella no. Tú te medicas, entiendo (no creo que seas tan gilipollas como para no hacerlo), pero consientes que ella no lo haga, aún con los riesgos que eso conlleva.

—Es que la amo.

—¿La amas, hijo de puta? ¡Por tu puta culpa ahora puedo estar yo contagiado!

Bueno, no dije que le amara a él. Y sí. No fue una buena improvisación. Pero evité la paliza a Utopía. Me la llevé yo. Aunque ya me daba un poco igual. Así conocí la sala que tenían para el efecto. La cosa quedó entre el poli y yo. No llamó a nadie porque, evidentemente, no quería ir pregonando a los cuatro vientos que podía tener la ETS. A pesar de estar uno contra uno, no hice nada por evitar los golpes. ¿Para qué? Esta sí me la había buscado por querer satisfacer a mi ego. Mi conciencia —la que últimamente estaba recobrando mucho la voz— parecía estar bastante orgullosa de mí. Mi cobardía estaba en coma. Y la voz de mi abuela supongo que estaría ocupada intentando recordar por qué me dijo que ninguna mujer me querría nunca de verdad.

Capítulo XIV

OPOSITANDO PARA ACCEDER A LA CAMA DE UNA PAREJA

«¿Has participado alguna vez en una orgía?».

«Solo con hombres».

«Ah, no sabía que fueras gay».

«Ni yo que ellos lo fueran».

Sobre las ocho o las nueve de la mañana volvieron a encender las luces en la granja para delincuentes que tan gratuitamente he visitado y comenzó el traslado a los juzgados. Los juzgados trabajan también los sábados; solo los de guardia. Tanto estudiar para al final tener que trabajar los sábados. Pensar esto me reafirma en mi opinión de que nos engañan con la zanahoria colgada ante nuestras narices para recompensarnos con una jubilación llena de dinero, pero flaca de energía, inexperiencia y piel tersa, necesarias para disfrutar plenamente de lo mejor que nos brinda el paso por este mundo. De todo.

Mis padres estuvieron mucho tiempo empujándome a que hiciera oposiciones para ser un hombre de bien y futuro garantizado —me pregunto qué tipo de garantía es esa—. Era, supongo, su manera de sentirse liberados de la responsabilidad de tener que mantenerme en caso de ruina. Un funcionario tiene asegurado el pan al menos para toda su vida. Las preparaba a justicia, que era lo único que no estaba adulterado por el sistema autonómico en aquel entonces, no sé si ahora la cosa habrá cambiado. No lo hacía porque quisiera aprobarlas, sino porque mientras tanto me pagaban mi estancia en otra ciudad donde podía dedicarme proscritamente a la música que tanto placer me proporcionaba. No es que en mi ciudad no hubiera músicos, simplemente sucedía que éramos dos y ya habíamos discutido lo suficiente como para no querer saber nada el uno del otro, con lo que estaba complicado lo de formar un dúo.

Mi ciudad —bueno, la ciudad donde yo nací— era muy pequeña, como ya he comentado. Es una buena ciudad para la infancia y para la vejez, pero para toda la transición de un estado a otro, y más si tienes alguna inquietud artística, es algo así como las arenas movedizas para un elefante.

Me presentaría en total a unas seis convocatorias. Jamás aprobé nada. Sí pasé una vez un examen de mecanografía. Me encantaba escribir a máquina. Me relajaba. Pasé muchas horas escribiendo con una Olivetti color gris futuro desesperanzador. Por eso aprobé.

Echo de menos escribir a máquina. Los ordenadores no tienen esa magia, esa pulsación. Aquel sonido de los martillos letreados golpeando contra la cinta empapada de tinta de dos colores. Tienen muchas más ventajas —bueno, está claro que todo son ventajas—, pero se pierde la poesía... De lo que se podría deducir que

la poesía nunca es una ventaja para tener en cuenta en el progreso.

Fui a academias donde había profesores muy pintorescos. Algunos eran jueces, lo cual me llamaba la atención. ¿Necesitaba un juez un sobresueldo? ¿Cuántas veces se habría divorciado ese juez para tener que recurrir a recitar lo que ya venía en el libro a toda una tribu de personalidades grises cuya única meta en la vida era obtener una sentencia laboral favorable y chuscos de pan de por vida?

En una de esas clases conocí a una pareja, chico y chica que, como yo, no eran de aquella ciudad y cuyas circunstancias sexuales los habían obligado a buscar urbes más grandes que les garantizaran el anonimato. Les gustaban las cosas poco convencionales a la hora de utilizar una cama. De hecho, se ganaban la vida a cambio de exhibir su intimidad en otros dormitorios. Hacían tríos también. Recuerdo que una vez les pregunté que cómo se sentían viendo que un tío se pajeaba utilizando, en lugar de revistas —por aquellos años Internet no estaba más que empezando—, sus cuerpos en vivo. Y me contestaron que de lo que menos pendientes estaban era del tío. «Si lo supiera el menda...», pensé. Pagar porque te hagan el vacío en la cama. No lo entiendo. Entiendo lo de los tríos, allí estás más integrado, pero lo otro... Vale que cuando te tocas viendo porno en una película es más o menos igual: tampoco estás muy integrado en el asunto, pero al menos no tienes la sensación que provoca que te alienen. Es cine, a fin de cuentas, y el cine posee su magia particular.

Como era de esperar, a mí la pareja esta me intrigaba mucho y tenía que conseguir a toda costa que me incluyera en alguna de sus cenas orgía —sin pagar, claro; ya he dicho que a mí lo de pagar me garantiza la más absoluta de las disfunciones eréctiles—, por lo que solía sentarme siempre al lado de ellos en las clases a fin de acortar distancias. No aprendí mucho sobre la *Constitución*; tampoco importa por qué la van cambiando. Es mejor esperar a que quede ya bien fijada. Es como aprender algo sobre física, utilizarlo para construir un buen invento y que luego se descubra que las leyes físicas no eran como se habían planteado. Aunque funcione lo que sea que has construido, nadie te garantiza que te lo homologue el Ministerio de Industria. Pero al menos aprendí un montón sobre sexo. Al cabo de un par de meses conseguí que la pareja me aceptara como uno más de su manada. Y me invitaron a cenar.

Como cocineros no valían una mierda. Suerte que tampoco tenía mucho apetito aquella noche. Estaba nervioso. Yo iba a lo que iba. Daba por hecho que terminaríamos haciéndonos los tres. ¿Cómo empezaría todo esto del *ménage à trois*? ¿Y si uno empieza, el otro le sigue, y al tercero todavía no le apetece? ¿Habría que parar? Ellos debieron notar que yo estaba nervioso por cómo me rellenaban la copa de vino: me veía obligado a tomar el primer sorbo acercando los labios a la mesa sin levantar la copa para evitar el derrame desastroso. Cuando terminamos lo que se suponía que era la cena, yo estaba para derrumbarme. Todo me daba vueltas.

Ellos me pedían que me fuera a casa. Yo les balbuceaba que había que ir a la cama, pero ellos me insistían. Me da que lo hacían por seguirme la corriente, que ya haríamos en otro momento todo aquello, pero yo no podía perder la oportunidad. Les pedía una y otra vez que me dieran una raya de coca. No sé por qué pensé que tenían que tener cocaína. Era una asociación absurda que me dio por pensar. Si practicas sexo raro tienes que ser un drogadicto. ¿Qué sé yo? Me subieron en un taxi. Me dieron el dinero en la mano para evitar pérdidas de cartera al sacarlo para pagar, me dijeron. Fue muy curioso que lo pensarán, porque cuando llegué a mi casa la cartera no estaba. ¡Mira que se lo vieron venir...! Al día siguiente no fui a la academia. Al siguiente tampoco. Ni al siguiente. Me había enamorado de una chavala que me ayudó a levantarme tras caerme en la puerta de mi casa al llegar aquella noche, y cuando me enamoro lo dejo todo. No fue una relación larga. Es más, ni siquiera fue una relación. No discutimos ni una vez, pero duró lo suficiente para que salieran los exámenes y terminaran las clases. Nunca regresé a la academia. Fue la última vez que jugué a ser quien no soy.

Capítulo XV

DOS HOMBRES ESPOSADOS Y UN VIAJE A LOS JUZGADOS

¿Puede explicarme otra vez cómo van a ejecutarme?
Es por saber si tengo que cancelar las citas de mañana.

Antes de empezar el éxodo a los juzgados nos dieron el desayuno. Otra vez galletas, zumo y mermelada. Lo mío se lo di al drogadicto, que por fin se había despertado: más galletas y me hubiera dado un subidón de azúcar. Aproveché para darle las gracias por lo del cigarro y, como si le hubiera mandado un mensaje en clave, se puso a tocarse y buscarse algo dentro de los bolsillos desesperada y compulsivamente. Como si le hubiera robado yo algo. Después nos pusieron en fila. Comencé a sentirme aliviado; a sentir que todo aquello se acababa. Veía la luz al final del túnel. Miré para todos los lados a ver si reconocía a Utopía entre todos aquellos desamparados, pero a las mujeres se las deben de llevar antes que a los hombres a los juzgados. Las damas primero, claro. Luego comenzamos a desfilar hacia la puerta, donde nos fueron esposando y metiendo en los coches patrulla según el juzgado que nos correspondiera. Sentí algo de complicidad al ver las caras de todos los agentes con los que había compartido algún momento entrañable durante la noche. Creo que lo llaman síndrome de Estocolmo: al final todos esos capullos se habían convertido en una pequeña parte de mi vida, y comprendí y asumí su imbecilidad sumándome a su causa de ser unos hijos de puta porque sí. Me despedí con una sonrisa del comisario, quien se limitó a dar otra calada a otro cigarro —espero que se acuerde de mí el día que el cáncer le lea la cartilla—. Cuando por fin me llegó el turno, me pidieron que extendiera la mano izquierda. A todos los que me precedieron los habían esposado individualmente, pero a mí no. A mí me tenía que tocar con un tío que... ¡parecía ser el asesino de cien tíos! Era el estereotipo de lo que yo pienso que debería ser un sicario. Calvo. Barba. Grande. Barriga más grande todavía. Brazos tatuados con palabras en lo que supongo que sería rumano. ¡Cuánto rumano hay por esos lares! Aunque, como no creo demasiado en la estadística, tal vez sea la casualidad.

La estadística es una ciencia que a mí personalmente no me convence mucho. Siempre que se quiere manipular una información se recurre a ella. ¿Que quieren prohibir el alcohol al volante? Pues nos obsequian con la información de que un diez por ciento de los accidentes se producen por exceso de alcohol en el conductor. ¡Joder! Y el otro noventa por ciento ¿cómo está repartido? Si no llevaban alcohol, queda demostrado que hay más porcentaje de accidentes por parte del colectivo sobrio, ¿no? ¿Que lo que quieren es sacar dinero con la venta de triángulos y chalequitos reflectantes? Entonces nos dicen que el ocho por ciento de las víctimas en carretera se producen por pasar desapercibidos en la vía mientras reparamos un

pinchazo. (Yo siempre me acuerdo de un chiste que contaba el humorista Eugenio, ¿saben?, aquel que decía que un motorista se estrellaba con un carro lleno de maderas. El dueño del carro bajaba a atender al accidentado y este le recriminaba que no hubiera puesto un pañuelito rojo al final del carro, a lo que el carretero le espetaba: «¿No has visto el carro lleno de maderas y vas a ver el pañuelito?»). Y luego está la estadística que más me gusta: el avión es el vehículo más seguro. El que tiene menos porcentaje de accidentes de todos los vehículos. Ya, pero utilizando la estadística, ¿también es el que tiene menos porcentaje de muertos por unidad estrellada?, o ¿cuántos fallos mecánicos acaban en tragedia en los coches y cuántos en las aeronaves?

Sé que está mal que prejuzgara a mi compañero de esposas considerándole un tipo peligroso, pero eso va con la condición de ser humano. No se puede evitar. Prejuzgamos. Él llevaba la «pulsera antiescape» en su muñeca derecha y yo en la izquierda. No paraba de mirarme. Yo me hice el duro dejándole pasar primero, pero se paró y me advirtió que en el lado que me iba a tocar sentarme había un charco de un líquido sin determinar. Concluí que no era tan mal tío: se preocupaba de que no me diera reuma. Le dije entonces a uno de los agentes que el asiento —que, por cierto, era de plástico duro, bastante incómodo— estaba encharcado con un fluido del que prefería no deducir su origen, ya que el techo del coche no parecía tener goteras. El agente me miró como si no viera nada; debió de pensar que ojos que no ven, suceso que no está ocurriendo. Levantó los hombros. ¿Qué pretendía? ¿Que me sentara ahí? Hinché pecho y me hice el digno. Todo lo digno que me dejaban ser mis moratones, mis heridas y mis pantalones anchos que tenía que sujetar con mi mano derecha.

—Oye, vale que estoy preso, pero eso no quiere decir que tenga que sentarme en los residuos de cualquiera —le dije como si la vida me resbalara.

—Coge aquel trapo de allí y límpialo si quieres —me contestó como si la vida le resbalara más a él que a mí.

Allá que fuimos mi compañero de viaje esposado y yo hacia el trapo. Allá que lo cogí. Allá que regresamos. Allá que extendí lo que fuera aquello por todo el asiento, porque el trapo aquel no absorbía nada; solo esparcí toda la porquería. Aunque la situación no podía ser más humillante, yo preferí pensar que me había hecho valer. Sí, de acuerdo, me senté igualmente sobre aquella humedad, pero había ejercido mi derecho a ser atendido.

Por fin arrancamos y encauzamos el camino hacia los juzgados prometidos. Las ventanillas del auto estaban subidas. Yo tengo algo de claustrofobia, y aunque suelo disimularlo, mi sudor no. Me fastidiaba bastante estar esposado a otra persona y que mi exceso de transpiración pudiera hacerse pasar por miedo. Además, estando atado a otro hombre, si hubiéramos tenido un accidente, no hubiéramos podido ponernos el

chaleco reflectante y podríamos haber pasado a formar parte de las estadísticas. Soy muy cumplidor con las gilipolleces.

Las calles estaban tristes. Llovía torrencialmente. Me encerraron ayer en un día de sol y me han soltado esta mañana con lluvia. Debería ser al revés, como en las bodas. Las bodas deberían celebrarse en días de tormenta y los divorcios, en días soleados. Psicológicamente ayudaría mucho a dar color al asunto.

Todo aquel paisaje hizo que empezara a invadirme una sensación turbia parecida a la tonalidad que debían de haber cogido mis pantalones por culpa del charco del asiento. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Tanto me había equivocado con Utopía?

—Deja de pensar. ¿Te juzgan por algo grave? —me preguntó de repente el compañero de viaje con su acento de los Cárpatos.

—No. Bueno, sí, pero no lo hice. Una mujer que ha dicho que le he pegado.

—Deberías salir con una rumana. Son leales. No te joden así.

Era la segunda vez que recibía ese consejo en menos de veinticuatro horas. ¿Será que mi Dios me está enviando señales? ¿Debería salir con una chica de ese país?

—A mí me han arrestado por demorarme en tomar una cerveza.

—¿Cómo? —le pregunté.

—Sí, le dije a mi amigo que nos fuéramos ya, que era mejor ir al aeropuerto cuanto antes para volver a mi país. Aquí no entienden muchas cosas. Pero él se empeñó en acabar despacio la cerveza, y me trincaron.

«Curiosa manera de ver la vida —pensé—. Este es de los míos. Este evita la culpa y el dolor».

—¿Pero qué has hecho para que te buscara la policía? —pregunté ya con esa seguridad que da estar esposado a alguien.

—Justicia.

—Ajá... —es todo lo que se me ocurrió contestarle.

Los que imparten justicia no son buenos para mantener conversaciones largas. Podrían juzgarte. Y, como ya dije, no creo en la justicia. Es como los fantasmas que conducen coches de lujo de segunda mano porque no pueden comprarlos nuevos: no sirven de mucho.

Me vino a la cabeza aquella película de Woody Allen, esa en la que escapan unos tipos de la cárcel y van por ahí con las esposas y las bolas. *Toma el dinero y corre* se titula. ¡Mucho iba a correr yo con aquel tipo cuatro por cuatro! Me llevaría él en volandas cada vez que girara una esquina, ¡parecería su llavero!

Pasados ya los minutos que yo consideraba oportunos para haber llegado a los juzgados, me di cuenta de que nos habíamos desviado para ir de nuevo a la comisaría, la misma donde me llevaron al principio de todo.

—Oiga —grité a los agentes—. ¿No vamos a los juzgados?

—Todavía no, los calabozos de allí están llenos. Esperaréis en los de la comisaría

y os iremos llevando.

Creo que fue la primera vez desde mi arresto en la que recibí tanta información. Lo agradecí. Aquellas palabras hicieron que me tranquilizara, que me sintiera ya casi en libertad. Volvían a tratarme un poco como a un civil más. Mi compañero me pidió que le repitiera lo que había dicho el policía. De lo que le conté a lo que me repitió él para que le confirmara si me había entendido había un abismo demasiado grande como para que me apeteciera hacer un esfuerzo por corregirle. Además, tener una versión distinta de los hechos reales no va a cambiar lo que vaya a pasar; en todo caso podía cambiar nuestras opciones, pero esposados, vigilados y encerrados no hay más opciones que aguantar la respiración e intentar ahogarse por asfixia o seguir la corriente.

Las versiones de los hechos casi nunca son interesantes. Mutan según la boca que las narra, con lo que, si quieres tomar decisiones en base a ellas, sabes que muy posiblemente te estés equivocando.

Cuando llegamos al lugar donde empezó mi calvario con las fuerzas del orden, yo ya estaba cansado de hacer malabares para sujetarme los pantalones. Había probado mil inventos: a meterme la camiseta por los bolsillos, a subirme los calzoncillos y darle la vuelta a la goma para que agarraran el pantalón... Nada. A cualquier movimiento se me caían. Me di cuenta de que era el momento de cambiar de talla.

Capítulo XVI

EL INICIO DEL DESCALABRO, UNA AMABLE PROSTITUTA Y LOS HIJOS IDIOTAS DEL FRANQUISMO

Cuando dejó de quererme me dijo:
«Hace tiempo que no siento tu cariño.
Será mejor que te cuente lo del otro
para que tengas una razón para dejarme».

Cuando me divorcié pesaba casi ochenta kilos; ahora apenas supero los sesenta y tres y continúo usando los mismos pantalones. No engordo, me he quedado estancado en ese peso. Y eso que voy al gimnasio. Tengo un entrenador personal que se ha propuesto obedecer mi idea original de ponerme fuerte. Esta idea la cogí de Utopía. Ella es muy de este tipo de salas. Ya saben: vapor humano, cuerpos deformados, al menos los de los hombres. La verdad es que los de las mujeres están para chuparse los dedos. Es curioso, a todas las mujeres que he preguntado en la vida les gustan los cuerpos proporcionados, normales, nada de músculos y, sin embargo, estos que acechan a las féminas como los lobos a los corderos se pasan la vida mirándose en los espejos a ver si han ganado un centímetro de masa muscular. La pena es que se dejen de mirar los cerebros. Me pregunto cuántas neuronas morirán por cada repetición de ejercicio. A ver, está claro que no se puede generalizar. De hecho, mi entrenador es un tipo inteligente y musculado. Me caló rápido. Cuando lo conocí le dije que quería un cuerpo Gillette, como los modelos de las maquinillas de afeitar. Se sonrió por lo bajo, me dijo que debería engordar unos kilillos y me preparó una dieta. Obviamente si cumplo esa dieta a rajatabla engordaré, pero me preocupa que vaya más rápida la dieta que el ejercicio y termine convirtiéndome en víctima de mis propias burlas y me hinche como un globo, por lo que no la cumplo del todo. Cada vez que me pregunta cómo es posible que no engorde y le digo que porque soy muy nervioso, frunce el ceño y dice: «Pues tendrás que relajarte». Luego tengo la impresión, aunque no puedo aseverarlo del todo, de que se sonríe por lo bajo como lo hizo la primera vez que hablamos.

Otra razón para no cumplir la dieta es el dinero. Por favor, ¡es casi como dar de comer a un hipopótamo! Carne roja, pavo, huevos a tutiplén, fruta, pasta y, por supuesto, ni refrescos ni alcohol, que con lo que te gastas en comida casi se agradece. En definitiva: se te queda un cuerpo diez, pero se vuelve un aburrimiento sobrellevar tu existencia.

Lo de apuntarme al gimnasio fue por iniciar la venganza al personaje que considero responsable de que hayamos acabado con antecedentes mi chica y yo. Está mal reconocer dejarse llevar por la venganza, pero peor haberlo hecho. Tal vez por

eso esté pagándolo con todos estos infortunios. Al final lo del karma va a tener su cosa.

Lo del tío este empezó un día en el que Utopía y yo estábamos, como siempre, mal, pero con sus buenos momentos que compensaban todo lo malo. De repente comenzó a hablar de un tipo de su gimnasio que la asesoraba «gratuitamente» en los ejercicios. Yo sabía exactamente el significado de la palabra *gratuito* en el argot hombre cachondo y mujer diez, pero no podía decírselo a ella porque eso me situaría en el colectivo de hombres celosos, al que, aunque pertenezca, no quiero que lo parezca.

Apenas dos noches después de que me hablara del sujeto musculado mientras nos acostábamos, sobre las dos de la mañana, mi querida reina, que por cierto padecía y padece de insomnio, insomnio que hemos compartido siempre por aquello de si caía un polvo, bueno, esta era mi razón, supongo que no la suya..., apenas dos noches después, decía, y a esas horas intempestivas, ella recibió un *sms*.

Yo nunca pregunto por sus *sms*: si ella quiere leérmelos, que me los lea; si no, no —esto también obedece a mi disimulo por no parecer celoso—. El caso es que acto seguido me preguntó si quería tener un hijo con ella.

—Ya sabes que sí, pero ahora no estamos bien, no me parece que sea el momento.

—Pues yo voy a dejar de tomar la píldora.

—¿Y eso por qué? —le dije.

—Porque no voy a estar metiendo mierda a mi cuerpo por un tío que no quiere comprometerse conmigo.

—Pero me he venido a vivir a tu casa, estamos juntos, ¿qué más compromiso quieres? Además, desde que la tomas no te duele tanto la regla.

Yo tenía, y gracias a Dios sigo teniendo, mi piso. Más grande. Con más comodidades. Cerca del mar. Pero por alguna razón nunca lo ha querido. Se atrinchera en el suyo. Como si temiera jugar en campo contrario. Se ha inventado, como dije, la excusa de lo de los animales, pero sé de sobra que esa no es la verdadera razón.

—Tú no me quieres. Estás conmigo solo por sexo.

Esta era una afirmación que me escocía —claro que no era la única razón, pero sí una importante—, porque es cierto que donde Utopía me ha liberado por completo es en esta materia. Es cierto que me he hecho adicto a su cuerpo, cualquiera lo haría en mi lugar, pero no me gusta que se dé cuenta. A pesar de que he tratado de evitarlo a toda costa, mi juguete de la entrepierna no es buen actor. No sabe mentir. Por eso, cuando me decía cosas así, yo me sentía descubierto. Tampoco creo que haya nada de malo en ello —esto lo comentaré con la psicóloga el día que la encuentre—, pero sé que ella necesita que se la quiera por lo que es y no simplemente por cómo está y lo que sabe hacer con lo que tiene, sin darse cuenta de que lo que sabe hacer con lo que

tiene y el cómo está son partes importantes de lo que la convierte en lo que es.

—Mira —le dije en tono serio pero armonioso—. ¿Por qué estamos siempre discutiendo? ¿No tendrá que ver con el *sms* que te ha llegado? ¿Son malas noticias?

—Era de... —lo llamaremos Josué, por evitar dar nombres reales.

—¿El tío del gimnasio? ¿Con el que quedaste ayer para tomar un café, luego te dio una vuelta con su Porsche de segunda mano, y que es calvo?

—Se rapa.

—Claro, para anticipar lo evidente. Tal y como dice el manual del calvo vergonzante. Me parece muy osado mandarte un *sms* a estas horas, ¿no?

—¿Qué insinúas?

—Insinuar no es la palabra, amiga mía. Afirmo que quiere ñaca-ñaca.

Y ya está. Se había escapado el Otelo de mis entrañas y mis amores. Ya era el celoso que había evitado ser durante tanto tiempo.

—No voy a consentir que me hagas sentir culpable por quedar con él. No voy a renunciar a que sea mi amigo. Tú tampoco renuncias a tus amiguitas.

Eso era mentira. Ya había perdido a varias grandes amigas porque se empeñaba en decir que querían tema conmigo. Como buen pelele que soy había dejado de hablar con ellas. Supongo que ahora me tocará arrepentirme. Ahora que ya no estaré con Utopía, no tengo argumentos convincentes para volver a contactar con mis examigas: pensarán que soy un hijo de puta que eligió entre mojar en caliente y mantener una amistad pura. Bueno, si no lo piensan es que son gilipollas, porque en el fondo no se me ocurre otra lectura del asunto.

—Yo renuncié a... —Y me disponía a dar los nombres de las que cayeron en combate cuando me interrumpió.

—¿Y qué me dices de Rebeca? Sigues quedando con ella —se apresuró a decir para no ceder en su maniobra y de paso arremeter contra la única mujer que seguía estando en mi agenda a pesar de sus intentos por ponerle típex.

—¡Es mi abogada! Es normal que quede con ella.

—Pues yo quedaré con Josué. Quiere entrenarme y no me va a cobrar.

Estupendo. Lo había vuelto a hacer. Ya había vuelto a conseguir lo que se proponía antes de empezar la discusión. Jugaba con las palabras, con las frases, hasta que le dabas la opción de quedar como la digna, hacerte sentir como una mierda y salirse con la suya. Y aprovechaba la situación, ¡claro que la aprovechaba! Así que decidí irme de su casa en ese mismo momento. Era todo lo que podía hacer. Quedarme suponía aceptar los cuernos; yéndome, todavía existía la posibilidad de que aquella mujer fría sintiera algo muy en el fondo por mí y se echara atrás.

A la mañana siguiente me llamó para que recapacitara. Sus condiciones no iban a cambiar. Seguiría viendo al calvo, pero eso no tenía por qué afectarnos, decía. Quedé con ella para tomar un café y hablar calmadamente. Si algo tiene Utopía es que dice

lo que cree que es la verdad sin miramientos, así que me confesó mientras el café se me atragantaba que el sms del calvo con el Porsche de segunda mano era para pedirle que se fuera con él de viaje a pasar el día.

—Pero ¿no sabe que tienes novio?

—Bueno, ese mensaje lo mandó cuando tú te fuiste. Rompiste conmigo, ¿no?

Yo me quedaba embelesado ante ella. Y seguiría haciéndolo si no temiera acabar en la cárcel de tanto embelesamiento. La tía había provocado una discusión para romper porque de sobra sabía que el tío ese le iba a proponer algo. Habiendo roto, ella era libre para irse adonde quisiera con quien quisiera. Estaba seguro de esto entonces, y ahora estoy más que seguro. Sé que debería enfadarme, irritarme, pero observar la maña que se daba para conseguir sus propósitos provocaba que ganara mi atención y me olvidara de la afrenta. Era digna de estudio. Supongo que por eso mucha gente dice que más que amarla experimento con ella.

—Pero no me he ido, estoy aquí contigo —me susurró.

—¿Pero ese tío quiere algo sucio! ¿No te das cuenta?

Una cosa es ser celoso y otra es que tu pareja disfrute del cortejo machacador de un tipo con un deportivo de segunda mano. Eso, para mí, son cuernos en potencia.

—Pero tú tienes que tener confianza en mí —me dijo en aquel entonces la tía que esta madrugada, hace apenas unas horas, se ha ventilado a un agente en los calabozos.

—No puedo seguir con esto. Lo siento —dije solemnemente.

—¿Es tu última palabra?

Yo sabía que no. Ella sabía que no. Pero había que fingir que sí. No supe hacerlo. El tío iba ganando. Era la tierra nueva, la fértil. Yo necesitaba ponerme en barbecho, a pesar de que eso garantizaba que mi agricultora se iría a sembrar otros prados. Así pues, con la poca dignidad que me quedaba, le hice creer que sí. Que lo era.

Pasé la peor semana de mi vida. Desayunaba con cerveza. Ayunaba hasta la comida con cerveza. Comía con vino. Merendaba con vodka y cenaba con vino. No podía parar de pensar en que el calvo estaba frotando su cráneo brillante contra los pechos de mi amada. Me imaginaba sus manos grandes —porque el tío era grande, según ella— agarrando aquellas caderas con las que mi buen Dios decidió bendecirme durante todos estos meses y estrellándolas contra su cintura esculpida en los gimnasios. Busqué refugio entre las pocas amigas con derecho a roce que me quedaban o que me habían perdonado mi traición a la amistad, aunque sabía que era inútil: el poder de Utopía alcanzaba mi deseo hasta el extremo de no permitirme sentirlo por ninguna otra mujer. Así pues, decidí escapar a la ciudad donde vive mi esposa con la ambición de que un cambio de escenario implicara un cambio de pensamientos. Pero fue más inútil todavía. Todo lo que mis ojos contemplaban quería compartirlo con ella. Había que probar con algo que ella nunca pudiera darme: una buena polla. Pero ¿cómo hacerlo si soy incapaz de escapar de la belleza de la mujer?

Sencillo, lo mejor sería acostarme con un transexual.

Me recorrí las calles de la ciudad en las que se amontona esta clase de prostitución. Calles lujosas y de avenidas anchas donde por las noches surgen los proscritos del amor real. Del que se consume como una cerilla. Del que ilumina durante unos segundos el corazón de los que nos sentimos solos si no hay una mujer cerca que sepa fingir que nos quiere tal y como somos. Sabía de antemano que no se me empinaría, sabía mi problema con el dinero y el sexo; aun así, albergaba la esperanza de que la novedad hiciera algo por mí. Quizá algo nuevo se apiadara de mi tristeza y supiera removerme las entrañas hasta arrancarme una erección. Vi unas cuantas chicas de estas que me gustaron, pero necesitaba algo más que un físico imponente. Necesitaba la mirada. Esa mirada cómplice que me hiciera creer que pagaba porque es lo que hay que hacer, pero que también se acostarían conmigo por amor. En definitiva, buscaba la mirada de Utopía. Y llegué hasta Lauren, una morena imponente que me intentaba convencer de que su nombre era de mujer en otro país.

—Pues en este no —le aclaré—. Deberías cambiarlo por otro más femenino. No hace justicia a tu físico.

—La feminidad no se lleva en el nombre —me aclaró ella.

Y tenía razón. Nada mejor para aprender sobre algo que pasar con ello unos minutos. Aunque en mi caso fueron horas. Nos fuimos a unos apartamentos y nos sentamos en la cama.

—¿Por qué ibas por esa zona? —me preguntó.

—Para escapar. ¿Me ayudarás a hacerlo?

—Pero ¿por qué en concreto por esa zona?

Sabía lo que me estaba preguntando. Ella tenía sus dudas, por mi forma de tratarla, de que yo supiera que tenía pene como yo. Pero a mí no me salía hablar de ello directamente. No quería que pareciera que había ido a buscar precisamente eso. Otra vez estaba claro qué era lo que había hecho, pero como se habrán dado cuenta, trato de disimular mucho lo que soy en realidad.

—No sé... ¿Por qué me preguntas eso? —me hice el tonto.

—Tú sabes...

—Abrázame. Yo sé..., demasiadas cosas sé... —la interrumpí y me abracé a ella.

Se sorprendió, comenzó a acariciarme el pelo. Me sentía cómodo. Al menos durante el rato que duró el abrazo no eché de menos nada. Equilibrio.

—Bueno, pero no habrás pagado para abrazarme, ¿no?

—¿No se puede? —pregunté por quitar algo de trascendencia al momento.

Comencé a explicarle que no podría hacer nada con ella por mi conflicto económico-sexual. Aun así, me pidió que me quitara la camisa.

—De verdad, no puedo..., no quiero que pienses que es por... —dije con cierta vergüenza, pero más que acostumbrado a tener que dar esa explicación.

—Bueno, pues déjame jugar contigo y luego hazme algo a mí.

Cuando te piden eso después de haber soltado casi doscientos pavos, te quedas un poco perplejo. ¡Al final te están usando a ti! Pero ella no hablaba de devolverme la pasta: hablaba de sacarle rendimiento a su tiempo. Debía ser muy espiritual porque, además de los doscientos pavos, quería dar gusto a su espíritu. ¡Y qué espíritu tenía! Me sacaba dos dedos. Pero no me hizo sentir mal. No voy a entrar en detalles. Según dijo, se quedó encantada mientras yo contemplaba mi arma cargada, pero sin muelle que activara el percutor. Había pagado por hacer feliz a otra mujer. Esa era la historia de mi vida. Siempre pagaba por ello. Literal y en sentido figurado. Yo me sentía halagado en mi ego y estafado en mi bolsillo, pero ganó el ego, como siempre. Nos vestimos y ya iba a despedirme cuando me dijo que de eso nada, que la noche era joven y que íbamos a desmontar la ciudad. Palabras santas cuando suenan de la boca de una mujer.

—¿Puedo llamarte Selena? Me gusta Selena para ti —le dije.

—Lauren, me llamo Lauren. Me gusta mi nombre.

Tenía carácter. ¿Cómo no me iba a gustar? Las mujeres con carácter te complicarán la vida, pero una sin él te la hará un aburrimiento.

Mentiría si dijera que la gente no nos miraba. Por muy grande que sea la ciudad, los seres humanos que la habitamos no dejamos de ser miserablemente diminutos. Pero a mí eso me pone. Que me miren. Que sepan que soy capaz de atreverme a abrir cualquier caja de Pandora que se me ponga delante.

Cenamos en un buen restaurante. Yo pedí carne roja, a ver si se animaba «mi amigo el decaído» que tan mal acostumbrado estaba a abandonarme siempre que lo necesitaba. (Mi pene debe pertenecer a la familia de los gatos porque solo responde si le interesa a él; no tiene nada en cuenta mis necesidades de quedar bien con la dama en cuestión). Y ella eligió de la carta lubina al horno. Tomamos vino. Y luego paseamos por las calles oscuras hablando tan solo del presente —de emociones y sentimientos, de ideas y pensamientos; nada de recuerdos, ni pasado, ni cicatrices, ni sueños futuros— hasta que llegamos al río que divide a Madrid en noble y proletario, donde me aguardaban nuevos problemas.

Considero que hay dos tipos de borrachos: el que bebe para sí mismo hasta enfermar del hígado con el fin de desintegrar su mierda, y el que decide beber para compartir con el resto su mierda y hace enfermar del hígado a los demás.

Pues allí, en aquel lugar tan apropiado para un beso entre desconocidos, en lugar de rosas y gladiolos, en lugar de brisas románticas de aire silbado por la luna, lo que nos encontramos fue una jauría de borrachos jóvenes hijos de Franco. Al principio vinieron solo a hacer su exhibición de imbecilidad para demostrarnos que el viejo dictador no solo creó escuela, sino que ancló en un ostracismo intelectual a un gran número de idiotas que, de seguir vivo el generalillo, estarían entre rejas posiblemente.

Luego se dieron cuenta de que Lauren tenía algo más masculino que el nombre y decidieron que éramos, tal y como se esmeraban en repetir entre gritos y balbuceos alcohólicos, MARICONES. Intenté llevarme a mi chica de allí, pero ella tenía más cojones —y no solo literalmente— que yo, por lo que, tal y como actúan los que presumen de exceder en tamaño de genitales masculinos, decidió defenderse con la palabra sin considerar para nada la situación. Si hubiera podido conectar conmigo telepáticamente, le hubiera transmitido toda mi sabiduría sobre lo que suele traer el diálogo en casos así.

El diálogo suele llevar al mal entendimiento cuando los conversadores que tienes enfrente tienen tapones de cera en los vasos sanguíneos que riegan sus etilizados cerebros. Incluso aunque no los llevaran, a menudo no suele funcionar. La gente no se pone de acuerdo. Los que lo hacen es porque ya pensaban igual, pero todavía no se habían dado cuenta, o porque no tienen ningún interés en lo que estás diciendo y pretenden que dejes de darles la murga cuanto antes. Nadie cambia de parecer porque tu argumento sea válido si no tienen un resquicio dentro de sí que coincida algo con tu opinión. Solo con que hubiera tenido tiempo de comunicarle mi reflexión habríamos echado a correr, y de seguro que ellos se hubieran vanagloriado de nuestra retirada y puesto fin a su hazaña. Pero no, Lauren no manejaba demasiado bien la telepatía.

—Niñatos, a ver si maduráis y aprendéis a respetar a los demás —les espetó con la dignidad del que se sabe muerto haga lo que haga.

Perfecto. Una reprimenda a los perros salvajes. La niña había decidido que para que los muchachos se calmaran lo mejor era una afrenta desconsiderada.

—¡Os vamos a cortar las pollas! —dijo uno de ellos, que sostenía una bandera de la dictadura más limpia que cualquier pieza de mi ropa interior.

—A mí me hacéis un favor —contestó Lauren muy hábilmente.

Lo que pasa es que no era momento de mostrar ingenio ni habilidades mentales, sino inteligencia emocional. Esta chica también sufría serios problemas de ego. Me pasó por la cabeza unas catorce veces echar a correr y abandonarla a su suerte, pero pensé que la gentuza de esta calaña merece ser combatida. Y me quedé a su lado. Intenté tranquilizarlos, hacer uso de mi expresión lastimosa. Podía llegar a hacerme con ellos. Estaba seguro.

—Por favor, no queremos problemas. Nos vamos y seguís disfrutando de vuestra fiesta.

—Tú me caes bien —me dijo uno que lucía un modelo de esvástica a bajorrelieve en su calva de primate—. Tienes cara de que no sabías que esto es un tío.

—Por favor, no entremos en eso..., nos invitáis a un trago y os dejamos tranquilos, ¿vale? ¡Viva España! —grité en un desesperado intento de que mi patriotismo fingido me ayudara en todo aquello.

Lauren estaba detrás en silencio. Sabía que la estaba impresionando. Yo estaba practicando el famoso lema de más escuelas y menos cárceles, ¿no decía eso un filósofo?

—Vale —dijo el de la bandera más limpia que mis sábanas—. Pero tú le das el primer puñetazo al maricón.

Guay. La cosa se arreglaba con condiciones. Habían decidido negociar y en eso yo era muy bueno. Por aquello de haber trabajado en el sindicato. Había adquirido una capacidad bastante considerable para el toma y daca. Ahora solo debía escoger las palabras correctas y terminaría amansando a aquellas fieras...

—No quiero darle un puñetazo a nadie... Todos merecemos...

Y me lo llevé yo. Un puñetazo. Varias patadas. Momentos de asfixia con la bandera en mi cara. Parecido a lo de la comisaría de hace un rato, pero mejor sincronizado. Estos tenían más coreografía con sus piernas. Caí al río. Fui sacado del río, arrastrado por los matorrales y finalmente abandonado en una barca de aquel puto río.

No había perdido el conocimiento, pero sí que se lo hice creer. Y no resulta fácil. Parecer relajado mientras sigues encajando golpes no es nada sencillo. Tus reflejos suelen traicionarte cuando escuchas el zumbido de un zapato cerca de tu cabeza. Cuando llegó el silencio absoluto, el mismo que me acarició tras la paliza de la policía, el que declara el fin de la violencia, abrí los ojos. Me toqué la cara, el codo derecho, y busqué mi zapatilla izquierda por el bote, pero no estaba. Pensé en la suerte que habría corrido Lauren. Cuando empecé a recibir las primeras patadas la escuché gritar pidiendo ayuda, pero no llegué a ver si escapaba. Me levanté. Me caí al río otra vez y, empapado y embarrado hasta la coronilla, me arrastré como pude hasta la orilla del parque donde había empezado todo. Allí no quedaba nada: ni bandera, ni honra, ni respeto, ni victoria. Nada. Solo botellas vacías, paquetes de cigarros estrujados y colillas. Me senté en una mesa y comencé a llorar. De repente, Lauren apareció por el empedrado con mi zapato extraviado y me ayudó a levantarme. Pidió un taxi y me preguntó adónde quería ir.

—Al infierno, Lauren.

—Acabas de estar. No creo que quieras repetir.

Y me llevó a su casa.

Vivía en un pequeño apartamento muy bien decorado. Con fotos de actrices ya muertas, pero que siguen siendo bellas. Tenía una compañera. También prostituta. Me bañaron. Durante el baño tuve una pequeña erección y albergué la esperanza de que los doscientos euros que había pagado la cubrieran, pero las mujeres no saben practicar sexo cuando hay dolor de por medio. Eso es así, aunque no me guste demasiado. No hicieron ningún comentario. Hicieron lo que pudieron con mis heridas y me dieron una sopa de no sé qué fruto tropical. Estaba horrorosa, pero no supe

decírselo. Me la bebí entera alabando el gusto del brebaje.

—¿Mi móvil? —pregunté cuando acabé la purga esa que me dieron como comida.

—Está aquí. —Se notaba que se había dado un chapuzón en el río por solidaridad con su dueño. Los móviles comienzan a ser más fieles que los perros y además hacen más cosas. Hasta puedes tener un perro mascota dentro del móvil.

Funcionaba. Y tenía tres llamadas de Utopía. Seguro que me echaba de menos. Mi idea de alejarme empezaba a dar sus frutos.

—¿Tu novia? —me preguntó Lauren.

—Ya no. Ahora es solo un objetivo de venganza.

—Tú no tienes pinta de saber vengarte de nadie.

Quizá tuviera razón. Quizá me falte valor para la venganza. Si es que es el valor lo que la promueve. Vengarse de alguien que te ha dado momentos buenos es una canallada, pero darle de su propia medicina para que valore sus propios actos no deja de ser educar a la persona, ¿no?

Había llegado el momento de elaborar una estrategia para que el calvo que me había intentado usurpar a mi novia para siempre sufriera las dentelladas de Utopía y para que esta aprendiera de una vez por todas que el amor no es solo corazón, también es inteligencia y negociación.

Me acostaron en la cama de Lauren, que dijo que dormiría con su compañera porque ella padecía de sueño movido y temía tirarme de la cama. Pero yo le pedí que se quedara. Necesitaba calor de mujer. Ella me ofreció que durmiera con su compañera. Decía que se movía menos. Y ahí vi el cielo. ¿Por qué no dormir con las dos? Juntamos las dos camas, a pesar de mis dolores hice las labores de tío fuerte y se tumbaron una a cada lado. Les pedí que se pusieran de cara a mí. Que me abrazaran. Luego me levanté un segundo. Cogí la cartera y pregunté:

—¿Cuánto por un trío?

—No estás en condiciones —dijo la compañera.

—Eso lo decidiré yo —dije.

Pero a Lauren no le gustó la idea. Ya me estaba pasando lo de siempre. Para Lauren ya era su hombre. No iba a compartirme con nadie ni por trabajo. Todas se vuelven celosas cuando están conmigo. Eso, o todas son celosas por naturaleza.

—Anda, machote, vuelve a la cama y descansa —me dijo sonriendo para camuflar su verdadera razón para apaciguar mi deseo.

Cuando pasaron unos minutos las dos respiraban profundamente. Yo no podía dormir. Pensaba continuamente en Utopía cuando, sin saber de dónde venía, escuché la voz de mi abuela otra vez:

—Si hubieras seguido con tu esposa nada de esto te habría pasado.

—Abuela, mi esposa no podía quererme. Es lo que dice tu profecía.

—¿Qué profecía, hijo?

—¡Abuela, joder, siempre lo mismo! Lo que me dijiste de que ninguna mujer me querría.

—¿Yo te dije eso?

—Sí, abuela, de verdad... Te has llevado el alzheimer con tu alma, ¿eh?

—Pues ya ves qué razón tenía.

—¿Pero por qué lo sabías?

En ese momento recibí un codazo de Lauren en toda mi nariz dolorida que me hizo perder el contacto con el más allá para acordarme del más acá y de sus muertos. Era cierto que esta chica se movía mucho. Pero no podía quejarme. Me lo había advertido.

Capítulo XVII

EL CAMINO HACIA EL PATÍBULO DE LA HIJA DE LOS DIOSES Y LA SUERTE ECHADA

«¿Cómo sabré que ha dejado de estar enamorado de mí?».
«Cuando en lugar de decirte que moriría por ti
comience a hablarte de su necesidad de ser
individuo antes que pareja».

Volviendo a mi experiencia en cautividad, he de decir que los cuartuchos donde te guardan cuando te llevan a comisaría son más pequeños que los calabozos donde dormí y te proporcionan la enriquecedora sensación de estar más enjaulado. En el que me tocó esta vez había dos bancos, uno enfrente del otro. La puerta era de hierro y tenía una pequeña ventanita que cerraban y abrían según les daba. Las paredes estaban manchadas de sangre. Algunas manchas eran frases de amor. Supongo que en ese lugar habían concluido muchas historias de romances. Como la mía. Allí estaba, de nuevo atrapado con mi justiciero rumano. El que había compartido traslado y esposas. El que me aconsejaba por segunda vez en pocas horas que me echara una novia rumana. Solo había una colchoneta para ablandar la superficie del banco y que tus posaderas descansaran mejor y se la di a él. No fue por generosidad, sino simplemente porque prefería actuar como si en breve fueran a llevarme ante su señoría.

A menudo pienso que nuestra manera de esperar los acontecimientos decide la forma en que estos se nos presentan.

Teniendo en cuenta que era sábado por la mañana, había poco movimiento en la comisaría. Los sábados por la mañana se delinque y por la tarde comienzan las detenciones, por lo visto. Mi compañero se esforzaba en dormir, o al menos estaba tumbado y con el antebrazo sobre su cara. A todos nos molesta mostrar el rostro mientras dormimos. Una vez leí una frase que decía que mirar a la cara de alguien que duerme es como abrir una carta que no va remitida a ti. Y algo de cierto hay. Resulta indiscreto.

Una de las frases escritas en la pared decía: «TE AMARÉ HASTA LA MUERTE, LOURDES, QUE SERÁ PRONTO». Y bien mirado es una forma de cumplir una de las promesas del matrimonio.

—Señor juez, la maté porque cuando me casé le dije que la amaría hasta que la muerte nos separara, y hace poco conocí a una chavala más joven que la chupaba mejor que mi mujer y me enamoré de ella. Mi esposa no llevaba bien que no cumpliera mis promesas, así que tuve que hacerlo. Tuve que matarla.

Deberíamos tener más cuidado con lo que prometemos.

Intentaba distraerme y olvidarme del aburrimiento inventando historias a raíz de

los escritos. La verdad es que me he aburrido mucho encerrado. Intenté otra vez hacer el Om ese de los budistas, pero no fui capaz de concentrarme. Quería que me llevaran ante el juez ya.

Mi exesposa sí que sabía aburrirse. Ella sí. Podía estar horas parada en un sitio sin moverse. Hacer cola en algún establecimiento, por ejemplo, parecía no importarle nada. Yo creo que no estaba en paz consigo misma, pero sabía desconectarse. Eso me falta a mí: saber desconectarme.

Recuerdo una vez que pinchamos en la carretera ella y yo. Íbamos de viaje. Empezábamos unas vacaciones. Llamé a la grúa. Tardó casi cuatro horas en llegar. No había ningún bar cerca, solo árboles y barrancos. Ella estaba tan tranquila mirándose las uñas. Le propuse echar un polvo. Como siempre, me dijo que mi sensibilidad para despertar su deseo dejaba mucho que desear, pero ¿qué quería? Tantos años juntos uno coge confianza. Con Utopía sí se puede hablar así. Tienes un calentón y se lo dices, y si ella no tiene ganas por lo menos te hace un apaño. ¿Hablar? No teníamos nada de qué hablar mientras esperábamos la llegada del mecánico. Pasábamos por entonces mucho tiempo juntos y lo que nos sucedía nos sucedía a los dos. Del trabajo ya estaba todo hablado, charlábamos todas las noches con nuestra botella de vino. Creo que sustituimos los orgasmos por el vino y las charlas. Con Utopía ocurre al revés: sustituimos el vino por los orgasmos, al menos los míos. Es otra de las razones por las que me decidí a empezar a hacer ejercicio. Tu capacidad sexual lo agradece. Rindes más y te hace sentir mejor. Por eso cuando estoy sin pareja suelo beber, y en ocasiones hasta he fumado mucho. Desaparece mi deseo sexual y estoy más controlado. El sexo me perturba, me hace daño. Se vuelve adictivo. Ahora me apetece un cigarro. Sabía que no debía haberme fumado el que me dio el yonqui. Que me haría recaer. Pero es un buen momento para empezar a fumar otra vez. Sustituiré los besos húmedos de Utopía por caladas; caladas profundas que nicotinicen mi corazón. Es un buen tema para hacer una canción de desamor. La haré. Podría empezar así y continuar diciendo que la he sustituido por humo amargo, nubecitas calientes que hacen formas de bellos cuerpos que se esfuman al tacto de mis dedos, igual que ha hecho ella tantas veces...

Cuando llegó el de la grúa a reparar el pinchazo yo me había recorrido todos los alrededores de la zona, había construido dos bastones con unos troncos que encontré, había buscado rebollones bajo los pinos y me había hecho una paja detrás de unos matorrales de la que me limpié con una corteza de árbol —se me quedó la polla un poco sucia, y luego tuve picores, pero nada que no pudiera sobrellevar en unas vacaciones—. Sin embargo, mi mujer se había quedado todo ese tiempo sentada en el coche mirando a las musarañas. Imperturbable. El mecánico era un tío soso pero amable. Tenía mucho pelo. No largo, sino de cabeza poblada. ¡Qué injusticias, el tío del Porsche de segunda mano sin nada y este con tanto! No le ayudé demasiado a

reparar el infortunio; más bien no le ayudé nada de nada. Había tardado en llegar y yo estaba cansado de tanto correteo campestre. Cuando terminó su faena miró a mi mujer y le dijo:

—No es muy manitas su marido.

—Bueno, él es así. Nos ha salido artista —dijo utilizando el poco humor que la caracterizaba para lanzarme una pulla.

—En algo tendré que derrochar mi creatividad, ya que en el sexo no puedo hacerlo —contesté desde dentro de la cabina de la grúa.

No se habló más. Durante todas las vacaciones, digo.

A la espera de que me trasladaran de una vez a los juzgados me entró sed. Quería pedir un vaso de agua, pero no tenía a quién: estaban todos en la calle viendo llover. Estaba cayendo una buena. Toda la mañana ha estado lloviendo y sigue haciéndolo, como si los ángeles se apiadaran de nuestra tragedia. Se escuchaban truenos. Entonces comenzó a sonar el teléfono. Yo estaba seguro de que llamaban de los juzgados para que me llevaran ya, pero allí nadie atendía la llamada. Me di cuenta en ese momento de que hacía tiempo que no sabía nada de mi amada. ¿Dónde la habrían llevado a ella?

—¿Utopía? —susurré a modo de grito contenido hacia el pasillo. Tal vez estuviera en la celda de al lado—. ¿Utopía?

—¿Qué? —se quejó una voz que salía de la ventanita minúscula de la puerta de al lado.

—¡Estás ahí! ¿Cómo estás?

—Vas a dejarme, ¿verdad?

—No pienses en eso ahora. Tenemos cosas más importantes que resolver.

—¿Más importantes que nuestro amor?

Se me había olvidado que para ella todo lo que nos estaba pasando debía ser una atracción más de la feria de su vida. Para ella lo importante es lo que se siente, al margen de las circunstancias. La verdad es que hasta ese momento no había pensado en eso. ¿Qué iba a decir en el juicio? ¿Iba a seguir diciendo que le había pegado? ¿Iba a seguir mintiendo para castigarme? Pensé que tenía que hacer algo al respecto. Elaborar una estrategia. Aunque dado mi currículum en el ajedrez, decidí, como siempre, que sería mejor improvisar.

—Todo está bien, Utopía. Todo está bien.

—Dices eso para que me calme, pero me duele todo el cuerpo.

—Será de follarte al policía —contesté una vez más presa de mi incapacidad para contenerme en decir lo que pienso. ¿Pero qué demonios estaba haciendo? Ya estaba

volviendo a las andadas. ¿Quería provocarla? ¿Quería que me jodiera vivo ante el juez?—. Perdona, no debí decir eso —añadí.

—¿Vas a dejarme?

Aunque le había prometido a los pocos días de conocernos que nunca le mentiría, tenía que hacerlo: si hubiera detectado que me quiero ir para siempre, quizá hubiera jugado todas sus cartas para complicarme la vida. Le daría igual mi suerte, lo importante para ella es no perder el contacto conmigo. Lo sé porque le hizo igual a su exnovio. Su exnovio... Cuando me contó su ruptura con él —más o menos parecido a esto que nos está pasando—, me estaba advirtiendo claramente de mi futuro, pero claro, esto es como lo de los accidentes domésticos. «A mí nunca me va a pasar», piensas. No quise mentirle. Siempre me ha costado hacerlo. La quiero. La quiero. La quiero en el fondo y en todo lo demás.

—Hablaemos, hablaemos mucho.

—¿Cuándo me hayas dejado?

—Joder, ¿no te parece que nos merecemos algo mejor los dos?

—Yo contigo lo tengo todo.

Pocas veces me decía cosas así. Ojalá lo hubiera dicho durante la discusión previa a nuestro arresto. Esto me desmonta. Cuando me dice cosas así, que parecen demostrar que de verdad me ama, se me derrite el corazón. Siempre me quedará la duda de si me ha manipulado y, sin embargo, mis ganas de ser querido vencen a la inquietud de la incertidumbre.

—Y yo contigo —le contesté.

El teléfono volvió a sonar un par de veces. Yo había olvidado la sed de hacía un rato. Nadie acudió a la llamada. Al poco del cese del molesto timbre se escucharon pasos.

—¿Utopía? —Era el agente que se la había zumbado en los calabozos—. Vamos.

Se la estaban llevando. La vi pasar a través del orificio que llamaban ventana. Bella como siempre. Ni en los peores momentos pierde su belleza. No es algo físico solamente. Es espiritual. Todo su dolor la hace virgen al paso del tiempo y a las circunstancias. «Sin duda alguna es mi ángel», pensé. Deseé que mirara al agujero de la puerta que me privaba de abrazarla. Que cruzara esa mirada suya tan penetrante con la mía. Que me confirmara que de verdad conmigo lo tenía todo. En cambio, no fue lo que pasó. Se alejó despacio. Con su vestido blanco, el que compramos en nuestro último viaje, manchado de mi sangre por la parte de atrás. Me senté. No dejaba de pensar en ella. ¿Debería volver a intentarlo? Si de veras me creyera lo que dije al comisario en los calabozos sobre el amor, debería hacerlo, pero temo demasiado a la cárcel. Sé que no sobreviviría. Siempre le he tenido miedo, a pesar de no ser un hombre de miedos al mundo real. Ni siquiera veo películas sobre presos. Me estremecen. Privar a una persona de libertad es anularla por completo. Prefiero la

pena de muerte. De verdad. No para otros, sino para mí. En contra de nuestra lógica de mortales, yo creo que muerto hay esperanza; encerrado, solo muros.

Capítulo XVIII

LA RECONQUISTA DE UNA MUJER INFIEL Y ALGUNOS DAÑOS COLATERALES

Si hay algo más fuerte que lo que siento por ti,
es solo lo que siento por lo que siento por ti.

En mi viaje a Madrid, cuando desperté en la cama de Lauren a la mañana siguiente de mi encuentro con los *skins*, ni ella ni su compañera se encontraban en la habitación. Escuché ruidos en la cocina, así que me puse mis pantalones sucios y acartonados por el fango del río y fui hasta allí. Aquella cocina parecía la de una cafetería del barrio de La Latina, de aquella ciudad, a la hora de los desayunos: estaban friendo algo con forma de haber muerto entre retorcijones, la casa apestaba a aceite frito, no tenían campana extractora... —bueno, la tenían, pero estaba estropeada, me explicaron al ver cómo mi nariz buscaba oxígeno entre toda aquella humareda—. En otro momento hubiera ejercido de hombre enterado —como casi todos a la hora de reparar algo delante de una mujer—, pero solo deseaba volver a los brazos de mi amada arrepentida.

—¿Quieres un zumo de naranja? —me preguntó la compañera de mi dama de compañía, a la que llamaremos Jezabel.

—¿Dónde está mi móvil?

—¿Vas a llamarla? —preguntó Lauren—. Hazte de rogar un poco más, hombre.

¿Hacerme de rogar? ¿Más? Y mientras tanto ¿cuántos tipos aparecerían en la cama de Utopía? No, había llegado el momento. Si había llamado era porque me echaba de menos, aunque fuera un poquito. Cogí mi móvil. Tomé aire. Ordené todo el nerviosismo que había en mi corazón y lo distribuí a través de la sangre a todos los músculos de mi cuerpo. Las piernas me temblaban, la voz se agarraba a mis cuerdas vocales para no caer hacia mi pecho, para no resbalar por el sudor nervioso de mi garganta. Marqué.

—Utopía, soy yo.

Empezó a llorar. Me echaba de menos, repetía, como si no pudiera pronunciar otras palabras. Mis músculos se relajaron, la sangre llenó mi polla y el escalofrío que aguardaba desde mi escroto hasta la nuca tuvo que conformarse con esperar otra oportunidad. Al final me dijo:

—Necesito que vuelvas conmigo.

No había acabado la frase y yo ya estaba preparado para despedirme de mis enfermeras improvisadas. Pero me detuvieron. Tenía que desayunar con ellas; era lo mínimo, me dijeron.

—Tenéis razón, disculpad. Me pierde el amor.

—Te pierde la polla.

No iba a consentir que ultrajaran así mi bella historia romántica.

—No, no es eso. La amo.

—Ya, pero ella a ti no, te está utilizando. ¿No le has preguntado qué ha pasado con el tío ese?

«No me interesa», pensé. ¿Acaso la gente se pregunta qué serie de casualidades la llevó hasta el premio gordo de la lotería? Las buenas noticias son siempre demasiado deslumbrantes como para perder el disfrute de recibirlas cuestionando, racionalizando. Racionalizamos para no sufrir, no para dejar de ser felices. De hecho, la razón y la felicidad son bastante incompatibles, al menos en sus extremos.

Desayunamos aquellos huevos embadurnados de aceite y lo que parecían, tras retirar el carboncillo, unas finas lonchas de *bacon* —la panceta de toda la vida, pero que por lo visto esta habla idiomas—. Luego ayudé a recoger los platos y las tazas a toda prisa. El café estuvo bueno. Tenían una cafetera de esas caras que hacen cafés de verdad. Después, cuando ya iba a decir aquello de «bueno, pues...», la compañera me dijo:

—¿Sigue pendiente lo del trío?

Miré a Lauren. La verdad es que la luz del sol me suele hacer más romántico, menos «sucio», pero la oportunidad del trío volvía a plantearse en mi vida. Ya perdí un autobús que me llevaba a su parada, y ahora la vida volvía a venderme un billete: resultaba tentador tanto para mi deseo como para mi currículum. Lauren parecía estar dispuesta, supongo que porque veía en la experiencia la última oportunidad de tener sexo conmigo. Me miré hacia la entrepierna, como consultando su disponibilidad, pero parecía ocupada pensando en el abrazo de Utopía.

—No, gracias, no os lo toméis a mal. Ahora tendría la cabeza en otra parte.

—En otras tetas —añadió Lauren.

—No, no lo digas así. Necesito una cerveza.

Me acabé el néctar de cebada en apenas tres tragos. Me despedí de ellas con un beso en los labios. Me resultó áspero, nada que ver con los que por la tarde noche del día anterior compartí con mi amada de pago. Tomé un taxi que me llevó hasta mi Volkswagen y retorné a mi ciudad con el corazón a doscientos y mi pie pisando hasta los ciento ochenta. No hubo multas. Llegué en dos horas a la casa de Utopía. Mi estrategia para la venganza a mi deshonorado amor estaba comenzando a desarrollarse al margen de mi control, no pensé que me lo pusiera tan fácil para derrocar al calvo. Ahora tenía que coger yo los hilos y aprovechar los vientos propicios.

Utopía vive en un pueblo de esos que no sabes por qué existen. No tienen mar, no tienen apenas casco histórico..., simplemente son apéndices de una ciudad grande. Alguien hace unos años decidió que los pisos en la capital eran muy caros y se construyó una casa. Se lo dijo a un amigo y poco a poco se fue poblando la cosa. Mucha gente prefiere vivir lejos de las ciudades grandes. Trabajan en las ciudades

grandes, disfrutaban de sus hermosos atascos a las horas en las que más te apetece tranquilidad, compran en las ciudades grandes, salen de fiesta en las ciudades grandes, pero a la hora de pasar las pocas horas que les quedan, por ejemplo, para dormir, prefieren un pueblo dormitorio.

Aparqué el coche cerca de la estación de metro. Ella vivía cerca de la estación de metro. Dormir en su casa era estar dispuesto a escuchar pitidos y ruidos metálicos desde las cinco de la mañana hasta la una de la noche. Me emocionaba la idea de volver a verla. Estaba a punto de llorar. Llamé al timbre, me abrió, subí las catorce escaleras que separaban su puerta de la calle... Y allí estaba ella, con su larga melena negra sobre sus hombros, su camiseta de tirantes ajustada y un pantaloncito corto que dejaba ver sus piernas y una letra de uno de los dos tatuajes que tenía sobre la nalga y el muslo derechos. Allí estaba ella. Ella... y un tío grande que le daba un beso en la boca mientras sus ojos de gata me miraban a mí como restándole importancia al asunto. El hijo de puta era tan calvo como la punta de mi polla. Una bola de billar. La número ocho. La negra. La que yo estaba decidido a meter para acabar la partida y proclamarme campeón.

—Te veo esta noche —le dijo el capullo. Tenía claro que era Josué.

Pasó por delante de mí saludándome como si fuera el cartero. Yo sabía que de sobra me conocía. Utopía jugaba a eso: siempre tenía un hombre en la recámara. Y se encargaba de que lo supiéramos todos los hombres. Eso hacía que despertara nuestro instinto competitivo. Todos queríamos ser los únicos para ella. Entré y me abrazó. Yo estaba con la cara completamente amoratada y el labio partido, recuerdo del intercambio de opiniones con los *skins*. Me miró como solo ella sabe hacerlo. Me acarició el labio. Y...

—No sufras, esta sigue siendo tu casa. No me has perdido, Javier, no me has perdido.

¿Dónde estaba la voz del teléfono? En tan solo tres horas había pasado del llanto a volver a manejar la situación. Ya me estaba haciendo creer que era yo quien había reculado. ¿Qué iba a negociar con ella? ¿Qué iba a mejorar de nuestra relación si para ella todo parecía seguir igual que antes de nuestra ruptura? ¿Pero era así? ¿Realmente había reculado yo?

—Estás más delgado. En una semana has perdido por lo menos dos kilos.

Eso para que digan que el alcohol engorda. El alcohol engorda si lo combinas con una vida sin sobresaltos. En cambio, los desamores adelgazan más que cualquier dieta sin calorías. Los endocrinos deberían anotar esto en sus agendas.

—Bueno, pues ya estoy aquí —dije resoplando y confundido ante el nuevo escenario de mi aventura.

—¿Cómo estás?

Era el mismo demonio que me había dejado días atrás. Disfrutaba torturándome.

Y eso me gustaba. ¿Ustedes se imaginan salir con el diablo? Imaginen que fuera una mujer: ¡salir con ella sería lo más pecaminoso del mundo! Yo le vendí hace años mi alma a Belcebú. Ya sé que eso solo son supersticiones, pero yo lo hice. Lo hice a cambio de que ninguna mujer pudiera tenerme del todo. Esto lo hice después de lo de mi abuela, claro. No tiene nada que ver con su profecía. ¿O sí? Aquel pacto tuve que hacerlo porque otra mujer estaba destrozándome mi estabilidad emocional. Y el diablo cumplió. Me dio mi parte. Desde entonces, aunque me enamore, ninguna mujer me tiene del todo. Así me va. ¿Cómo se deshace un pacto de estos? ¿Vuelves a un cruce de caminos en noche de luna nueva y le dices que te devuelva lo que quede de tu alma tras descontar los días usados?

Era hora de actuar bien. Utopía se me escapaba. El calvo lo estaba haciendo de maravilla: él la tenía y yo la compartía. Y ahí tuve la revelación. Había una canción de Julio Iglesias que siempre me hacía sentir bien..., venía a decir algo como «Nena, yo seré tu amante porque no quiero lazos; tú cástate con quien te dé la gana, que yo me conformaré con los buenos momentos que te sobren, y te sobrarán muchos porque te habrás casado». Esa era la única manera de tener a Utopía para siempre: que no sintiera que la tenías. Lo supe en aquel mismo momento. No soportaba los lazos, aunque pretendía tenerlos, porque así lo planeaba y ordenaba su corazón huérfano. Algo en mi interior sonrió y me dijo: «Ahí lo tienes, amigo. Ya sabes las reglas. Conoces tu objetivo. Tienes todo a tu favor para empezar la partida que te hará ganador».

No sé si fue mi conciencia, mi abuela, la Virgen..., no lo sé. El caso es que comencé la función. Comenzó el espectáculo. La farsa. El teatro.

—Estoy mal. Muy mal. Pero no es responsabilidad tuya curarme —dije cabizbajo.

—Te equivocas. Para mí siempre serás alguien especial. No puedo dejarte sufrir. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Nada. Voy a irme unos días de viaje. A algún sitio que jamás hubiera querido ir. Voy a hacer algo que sea tan distinto a mí que dejaré de reconocermelo y alejaré este dolor.

Palabras mágicas y estudiadas. Bueno, palabra mágica y estudiada: VIAJE. A Utopía la volvían loca los viajes. Siempre soñaba con viajar, yo era el perezoso. Aun así, hicimos alguno en el pasado, aunque no todos los que ella soñaba.

—Te acompañaré. Haré lo que sea hasta que salgas de tu dolor.

Me di cuenta, por primera vez también, de que no tenía claro que lo que estaba haciendo fuera por volver con ella. Me empezó a invadir una necesidad más urgente que la de recuperar su amor: vengarme del tipo del Porsche de segunda mano era ahora lo primordial, lo más importante en mi vida. Él creía tenerla, y yo le iba a explicar lo que era tener en la cama a una mujer cuyos besos se dirigen siempre a

quien mejor la trate, a quien tenga algo nuevo que ofrecerle y con las suficientes garantías de que seguirá ahí pese a los baches del camino.

—No, debes quedarte —dije en tono casi dramático—. Josué no entendería que te vinieras.

—¿Ahora le llamas Josué?

—Es que no estoy para inspiraciones.

—Josué sabe que eres una persona importante en mi vida. Tendrá que entenderlo. Pero sabes que no puede haber sexo entre nosotros.

—No podría tenerlo. El dolor es demasiado fuerte —dije cual Hamlet a Horacio.

Acababa de poner la primera baldosa del pasillo que me conduciría a la destrucción del corazón del calvo capullo.

—¿Dónde quieres ir? —me preguntó ya casi más pendiente de su nueva aventura que de mi dolor.

—Tú siempre has querido ir a África.

—Pero tú no..., te da miedo... ¿Irías a África?

Típico. Primero fingimos preocuparnos por las necesidades del otro y luego, casi sin dar tiempo a que el otro se acoja a ser el protegido, por las nuestras. A fin de cuentas son las más importantes.

—Algo ha cambiado, princesa, dentro de mí. He tenido una revelación. No voy a dejar de hacer nada en esta vida. Fuera miedos.

La verdad es que lo decía en serio: mi cabeza había pegado un giro de ciento ochenta grados. Siempre había sido un tipo maniático y secuestrado por sus propias reglas, y ahora sentía que todo eso había quedado atrás. Era el momento de ponerme al límite de verdad, de llegar adonde mi imaginación fuera capaz de empujarme. Había decidido dejar de soñar para empezar a estar despierto.

Nos fuimos inmediatamente a buscar una agencia de viajes. El viaje de sus sueños y mi viaje hacia la reconquista del equilibrio entre ella, el calvo y yo. De mi tierra de piel morena en manos de pueblo enemigo. Recorrimos varias agencias; en muchas parecían preferir contagiarte miedo a ese tipo de viajes que venderlo, pero al final dimos con la vendedora maestra. La que supo adecuar su necesidad de vender a la nuestra de visitar el continente explotado. **ÁFRICA.**

Cuando estuvo todo previsto, le dije:

—Pero nada de móviles, ni *mails*... Vamos a perdernos. No quiero contacto con este mundo.

—Será como tú quieras. ¿Por qué no eras así antes?

Pues por lo de siempre: porque me acostumbré a mirarme el ombligo. Porque lo tenía todo. Porque la tenía a ella. Y se me olvidó que cualquier coche que tengas, por muy buen motor que tenga, te dejará tirado si no le haces el mantenimiento que él requiere.

Llegó la hora de irme a mi casa. Yo pensé en su cama. Su dormitorio lo monté yo con muebles de Ikea. Su cama, su armario, su cómoda, sus mesitas, su otro cuarto, parte de su salón... Ella había dicho que seguía siendo mi casa, pero no era buena idea quedarme a dormir allí. Mi plan exigía distancia de ella y acercamiento a mi «dolor» interno. Saldríamos de viaje en dos noches. Podría resistirlo. Además, noté en ella la sorpresa de que no se lo pidiera, y las sorpresas la hacían tuya.

—Una cosa más —dije—. Si en algún momento te arrepientes porque crees que le puedes hacer daño a Josué, no te sientas obligada a venir...

Estaba que me salía. ¡Esa frase era de Premio Nobel! Acababa de convertir al imbécil del Porsche de segunda mano en el único obstáculo para que ella no cumpliera su sueño de viajar a África.

—Olvídate de él, este viaje era nuestro..., nos lo debíamos.

La verdad es que yo hubiera preferido ir a un *resort* de esos de lujo a todo trapo para ver a Utopía todo el día en *topless* y beber Fray Angélico, su bebida preferida, pero mi plan exigía ciertos sacrificios. Pensé en mi abuela. Tal vez la razón de que ninguna mujer me quisiera es que en el fondo las compraba, no las enamoraba, pero la diferencia, aunque me haga sufrir a veces, es a mi favor. Lo que compras lo puedes vender, o devolver, o cambiar..., si te enamoras, podrás tener a la persona o perderla, pero nunca será decisión tuya del todo.

Por la noche, solo en mi cama, ya no se me hacía tan grande el colchón. No estaba ella a mi lado para compartir su aliento ni su tobillo sobre el mío, pero podía escuchar en mi cabeza los gritos del gilipollas del coche de segunda mano intentando convencer a Utopía, durante su cena, de que abandonara la idea del viaje. Y aunque me lo imaginaba con las venas de las sienes hinchadas buscando una grieta por la que penetrar en la razón y la lógica de mi amada, sabía de sobra que no lo lograría.

Tal vez existieran fisuras en la cabeza de mi chica, pero una vez dentro solo contabas con un laberinto y una brújula estropeada para llegar a su razón. Un laberinto lleno de cadáveres de hombres que lo habían intentado antes que yo y en el que se guardaba un ataúd para el payaso que había osado entrometerse en nuestro camino.

Capítulo XIX

UN JUICIO, UNA MUDANZA Y MIL EUROS MENOS

«Cariño, ¿por qué tienes preservativos en el bolso si nosotros no usamos?».
«Por si me acuesto con otros, cielo. Sé que me perdonarías la infidelidad, pero no la falta de higiene».

Cuando Utopía terminó de marcharse con el agente hacia los juzgados, pasó un buen rato en el que no se oía demasiado por la comisaría. Algún que otro trueno en la lejanía y la respiración profunda y desangelada de mi compañero de celda, nada más. Los dos sonidos me resultaban agradables; tenían cierto ritmo y estaban cargados de graves. Había vuelto a sonar el teléfono una vez más, y una vez más nadie lo había atendido. Preferían disfrutar del refresco de la calle mojada, para eso cobraban la nómina. «Hay que divertirse en el trabajo», te dirán las nuevas teorías inventadas para vender páginas y páginas de consejos que no se pueden aplicar ni de lejos en la vida real.

Yo me estaba empezando a emparanoiar con que la llamada había sido para que me llevaran ante el juez. Mira que si se distraían, el juez se cansaba de esperar y me tenía que quedar allí hasta el lunes... Me hubiera dado un patatús.

Decidí sentarme un rato. En ese momento me arrepentí de haberle dejado la colchoneta al rumano. El banco no solo estaba duro: parecía que hiciera fuerza contra mi culo. Debía estar aleccionado para la tortura. De repente me acordé de los mil euros de mi bolsillo.

—¡Hostias! ¡Mi dinero! ¡Mis mil euros! ¡No están! ¡Se me han debido caer en el coche de la policía! ¿Oiga?

Tenía que hacer que vinieran rápido.

—¿OIGA?

Se acercó un agente que no había visto hasta ese momento. Casi mejor. Caras nuevas para comenzar una nueva vida. Para salir y terminar con todo aquello.

—Mire, llevaba mucho dinero en el bolsillo y se ha debido caer en el traslado hasta aquí, espero que en el coche. ¿Sería tan amable de mirarlo?

—El coche se ha ido a llevar a tu compañera.

—Es decir, que puede que se lo encuentre ella.

—Si está y lo ve, sí.

Las dos condiciones indispensables para que sucediera, claro. Este tío le daba al coco, como buen funcionario. Tal vez no estuviera enderezándose mi suerte, o tal vez no se pueda hablar de suerte cuando la policía anda cerca.

—¿No podría llamar a sus compañeros por el *walkie* ese, al menos para ver si lo tiene ella?

—Si lo tiene no hay problema, ¿no? Es su compañera. Y si no lo tiene, no hay nada que hacer; eso quiere decir que no está.

—Bueno, está la tercera y cuarta opción. Una, que ella no lo vea, pero sí esté, y dos, que pese a ser mi compañera, como puede usted comprobar, no nos llevamos lo que se dice bien del todo y se lo quede sin más.

—Entonces, en el primero de sus supuestos lo podrá recoger usted, porque utilizaremos el mismo coche para llevarlo, y en el segundo, aunque se lo preguntáramos a ella, lo negaría por joder, ¿no le parece?

¿Qué le pasaba a este tío? ¿Jugaba a la lógica con mi dinero? Ya sé que no le faltaba razón, pero yo hubiera agradecido un pequeño esfuerzo por su parte para saber el paradero de mis euros cuanto antes y calmar mi ansiedad. Aunque fuera por compasión, podría haberme mentido y haberme dicho que lo iba a intentar.

—¿Entonces no va a llamar? Pues tráigame un vaso de agua.

Se fue. Torció la boca a modo de sonrisa. Una sonrisa parecida a cuando te humillan, pero no quieren reconocerlo porque se avergüenzan de ser tan hijos de puta.

Así, me puse a pensar:

«El maldito dinero lo saqué para que Utopía pagara unos cursos que quería hacer de cosas de gimnasios, pero no me dio tiempo a entregárselo, surgió la discusión y luego la detención, así que si lo ha cogido ella, por mí está bien, pero como lo haya cogido alguno de esos tarugos uniformados... ¡Espera! ¿Y si lo ha cogido mi compañero de celda, y por eso lo de hacerse todo el rato el dormido? No, no le ha dado tiempo. ¿O sí? Tengo que preguntárselo, pero me jode despertarlo. ¿Me jode o tengo miedo de su reacción? Sí, es miedo, pero no miedo a que lo tenga y no quiera devolvérmelo, lo que temo es que no lo tenga y le duela que haya desconfiado de él por haberle prejuzgado. Seguro que me considerará un racista. No, no puedo... Y si le pregunto: “Hola, ¿te has encontrado mil euros por aquí?”, me contestará que sí, que en su culo..., seguro que encima me contesta descortésmente. O igual se empieza a reír... ¿Cómo lo hago? ¡Ya sé!».

—¡Mierda! —grité.

Se despertó de un sobresalto y se quedó mirándome con cara de asombro, preocupación y legañas.

—¿Qué pasa? ¿No nos van a sacar hoy?

—He perdido mil euros que llevaba en el bolsillo.

—¿Llevabas mil euros en el bolsillo? ¿Pensabas que podrías sobornar a la policía?

—No, me arrestaron cuando salí del banco.

—¿Y por qué no los dejaste con tus pertenencias?

—No me parecía bien, ¿y si me los quitaban?

—Preferías perderlos, claro.

El tío iba de gracioso. No, no me los cogió él. Eso se nota. Su reacción fue demasiado natural. Ha sido la primera vez que he perdido algo. Nunca me había pasado. De hecho, si estuviera aquí Alicia diría: «¡¡¡Por fiiiiin!!!». A ella le robaban siempre, o lo perdía todo. Una vez incluso tuve que hacer cuatrocientos kilómetros para abrirle la puerta de casa porque le habían robado el bolso con las llaves. Yo, al principio de conocernos, le restaba importancia, le decía aquello de «No pasa nada, estas cosas suceden por algo»; pero al ver que se repetía la tragedia una y otra vez, ya cambié mi mensaje por algo más tipo «¡Joder! A ver si te fijas un poquito más, que estas cosas no suceden porque sí». Ya sé que bastante disgusto tiene el que ha perdido lo que sea, pero no me negarán que jode bastante a los que sufrimos daños colaterales. Yo creo que es por la impotencia de estar implicado y no haberlo podido evitar. Fíjate si podía la niña haber perdido su contraseña del Facebook; así no habría visto el mensaje que Utopía me dejó en el muro, mi divorcio hubiera sido fácil y encima seguiríamos siendo amigos.

Por fin llegó un agente para darme la libertad.

—¿Javier?

—Sí.

—Vamos, es su turno. Coja su mochila y ponga las manos hacia adelante.

En la mochila iba mi supercámara fotográfica. Sentí un inmenso placer al volver a ponérmela en la espalda. Mi cámara y yo. Un equipo. «Hemos perdido a la modelo —le dije con el pensamiento a mi Canon profesional—, pero ya encontraremos otra, ¿verdad?». Con ella cerca nada podía salir mal. El poli me puso las esposas. Aquello me divertía. Me hacía sentir un verdadero delincuente, un tipo duro. Valoraré la posibilidad de hacerme un tatuaje para conmemorar mi desvirgamiento: «Ya no soy un ciudadano modelo». Subí al coche mientras preguntaba a la policía por mi dinero.

—No hemos visto nada. Mire usted.

Uno de ellos empezó a reírse. ¿Sería porque había cogido la pasta?

—¿Por qué se ríe? —le pregunté.

—Porque me parece que es usted gilipollas. ¿Mil euros en el calabozo?

—Siempre saco dinero cuando duermo en camas extrañas —le contesté para que viera que su comentario no me ofendía.

—Pues esta puta te ha salido cara.

No supe si se estaba refiriendo a Utopía y la estaba insultando en mi cara, o simplemente tenía algo de poeta y enlazó lo de camas extrañas con putas. Por si las moscas, decidí aclararlo.

—¿Lo dices por lo de camas extrañas?

—Lo digo por lo de tu novia. ¡Menuda pájara!

¿Y qué haces en esos momentos? Alguien te está soltando en tu jeta una verdad como un templo, pero supongo que ser pareja de alguien significa honrar su honor,

aun cuando ella ni lo tenga ni haga por tenerlo, ¿no?

—Un respeto, por favor, no sabe nada de ella.

Para colmo llegó el poli que se la zumbó en los calabozos.

—Algo le he contado yo. —Y se empezó a reír cual hiena.

La risa no le arrancaba de verdad, sino que era forzada. Es lo que tiene pensar que puedes padecer una enfermedad crónica y que pasarán días hasta que te lo confirmen. Por supuesto, no iba a ser yo quien le sacara de su sufrimiento. Yo me había llevado la paliza y él la agonía de la incertidumbre, con lo que habíamos quedado en paz. No me provocaba ninguna compasión. No tenía ni la cara ni la actitud para que ablandara mis entrañas. Yo solo tenía que esforzarme en contenerme. No era el momento para entrar a las provocaciones. Quedaba muy poco para que volviera a ser un ciudadano libre y con derechos. Me quedaba tiempo para desquitarme de su pueril afrenta. El único problema es que corro el riesgo de que se apague mi sed de venganza.

Soy poco rencoroso con los desconocidos. Lo que no soluciono en el momento ya no lo soluciono. Empiezo a darme argumentos para no complicarme la vida. Si me meto en líos es porque la mayoría de las cosas las hago en caliente, pero como me conceda tiempo para pensar la maniobra, ya no hago nada. A lo mejor es que más que no ser rencoroso es que soy perezoso.

Me sorprendí de no entrar al trapo. Está claro que voy madurando ante tanta adversidad. Tendré que ir por este camino, ser más frío a partir de ahora; empiezo a tener una edad como para no buscar problemas. Así que subí al coche. Desde luego, allí no estaba la pasta. Por favor, que la hubiera cogido Utopía. Era para ella. ¡Me daba igual que no supiera que se la daba yo, lo importante es que le llegara! Que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha. ¿No es esa la verdadera generosidad? ¿La que no se hace pública? Entonces mi cabeza cambió de tercio radicalmente y recordé que Rebeca estaría esperándome en los juzgados. ¿Cómo me recibiría? ¿Se daría cuenta de que las cosas no están ahora para reproches? La verdad es que no lo había pasado tan mal. Algunas palizas, sí, pero no dejan de ser anécdotas para los momentos de cervezas. Los polis y yo llegamos al aparcamiento de los juzgados. Estaba repleto de coches de policía. Subimos unas empinadas escaleras. Los agentes venían detrás. Me trataban con seriedad. Como si por tratar así a un asesino se le fueran a ir las ganas de coserlos a balazos.

Seguimos confiando más en las caras serias para ganarnos el respeto que en la sonrisa. Yo soy un firme defensor del humor sea cual sea la circunstancia, ya lo saben. Y defiendo siempre que la sonrisa es tan capaz de obtener respeto como la peor de las caras con mala hostia, pero es verdad que, aunque lo defienda, el mundo en el que vivimos sigue temiendo los rasgos tensos y tomando poco en serio a los rostros afables. Así nos va.

Me metieron en un cuartito muy pequeño y me hicieron esperar, pero como no

estaba cerrado con llave, me sentía ya un hombre libre. «Una hora más, unas palabras con el juez, y en la calle», me repetía una y otra vez. Esperaba, y casi estaba seguro de ello, que Utopía no me la jugara. Quizá no esté en su sano juicio, pero no es mala. Bueno, quizá sea mala, pero por su locura, no por ella misma. Bueno, ella misma es lo que es. Quiero decir, que nos empeñamos en que las personas tenemos más fondo del que vemos, y por lo general suele ser un error. Si Utopía se comportaba como una hija de puta, fuera porque le falla algo en su cabeza o porque realmente disfruta jodiendo, no dejaba de ser una hija de puta. Y si quieres tratar con ella debes aceptarlo. Actuar esperando, confiando en que pueda asomar lo que crees que tiene dentro, es perder siempre la partida.

—¡Qué demonios! Es una hija de puta, eso es lo que es. ¡Una hija de puta! —terminé concluyendo.

Se abrió la puerta como si la estuvieran derribando. No cabía duda: era Rebeca.

—Bueno, sé que para ti todo esto es una experiencia de las que luego hablarás en tus espectáculos, pero la cosa es seria: los dos estáis fichados y eso ya es para toda la vida.

—Ya, como la nostalgia de todo lo que no he hecho.

—¿Qué dices? —me preguntó como desganada, como si la poesía le molestara a los oídos.

—Que las cosas que no hacemos siempre las llevaremos dentro...

—Sí, sí..., tú y tus romances. Escucha. Puedes acogerte a tu derecho a no declarar porque es tu pareja. Ella se ha echado toda la culpa de lo que os ha pasado.

Un alivio casi orgásmico acababa de invadir todo mi cuerpo. ¡Utopía no me la había jugado! No, si al final tendría que sentirme culpable por haber pensado que era una hija de puta... Hiciera lo que hiciera, esta mujer siempre me hacía sentir culpable.

—¿Qué pasa? ¿Estás aquí? —me preguntó mi letrada como si estuviera despachando pescado fresco y despertándome de mis reflexiones.

Comencé a llorar. No pude evitarlo. No era consciente de todas las emociones que llevaba dentro. Tenía llanto para varios días, pero como apuesto por la felicidad, me había negado a derramar lágrimas hasta ese momento. Igual me pasó en las escaleras de aquel sanatorio psiquiátrico cuando era niño: se te abre el grifo emocional y los litros de llanto acumulados salen a presión por tus lacrimales cual aspersores jardineros haciéndote perder cualquier compostura o apariencia digna. Esto lo apunto también para mi cita cuando tenga a la psicóloga.

—¿Ahora lloras? —me reprochó.

«¡Dios —pensé—, cuánto me recuerda esta chica a mi padre!». A mi padre no le he visto cambiar la cara en toda mi vida. Nunca he sabido lo que siente. Y no porque no se lo haya preguntado. Una vez, cuando yo tenía unos dieciséis años, le abordé en

el balcón de nuestra casa. Yo acababa de suspender siete de las diez asignaturas que llevábamos en aquel curso. La cosa estaba tensa en mi familia. Ellos seguían creyendo en mis posibilidades académicas y yo no creía en nada por aquel entonces —ahora tampoco lo hago, pero tengo la certeza de que no hay nada en lo que puedas creer; antes solo era una hipótesis—. Me acerqué a él sin miedo. Mi padre infundía mucho respeto, casi temor, a la gente que le rodeaba. Era profesor, y era famoso por su seriedad. Le tenían por buen maestro sus alumnos. Se ganaba la admiración de su público adolescente. Me acerqué y me apoyé a su lado en la barandilla del balcón. Él tenía la mirada perdida en las montañas del fondo.

—Lo importante no es aprobar o suspender, sino que sea feliz como tú, papá —le dije como si fuera capaz de mantener una conversación de igual a igual. Nada de jerarquías familiares, nada de estatus por edades. De igual a igual.

—¿Y a ti quién te ha dicho que yo soy feliz?

Creo que esas han sido las únicas palabras sinceras, desde el corazón, que he obtenido de mi padre. Esas y las del día en que me fui de mi ciudad para intentar ser independiente. Se me acercó mientras preparaba mi maleta y me dijo:

—Nunca hemos hablado de sexo.

—¿Lo vamos a hacer ahora? —pregunté aterrado.

Era muy violento que alguien que siempre has considerado asexual —más que nada porque no quieres imaginártelo de otra forma— te hable de sexo. Para mí es muy duro pensar que mis padres me concibieron tal y como se concibe a alguien. Prefiero pensar que un día mi padre dijo a mi madre que se quedara embarazada, esta se tomó una pastilla y ¡zas!..., nació yo. Mezcla de paracetamol, algún antibiótico y seguramente una pizca de LSD, porque de lo contrario no entendería muchas cosas.

—Usa preservativo —fue todo lo que me dijo. Y se fue como había venido. Austeramente.

Desde luego que mejor consejo no pudo darme; lo que no entiendo es por qué no lo llevo a rajatabla. Tendré que hacerme análisis por si las moscas... Sí, es buena idea; no quiero perder mi pito.

—Javier, ¿me estás escuchando? —volvió a despertarme la voz de Rebeca.

Tiene una voz peculiar. Atractiva. Sonora. De teatro.

—Deja de llorar y escucha. Mi consejo es que des tu versión de los hechos. En estos casos, y aunque ella se haya echado las culpas, es mejor que quede claro que tú eres la víctima, porque ella podría cambiar su declaración y tú eres hombre. Llevas las de perder.

¿Por qué, si todos estamos de acuerdo en que la ley de malos tratos deja en desventaja al sexo masculino, no hace nadie nada por cambiarlo? Entiendo que es un tema delicado para la mujer, pero al final se está convirtiendo en un tema delicado también para los hombres.

—No lo haré, Rebeca. Lo sé.

—¿Te recuerdo todas las cosas que sabías y te las has comido con patatas?

—No quiero declarar. Quiero que esto se olvide y nada más. Dejaré de verla. No puedo hacer más.

—Tú mismo. No sé para qué me molesto.

—Te molestas porque te preocupas. Porque te preocupas por mí, Rebeca, aunque te joda reconocerlo.

Se quedó mirándome fijamente. Sé que había dado en la diana. Sé que me aprecia un montón. Sé que su arrogancia y distancia solo es una pose porque es de las que cree que el respeto se gana con la violencia emocional. Me estaba divirtiendo. Es como si hubiera derrumbado sus muros. Había llegado a su corazón. Rebeca y yo nos conocimos como amigos, no como abogada y cliente. Ella también se dedica al teatro. Como *hobby*. Yo puse un anuncio en Internet porque buscaba una actriz para un espectáculo a dúo que había escrito. Entonces todavía estaba casado, claro. Un sábado por la mañana recibí un *email* de ella lleno de preguntas. Ella pregunta mucho. Esto la convierte en alguien muy atractiva para los egotistas como yo. Quedamos para hablar del proyecto, y la quedada se alargó más de lo que yo esperaba. Nos interesamos de verdad el uno por el otro. A mí me divierte observarla. Es una mujer de las que no te cansas de mirar porque su energía se desborda aunque esté quieta. Y no se gasta. Supongo que todo esto es lo que intuía Utopía y por eso me montaba las que me montaba cada vez que hablaba de ella o tenía que verla por algún asunto. Si alguna vez he pensado en intentar hacérmelo con ella, es algo que no tengo del todo claro. Fantasear he fantaseado, pero lo hago a menudo con casi cualquier mujer. Siempre me las imagino cómo serán a la hora del orgasmo. No es que me ponga, es que creo que nuestra manifestación del orgasmo es incontrolable. Es lo más auténtico que tenemos. Daría diez años de mi vida por poder ver a todas las mujeres que conozco masturbándose. Cuando no tienen que guardar ninguna apariencia. Su momento más íntimo. Sus mejillas sonrosadas contrastando con sus pieles descubiertas. Sus almas desnudas. Sus piernas abiertas para mostrarte lo que las puede convertir en madres. No creo que sea como los hombres, que lo hacemos hasta por aburrimiento. A veces, más que el orgasmo parece que estemos cumpliendo una tarea que nos ha encargado el jefe.

—¿Por qué coño me miras así?

—Te estaba imaginando masturbándote.

—Tú estás enfermo, chaval. —Y abrió la puerta obligándome a salir.

Sé que conseguí ruborizarla. Su mirada calculadora no había sabido multiplicar semejantes cifras. En esos momentos me sentía feliz.

El juez ante el que me llevaron era calvo. Como el hijo de puta que se atrevió a intentar robarme el amor de mi ángel. Iba vestido de forma elegante pero informal, de sábado. Rebeca se me acercó a la silla donde me sentaron para ser el blanco de todas las miradas enjuiciadoras.

—Dos cosas: una, este juez es muy de derechas, no digas ninguna de tus imbecilidades sobre el sistema; y dos, no se te ocurra pedir una orden de alejamiento para ti.

Me leyó el pensamiento. Se me había ocurrido proponer, para demostrar mi voluntad de no querer volver a verla, que me pusieran una orden de alejamiento. Pero por lo visto eso más que exculparme daría muestras de que tengo cargo de conciencia. ¡Cómo son estos abogados! Es que lo ven todo.

—Pensaba decir que mis heridas, si me preguntaba, me las había hecho yo mismo, ya que ella se había inculgado.

Y no era del todo falso. Como ya les comenté, una de ellas me la hice pegándome yo mismo. Ya saben, dije aquello de «¿Quieres pegarme? Pues pega», e hice el gesto pero controlé mal. Me pegué una hostia de narices.

—No pienses, Javier, acógete a tu derecho a no declarar y terminamos rápido. Todo lo demás puede complicarte.

A lo mejor Rebeca era el ángel que me anunció la Virgen mientras estaba en el calabozo. Y yo creyendo que era Utopía... Quizá nunca quise verla como tal porque se me mezclaba la insatisfacción de que no me trate como a alguien centrado y serio. ¿Pero por qué iba a hacerlo si no soy ninguna de las dos cosas?

—Bueno. Cuéntenos los hechos —dijo el juez con una expresión que parecía significar más que se la soplaba lo que hubiera pasado que una curiosidad sincera por intentar aclarar y evitar cualquier injusticia.

—Bueno, Utopía y yo estábamos discutiendo... Pero, oiga, es que a mí me han dicho que puedo no declarar, y es lo que me gustaría hacer.

De repente el tío perdió toda su rectitud. Parecía más un cómico que un juez. Se sobresaltó, se echó las manos a la cabeza y empezó a gesticular con aspavientos más dignos de un poseído por el diablo que de un justiciero a sueldo, y a recriminar a Rebeca que si no me había informado, que por qué perdíamos el tiempo... ¿Qué tiempo habíamos perdido? ¡Si apenas comencé a hablar ya decidí acogerme a mi derecho a no declarar! «Titiriteros», pensé englobando a toda la justicia.

—Bueno, en definitiva, que usted es inocente y no ha pegado a nadie, ¿no es cierto? —concluyó el juez sobreactuado.

—Eso.

«Joder, qué majo», pensé. Me había quitado las palabras de la boca. No dijo que me declaraba inocente y ya estaba, sino que matizó que no había pegado a nadie. Me dio la impresión de que estaba de mi parte. Y la cosa terminó: volvía a ser libre.

Rebeca se puso a firmar unos papeles. Estaba en su salsa: organizándolo todo, dando instrucciones incluso al juez. Es tremenda. Me puse a mirarle el culo mientras hacía todo esto y yo mantenía mi cara de víctima. Le miré las piernas. Me gustaron sus tobillos. Los tobillos son muy importantes para mí en una mujer. Me gustan delgados. Llega a tal extremo mi obsesión por esa parte del cuerpo de las mujeres que he renunciado a echar polvos porque los tobillos de la chica eran gruesos. La culpa es de un amigo mío que cuando tenía dieciséis años me contagió su obsesión por esta parte de la anatomía femenina. Para mí son más importantes que las tetas o el culo. La cara y los tobillos lo son todo para mi respuesta sexual. Luego, Rebeca me pidió que la acompañara. Salimos a un pasillo, muy limpio, por cierto.

—La policía te va a acompañar a recoger tus cosas de casa de Utopía. Esto no es habitual, con lo que están demostrando que no te consideran culpable del todo. ¡A saber qué ha pasado en esa casa!

—Desde luego muchas cosas, pero para nada maltrato, Rebeca.

—Lo que tú digas, Javier. Y ¿qué me dices de todos los moratones que llevas?

¿Es que no se daba cuenta de que cuando vino a verme al calabozo no llevaba ni la mitad? Claro, igual se pensó que me iban saliendo conforme se me enfriaba el cuerpo. Podría ser, sí.

—Bueno, Rebeca, ¿algo más?

—Nada más. No le cojas el teléfono. El lunes este caso pasa a los juzgados de maltrato a la mujer y tienen que ver que tú intentas romper de verdad con todo esto. Déjame tu móvil.

—¿Para qué?

—Me lo llevo yo. Es la única garantía de que no la liarás.

—Rebeca, no pienso cogerlo, así que no te lo voy a dar. No quiero ir a la cárcel. Se acabó Utopía.

—Y la razón es esa, ¿no? Que no quieres ir a la cárcel.

¿Podía haber otra? Por supuesto que si no estuviera la ley de por medio ahora mismo estaría cuidando de ella. Follando. Con preservativo, eso sí. Me ha faltado echar un polvo con ella con el chubasquero.

Ahora ya no haremos nada. Los hombres y su ley se han metido por medio. No me fío ni de los hombres ni de su ley. Es imperfecta. Como casi todo lo que creamos. Y matizo lo de casi todo. Hay que reconocer que lo que fabrica Apple es perfecto. Soy muy «Macintosh»: desterré los PC el día que me compré mi primer ordenador de esta marca. Son relojes suizos. Sirven para lo que sirven. Como debería pasar con todo. Nada de funciones superficiales que solo sirven para que lo que de verdad necesitas se atasque porque los recursos de tu computadora están entretenidos con pijotadas.

—Sí. La razón es esa —contesté, sabiendo que contribuía a que añadiera otra losa

a su respeto por mí.

—Bueno, ahí vienen. Recoges las cosas y te vas a tu casa. Ya nos veremos.

—¿Podemos comer juntos?

—No.

La policía me llevó a casa de Utopía. Estaba buscando entre los recovecos del coche mis mil euros cuando recibí un sms de ella.

Estoy en casa. En mi habitación. No saldré para evitarte dolor.

Pero si quieres puedes entrar a verme.

Te he dejado todo preparado en la puerta.

*Si pudieras dejarme el dinero para los cursos
te lo agradecería.*

Se refería a los mil euros, luego ella no los tenía. ¡Mierda! ¡Había perdido mil euros! Y sin embargo el papelito con el teléfono de la chica poli lo llevaba en el bolsillo. Ya podía haber sido al revés. Subiendo a su casa empezó a embargarme la emoción. No podía contener las lágrimas. Abrí la puerta. Mis cosas estaban ahí. Había una nota sobre la maleta.

Si quieres entrar a la habitación a verme, puedes.

Prometo no hacer nada. No montar ninguna escena.

Dudé. Entrar o no entrar, ahí residía el dilema. Jugármela como siempre o apostar por lo seguro, como no he hecho nunca. Lloré más. Lloraba cada vez más. Me acerqué a la taza donde guardábamos el dinero para ver si al menos le quedaba algo para terminar la semana. Y entonces los vi. Eran los mil euros. ¡Los mil euros que habían pasado la noche en el calabozo conmigo los tenía ella! Vale que no supiera que eran míos, que los recogería del coche patrulla pensando que había tenido suerte. Pero ¡joder! ¿Por qué entonces seguía pidiéndomelos? Al final iba a reunir más dinero que yo. Los policías me miraron y me apremiaron para que acabara ya. Preferí no pensar más en ello. Ya le haría una transferencia.

—Ya acabo —dije frotando mi nariz con los dedos de mi mano izquierda, a fin de evitar la velita que tanto me recriminaron en el jardín de infancia.

Recogí todo y lo bajé al patio. Dejé las llaves en la cómoda que había a la entrada; la cómoda donde tantas veces había dejado la camisa para empezar a quitarme los pantalones y hacerlo allí mismo como dos salvajes. Fue más duro de lo que pensaba toda aquella mudanza. Miré por última vez la puerta de su dormitorio. Nuestro dormitorio. El dormitorio que la multinacional del mueble fabricó para satisfacer los sueños de mi niña y mis más sórdidas fantasías. Salí. La policía cerró la

puerta. Jamás he sentido un vacío como aquel. Rogué a mi Dios para que ocurriera algo que lo arreglara todo y nos devolviera a los primeros meses juntos. O incluso a nuestra primera conversación en el bar.

—El tiempo nunca da marcha atrás —escuché una voz profunda y serena en mi cabeza.

—¿Eres Dios?

—Soy tu abuela.

—¿Y esa voz?

—Flemas. —Y carraspeó.

—No estarás muy orgullosa de mí, ¿eh?

—Nunca lo he estado, hijo, solo has dado problemas.

—¿Qué culpa tengo yo si me enamoro de...?

—Sí, ya, ya..., lo que sea —me interrumpió—. Mira, esa chica te está utilizando. Se está aprovechando de sus curvas para jugar contigo. Es otra hija del demonio, tal y como el Señor nos advirtió.

—Bueno..., nunca he tenido claro que pueda existir un manipulador si no hay alguien que quiera ejercer de manipulado.

—No entretengas más a los grises, que tienen cosas más importantes que hacer que cuidar de ti.

—Ya no van de gris, abuela. Hace tiempo ya...

—¿Qué? ¿Y de qué color llevan la gabardina?

—No llevan gabardina.

—¿Y cómo esconden las intenciones?

—No las esconden. Llevan el arma y la porra a la vista.

—Eso es porque así infunden más respeto, claro. La cosa entonces se ha desmandado mucho. ¿Es que el rey no hace nada al respecto?

—El rey no manda demasiado. Esto es un Estado de Derecho. No tiene poderes.

—¡Pero entonces los moros nos invadirán!

—¿Tú crees, abuela?

—Yo no creo en nada. Una vez muerta, pierdes mucho la fe.

—¿Y para qué demonios quieres la fe si ya has averiguado el sentido de todo esto?

—Para averiguar el sentido de esto otro.

—¿Tan aburrida es la eternidad?

Los policías me miraban. No sabían si es que había olvidado algo o que simplemente padezco de ataques de parálisis. Me despedí de ellos. Cogí mi coche. Elegí una canción en concreto para celebrar mi obligada libertad. *Here I Go Again*, de los White Snake. Conducía despacio. Empapándome de las palabras de Coverdale. Cuando entró en la canción la contundente batería, pisé el acelerador y me imaginé

como en una escena de película. Perdiéndome entre el vapor seco del desierto. Pero tenía que parar. Pensé en que en mi nevera todo estaría pasado de fecha y tenía hambre. Paré en un Opencor que me venía de camino. Utopía y yo íbamos mucho a comprar cosas a ese lugar cuando la noche estaba avanzada. Ahora iba solo y eran las 15.30 de un sábado lluvioso. Supongo que tendré que empezar a adaptarme y aceptar los cambios...

Y de esta manera he llegado otra vez a estar solo. Rodeado de pensamientos, voces y fantasmas del pasado, pero eso no hace que me sienta acompañado. Han pasado muchos años en los que jamás me ha faltado compañía. Más de veinte años prácticamente sin dejar de sentir los tobillos de una mujer bajo la cama. Me gusta esa sensación. Sentir el cuerpo de una mujer antes de dormir me hace sentir útil. No es que sea la razón de mi vida, pero es un argumento muy importante para que yo no me coma la cabeza pensando en qué sentido tiene todo esto de despertarse y acostarse.

Capítulo XX

LOS CONSEJOS, LAS PROMESAS Y EL DESAGÜE POR DONDE SE VA LA RAZÓN

Él: Nunca encontrarás a nadie que te ame como yo.

Ella: Prométemelo.

Si existiera una razón por excelencia para no bajarse del tranvía que me lleva por estos raíles tan descalabrados que parecen ser mi vida, sin duda alguna sería que el conductor de la máquina lleva los ojos vendados. Esto hace, aparte de imprudente, apasionante el viaje. Por si fuera poco, el cambio de agujas parece manejarlo un disléxico y los semáforos se han fundido con una sobrecarga producida por la última tormenta. Resumiendo toda esta poesía barata, diríamos que Utopía es hoy por hoy la única razón por la que me despierto cada día con ganas de vivir. Puede que también sea mi único argumento, o al menos el más importante, para terminar estrellando mi cuerpo contra un agujero abierto en la tierra y morir. Qué duda cabe de que a su lado puedes sentir la electricidad estática de la túnica negra de la Parca erizando el vello de tus brazos y de tu pecho... Pero caer muerto no es algo que vayas esperando a cada momento si al abrir los ojos por la mañana sigues deseando algo. Y yo, todas las mañanas, me despierto con el deseo de que por fin nos abandone el demonio que nos enfrenta, ese pícaro burlón venido del infierno que manipula nuestras palabras para que lleguen en forma de dardo envenenado al corazón del otro.

Por eso hago caso omiso de los consejos de Rebeca, de los de mis conocidos, de los de mi madre y hasta de los de mi exmujer. Sí. No se iba a quedar fuera Alicia. Nadie se frena a la hora de dar consejos. Y es algo que no me va demasiado; ni darlos ni que me los den. El caso es que recibí una carta de mi exmujer a los dos o tres meses de nuestro divorcio. Estaba redactada a modo de despedida por los buenos tiempos vividos, pero dejaba tajantemente claro que era una oda al reproche de no haber tenido narices para confesarle que me estaba tirando a otra.

Querido Javier:

Tan solo unas palabras para agradecerte los buenos momentos que en el tiempo compartido hemos pasado. Qué duda cabe que hubiera esperado un final diferente. Bueno, incluso nunca esperé que llegara un final. Creí que estaríamos para siempre unidos de una u otra manera. Yo ahora soy feliz con él —el tipo de las zapatillas, como siempre le has llamado tú— y espero que a ti te vaya bien y no termines con esa mujer con la que estás como me dicen nuestros amigos que vas a terminar: solo y roto.

Dale recuerdos también a ella. Espero que te quiera como te mereces —

ni más ni menos—. Me pregunto por qué, si yo tuve el valor de contarte que tenía un lío, tú no, y has preferido hacerme cargar con la culpa. En el fondo tengo que darle las gracias a ella, a tu «chica», por publicarlo. Aunque me dolió, me sirvió para darme cuenta de que tu amor por mí era una farsa. [...]

Sin más, y tal y como tú me engañaste enseñaste, me despido para siempre en un día de otoño. De los que a ti tanto te gustan y a mí tanto me deprimen.

Saludos

Lo que más me fastidió de la carta es que seguí sin enterarme cómo demonios se llamaba el tío de las zapatillas. Por supuesto le contesté. Ella había elegido el formato epistolar de toda la vida: la carta con su sobre que es capaz de llevar el aroma de las manos que dibujaron las palabras; la comunicación en desuso. Y yo no podía ser tan básico y contestarle con un simple *mail*. Yo no podía ser el no romántico. Tardé un día en encontrar el método, pero lo hallé.

Querida Alicia (stop). Llamo al tío que se te zumba «hombre de las zapatillas» porque nunca tuviste la deferencia de decirme su nombre (stop). Mi chica manda sus «de nada» (stop). La farsa era decir quererme y contarme zumbarte a otro (stop). Yo al menos no dije ni conté nada por evitarte sufrimiento, que es un cáncer del amor (stop). Y por favor, para despedirte con un «saludos» no hace falta hablar del otoño (stop). Es despilfarrar poesía.

Mandé el telegrama y se lo conté a Utopía. Me acuerdo de que no le gustó mi maniobra. No por mis palabras, sino porque el hecho de contestar su carta suponía cierta necesidad por mi parte de comunicarme con ella. Yo pienso que para nada lo uno implica lo otro, pero como lo que uno piensa no sirve de mucho cuando los demás creen que piensas lo contrario aunque no lo quieras reconocer, dejé de pensar sin más.

Pensar. Hace tiempo hablé con mi hermano de esto. Pensar. Recuerdo que me dijo:

—Javier, le das muchas vueltas a la cabeza. La gente como tú está siempre en el límite entre la razón y la demencia. Es fácil perderse en el otro lado si no paras de remover tempestades en tu cerebro.

—Mira, lo he leído en *Siddhartha*. La verdadera sabiduría no se puede transmitir salvo que no te importe parecer un loco.

—A eso me refiero —añadió.

—Sí, ¿verdad que es una buena frase?

—No, no... Me refiero a que ya no te cuestionas si eres un imbécil o un sabio. Has descartado la posibilidad de que estés como una regadera. No digo que no seas sabio; simplemente digo que tú ya te sientes incomprendido por ser el único que tiene la verdad. Los demás estamos equivocados. Tú no.

—No digo que estéis equivocados. Es que no hacéis esfuerzo por comprenderme.

—¿Y por qué habría que hacerlo? El sol sale por la mañana y se esconde por la tarde. Puedes hacer dos cosas: aprovechar su calor por el día para vivir y disfrutar de su ausencia por la noche para fabricar secretos que sirvan de refugio a tu alma, o romperte la cabeza preguntándote qué fuerzas manejan al astro rey y qué tienen que ver contigo y tu destino. Los que de verdad saben ser felices eligen la primera opción. Los que escogen la segunda no tienen por qué dejar de serlo, pero suelen perderse lo mejor del astro rey, sus propiedades para nuestra salud e iluminar nuestros momentos.

—No te entiendo nada —le dije.

—Tú no estuviste en el entierro de la abuela, ¿verdad?

Sabía sobradamente que no. Eso me lo ha reprochado mi familia desde el día que la enterraron.

—¿Y eso qué tiene que ver con todo esto? —pregunté un poco molesto por la pregunta. Mi hermano estaba haciendo como Rebeca, preguntando para llegar a la respuesta que él espera. Y eso me molesta mucho, de verdad. Me parece una pérdida de tiempo. «Dime adónde quieres llegar y nos ahorraremos la posibilidad de que me distraiga si tu discurso me parece demasiado largo pensando en adónde quieres ir a parar».

—Cuando la abuela estaba para morir, me cogió de la mano y me redactó unas palabras para que se leyeran en su entierro. En ellas se decía algo sobre ti. Algo bello, pero a la vez estremecedor. Si hubieras venido, sabrías de lo que hablo.

Por qué estaba haciendo eso, no lo sé. Mi hermano nunca ha sido un tipo jodelón. ¿A qué demonios venía tanto misterio?

—Bueno —dije mostrando cierta indiferencia. Mi estrategia preferida: la famosa psicología inversa. Consiste en hacer creer a la persona de la que quieres obtener algo que no estás interesado en ese algo. Cuando la persona tiene entre seis y siete años suele funcionar. Si funciona pasada esa edad, hay que sopesar la idea de que esa persona sea gilipollas y que tú también lo seas por perder tu tiempo intentando obtener algo de gente así—. ¿Y qué es lo que dijo?

—Era algo sobre tu suerte en el amor.

—Bien, y ¿guardas ese papel? —Empezaba a sentir impaciencia, se me iba a hacer puñetas mi psicología inversa. Resulta que desde que murió mi abuela mi hermano guardaba el sentido de sus palabras y yo no lo sabía.

—No, pidió que lo echaran junto a su ataúd.

—Bueno, pero te acordarás de lo que decía.

—Prometí decirlo en voz alta solo aquella vez. Me hizo prometérselo.

—¡Está muerta, joder! ¿Acaso crees que va a venir del más allá para echarte la bronca?

—Una promesa es una promesa, Javier.

Y una rosa es una rosa, como dice Mecano. ¡No te jode...! Cuando alguien se esconde tras su palabra de honor para impedirte avanzar en tu búsqueda de lo que sea está claro lo que está intentando. Dominarte. Doblegarte. Tenerte atado con la más vieja de las amarras: la incertidumbre, la curiosidad, la necesidad de saber algo que puede revelarte cómo dar con seguridad el siguiente paso. Las promesas no existen. Existen las intenciones de cumplir las promesas. Pero prometer es malgastar palabras, y creerse una promesa, tener pocas luces. Si nadie puede controlar el azar en nuestras vidas, ¿quién puede asegurar que siempre se sigan dando las condiciones para que puedas no traicionarte?

Utopía, por ejemplo, es una fervorosa practicante del cumplimiento de las promesas. Yo hace tiempo que dejé de prometerle nada. Soy muy ligero a la hora de prometer, de jurar. Puedo jurar cualquier cosa por la vida de quien haga falta, hasta por la mía. La experiencia me ha demostrado que nadie de los que he puesto en juego en mis juramentos ha caído fulminado por un rayo cuando he incumplido mi palabra. Además, que yo sepa no hay ningún mandamiento cristiano que diga que no prometerás si no estás seguro de no poder cumplirlo. Porque no cumplir una promesa no es lo mismo que mentir, solo es cambiar de opinión. Prometer sabiendo que no vas a cumplir sí podría serlo, aunque, en mi opinión, si haces eso, más que estar mintiendo estás dando la oportunidad a la otra persona de que aprenda de una vez por todas que creerse una promesa es pueril, poco práctico, y te predispone a sufrir otra decepción en la vida de la que no aprenderás nada, porque culparás al otro de haberte mentido en lugar de a ti de ser un ingenuo. No es que ser ingenuo esté mal. Ser ingenuo simplemente demuestra que todavía eres tonto. Que no aprendes, porque con las oportunidades que te da la vida para que dejes de serlo, deberías haber pasado a ser un desconfiado hace tiempo. A ver, lo de Utopía con las promesas no es solo una cuestión de ingenuidad: lo suyo es un código autoimpuesto. La razón no la tengo clara. Unas veces creo que es porque necesita saber que hay algo inquebrantable en este universo, algo imperturbable, algo que nunca se irá de su lado. Como ya dije, no ha tenido una vida fácil. Ha tenido que sobrevivir sola en este mundo devoraindividuos. Todas las instituciones le han fallado: el Estado, la familia, Dios. Por eso digo que se aferra a las promesas de esa manera tan dogmática. Su mente tiene que creer en algo o quedará a la deriva con su barco sin timón.

Dice que Dios la abandonó. La historia con la que lo afirma es un tanto surrealista y no me deja muy claro nada, como casi siempre que busco respuestas sobre ella. Fue en la cama. Bueno, en una furgoneta. Mientras se lo hacía con un chico y una amiga.

Ella tenía unos quince años, me dijo. El muchacho estaba penetrándola a ella mientras la otra cría la besaba en la boca. A menudo le pido que me repita la historia porque me pone de un cachondo que no veas. Ella dice que se sentía la mujer más plena del planeta; que aquello era el verdadero amor. Adolescente. Todavía instintivo en toda su naturaleza. Los dos sexos creados por Dios compartiendo un mismo cuerpo: el suyo. Cerró los ojos y le dio gracias por todo aquello. Y en aquel mismo instante abrieron el portón de la furgoneta un grupo de chavales vestidos con camisetas de bandas de rock que basan su imagen en la falta de higiene, y lo que era puro, dulce y natural pasó a ser sucio, amargo y depravado. No voy a dar más detalles. El muchacho recibió algo parecido a lo que he recibido yo en el calabozo, y ellas..., pues se pueden imaginar.

La primera vez que me contó la historia no pude evitar preguntarle:

—¿Pero te gustó más lo puro o lo sucio?

—Te estoy diciendo que a mi amigo le dieron una paliza.

—Ya, pero obviando eso, que siempre está mal, ¿qué sexo preferiste?

—Si te refieres a si me puse cachonda, te diré que sí. Que nos trataron bien. No fue una violación en sí. Conocía a los chicos y tres de ellos me gustaban.

—¿Pero cuántos eran en total?

—Tres chicos y una chica, la hermana de uno de ellos.

—¿Y qué pasó con el chico al que dieron la paliza?

—No volvió a hablarnos.

—¿Por qué? ¿Qué culpa teníais vosotras de lo que pasó?

—Nosotras lo habíamos planeado, y terminó descubriéndolo. La verdad es que el chico era el novio de mi amiga y le estaba poniendo los cuernos, y decidimos tenderle esa trampa.

—¡Caray! Pero no hacía falta que le dierais el placer de tener un trío. Podríais haberle dado la paliza sin más. El tío se llevó lo suyo de bueno.

—Es que me gustaba. Era yo con la que le estaba poniendo los cuernos a mi amiga.

No me negarán que no es para quedarse mirando a esta mujer y no volver a dirigir la vista a nada ni a nadie más. Esa lógica tan kafkiana, esa falta de cualquier previsión de razonamiento la convierten en el mayor de los jeroglíficos. Las pirámides de Egipto son meros sudokus comparadas con la racionalización de esta hija de la cordura enferma. Los hay que prefieren libros. Yo prefiero su alma. Releer constantemente la misma página y ver cómo mutan las frases a cada nueva lectura.

—Pero no entiendo por qué culpas a Dios de algo que tú provocaste —le pregunté.

—¿Y quién culpa a Dios de nada?

—Esta es la historia que me cuentas cada vez que te pregunto cuándo y por qué te

abandonó.

—Porque siempre que te la cuento terminamos haciendo el amor de otra manera. No como siempre.

—No sabía que tuviéramos una manera de hacer el amor como siempre.

—Tú no sabes nada, cariño, nada de nada sobre nosotros.

Y ahí solíamos empezar a desnudarnos. ¡Cuánto voy a echar de menos esas introducciones tan caóticas para iniciar la actividad sexual! Nuestros rituales sadomasopsicologistas. Nunca he tropezado con nadie que pudiera condensar tanta energía dentro de sí en una pelea para luego darle salida a modo de placer. De orgasmo. Parecía que el universo nos utilizaba para restablecer su equilibrio en pequeñas dosis. Dos humanos contribuyendo a la continuación del Big Bang.

Por eso la gente teme tanto nuestra relación. Saben que nos hemos juntado una sirena desterrada de las profundidades del mar y un marinero que arrojó su brújula al océano confiando en que seguir la estela del rastro de la mujer pez le llevará al puerto donde le esperan los mejores besos. Y por eso mismo no puedo aceptar consejos de nadie, porque no son sino intentos por sustituir a mi brújula. Vanos esfuerzos por abortar mi único viaje voluntario, por reducirme a los límites de la costa de un país de enanos, feos y miedosos.

Cuando llegas a esta conclusión, a negar cualquier contacto con la realidad de la que hablan los que te conocen, los que te aprecian a su manera, cuando aceptas que estás a merced de tu suerte, que no vas a dirigir ninguno de tus movimientos, sino que te vas a dedicar a guiarte por la voz más profunda de tu alma, esa voz que no es la de la conciencia, ni la de tu cobardía, ni la de tu valor, ni la de tu abuela, que ni siquiera escuchas con claridad, que desconfías de que no sea ni tuya, que puede que sea que simplemente un duende aburrido esté tocando algún instrumento hecho de cuerdas de piel de mujeres malas y huesos de hombres grises y sus notas pronuncien tu destino... Cuando llegas a ese punto es cuando tu hermano, tu padre, tu gente te dirá por última vez que estás cruzando el puente al otro lado, y tú te girarás para ver cómo se despiden de ti, y no los verás ya porque una densa niebla cubrirá cada paso que vayas dando, y el horizonte que se abre a tu nuevo camino parecerá no pertenecerte, no querer recibirte, guardarte rencor por el tiempo que has tardado en llegar hasta él. Te sentirás en ningún lugar, ninguneado por tu propia vida, ni para adelante ni para atrás. ¿Y si te pierdes al volver? ¿Y si sucede al avanzar? El próximo segundo lo decidirá todo. Entonces ves la cola de la sirena aparecer y sumergirse a un lado del puente. Esa opción no la habías contemplado: ni adelante ni atrás, escapar del camino trazado por la perpendicular, saltar del puente y probar si la marea oscura sabe qué hacer contigo.

Yo tengo la sensación de haber saltado en algún momento de este último año. Quizá cuando conocí a Utopía, quizá cuando me separé de mi mujer. Salté. Todavía

no sé si he hecho bien. Todavía no sé si ha llegado el punto para sacar la conclusión. Elegí la opción que no se me mostraba clara. Inventé un camino. ¿Y si el destino ese del que hablan no lo contemplaba? ¿Y si he saltado a un agujero negro de esos que dicen que se comen hasta la luz?

Capítulo XXI

EL PORQUÉ DE LOS FRACASOS EN LAS RELACIONES Y EL GERMEN DESENCADENANTE DE UNA NOCHE EN LOS CALABOZOS

Se equivocaba tanto sacando conclusiones que al final me dejó por todo lo que jamás se me habría ocurrido hacer.

Estar otra vez en mi casa me alivia al tiempo que me hace tener la extraña sensación de haber dado un rodeo por mi vida para llegar otra vez al mismo sitio. Desde luego que me llevo la experiencia. Tengo otra oportunidad para intentar hacerlo bien, podría pensarse. Pero no creo en segundas oportunidades. Los segundos no se detienen, luego nunca estarás en el mismo punto espacio-tiempo a la hora de repetir lo que sea. ¡Por Dios! Es verdad que empiezo a pensar como un tarado. Pero es que o pienso o me aburro, y no soporto aburrirme, ya lo dije.

Mi aptitud para el aburrimiento crónico me convierte en un ser tendente a la depresión. Y solo puedo escapar de ese dolor sordo que provoca la falta de explicaciones, de perspectiva, de planes, pensando, escribiendo canciones o a través de la boca de una mujer. Por supuesto no de la de cualquiera. No, las mujeres que han pasado por mi vida, todas ellas, han tenido un denominador común: les interesaba yo. Y por supuesto a mí me interesaba casi todo de ellas. Y matizo casi todo porque a raíz de mi vida con Utopía he aprendido algo importante sobre el amor que, pese a que lo sabía, no encontraba la manera de aplicarlo. Hay que querer, hay que amar el lote completo. No se trata de que te guste todo de tu pareja, sino de que lo que no te guste seas capaz de amarlo. Difícil, ¿eh? A ver si no por qué hay tantas separaciones y por qué la mayoría de ellas encima son violentas. Por qué de tanto amar lo que pensamos que puede llegar a ser la otra persona pasamos a no reconocernos siquiera. A desconfiar de la que apenas unos meses atrás le dabas la espalda y le proporcionabas un revólver con la absoluta garantía de que no lo usaría contra ti. A ver quién es el guapo que le da un cortaúñas siquiera a su pareja cuando está en vías de divorcio.

Sí. Y la cosa creo que pasa por lo que les digo: no amarlo todo de la pareja. Al final amamos lo que nos apasiona, lo que nos sirve y lo que proyectamos de lo que deseamos que sea. Yo con Utopía he probado a amar incluso lo que me mata. ¿El resultado? Que si la otra parte no lo hace, el barco termina haciendo aguas igualmente y a ti se te queda la sensación de haber sido víctima de una estafa. Pienso que yo he hecho más esfuerzos que ellas siempre en esto. Empiezo a tener claro que la mujer está programada para eliminar al macho a fin de atraer nuevo esperma para que la reproducción de la especie sea más variada. Y como hemos aprendido todo sobre el amor de forma teórica, tienen condicionada su voluntad, no se permiten expresar su

condición natural sin tapujos. Se sienten culpables de traicionar su emoción aprendida y no se dan cuenta de que realmente están traicionando una mucho más importante, su instinto natural, el de la reproducción. Los métodos que usan son básicos y hasta podría decirse que infantiles, pero muy efectivos. Terminan haciendo erosión en cualquier corazón por muy de piedra que lo tengas. Recuerdo una vez con mi exmujer que terminó sacándome de mis casillas y creo firmemente que fue el comienzo de mi retirada en la lucha por intentar recuperar mi matrimonio, por evitar su naufragio.

«¡Pórtate bien!», me dijo estando tirada en el sofá entregando su inteligencia a la máquina desguazadora de cerebros que se esconde dentro del aparato de televisión. Siempre necesitaba, de repente, un refresco, un bocado de algo, o una lima de uñas; cualquier cosa para iniciar su ataque desde su subconsciente. Ya podía estar yo subido a un taburete sorteando a la muerte con equilibrios circenses para cambiar un tubo fluorescente de la cocina.

—Cariño, cuando puedas, cuando acabes..., ¿podrías traerme de la nevera una Coca-Cola? —pronunciaba su boca mientras el resto de su cuerpo manifestaba claramente que el «cuando puedas» significaba «AHORA».

—Puede que acabe muerto, cariño, en cuyo caso, ¿te importaría que no te la llevara y llamar a tus padres para que arreglen lo del seguro?

Lo de que sus padres arreglaran lo del seguro era porque su padre nos tenía a todos pagado el entierro. Era un hombre que no quería molestar a nadie, ni siquiera muerto; por eso lo tenía todo preparado. A mí me incluyó un día que estábamos de cena y se me atragantó una raspa de un pescado de estos que anuncian en la carta que no tiene ninguna espina. Lo pasé mal. Fatal. Pensé que me iba a visitar a mi Dios de manera definitiva e imprevista, pero no. Al final surgió un médico de alguna parte que supo hacerme eso del golpe en el pecho y todo quedó en un ridículo embarazoso, como son todos los ridículos. Ahí el padre de ella se sintió como si me debiera algo. No creo que fuera él el que colocara la espinita de las narices, pero si decidió sentirse culpable, tenía todo su derecho. Así que me incluyó en su seguro de defunción familiar.

—¿Por qué te cuesta tanto hacerme un favor? —siguió mi ex. Este tipo de preguntas son las que me confunden. ¿Realmente quería un refresco o buscaba una razón para hacerme un psicoanálisis?

—Contestando a tu pregunta te diré que me cuesta porque tengo las manos, los dientes y mis piernas ocupadas en evitar un accidente y consumir la operación que tú misma me has pedido que realizara —pronuncié intentando que no se cayeran los tornillos que sujetaba con el marfil de mi boca.

—Ese fluorescente lleva estropeado más de dos semanas. ¿Tenías que repararlo ahora que te pido una Coca-Cola?

Esta última frase la empezó a decir levantándose, llegando hasta la nevera, apoyando su mano sobre el picaporte de aquella, y la acabó volviendo al sofá sin haber abierto la nevera, haber cogido la Coca-Cola y tirándose de nuevo sobre los cojines de su trono como si la vida le pesara.

—Estás de coña, ¿no? ¡La Coca-Cola me la has pedido cuando ya estaba arriba! —dices, incauto de ti, que no te das cuenta de que le estás dando lo que desea, incluso más que la Coca-Cola: pelea. Pelea que aporte otro milímetro de distancia entre tu entendimiento y el suyo.

—Sabes que a esta hora siempre me tomo una Coca-Cola.

—Sabes que a esta hora siempre reparo el fluorescente —contestas algo irritado. Y ya has perdido. Tu ingenio estaba distraído dando paso a tu sentido del equilibrio y tu frase no sirve para nada. Es un absurdo.

—Ya se enfada. El chico no sabe encajar una crítica constructiva. ¡Qué arrogante eres!

Y siguió viendo la tele como si nada hubiera pasado. Y a mí me invadieron un montón de preguntas, unas sobre cómo colocar el fluorescente y conservar la vida, y otras, las más importantes, sobre por qué leches no encontraba a la mujer que supiera darme lo que necesito.

A la mujer perro, como la llamo yo. Una mujer leal, cómplice y vagabunda. La mujer que era al principio mi buena Utopía, pero solo al principio, porque ninguna mujer llegará al final como la conociste. Ni siquiera Utopía, que parecía estar por encima del resto. Y poco a poco vas alejándote hasta quedarte solo. Puede que me juzguen un tanto exagerado por tomar esa anécdota como la referencia que inició mi desinterés por mantener a flote mi matrimonio, pero también dicen que el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo inició la Primera Guerra Mundial y no me lo trago. Sin embargo, hay que buscar algún momento para justificar nuestras acciones. Y eso hice.

Mi casa está hecha un desastre. Dos meses sin aparecer por aquí permiten al polvo hacer su papel. La luz no funcionaba cuando entré: había saltado el diferencial por alguna sobretensión de la tormenta. No debía de hacer mucho de esto, porque la nevera seguía fría. Me he tenido que duchar con agua fría para quitarme la sensación de llevar todavía la manta del calabozo sobre mi ropa porque el gas tampoco iba. No me importa. Sé de sobra que mi Dios está jugando conmigo. Son las pruebas, las señales de siempre; pequeños obstáculos para entretenerme y forjar mi fuerza de voluntad. Luego he comido. He comprado unos chorizos estupendos para hacer a la brasa. Yo los he hecho a la plancha. Como si me los hubiera tenido que comer crudos.

Luego he atendido una llamada de Rebeca, que estaba preocupada por si me había quedado en casa de Utopía. Por si no había conseguido escapar de la sirena y su mar. La he intentado convencer —o tal vez intentara convencerme a mí— de que todo está más que terminado. Hasta le he expuesto varias razones improvisadas de por qué no quiero tener pareja en este momento de mi vida. Y ahí ha empezado a darme la razón y a descuartizar a su novio.

Siempre me he preguntado por qué están juntos, pero, obviamente, mi animadversión a dar consejos me impide abordar el tema con ella. No entiendo por qué trata así a su novio. Lo hace mucha gente. Siguen juntos a pesar de tratarse como si no se soportaran. ¿Por qué hacemos eso? Estemos o no cansados de una persona, jamás deberíamos burlarnos de ella. Y lo digo yo, que me he pasado la infancia torturando a la gente. Lo digo yo, que he discutido con la mayoría de las mujeres hasta arrastrarlas al infierno de la duda de sí mismas y de su amor por mí. ¿Por qué veo tan fácil arreglar las relaciones de los demás y las mías son el puto desastre que son?

Estas dudas se las comenté a la psicóloga que visitamos Utopía y yo. Pero esas dudas se llevaron muy inteligentemente por parte de mi pareja en mi contra. De no entender por qué me costaba tanto comprender mis relaciones, la titulada pasó a constatar que mi problema era que no aceptaba que la mujer tuviera sus cambios de humor. Sus tristezas, básicamente. Su sensibilidad, que yo confundía con debilidad, según la licenciada en cabezas averiadas. Se empeñó en que yo no soportaba el dolor, ni el mío ni el de la persona que estuviera a mi lado, y eso nos atascaba. Es cierto que cada vez que alguien que me importa sufre yo no lo llevo bien. Le doy unas cuantas soluciones a su problema, y si no le sirven para salir de su aflicción, la tomo con la persona en cuestión acusándola de no trabajar lo suficiente la felicidad. Ya sé que es un poco contradictorio. De hecho, si lo resumimos, lo que hago es cargar más de problemas a la persona, pero es superior a mí. Contemplar cómo la tristeza se apodera de las personas que quiero y no hacen nada por desterrarla de sus ojos me supera. Por eso la psicóloga le dio la razón a Utopía.

—No sabes manejar el dolor —me dijo mirando por encima de las gafas aquella mujer de pelo rizado y sonrisa inteligente.

—Es lo que le digo yo —respondió Utopía sin mirar por encima de ningunas gafas, sin el pelo rizado, pero con una sonrisa más inteligente todavía. De hecho, puede que sea la sonrisa más inteligente con la que he tropezado.

—No, tú no dices eso —aclaré—. Tú dices que no lo soporto.

—¿Y qué diferencia hay, Javier?

—Pues que puedo no saber manejar una excavadora, pero no quiere decir que no soporte verla en las obras, Utopía.

—De verdad que tus ejemplos son para publicarlos en las revistas —contraatacó

mi dama.

—En las que tú lees desde luego no. No se entenderían —repliqué.

Y ahí recibí un fumigazo de agua fresca de un dosificador de esos que en su origen contenía limpiacristales. Una dosis de riego por aspersión que nuestra psicóloga me obsequió mientras torcía esa sonrisa de la que les hablaba hasta convertirla en una de esas muecas de reproche que tan bien hemos aprendido a reconocer en nuestras madres. La mujer era así: trataba a sus pacientes como si educara gatos. Nadie puede decir que no nos lo advirtiera. Sus métodos eran poco convencionales. Por eso la elegimos. Para Utopía y para mí cualquier cosa poco convencional era como para las moscas un panal de rica miel.

—Javier, hemos dejado claro que la burla y el insulto, es decir, las faltas de respeto, no se van a aceptar aquí —me inquirió la confundementes.

—¿Qué he dicho? No es culpa mía que ella lea esas revistas para igno...

No pude acabar la frase. Me cayó otro escupitajo de agua. Utopía empezó a reírse. Yo también. La cosa era bastante cómica. Aquellas sesiones no sé si sirvieron de algo terapéutico, pero hubieran dado para desarrollar un guion cinematográfico. Tuvimos tres o cuatro citas más con ella. Yo siempre llevaba una muda limpia por si las moscas. Estaba harto de salir de allí con la ropa húmeda. Luego nos recomendó intentar durante unos meses ser más respetuosos entre nosotros. Dijo que no había más problema que ese: la falta de respeto. Así que nos compramos dos pistolas de agua, y cada vez que uno de nosotros faltaba al respeto al otro, recibía un tiro de H₂O. Al principio funcionó; luego los disparos comenzaron a ser demasiado reiterativos. Los libros de las estanterías empezaron a padecer nuestra mala puntería; las gatas que vivían con Utopía fueron recopilando traumas de los continuos chorros de agua, de nuestros tiros errados, que las alcanzaban; y finalmente, y a favor de todo pronóstico, las pistolitas desencadenaron la bronca que nos ha hecho conocer a fondo las instalaciones donde los hombres cuerdos guardan a los que no respetan el código. Su código.

Tal vez si hubiéramos probado con agua bendita, o con ácido...

Capítulo XXII

ÁFRICA, LOS PUZLES, EL PODER DEL SEXO Y LA CONSUMACIÓN DE LA VENGANZA

«Por fin soy yo mismo».

«¿Y antes qué eras?».

«Otro mismo..., pero no yo».

África. El continente de los que necesitan lavar sus conciencias a la hora de celebrar fiestas en las que convocar a la gente que podrá ayudarles para que sus prósperos negocios sigan evolucionando y dando beneficios con los que montar más fiestas en las que convocar a más gente que podrá ayudarles en sus prósperos negocios. Ese gran pedazo de tierra del que dicen, los que gustan de visitar el pasado, que es la cuna donde todos los monos aprendieron a mamar de los primeros primates su odio, su ira y su segregación natural; en definitiva, donde se hicieron humanos. La parcela de este mundo encharcado en la que Dios abandonó a su suerte a una gran parte de los mamíferos de mandíbulas más poderosas y a los de patas más rápidas, supongo que con la intención de establecer un equilibrio en el que siempre se impone la violencia del hambre por la carne. Tampoco difiere tanto la sabana en ese aspecto de cualquier empresa o partido político de estatutos democráticos. África. Mosquitos. Serpientes. Langostas. Hierbas. Colores amarillos. Marrones. Verdes. Verdes donde estén los verdes. Porque nosotros estábamos en mitad de un desierto donde el único verde que podía ver es el que dormita en los ojos de Utopía entre ese cobre oscuro, ese gris londinense y ese esmeralda de minas explotadas.

En cualquier otro momento de mi vida hubiera muerto nada más poner un pie en aquel lugar. Seguro que mi primer paso lo hubiera apoyado sobre arenas movedizas. Mi tendencia a darlos hacia donde no debo darlos. Todos me verían descender de las escalerillas del avión y sumergirme en el fango mientras me despediría de este mundo absurdo sacudiendo la mano a modo de saludo. Pedir ayuda cuando te estás enterrando vivo y el acto de saludar prácticamente no se diferencian en los gestos. Quizá un poco más sobreactuado el de pedir la ayuda. Pero en el mundo del cine se valora mucho sobreactuar: solo hay que ver las primeras películas de Resines para darse cuenta de ello.

A pesar de todo lo que soy, cuando hicimos nuestro viaje a África todo era distinto en mí. No era el mismo torpe humanoide que no sabe desenvolverse ante cualquier adversidad que le proporcione algo que no esté alicatado, señalizado o regulado. Para nada. Me había convertido en una especie de héroe indiferente de una novela de cualquier autor maldito. Un tipo duro sin tendencias suicidas, pero alejado de cualquier temor hacia la muerte. En definitiva, estaba seguro de mí. Había llegado a un punto en el que el dolor de la semana anterior, de mi cuaresma macerada en

cervezas y vodka por las calles de Madrid, había desconchado mi caparazón de hombre temeroso no de Dios, sino de la moral fabricada por los hombres sin moral. No solo me sentía libre y ligero, sino que podía advertir cierta admiración en la mirada de mi chica que se había esfumado hacía mucho tiempo.

Si era por la satisfacción de la venganza que estaba perpetrando contra el tío que estaba robándome el corazón de Utopía, o era precisamente por estar liberado de la responsabilidad de mantener vivo el enamoramiento de mi ángel hacia mí, no lo tenía muy claro. Bueno, tampoco eso me preocupaba. Las razones me daban igual, me quedaba solo con el hecho. ¿Qué más da lo que te haya llevado a dar un beso? ¿Acaso la humedad del momento va a depender de ello? Supongo que el día que le suelte esto a mi psicóloga me dirá que estoy equivocado. El mundo está cambiando. Tengo la sensación de estar viviendo en un mundo en el que se presta más atención a las intenciones, las razones y los medios que a los fines, los resultados y las metas. Eso antes no era así, el fin justificaba los medios, pero ahora los psicólogos han creado un universo paralelo donde todo es relativo. Los medios son más importantes que el fin. Ahora no se trata de llegar a ser el mejor, sino de entender que el propio camino para conseguirlo es el éxito. ¡Por favor! Cuando yo era crío el segundo era el primero de los perdedores, y punto.

Si es buena o mala toda esta psicología moderna no lo tengo claro. Creo que simplemente exime de aceptar la realidad y resta fuerza a tu interés por lograr algo. Es como si, cuando vas a llegar primero en una carrera de obstáculos, te pararan en la línea de meta y comenzaran a preguntarte si es eso realmente lo que deseas, si no estarás intentando ser el primero porque de pequeño tu hermana mayor te pilló tocándote la colita y se chivó a tu madre. ¿Y a mí qué me importa? Simplemente me gusta llegar el primero. Nos hemos empeñado en resolvernos como seres humanos en lo que dura esta vida y creo que la gracia de todo esto no está ahí. «Somos puzles», me decía un día un tarado que se me puso a hablar en el metro porque me vio resolviendo un puzle de esos chinos en mi móvil.

—¿Le gustan los puzles? Todos somos puzles, ¿sabe? —me preguntó cuando en una parada dejaron el sitio de mi lado desocupado.

Pensé que simplemente era de los que le da vergüenza sentarse en silencio. A mí me pasa también. Me siento obligado a dar explicaciones por ocupar un sitio vacío entre dos pasajeros; como si el que está al lado del asiento libre tuviera algún derecho sobre el espacio que hay a su vera.

—Sí, bueno, simplemente ocupo el tiempo en esto. Un puzle, un solitario..., matar zombis...

—Sí, sí, pero usted está resolviendo un puzle. Ahí no hay zombis que matar.

Ya les he dicho que me apasionan los tarados, no puedo evitarlo; y como la vida me trata bien, pues me hace regalitos de estos. Gente proscrita de las relaciones

sociales que busca refugio en las palabras de cualquiera.

—Bueno, quiero decir —le aclaré— que ahora estoy resolviendo un puzle, pero que podría estar jugando a cualquier otra cosa.

—Sí, pero no es el caso. La cosa es que está resolviendo un puzle.

—Lo de resolviendo lo dirá usted. Este puzle lleva rompiéndome la cabeza durante un mes y todavía no he conseguido resolverlo.

—¿Me permite? —me dijo mostrando una mano limpia, de uñas perfectamente cortadas. Una mano de pianista que transmitía la obligación de confiar en su dueño.

—Claro —le dije.

El hombre se levantó y comenzó a moverse por el vagón con mi teléfono móvil como si pasearse le sirviera para activar su inteligencia espacial. Llegamos a una parada y las puertas se abrieron detrás de él. Por un momento pensé en que el tío podía salir disparado y robarme el móvil. ¿Por qué demonios confiaba en él de esa manera? La respuesta estaba clara: porque soy idiota. Efectivamente, desapareció del vagón y apareció en el andén justo cuando las puertas se cerraban, con lo que no tuve tiempo de reaccionar ante el ladronzuelo. Preferí no inmutarme. Hacer como si no hubiera pasado nada, para evitar la vergüenza. Sentía todas las miradas de los pasajeros clavadas sobre mí. Suponía que la gente estaría diciendo «Este tío es imbécil». Nadie diría que ingenuo. Pensarían que soy imbécil. Y supongo que algo de razón tendrían, si no toda. Encima el tío se despedía de mí mientras arrancaba el convoy de vagones, tal como lo hubiera hecho yo de estar hundiéndome en las arenas movedizas de África. Si resolvió el puzle o no es algo que nunca sabré; pero que desde luego yo resolví una buena ecuación estaba claro: un idiota más un sinvergüenza igual a timo.

Puzles. Somos jeroglíficos que hay que resolver. ¿Para qué? Es como si descubrir el sentido de todo esto pudiera darnos la felicidad o nos librara de la muerte o del sufrimiento. No va a pasar nada, puesto que nunca tendremos la absoluta certeza de nada. La gente suele confundirse porque cree conocer la verdad, pero la verdad no sirve de mucho. La verdad disfruta de una buena gama de colores. Sin embargo, la certeza, que no siempre buscamos ni deseamos por cobardes, es negra o blanca. Calcadita a la sensación que te abriga cuando sabes que ya no te apetece hacer más el amor con esa mujer, que ya has cumplido el cupo, que las próximas caricias te dejarán arañazos en la piel. La certeza es un callejón sin salida; en cambio, la verdad siempre muestra más de una puerta, de una salida, y casi siempre una de ellas la tienes detrás.

El viaje a África transcurrió sin incidentes reseñables; muchas anécdotas, eso sí.

Pero lo que realmente importa para mi historia fue que el intruso de nuestra pareja, el susodicho Josué, había estado alejado durante una semana del día a día de Utopía. Y eso que no faltaron sus mensajes vía *sms*; naturalmente, mi petición de desconectarnos del mundo exterior pasó de «Por supuesto, cariño» a «No puedo hacerle eso a Josué en este momento». Pero hasta eso me vino bien. Un día que el móvil de ella estaba sin batería y siendo que era el cumpleaños del tonto de las narices, ofrecí mi nuevo iPhone a mi dama para que al menos pudiera felicitarle. Cualquiera pensaría que soy un pringado por ofrecerme a algo así, pero la maniobra consistía precisamente en eso: en demostrar que aceptaba su relación. Eso acababa con la sensación de competición por mi parte, y con la de ella de sentirse deseada.

No hubo sexo durante el viaje. Al menos juntos. Yo me mataba a pajas cada noche en el cuarto de baño de nuestro bungalow o lo que fuera aquel cobertizo, y hacía porque ella lo supiese. Era una manera de serle infiel. El cuerpo que antes era de ella, el cuerpo que antes podía manejar a su antojo, ahora solo lo manejaba yo. Y por supuesto, sabía que para Josué —por dejar de insultarle durante un rato—, nosotros no parábamos de copular en África. Conozco de sobra la mente de un hombre. Los hombres siempre pensamos que las mujeres que amamos sucumbirán ante cualquier tío que sepa hacérselo, y es curioso cómo no nos damos cuenta de que la mayoría de las mujeres nos rechazan cuando estamos solteros a la búsqueda de una gatita.

Al volver a España, despidiéndonos en el aeropuerto, pude sentir en la mirada de Utopía la necesidad de que volviéramos a estar juntos, pero mi estrategia todavía no había concluido. Ceder tan pronto me hubiera descubierto. Tenía que conseguir que ella sintiera que el usurpador de su amor hacia mí era un estorbo para que pudiera culminar nuestra unión, así que me despedí con un beso en la mejilla y dándole las gracias por todo lo que me había ayudado a superar mi dolor. Es lógico pensar que ella tonta no es. Ajena a mi estrategia sí estaba, pero su instinto natural para la seducción no dejaba de trabajar ni en los festivos. Así, justo cuando yo cogía mi taxi en el aeropuerto, me dijo:

—¿Ahora vas a buscar compañía femenina para tus desahogos?

—Putas —le contesté—. No voy a embarcarme en ninguna relación. Ya no puedo más. Un matrimonio, tú... Demasiadas emociones seguidas. Ahora toca relajarme en cuanto a emociones.

—¿Y para el sexo vas a irte de putas? ¿No vas a salir a ligar?

—Se pierde mucho el tiempo, amiga mía. Además, después de todo lo que me has enseñado, después de todo lo que me has dado, ¿dónde voy a encontrar un rollo de una noche que me proporcione un sexo como el tuyo?

Era un cumplido a la vez que una amenaza. Realmente le estaba confesando que iba a la búsqueda de su sustitución. Demasiado para su necesidad de ser el centro de atención.

—¿Vas a gastar tu dinero aún a riesgo de contraer enfermedades?

—Niña, no voy a irme a buscar las putas por la carretera. Voy a buscar preciosidades de lujo. *Escorts* creo que les llaman.

—Eso te saldrá muy caro.

—No más que una relación.

—Podría dártelo yo.

—No, gracias. Al final, como dice el padre de un amigo mío, los favores más baratos son los que se pagan con dinero.

—Eso es lo que te estoy proponiendo.

Ahí se me vino todo abajo. Todo menos mi miembro, que comenzó a interesarse por la conversación y a levantar la cabeza para mejorar la escucha. Si algo sabía de sobra mi dama es que todo lo perverso ciega mi capacidad de mantenerme firme en mi posición. Hacerlo con Utopía a cambio de dinero suponía definitivamente convertirla en mi PUTA. Y no hay hombre que no desee que la mujer de sus sueños se someta inexcusablemente a su voluntad. Todos queremos una puta en la cama. Nos sobran los «te quiero» y los «ahora no tengo ganas». Aun así, no sé cómo, conseguí zafarme de sus redes en ese momento, pero le dije que la oferta la pensaría y me lancé al interior del taxi como si me desprendiera de una telaraña. La vi quedarse mirándome cómo me alejaba con una sonrisa mezcla de saberse con la victoria por haberme envenenado en la última copa y de no estar segura de dónde caería mi cadáver.

—¿Adónde le llevo? —me preguntó el taxista de unos sesenta años con gafas de pasta y oyente de una emisora de radio a un volumen solo audible para él y algunos perros.

—De momento, aléjese lo más rápido que pueda de aquí. Ahora le diré. Necesito perderla de vista ¡ya!

—Pues ya le vale. La chica está para comérsela.

—Ya, pero esta es de las que se nos comen, amigo.

Al momento recibí un *sms* de ella.

*COMO ME ENTERE DE QUE HAS PAGADO A OTRA MUJER POR SEXO,
CRÉEME QUE TE LO HARÉ PAGAR. PAGARÁS DOS VECES.*

No estaba todo perdido. Estaba desesperada. Había conseguido ponerla celosa aun cuando le había explicado que no buscaría otra relación. Al final era lo de siempre: el sexo. El sexo lo mueve todo. ¿El amor? Para las canciones, el cine, la poesía, y para abrir por primera vez las piernas de la mujer que deseas. Ella, que tantas veces hablaba de que ser infiel no era acostarse por sexo con otra persona, sino empatizar emocionalmente con ella, estaba sufriendo el escozor de tener que tomarse

en serio sus propias falacias. Así pasa siempre. El sexo es la fuerza más poderosa de la tierra. De siempre lo he tenido claro.

Ya siendo chaval recuerdo que tenía un amigo que se llamaba Joaquín; tenía un año más que yo y le encantaban las historias de fantasmas y casas encantadas. A mí también, pero no de la misma manera. A él le gustaba lo científico de todo aquello, la parte que podía llegar a tener algún fundamento, y a mí me gustaba la parte romántica, la poesía de todo ese mundo de sombras, habitaciones frías y almas en pena buscando su redención. Una tarde noche de sábado que íbamos hacia el cementerio me confesó que su madre se estaba acostando con un hombre que no era su padre. Yo le comenté que no me parecía que aquello fuera bueno, pero que me faltaban datos y experiencia para poder hacer un análisis bien adaptado a la situación. Me preguntó si me parecía que su madre estuviera buena, y le contesté que para mí el título de madre y el de estar buena eran incompatibles. Aún hoy, a mis cuarenta y un años, no consigo que las madres me pongan —cosa distinta son las futuras madres, las embarazadas, pero eso prefiero no desarrollarlo para no herir sensibilidades y también lo anoto para el día que vaya a la psicóloga—. Luego me interesé por saber qué pensaba él de que otro hombre se acostara con su madre en la cama de su padre, precisamente en esa cama donde sabía que a él no le habían dejado dormir nunca, ni siquiera cuando tenía miedo por las noches o pesadillas. Sus padres eran rectos y estrictos respecto a la educación de mi amigo; estaba claro que respecto a la suya propia no tanto. Al menos por parte de la madre. Y me contestó que lo que menos le preocupaba era lo de la cama, sino que cuando lo hacían no cerraban la puerta y él les escuchaba desde el salón cómo se lo hacían.

—¿Tu madre no tiene miedo de que tú se lo cuentes a tu padre? —le pregunté.

—Ya hemos hablado de eso —me respondió—. Me dijo que si se lo decía, era que quería poco a mi padre y poco a ella.

—¿Y quién te quiere a ti? —le pregunté.

Obviamente mi amigo no tenía una respuesta basada en hechos reales para esa pregunta, así que solo pudo contestarme:

—Ellos me dan de comer, me pagan el colegio y me dan una habitación donde dormir y hacerme pajas. De alguna manera cumplen, ¿no?

Le dije que yo se lo contaría a su padre. Que decir la verdad nunca es no querer a alguien, sino todo lo contrario. ¡Ingenuo de mí! Evidentemente esto último ahora no me lo creo ni de lejos, pero entonces creía en los fantasmas, con lo que... Yo era muy joven para saber todo lo mala que era su madre por el chantaje emocional al que estaba sometiendo a mi amigo, pero algo en mi interior me quemaba y me empujaba a mediar en aquel sórdido asunto. Así pues, le dije que no se preocupara: yo haría que se enterara su padre y que nadie le dejaría de querer por ello.

Cuando regresamos del cementerio de captar las voces de los muertos, fui a la

habitación donde mi abuela tricotaba algún jersey que nunca me pondría más de dos veces y le pregunté sobre el asunto. Ella levantó una ceja que arrastró uno de sus ojos por encima de sus gafas y me dijo:

—Nunca te metas en la relación de nadie a no ser que sea para formar parte de ella.

—¿Quieres decir que si eres amigo sí puedes meterte?

—Quiero decir que si vas a zumbarte a alguno de los dos sí puedes meterte, pero para juzgarla ni se te ocurra. No sacarás nada bueno.

Como era de esperar, desoí el sabio consejo de mi abuela. Igual que he desoído todos los consejos que me han dado y que no han coincidido con lo que yo pensaba. Así que un día me presenté en la casa de mi amigo a una hora en la que él estaba en clase de repaso de matemáticas y su madre no estaba zumbándose ni a su marido ni a su amante. Me recibió muy amablemente; casi diría que se alegró de verme. Yo fui muy aseado. Bien peinado. Perfumado. Me senté solemnemente en la mesa y le pedí que se sentara en el sofá.

—¿Te ha pasado algo con mi niño? —me preguntó.

—¿Le ha pasado a usted algo con algún hombre que no sea su marido? —le solté.

Si puede haber algo más silencioso que el propio silencio, sea lo que sea, estuvo en aquella habitación en aquel momento. La mujer me miró como nadie me había mirado nunca. No supe interpretar la mirada. Aún hoy no tengo claro si fue de desconcierto, de odio o de gratitud por darle la oportunidad de hablar con alguien de un tema tan feo por aquellos años.

—¿Te has enamorado alguna vez? —me preguntó pasados unos minutos.

—No. Prefiero jugar a otras cosas —le dije.

—¿Quieres un refresco?

—Vale.

Me trajo un Kas de naranja en botella de cristal de las de antes: granulada en su superficie, de vidrio grueso y pesado y con forma de mujer. Al menos así las recuerdo yo. Se sentó en el sofá mientras yo me lo bebía en tres tragos. La tensión del momento me había provocado mucha sed.

—¿Tú te tocas, Javier?

Resultaba una pregunta embarazosa. En aquellos tiempos la masturbación era bastante pecaminosa. Gracias a Dios que ahora sabemos que no todos los calvos se han masturbado ni todos los ciegos se matan a pajas. La medicina ha eliminado un miedo que hemos padecido prácticamente todos los de mi generación. Aun así, no era momento de mostrar debilidad. Si ella notaba inseguridad, mi plan de chantaje fracasaría. Mi plan no era otro que el de que ella dejara de ver a su amante y le pidiera perdón a mi colega por no haber sido más discreta mientras lo hizo. No sé por qué me importaba tanto que aquella mujer le pusiera los cuernos al marido: mi amigo,

dentro de lo malo, lo llevaba bien, y a mí no me tocaba nada. Tal vez fue solo otra de mis incursiones en la vida de los demás para evitar mi aburrimiento disfrazada de noble cruzada en pro de la fidelidad.

—Me toco, sí. No me importa quedarme ciego.

—¿Sabes cómo no te quedarás ciego?

—¿Cómo?

«Mira que si esta mujer tiene el truco para evitarme la ceguera... —pensé—. Joder, eso sí que sería una buena baza para ella a la hora de negociar conmigo».

—Si te lo hace una chica.

—Ya me lo han hecho —me sentí genial. ¡Resulta que hacía tiempo que podía masturbarme sin miedo, y yo sin saberlo!

—¿Te la han chupado? —dijo interrumpiéndome mis pensamientos.

Un niño de aquella edad, por muy psicópata que sea, no puede competir con una hembra de esas características. Ahora tengo claro que la madre de mi amigo era una mujer de espíritu libre atrapada en una sociedad antigua y machista. Ella se revelaba como podía contra el sistema, daba salida a su instinto en las escasas oportunidades que la vida de casada le ofrecía. ¿Qué iba yo a hacer ante una mujer así?

—No, no me la han chupado. O sea, ¿que puedo seguir quedándome ciego?

—Yo puedo arreglarte eso.

Ahí aprendí por primera vez cuál es la mayor fuerza de la naturaleza. Sé que cuesta creerlo; de hecho, cada vez que cuento esta historia la gente me dice que me paso tres pueblos inventando. No me importa demasiado que no me crean: aquella experiencia me la llevé yo. La curiosidad de saber qué se sentía mientras te hacían una mamada, unida al alivio de saber que a partir de ese momento podría masturbarme sin más miedos, me pudo. Además, según mi abuela, si mantenía relaciones con aquella mujer, ya estaba autorizado para meterme en su relación y actuar. Mi amigo entró en la casa justo cuando me limpiaba la polla y ella escupía sobre su mano mi semen infantil. Mi amigo dejó de hablarme para siempre en el momento en el que yo me limpiaba la polla en su casa y ella escupía sobre su mano mi semen infantil. Mi amigo fue internado en un colegio de curas de una ciudad que estaba a más de trescientos kilómetros de la mía a los pocos días de que yo me limpiara la polla en su casa y su madre escupiera sobre su mano mi semen infantil. Creo que mi amigo terminó suicidándose. En la adolescencia se metió de lleno en las drogas y el mal sexo. Eso afectó mucho a la familia. Un día, yo ya adulto, me tropecé con su madre en un semáforo. Le pregunté por su vida. Se echó a llorar y dijo que jamás se perdonaría lo que hizo a su hijo. Yo entiendo que en cierto modo también me estaba pidiendo disculpas a mí por manipularme hasta obtener mi silencio a cambio de sexo fácil y bueno, pero no le pedí que me lo aclarara; simplemente le dije que ella no era responsable de que se vendiera droga a las puertas de los colegios

privados. Y me fui. No sé si la consolaría, pero yo me sentí mejor después de hablar con ella. Se me quitó el leve sentimiento de culpa que tenía por la muerte de mi amigo.

Me pregunto por qué razón el sexo provoca tantas catástrofes familiares y tantas tragedias. No debería ser así. Todo el mundo habla de lo sano que es y todos parecemos olvidarlo cuando nuestra pareja o alguien a quien deseamos se pega un buen homenaje. ¿No sería lo lógico decir: «Ah, ¿que has echado un polvo con tu jefe? Pues que sepas que has segregado no sé cuánto por ciento de unas hormonas que te rejuvenecen, así que dale las gracias a tu jefe de mi parte y vamos a hacerlo tú y yo otra vez»?

En fin, volviendo a mi tema. Que la cosa era que había llegado el momento en el que a Utopía le tocaba tragarse todos sus discursos sobre lo natural del sexo, sus teorías egoístas sobre lo que se debe soportar o no para convertir una anécdota sexual en infidelidad. Bien, pues de putas se entabla poquito de esto de conexión emocional y, sin embargo, parecía no gustarle la idea de que mi churro —como le llamaba ella cuando quería bajarme la autoestima viril— visitara otros rincones que no fueran los suyos.

Darle vueltas ahora a todo esto me hace recapacitar. ¿Es realmente Utopía como yo la veo, o le saco yo todo ello para que mi mundo se parezca a mi mundo? A fin de cuentas no hago sino retarla a cada momento a que se reinvente para retenerme a su lado. ¿Fue toda mi estrategia del viaje a África una venganza contra el tipo calvo del Porsche de segunda mano, o no dejó de ser la táctica para volver a cautivarla en mi descerebrado e irracional mundo desfigurado? Ahora que mi miedo a la cárcel se ha apoderado de mí, ¿la dejaré marchar o idearé otra manera de mantenerla en mi vida? Mantenerla en mi vida a este precio, a este coste, ¿convierte lo que siente por mí en real o en una burda ficción, un juego superficial, una esclavitud camuflada? ¿Y qué siento yo por ella? ¿Realmente un hombre que ama a una mujer sería capaz de utilizarla como a una puta? ¿Acaso las mujeres que desean ser mantenidas por hombres no se convierten en tales?

Pasaron dos días desde nuestra despedida en el aeropuerto hasta que me llamó. Quería quedar a tomar un café. Yo no había estado quieto desde entonces. Sabía — porque lo aprendí hace mucho tiempo— que la mejor manera de recuperar a alguien es fingiendo que su marcha no te afecta en absoluto. Continuando con tu vida como si nada, incluso mejorándola. Modificando los patrones que realmente afectaron a tu relación de modo que no se repitan para que la persona que te ha dejado se dé cuenta de que otra se beneficiará de todo lo que ella intentó inculcarte y de que, ahora que lo

tienes, lo ha perdido. Así me apunté a clases de natación, clases de kung fu, además de empezar a tomarme más en serio a mi entrenador personal de musculación, y planifiqué un viaje a Alemania para visitar a un amigo que conocí cuando era un veinteañero.

—Javier, ¿qué tal lo tienes para tomar un café? —me preguntó alegremente.

—Depende de la hora; estoy un poco liadillo con lo de las clases y el viaje.

—¿Qué viaje?

Y ya había tirado el anzuelo para que el lucio más grande del pantano cayera en mis manos.

—Me voy a Alemania una semana.

Silencio.

—Bueno, si estás tan ocupado, será mejor que lo dejemos para tu vuelta...

—Como prefieras.

Y colgó.

Acababa de poner una pica en Flandes. Nada de ruegos ni súplicas. Indiferencia total a quedar con ella. Por supuesto todo esto me escocía, pero sabía que era el sacrificio obligado para obtener los resultados previstos. A los pocos segundos volvió a llamarme.

—No sé por qué haces esto.

—¿El qué? —pregunté aduciendo desconcierto.

—Sabes que ese viaje a Alemania lo íbamos a hacer juntos.

—Pero eso era cuando éramos novios. Ahora te tocaría hacerlo con Josué.

—¿Jonás? —De repente hubo un cruce de llamadas.

—Señora, cuelgue, que se han cruzado las llamadas..., yo estaba hablando con una amiga.

—¿Perdone?

—Que cuelgue, que ha habido un cruce de líneas.

—¿No eres Jonás?

—Pues no, aunque no me importaría serlo, porque tiene usted una voz muy bonita.

Yo estaba muy crecido. Ni siquiera sabía quién había al otro lado de la línea telefónica; seguramente una mujer joven, por la voz que sonaba a través del auricular. Pero daba un poco igual, porque lo único que yo buscaba, como siempre, eran experiencias nuevas.

—No sé cómo contactar con este hombre. Llevo días intentándolo.

—¿Le debe dinero?

—Me debe un polvo y una explicación.

Sé que cuesta creerlo, pero a mí estas cosas me pasan. En una ocasión, mientras sobrellebábamos mi exesposa y yo una resaca de fin de semana, sonó el teléfono. Me

zafé como pude de entre los brazos y las piernas de Alicia. Alicia y yo solíamos pasar las resacas frente al televisor abrazados, mejor dicho, anudados y tirados en nuestro sofá de pana azul cielo. Era la única manera en la que yo podía estar quieto: amarrado a su cuerpo eliminando el alcohol acumulado la noche anterior. De cualquier otra manera me invadía la ineludible necesidad de aprovechar los minutos y su desasosiego pertinente. Descolgué el auricular y una voz juvenil y con acento sudamericano me preguntó que a qué hora cerraban el casino.

—¿Es una broma? —dije.

—¿No es esto un casino?

—Sí, sí, claro —continué pensando en seguirles la broma—. Pero es un casino nudista.

—¿Cómo? —contestó la muchacha intrigada.

—Sí, que aquí jugamos a la ruleta desnudos. Es algo atípico, pero da buenos beneficios en todos los sentidos.

—¿Y cómo podemos llegar hasta allí?

Me incorporé como si me hubieran dado una mala noticia. Miré a Alicia y le hice un guiño para que no se asustara del resto de la conversación, pero su mirada me dio a entender que no le agradaba demasiado que yo continuara con aquello.

—No, mira, no sé en nombre de quién me llamas para gastarme esta broma. Esto no es un casino, es una casa particular.

—Sí, claro, por eso me ha dicho lo de nudista. Se le ha ocurrido sin más.

Así son las cosas. Uno es más creíble inventando que narrando la realidad pura y dura. La gente necesita que la realidad no sea tan real. Tan rutinaria. Nos agarramos a cualquier cosa que pueda sacarnos de la monotonía, incluso a la mentira.

—Ha sido una broma que les he gastado porque pensé que me la estaban intentando colar a mí. De verdad. Habrá habido un cruce de líneas o qué sé yo.

—¿Y conoces algún casino?

—Pues no, lo lamento.

—¿Y por qué no te vienes con una amiga mía y conmigo a buscarlo? Pareces un tipo divertido.

Ahí el que se hubiera agarrado al clavo, aunque me costara la vida, era yo. ¡Dos mujeres que estaban dispuestas a acudir a un casino nudista me estaban ofreciendo su compañía!

—Pues gracias por el ofrecimiento, pero no creo que a mi mujer le pareciera bien. Por su cara averiguo que esta conversación está durando demasiado.

—Que se venga ella también.

Seguro que habrán adivinado que no fuimos ni mi exmujer ni yo. A mí la idea no solo me gustaba, sino que sé que ha sido otra de esas grandes experiencias que he desperdiciado por el amor a una mujer. Por eso, cuando aquella dama se cruzó en la

línea preguntando por Jonás, y puesto que yo ya no estaba casado ni emparejado con Utopía, no iba a permitir dejar pasar el tren. Continué la conversación. Por lo visto el tal Jonás la había dejado por una mujer mayor. Buscaba una relación más profunda y lo único que le unía a la mujer con la que yo estaba hablando era un sexo de lo más prohibido. Yo le expliqué condescendentemente que aquel Jonás era un hombre asustadizo y bastante gilipollas. Supe empatizar con el sufrimiento de la dama. Y ella lo agradeció. Hablamos un buen rato y, justo cuando íbamos a concretar la cita, me preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta. ¿Y tú?

—Cincuenta y dos.

Y colgué. Las experiencias nuevas con mujeres de esa edad no me interesan demasiado. Ya sé que este gesto me convirtió en un ser repugnante, pero estábamos juzgando al tal Jonás. Piensen en el tal Jonás. ¿Buscaba a alguien más maduro? Si con cincuenta tacos esta mujer le parecía joven, ¿dónde estaba el fallo? ¿En la mujer que pecaba de infantil, o en Jonás que era gerontofílico? Claro que también cabe la posibilidad de que el tal Jonás rondara los sesenta y buscara a alguien más de su generación..., pero aun así, ¿qué hombre de esa edad rechaza a una mujer de cincuenta por buscar algo más profundo? Soy así. Me gustan las mujeres jóvenes, el vino viejo y el porno duro.

Volví a marcar el teléfono de Utopía para explicarle que no le había colgado yo, sino que había sido un problema de las líneas, pero no me lo cogió. Sin embargo, tenía un *sms* suyo que decía que venía a mi casa. Le mandé otro diciéndole que no, pero ya era tarde: estaba sonando el timbre de mi puerta. Abrí. Ella vestía como supongo que vestiría la lujuria de vestirse: aquellos trapos tan sensualmente sobre su carne, distraídamente colgados jugando al vicio con la fuerza de la gravedad... Nos quedamos mirándonos un rato. Yo llevaba un pijama con el dibujo de Spiderman estampado. Un pijama antierotismo y unas alpargatas un tanto deshilachadas.

—¿No me vas a invitar a pasar? —dijo pronunciando la «s» como solo ella sabe hacerlo. Ella y aquella chica del conservatorio, Milochi.

—Claro, esta es tu casa.

—¿Desde cuándo?

Le había quitado las llaves de mi hogar hacía unos meses y no lo llevaba bien, se sentía en desventaja porque yo tenía un juego de las llaves de la suya. Yo se las había quitado justo a raíz de que en una de nuestras peleas se colgara de mi sexto piso y me amenazara con tirarse al vacío si no le prometía casarme con ella en menos de seis meses. Obviamente le mentí. ¿Qué hubieran hecho ustedes si una mujer bella está colgada con todo su cuerpo en la fachada de su vivienda y agarrada con sus dos manos temblorosas al alféizar de su ventana? Creo que fueron los setenta segundos

más intensos de mi vida. Los recuerdo perfectamente. Mi cabeza pensaba a una velocidad pasmosa, como nunca lo ha hecho y espero que no lo vuelva a hacer. Tan solo se me ocurrió empezar a desnudarme mientras le repetía que la amaba —cosa que era cierta— y que me casaría ese mismo día si era lo que ella necesitaba —cosa que no lo era, y menos después de ese incidente—. El porqué de desnudarme lo tengo claro; el porqué de mis razones para creer que eso sirve para algo es lo que no termino de entender. Otro tema para mi psicóloga, supongo. Yo creo que si tu rival te ve desnudo es como si te viera desprotegido, como si no quedara de ti más que la humanidad que soportas. Ella empezó a llorar y yo pude acercarme despacio hasta sujetarla. Gracias a Dios que cuando la bajé de allí no le importaba demasiado mi mentira. Creo que se dio cuenta de lo que había hecho, pero yo ya no podía recobrar la confianza de que un día no consiguiera frenarla, o que simplemente resbalara. Por eso le quité las llaves.

—Esta será siempre tu casa..., siempre que esté yo, claro.

—¿Ya te has ido de putas?

—Pues no, todavía no.

—He estado pensando en estos días en todo eso que me has contado siempre de tu abuela.

—¿Qué de todo?

—Lo de que te auguró que ninguna mujer te amaría.

—¿Y?

—Que eso no es cierto. Yo te amo. Tu exmujer te amaba al principio. Otra cosa es que tú seas lo suficientemente estúpido para no darte cuenta.

Bien, podía ser cierto todo aquello. Tal vez yo fuera el que no sentía recibir ese cariño. Tal vez esperara demasiado del amor.

—¿Cuánto vas a pagarme por ser tu puta durante una hora?

Los cambios de conversación con Utopía han sido siempre así. Puedes haber tocado quince temas diferentes en apenas cinco minutos de charla. Eso la hace una gran conversadora y una persona de la que difícilmente puedas aburrirte.

—No voy a pagarte nada. No me parece que eso sea tratarte como a la persona que quiero.

—¿E irte de putas sí?

La idea me estaba poniendo de lo más cachondo. Pero si cedía, si aceptaba su juego, de alguna manera estaría sometiéndome otra vez a ella, así que le dije:

—Las putas no me hablan del resto de sus clientes. Yo conozco a Josué. Sé que estás con él cuando no estás conmigo. Eso no me gusta.

—Yo no estoy con nadie. Josué es solo un tío con el que me río. No me interesa lo más mínimo. Ni me atrae.

No sé si me hizo más daño saber que se reía con él —ya que Utopía no es de

mucho reír y yo me consideraba el más agraciado para conseguirlo— o pensar que se beneficiaba a la mujer que yo amaba.

—Pero si no te atrae, ¿por qué te lo has zumbado entonces?

—Ya te he explicado que no hemos follado, solo nos hemos liado.

Esto todavía lo entiendo menos. Buscar un orgasmo comprendo que es inevitable una vez que los cuerpos se encienden; babearse y magrearse para no concluir el acto me parece, además de una pérdida de tiempo, algo antinatural. Y más a estas edades. Entiendo que siendo adolescente el miedo, la inseguridad y todo eso impida muchas veces follar, pero a estas alturas cualquier persona que me explique que solo se han liado me resulta un tanto sospechosa. Sospechosa de querer darme gato por liebre.

—Bueno, pues cuando tenga ganas de sexo en compañía, te tendré en cuenta. Ahora, si me disculpas, tengo que preparar el viaje.

—Iré contigo.

Estaba claro que era el momento oportuno para dar el escarmiento final al Josueito de mi vida.

—Está bien. Iremos juntos, pero hay una condición.

—Dime.

—Debes romper con el calvo para siempre. No quiero que vuelvas a verle ni a hablar con él nunca más.

—Ya he roto. Está destrozado.

Bien, mi venganza se había consumado. El tipo había recibido el latigazo del desinterés de la mujer más bella y cruel que he conocido. Sin embargo, me faltaba algo. Un tiro en los huevos después de muerto. Dar rienda suelta a mi alevosía.

—No, pero romperás a mi manera.

Mi manera, aunque suene sádica, era la única que me permitiría perdonar a Utopía su traición amorosa. Comprendí que ver al tío humillado por las piernas y el resto del cuerpo que había anhelado arrebatar me era el único modo que tenía de saciar mi sed de venganza. Así que le pedí que concertara una cita con él en un bar. Yo iría y me sentaría avanzada su conversación, y entonces tendría que decirle a la cara y delante de mí que había sido un error conocerle, que mi polla era más grande y que en el fondo era un engreído solterón feo al que utilizó para darme celos porque quería obtener más amor del hombre de su vida, o séase, YO. Y por supuesto, después de todo eso ella me besaría poniéndome sus manos llenas de gracia en el paquete.

—Estás de broma —me dijo con un semblante que nunca le había conocido.

Supongo que se quedó sorprendida de que pudiera albergar en mi interior tan malas intenciones.

—Es todo lo que tengo que decirte. Así que, con tu permiso, me voy a clase de kung fu. Piénsalo. Yo me iré el viernes —acabé diciéndole aquel martes.

La acompañé hasta su coche. No hablamos nada durante el trayecto. Cuando se subió en su Coupé rojo sin espejo derecho retrovisor, bajó la ventanilla y me dijo:

—Nunca te había considerado mala persona. Creí que no sabías mantener una relación. Eso era todo. Ahora veo que eres un mal tipo.

—Otra razón más para quererme —le dije con aire de tango.

Y se fue. No me extrañó que le faltara el espejo retrovisor derecho. Tal y como conducía, lo raro es que no le faltara el coche entero.

Capítulo XXIII

LAS ÚLTIMAS PALABRAS DE LA ABUELA NO ENSEÑAN NADA QUE NO PUDIERA APRENDER VIENDO UN CAMPO DE TRIGO

«¿Tú qué harías en mi lugar?».
«Yo no preguntaría a nadie qué haría en mi lugar».

Estoy sorprendido de que no me haya llegado ningún mensaje de Utopía desde que recogí mis cosas de su casa. Me cuesta creer que se haya resignado a que lo nuestro haya acabado. Ya he mirado el móvil más de treinta veces con la esperanza de que me diga algo. Sé que no puedo contestarle. Sé que ahora, tal y como están las leyes para los hombres respecto a lo de las peleas dentro de la pareja, no debo acercarme a ella; podría utilizarlo en mi contra. Otra discusión y quizá no diga que la culpa fue suya. Incluso, ¿quién sabe qué dirá en el juicio pendiente? ¿Repetirá su declaración o la cambiará? ¿Por dónde andará mi abuela? Hablé con ella de camino a casa.

—¿Abuela?

No contestaba. Tal vez por el volumen de la música. Lo bajé.

—¿Abuela?

—¿Por qué me interrumpes a la hora de la siesta?

—¡Son las siete de la tarde! No son horas de siesta.

—Cualquier hora sirve para la siesta si es lo que decides.

—Te sobran horas, abuela, tienes toda la eternidad.

—Y a ti te sobran horas también. Si no, no perderías tanto el tiempo.

—Yo no pierdo el tiempo. Tengo mi forma de vivir. Que no quiera someterme al sistema de vida convencional no quiere decir que pierda el tiempo.

—Que repitas una y otra vez los mismos errores, sí.

—Puede que cada error me acerque cada vez más a la solución.

—No hay solución para nada mientras estás vivo. No hay nada que resolver. Los problemas no se han de resolver: hay que abandonarlos. Tal y como decía no sé quién, «como las obras de arte».

—Eso no es cierto, abuela. Las cosas se pueden solucionar. Yo tenía los dientes torcidos de pequeño y me pusieron aparato.

—Y ahora pareces un caballo.

—Pero están rectos.

—¿Y por qué habían de estarlo? Modificaste tu naturaleza. ¿Qué arreglaste?

—Cambió mi aspecto a mejor.

—¿Y quién te dice a ti que mientras estabas invirtiendo tus esfuerzos en eso no dejaste de lado un montón de oportunidades?

—¿Adónde quieres ir a parar?

—A ningún sitio. Yo ya he llegado.

—Me refiero...

—Sé a lo que te refieres. Amas a esa mujer, ¿no? Pues deja de plantearte si la cosa va bien o mal, deja de pensar en lo que te puede pasar. Pueden pasarte infinidad de cosas peores sin estar con ella que estando. Estás dejando de lado tus deseos por seguir el dictado de la razón establecida. Ni siquiera de la tuya.

—Joder, abuela. ¿Por qué nunca me hablaste así cuando estabas viva?

—Porque no sirven de nada las palabras cuando la cabeza a la que se le habla no está preparada para escuchar. Tu cabeza siempre ha estado llena de ruido. Siempre te estás buscando problemas y pensando en la siguiente experiencia. Nunca te has parado para vaciarte y decidir qué es lo que quieres. Ni eres músico, ni eres funcionario, ni eres médico, ni eres nada. Durante toda tu vida has tenido un póker de ases, pero te empeñas en pedir tres cartas.

—Entonces, ¿crees que debería volver con Utopía? Porque lo que yo te entendí es que me manipulaba...

—Esa chica solo te da problemas.

—¿Pero en qué quedamos?

—En que hagas lo que hagas, la cagarás. Jamás te desharás de todo lo que llevas auestas. No te toca, hijo. Tu vida será siempre una búsqueda estéril. No hay nada que encontrar mejor de lo que tienes. Simplemente es la novedad. Pero todo lo conviertes en usado nada más tocarlo porque necesitas huir de todo. Todo te cansa. Y la vida es así: la vida cansa a todo el mundo. Pero los hay que saben sobrellevarlo. Que conocen el secreto. Que saben que solo hay que pasarla. Decide cómo la quieres pasar tú, pero no sigas dando palos de ciego. Aquí todos sabemos cómo vas a acabar.

—¿Qué? ¿Sabéis de qué voy a morir?

—¡De aburrimiento! Llevas muerto mucho tiempo. Te mueves, sí, pero no es tu propio motor el que te empuja. Te tiran los motores de los demás. Tú solo te mueves por la energía cinética de los que te rodean.

—¿Sabes? Tal vez tú fueras la responsable de todo. Tu frasecita. La de que ninguna mujer me querría...

—¿Lo ves? Solo por los demás. ¿Qué más da lo que yo te dijera? Te apasionó la profecía y has actuado en base a ella con las mujeres, pero nunca te has parado a pensar en que esas palabras eran solo palabras.

—¿Vas a decirme entonces por qué me dijiste aquello?

—Lo dije porque ninguna mujer quiere nunca. Las mujeres solo aman lo que las hace sentir vivas, y eso no es amor: eso es egoísmo. Y yo siempre supe que como eres un idealista perdido, nunca lo aceptarías y las harías infelices.

—Bueno, ¿y los hombres?

—Pues otro tanto de lo mismo. Si hubiera tenido una nieta, que por cierto lo hubiese preferido, le habría dicho que ningún hombre la querría.

¿Qué demonios le pasaba a esta mujer? No podía ser que me dijera todo esto a estas alturas. ¿Quería una nieta? ¿Por eso toda esta rabia?

—Te escucho pensar, no creas que no. Yo no tengo rabia: tengo sabiduría. La sabiduría que me ha dado la perspectiva de no estar viva.

—Entonces, solo cuando muera lo entenderé todo...

—Siendo como eres, empezarás a hacerte preguntas de qué es estar muerto.

—Creo que voy a llamarla.

—¿Has aprendido entonces lo que tenías que aprender?

—Creo que sí.

—¿No se repetirá la historia que te ha llevado al calabozo? Ay, si se entera tu madre de que has estado en el calabozo...

—Pues no la llamo.

—¿Ves como eres un idiota indeciso?

—Tendré que aceptarlo... ¿no es eso lo que me dices?

—Pero no lo aceptarás. No te soportas.

Capítulo XXIV

LO QUE PASÓ EN AQUELLA CASA ANTES DE QUE LLEGARA LA POLICÍA

«Yo me encargaré de que me quieras».

«¿Con caricias?».

«No, no..., no es necesario.

Tengo aquí un libro, que quiero que te leas, donde lo explica todo».

Tras el ultimátum que le di a Utopía, pasaron otros dos días y medio hasta que volvimos a vernos. Fui a su casa con la maleta hecha para despedirme. Me iba a Alemania. Decididamente solo. No había sucumbido ante mi chantaje, así que tenía que seguir tensando las cuerdas. Me abrió la puerta vestida con una camiseta y un tanga —este último quedaba oculto debajo de la camiseta—. Descalza. Con sus pies perfectos. Con sus tobillos perfectos. Sus rodillas perfectas. Su todo perfecto. Tenía esa mirada que la aparta del mundo; la mirada que se apodera de sus ojos cuando se sabe perdedora. Cuando no puede admitir que ha perdido la partida. Que no tenía razón. No quise hacer leña del árbol caído y me limité a darle un beso en la mejilla, dejar mi maleta encima del sofá y sentarme como si llevara cinco días de pie. Tenía una sensación amarga de mi victoria. A fin de cuentas, estaba haciendo daño a la mujer que se suponía que amaba. Tal vez eso debiera darme una pista de que no era amor lo que sentía. Tal vez mi abuela debió decirme que nunca sería capaz de querer a una mujer, en lugar de lo contrario. Me vinieron a la cabeza todas mis parejas, todos los peores momentos que les hice pasar. Siempre encontré una razón para justificar mi mala actuación. Siempre creí que mi comportamiento, que ahora juzgaba cruel, obedecía a una terapia para encauzarlas en el verdadero amor, en el auténtico, en el que está por encima del sentimiento de propiedad. Nunca sabré si soy un visionario o un canalla. Y desde luego, Utopía tampoco ha demostrado tener el valor y el coraje para aclarármelo.

Ella se sentó a mi lado y me cogió la mano mirando a la pared del frente, tal y como hacía siempre que no le llegaban las palabras acertadas. Yo la miré con aire condescendiente y le dije:

—Me voy. Mi vuelo sale dentro de dos horas.

—¿No te parece que lo que me pides para volver a estar contigo es inhumano?

—Simplemente me sirve para comprender que vas a protegerle a él de su dolor, mientras que no tuviste clemencia conmigo, pese a decir que me amabas.

—Pero tú no eres así. Siempre has dicho que hay que evitar las acciones que contengan negatividad. Josué ya no está en mi vida y sufre, ¿no te sirve?

—Lamentablemente no. Guardo demasiado rencor dentro. Demasiadas veces en

las que me las has hecho pagar por continuar hablando con una amiga que a ti no te gustaba, por saludar a alguien que a ti te había ofendido. Necesito pagarte con tu moneda. Tal vez así entiendas todo lo que yo he sufrido.

—Pero es que ya lo entiendo. Me he dado cuenta de lo importante que eres en mi vida. Y de que lo de Josué fue un error.

Aquella conversación no iba a ninguna parte. Yo justificaba mi *modus operandi* y ella el suyo. Era un bucle de excusas. Así que me levanté avisándola de que me iba. Cogí la maleta y fui a la puerta que estaba cerrada con llave.

—¿Me dejas la llave para abrir la puerta?

—No.

Me dirigí a la cocina. Abrí uno de los cajones y saqué una de las pistolas de agua que compramos cuando la terapia con la psicóloga de parejas. Todavía contenía agua. Regresé con mi arma, hasta colocarme delante de ella cual pistolero, y la moqué.

—Creo que me estás faltando al respeto. Por eso estoy disparándote.

Se levantó como un gato. No la vi venir, forcejeamos por la pistola de agua. Me estaba rompiendo el dedo índice y terminé soltándola. Descargó el arma totalmente sobre mí. Yo no hice nada por evitarlo. Me quedé inmóvil, manteniendo la dignidad que podía quedarme tras terminar empapado. Cuando acabó volví a pedirle las llaves, pero no había nada que hacer. Se sentó de brazos y piernas cruzadas y me dijo:

—Perderás el vuelo, pero no dejaré que me pierdas a mí.

Caminé despacio, simulando resignación, hasta la cocina. Abrí de nuevo el cajón para coger la otra pistola. Metí la mano y el cajón se cerró de golpe sobre mis nudillos. Ella lo había cerrado sin tener en cuenta mis dedos. Grité. Me dolió como un mordisco de perro y la empujé con tan mala suerte que se golpeó contra la puerta y cayó al suelo. No tardó en aparecer un bulto en su bracito que sentenció mi suerte ante la policía que vendría más tarde. Me asusté. Sabía que eso la ley ya lo considera malos tratos. Sabía además que los hombres llevamos las de perder. Lo había visto en un episodio de *Allie McBeal*. Una jueza se cuelga en la casa de su ex amante para darle una sorpresa de reconciliación, se desnuda en el dormitorio y lo espera, con tan mala fortuna que él llega con otra mujer esa noche. La cosa acaba ahí. A la mañana siguiente, la jueza se confiesa, ante la protagonista, del error que había cometido. Allie la consuela diciendo que era algo bonito lo que había hecho; que si lo hubiera hecho él, lo entendería así. Y la jueza le responde: «NO TE ENGAÑES. SI ESO LO HACE UN HOMBRE, ES ARRESTADO POR ACOSO».

Las cosas son así. Llevamos las de perder. La justicia no entiende de amor, pero ha decidido participar en él.

Fui a recogerla del suelo. Le tendí la mano. La rechazó de un manotazo y comenzó la tragedia.

—De aquí solo saldrás con la policía —me dijo clavándome la mirada.

Traté de convencerla de que me estaba secuestrando, de que no tenía ningún derecho a dejarme encerrado y hacerme perder el vuelo; pero cada vez la cosa se complicaba más. Comenzaron a romperse todos los objetos, que sabíamos que no se podrían arreglar, entre reproches y verdades que deberían ser impronunciables entre dos personas que se aman: una impresora, un ordenador... Yo no quería llamar a la policía. Nos habíamos prometido no volver a llamarla. Siempre que lo habíamos hecho no había servido para nada. Sí, venían, pero como ninguno de los dos nos denunciábamos, lo dejaban correr como una conversación absurda entre enamorados, así que prometimos resolver nuestros asuntos solos. Pero la bronca iba a más. Intentó tirarse por la ventana para castigarme con el dolor de verla morir, tal y como hizo en mi casa, faltando a su promesa de no volver a intentarlo. Lo evité tirándola al suelo, haciéndole un placaje como si de un partido de *rugby* se tratara. Escapó entre mordiscos y arañazos. Y entonces, absolutamente fuera de sí, agarró mi mochila con mi cámara de tres mil euros y amenazó con estrellarla contra el suelo. No acabó la frase. Salté sobre ella y la tiré sobre el sofá con mi cámara. Saqué mi móvil del bolsillo y llamé al 112 para que enviaran a la policía para que me ayudaran a salir de allí. No buscaba nada más.

Lo demás ya lo conocen. Luego dijo que le pegué, y los dos fuimos al trullo. Del que acabo de salir.

Perdí mi vuelo a Alemania. Perdí la confianza en aquella mujer. Y perdí mi noción del bien y del mal. Lo único que conservo es un remordimiento constante, una experiencia brutal en los calabozos y mi cámara Canon 5D Mark II, gracias a Dios.

Capítulo XXV

EL FINAL DEL BUCLE

«Todo lo que no acabes lo llevarás a costas el resto de tu vida».
(Escuchado por un asesino en serie
a una de las muchas voces que le hablan en su cabeza).

Estoy triste pero aliviado. Sé que es contradictorio, pero es así como me siento. No he podido ir a Alemania. He perdido el dinero del pasaje. Hemos tirado mucho dinero esta chica y yo. Rompiendo cosas, no acudiendo a eventos que pagamos por anticipado por culpa de discusiones sin sentido, yendo y viniendo con los coches para no resolver nada... Lo de menos es el dinero, ya, pero ahora que me veo solo me vendría bien tenerlo. Tengo un par de actuaciones dentro de dos semanas y espero que el público sea generoso.

Acaba de sonar mi móvil. Es un mensaje de ella.

*Javier, estamos hechos el uno para el otro.
Le diré a Josué lo que me pides. Pero vuelve a casa.*

Es la primera vez que tengo miedo en mi vida. Miedo de verdad. ¿Y si vuelvo y todo es una trampa? La Utopía que yo conocía jamás hubiera dicho a la policía que le pegué. Vale que estuviera en *shock*, pero ¿eso no lo hace todo más inmanejable? Si no puedes confiar en la razón de la persona que más amas, ¿qué te queda? ¿Y si está intentando entablar una conversación para que yo mande algún mensaje que me comprometa de cara al juicio pendiente? Tengo ganas de abrazarla. Tengo ganas de estar con ella. Pero ahora la ley tiene algo que decir de nuestra unión. Tengo ganas de dormir. De desaparecer. De borrar las últimas horas. ¿Cómo se puede convertir en un sueño lo que ya ha pasado, pero te ha dejado cicatrices en la piel? Podría hacer una última llamada, pero Rebeca me ha advertido de las complicaciones que me puede provocar eso.

¿Por qué no me manda una señal mi Dios a través de su Virgen para aclararme si es ella el ángel que me prometió en los calabozos?

Otro mensaje.

¿Qué clase de amor es este? Unos días me ama y otros me odia y desea mi muerte. Me ha torturado anunciándome todos los polvos que ha echado con todos los hombres. Ya casi no me duele nada de lo que pueda hacerme. Los golpes han hecho callo en la piel de mi corazón y, a pesar de todo, sigo amándola y sigo manteniendo mi miedo a que pueda terminar en la cárcel por esta relación.

Tengo la impresión de haber aprendido todo lo que tenía que aprender sobre el amor. El resumen es fácil. No sirvo. Es demasiado exigente. Si de verdad quieres

dedicar tu vida a amar a una mujer, debes renunciar a demasiada parte de ti, y soy lo único que tengo. Claro que quiero vivir en pareja, pero dudo que encuentre a una mujer tan puta como yo. ¿Es lícito emparejarte aún a sabiendas de que no darás la talla? ¿Te convierte en buena persona planteártelo? ¿Entonces? Si eres buena persona, ¿por qué no vas a ser buena pareja?

El mensaje que me acaba de enviar dice:

Javier, me gustaría ir a verte en tu próxima actuación.

Solo si me das permiso. No quiero hacerte más daño.

Pero como artista no quisiera perderte de vista.

Espero que no lo consideres acoso.

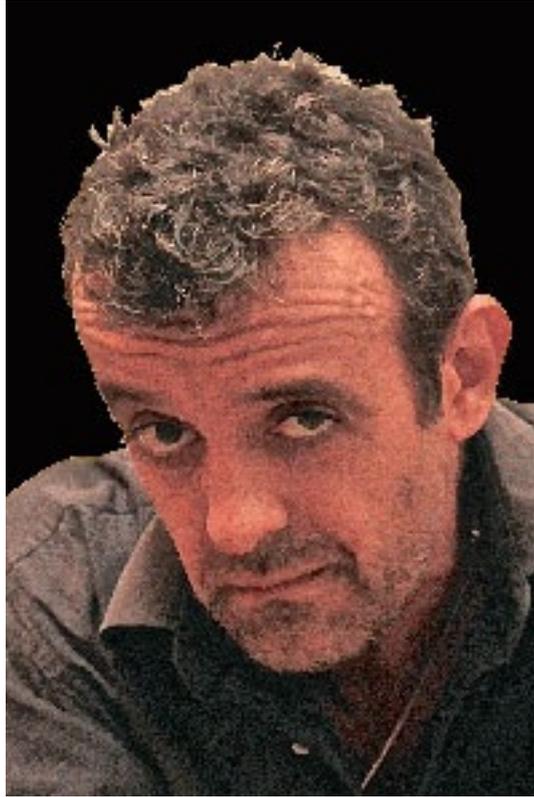
Silencio en mi cabeza.

Voy a llamarla. La llamaré como artista, no como novio. Así no infrinjo nada de lo que le dije a Rebeca. Tal vez este mensaje sea la señal que me envía Dios. Sería una pena que me pasara inadvertida. Tal vez podamos empezar como empezamos aquel día: ella como fan y yo como músico.

Y sea definitivamente el ángel que me anunció la Virgen.

¿Qué es eso que se oye? ¿Una risa o un llanto?

¿Abuela?



JAVIER CASINO. (Nacido en Teruel en 1970). Músico, compositor, escritor y monologuista destaca por tratar el tema universal del amor de una manera directa y descarnada sin dejar de lado la ironía y el humor. En 1996 se traslada a Madrid donde creará y perfilará a su alter ego (javier fraude) del que tiene publicado un blog «el granero de javier fraude»; personaje que le acompañará en todo momento por los escenarios de la capital y otras ciudades llorando sus surrealistas vivencias de pareja.

En la actualidad vive en Valencia y acaba de publicar su primera novela, *Calabozo para dos* una historia sobre el amor, uno mismo y los demás. Es también autor de tres obras de teatro; *Fagocitágonos* (Musical), *el pirata de las bellas palabras* y *El tanatorio del amor* (Musical) y actor amateur en la compañía Arcoiris (Comedia del Arte). Además está preparando su primer disco en solitario *Lo que sé de ella* pop-rock lleno de sentimiento y reflexiones sobre los amantes.